

Hasta que la muerte nos separe

**John
Dickson Carr**



Selecciones del Séptimo Círculo

Lectulandia

Con este drama en la campiña inglesa, con este crimen imposible y tremebundo, John Dickson Carr (o Carter Dickson) crea otra obra maestra de lo absurdo, del crimen de otro mundo, del asesinato sin homicida. Aquí somos testigos de una misteriosa disrupción en la vida de Dick Markham, cuando se entera que su prometida no es quien aparenta, el revelador recibe accidentalmente un tiro, y tampoco resulta ser quien aparenta, hasta que al final no resulta estar vivo a la mañana siguiente. Los dilemas se instalan de forma casi continua, sobre todo al encontrarse el muerto en un cuarto cerrado por dentro, pero al mismo tiempo, víctima de un poderoso somnífero que habría imposibilitado su suicidio.

Ante tantas variopintas complicaciones entra en escena el gigantesco y sesudo Dr. Gideon Fell, quien con su sapiencia logra echar luces sobre este embrollo, que llega a una conclusión inesperada y sumamente dramática.

Lectulandia

John Dickson Carr

Hasta que la muerte nos separe

Selecciones Séptimo Círculo - 29

Gideon Fell - 15

ePub r1.1

Akhenaton 23.11.14

Título original: *Till Death Do Us Part*
John Dickson Carr, 1945
Traducción: Alberto Horowitz
Selecciones del Séptimo Círculo nº 29
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares
Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Akhenaton
Retoque de portada: Orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Al reflexionar más tarde sobre ello, Dick Markham podía haber visto verdaderos presagios y señales de mal agüero en la tormenta de verano, la tienda del adivino, el puesto de tiro al blanco y varias otras cosas de aquella feria. Pero lo cierto es que casi no prestó atención al tiempo. Se sentía demasiado feliz.

Después de trasponer él y Lesley la verja abierta, flanqueada de columnas de piedra coronadas por un escudo heráldico en que figuraban un fresno y un grifo, vieron extenderse ante ellos el parque de Ashe Hall. Sobre su recortado césped sobresalían los colores brillantes de los puestos y tiendas de lona listada. En el fondo se alzaban los robles y la mole baja y alargada del edificio de ladrillos.

Cuatro o cinco años después, Dick Markham recordaría la escena con angustiosa nostalgia. Era una Inglaterra lozana, viva, cubierta de verde, en la que abundaban las franelas blancas y las tardes de ocio; esa Inglaterra que, si Dios quiere, jamás perderemos a pesar de todas las necesidades que se digan acerca de un mundo mejor. Aproximadamente un año antes de la guerra que desató Hitler, el país vivía en medio de la opulencia, aunque éste no es precisamente el término que cuadraba a la propiedad de Jorge Converse, último barón de Ashe. Sin embargo, Markham, joven alto, de imaginación un tanto excesiva, apenas si reparó en ella.

—Hemos llegado demasiado tarde —dijo Lesley con voz entrecortada y tono risueño, como si en realidad no le importara el retraso.

Habían caminado con cierta rapidez, y al entrar se detuvieron bruscamente.

En medio del calor de la tarde, una bocanada de viento fresco barrió los prados con repentina violencia. Lesley se vio obligada a sujetar con las manos su elegante sombrero de ala ancha y transparente. La oscuridad reinante se asemejaba a la del crepúsculo; unas nubes amenazadoras, avanzando lentamente, iban cubriendo el cielo.

—¡Caramba! ¿Qué hora es? —preguntó con indiferencia Dick.

—Deben de ser más de las tres —contestó Lesley.

El joven señaló el parque con una inclinación de cabeza; la oscuridad provocada por la tormenta daba a todas las cosas un aspecto irreal, de pesadilla, como el que adquiere la luz del sol cuando se mira a través de un cristal ahumado. Sobre el césped no se advertía el menor indicio de actividad; las tiendas y puestos, mecidos desapaciblemente por el viento, parecían abandonados.

—Pero... ¿dónde está la gente?

—Probablemente en el campo de *cricket*, Dick. Será mejor que nos apresuremos; *lady* Ashe y la señora Price estarán furiosas.

—¿Qué importa?

—Nada —respondió la muchacha, sonriendo—. Absolutamente nada.

Dick no vio que reía casi sin aliento y se sujetaba con ambas manos el ala del sombrero; advirtió en su mirada una profunda gravedad, a pesar de su aparente alegría. Todos los pensamientos y emociones de la joven parecían concentrados en sus ojos castaños, que le repetían las palabras que la noche anterior había escuchado de sus labios.

Vio la gracia inconsciente de sus brazos en alto, el vestido blanco adherido al cuerpo por la caricia del viento. Estaba tan infernal y perturbadoramente atractiva, que hasta el temblor de su boca y el movimiento de sus ojos quedaron grabados en su mente, como si la viera simultáneamente en mil fotografías distintas.

Por lo menos en apariencia, Dick Markham era un defensor de los convencionalismos sociales. Jamás hubiera imaginado que en la entrada del majestuoso parque de *lord Ashe*, en la tarde en que se realizaba una formal reunión al aire libre, abrazaría a Lesley Grant y la besaría sin importarle que alguien los observara; máxime cuando *lady Ashe* se hallaba cerca. Sin embargo, lo hizo, mientras el viento azotaba los árboles y el cielo se oscurecía cada vez más.

La conversación que sostuvieron fue un tanto confusa (esperamos que nadie se muestre burlón al enterarse de sus términos).

—¿Me quieres?

—Ya sabes que sí. ¿Y tú?

Desde la noche anterior, habían repetido un número infinito de veces esas mismas palabras, sin darse cuenta de ello. Todo lo contrario, parecía que en cada ocasión las descubrían por primera vez y para sus oídos encerraban tal encanto que al pronunciarlas se sumían en una creciente embriaguez. Recordando vagamente el lugar en que se hallaba, Dick retiró los brazos no sin maldecir antes al mundo entero.

—Tenemos que ir a ese condenado partido de *cricket*, ¿no es así? —dijo de mala gana.

Ella titubeó. Sus ojos perdieron esa expresión emocionada que hasta un momento antes se reflejaba en ellos. Lanzó una rápida mirada hacia el cielo.

—Dentro de un minuto se descargará un diluvio —replicó—. Dudo que el partido se celebre. Y además...

—Y además, ¿qué?

—Me gustaría consultar al adivino.

Sin saber por qué, Dick inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír a carcajadas. Tal vez le causó gracia el candor y la seriedad con que ella se había expresado; pero, en verdad, se habría reído de cualquier cosa con tal de poner de manifiesto su alegría.

—La señora Price dice que es muy bueno —aseguró Lesley con presteza—. Tengo curiosidad por conocerlo. Ella afirma que ese hombre es capaz de adivinar todo lo relacionado con la vida de una persona.

—Pero creo que no necesitas preguntarle respecto a mí, porque ya me conoces, ¿no es así?

—Vamos a verlo, ¿quieres, Dick?

Se oyó hacia el Este el sonido débil y sordo del trueno. Markham cogió firmemente a la joven del brazo y la condujo con paso rápido por el camino cubierto de arena, hacia el grupo de puestos instalados sobre el césped. No se notaba allí esfuerzo alguno por disponer las tiendas de acuerdo con un método, con un sistema. El propietario o propietaria de cada urna de ellas, desde el rincón de las palmeras hasta el llamado «estanque» en que se pescaban botellas, había adornado la suya según su propio gusto artístico.

La tienda del adivino era inconfundible. Se hallaba situada más cerca de la casa, a cierta distancia de las demás. Por su forma se asemejaba a una cabina de teléfono desmesuradamente grande, a pesar de que se ensanchaba en la base y de que su parte superior terminaba en punta. La lona, con listas verticales blancas y rojas, parecía bastante sucia. Encima de la entrada colgaba un cartel, terminado con esmero, que decía así:

EL GRAN SWANI
Quiromántico y Adivino
Lo ve todo y lo sabe todo

Junto a este anuncio había un gran dibujo, sobre cartón, de una mano cruzada por flechas explicativas.

La oscuridad era tal que Dick alcanzó a distinguir una luz en el interior del escondrijo del adivino. Seguramente, durante toda la tarde había reinado allí una temperatura sofocante. Una ráfaga más fuerte de viento corrió entre las tiendas con mi silbido característico, azotando las lonas e hinchando las carpas como globos a medio inflar. El cartel con el dibujo de la mano se agitó de forma grotesca; parecía hacerles señas o indicarles que se alejaran. En ese momento oyeron un grito.

—¡Hola!

Era el mayor Horacio Price, que de pie tras el «mostrador» de su polígono en miniatura de tiro al blanco, y utilizando las manos a modo de bocina, les dirigía la palabra a voz en cuello. La mayor parte de las tiendas restantes habían sido abandonadas por sus dueños, quienes sin duda se hallaban en la cancha de *cricket*. Pero el mayor Price permanecía valientemente en su puesto.

—Supongo que... ha oído. ¿No lo crees tú? —interrogó Lesley.

—Me imagino que no sólo él, sino todo el mundo —respondió Dick, sintiéndose muy turbado, pero al mismo tiempo rebosante de orgullo—. ¿No te importa?

—¡Importarme! —exclamó la joven—. ¿Si me importa?

—¡Mi querido amigo! —saludó el mayor, encasquetándose firmemente la gorra de paño escocés y resbalando un poco al avanzar sobre el césped corto y liso—. ¡Y usted, querida! Les he buscado por todas partes, durante toda la tarde. Y mi mujer también. ¿Es cierto lo que se dice?

Dick se esforzó por aparentar despreocupación, sin conseguirlo.

—¿De qué se trata, mayor?

—¡Del casamiento! —exclamó Price con tono casi angustioso, y les señaló con el dedo—. ¿Es cierto que van a casarse?

—Sí. Completamente cierto.

—¡Mi querido amigo! —exclamó otra vez el mayor.

Su voz adquirió un tono bajo y solemne, más adecuado para un funeral que para una boda. En los momentos trascendentales, el mayor Price se mostraba tan sentimental que llegaba a ser molesto para sus interlocutores. Extendió la mano y estrechó con fuerza la de los jóvenes.

—¡Estoy encantado! —manifestó con expresión tan sincera de simpatía que conmovió a Dick Markham—. ¡No puede ser mejor! ¡Sin duda! Ya lo creo; mi mujer piensa lo mismo. ¿Cuándo será?

—Aún no lo hemos decidido —respondió Dick—. Lamentamos haber llegado tan tarde a la fiesta. Pero resulta que estábamos...

—¡Ocupados! —contestó el otro—. ¡Ocupados! ¡Por supuesto! ¡Ni una palabra más!

Aunque Horacio Price no tenía pleno derecho al título de mayor, puesto que nunca había pertenecido al ejército regular, sino que había obtenido ese grado en la guerra de 1924, le cuadraba tan bien que nadie se dirigía a él de otra manera.

En realidad era procurador, y de los más sagaces. En su despacho de High Street se trezaban en pleito los habitantes de Six Ashes, como también la mitad de la población de los alrededores. Pero el porte, la figura rechoncha, el bigote corto y muy rubio, el rostro pecoso y los carrillos llenos, unidos a su conocimiento cabal de la caza y de los asuntos de carácter militar, que llegaba a ser abrumador, hacían que hasta los jueces le llamaran «el mayor Price».

De pie frente a ellos, balanceándose sobre los talones al mismo tiempo que se frotaba las manos, parecía radiante.

—Tenemos que celebrar este acontecimiento —declaró—. Todo el mundo querrá felicitarles. Mi esposa, y *lady* Ashe, y la señora Middlesworth, ¡en fin, todos! Mientras tanto...

—Mientras tanto —sugirió Lesley—, ¿qué les parece si nos guarecemos?

El mayor la miró rápidamente, con asombro.

—¿Guarecernos?

Una bolsa de papel pasó volando a cierta altura; el fuerte viento doblaba las ramas de los robles de Ashe Hall y castigaba las lonas flojas, produciendo un rumor semejante al de cientos de banderas flameantes.

—Pronto estallará la tormenta —anunció Dick—. Espero que esas tiendas estén bien aseguradas, porque en caso contrario volarán hasta el condado vecino.

—Pierda cuidado, resistirán perfectamente —le aseguró Price—. La tormenta no tiene ya importancia, porque la feria casi ha terminado.

—¿Ha entrado mucho dinero en su puesto?

—Sí, mucho —dijo el mayor con los ojos brillantes, animados por una expresión de marcado entusiasmo—. Algunos de los concurrentes han resultado tiradores endiabladamente buenos. Cintia Drew, por ejemplo...

Se detuvo bruscamente y enrojeció como si hubiera cometido un error de carácter diplomático. Con mía sensación mezcla de ira y cansancio, Markham abrigó la esperanza de que no comenzarían otra vez a echarle en cara su actitud con esa muchacha.

—Lesley —se apresuró a manifestar, en voz alta— tiene muchos deseos de ver a ese famoso adivino. Siempre, como es natural, que se encuentre aún en su tienda. Creo que será mejor que nos apesuremos. Con su permiso.

—¡Ah, no! —exclamó el mayor con determinación.

—¿Cómo?

Price estiró la mano y cogió firmemente de la muñeca a la joven.

—Vayan sin falta a ver al quiromántico; aún está en su tienda. Pero antes que nada pasarás por mi puesto —aclaró con una sonrisa algo forzada.

—¡Tiro al blanco! —exclamó Lesley.

—¡Naturalmente!

—¡No! ¡Por favor! ¡No quiero!

Dick se volvió, sorprendido por la ansiedad que expresaba la voz de ella. A pesar de todo, el mayor insistió suave pero firmemente.

Una gota castigó al joven en la frente en el momento en que Price les empujaba hacia el *stand* en miniatura de tiro al blanco. Era éste un cobertizo angosto con paredes de madera y techo de lona. Una chapa de acero pintada de negro formaba la pared del fondo, frente a la cual colgaban media docena de pequeños blancos de cartón suspendidos de poleas, de manera que, después de efectuar los disparos, el encargado del puesto podía acercar los cartones al mostrador sin moverse de su sitio.

El mayor Price se agachó, pasó al interior e hizo funcionar un conmutador; gracias a un ingenioso circuito de pilas, encima de cada blanco se encendió una lamparilla. Sobre el mostrador se veía una nutrida colección de rifles ligeros, en su mayor parte de calibre 22, que Price había solicitado en préstamo a los habitantes de Six Ashes.

—¡Usted primero, jovencita! —dijo, y señaló imperiosamente un tazón que contenía buena cantidad de dinero—. Seis tiros por media corona. Es un precio exorbitante, pero se trata de una fiesta de beneficencia. ¡Pruebe su puntería!

—Sinceramente —se excusó Lesley—, ¡preferiría no tirar!

—¡Tonterías! —replicó el mayor, alzando un pequeño rifle; mientras hablaba, acarició el lomo del arma—. Mire qué precioso modelo ligero; un Winchester 61, automático. Especial para deshacerse del marido después de la boda —rió de manera ahogada y ruidosa—. ¡Pruébelo!

Dick, que acababa de depositar media corona en el recipiente y se volvía para instarla a que ensayara su puntería, se detuvo entonces de manera repentina.

Los ojos de Lesley Grant brillaban con una expresión que no pudo descifrar bien, pero que sin duda encerraba una súplica y también temor. Se había quitado el sombrero; sus abundantes cabellos castaños caían hasta los hombros y se rizaban luego hacia atrás, un poco alborotados por el viento. Nunca le había parecido tan bonita como en ese momento de tensión. Aparentaba unos dieciocho años, en contraste con los veintiocho que confesaba tener.

—Comprendo que es una tontería —confesó la joven con voz entrecortada, oprimiendo el sombrero con sus dedos finos—, pero me asustan las armas de fuego. ¡Todo cuanto esté relacionado con la muerte, o con la idea de la muerte!...

El mayor alzó sus cejas muy rubias, con gesto de perplejidad.

—¡Por Dios, jovencita! —reconvino amigablemente—, no le pedimos que mate a nadie, sino que tome el rifle y dispare contra uno de esos blancos. ¡Haga la prueba!

—Un momento —intervino Dick—. Si ella prefiere no hacerlo...

Con la intención de mostrarse valiente, Lesley apretó con los dientes el labio inferior y tomó el arma de manos del mayor. Al principio intentó sostenerla con los brazos estirados hacia el frente, pero dándose cuenta de que era imposible, miró vacilante a su alrededor; luego apoyó la mejilla contra la caja del rifle e hizo fuego sin apuntar.

El tiro sonó más bien como una ráfaga que como un estampido y se perdió en medio del ruido de un trueno. En el blanco no apareció marca alguna de bala, lo que, unido al estrépito del trueno, terminó por desmoralizar a Lesley. Colocó silenciosamente el arma sobre el mostrador, y entonces Markham observó con sorpresa y consternación que le temblaba todo el cuerpo y que parecía a punto de echarse a llorar.

—Lo lamento —balbució ella—. No puedo.

—¡Soy un animal! —exclamó bruscamente Dick—. No me di cuenta.

Apoyó ambas manos en los hombros de la joven; sentía con tanta fuerza su atracción, que de no ser porque Price se hallaba presente, la habría abrazado otra vez. Ella intentó reír, y en parte lo consiguió.

—No me ocurre nada —aseguró a Dick con sinceridad—. Sé que no debería portarme de una manera tan tonta. Pero... —hizo con vehemencia un ademán de desesperación, no encontrando palabras para expresar su sentimiento, y en seguida alzó su sombrero—. Dick, vamos a ver al adivino, ¿quieres venir conmigo?

—Por supuesto. Te acompaño.

—No admite que entre más de una persona a la vez —recordó ella—. Todos proceden de la misma forma. Quédate y haz los disparos que faltan. Pero... no te irás, ¿verdad?

—Para que yo me fuera —aseguró el joven con el ceño fruncido—, tendría que venirse el mundo abajo.

Antes de que ella se alejara se miraron mutuamente por espacio de unos segundos. A pesar de que la muchacha se dirigía a una tienda situada a sólo unos

metros de distancia, el hecho produjo en Markham el mismo efecto que le haría una separación para siempre; lo cual puso de manifiesto cuán profundo era su enamoramiento. Se sentía culpable de haberla puesto casi en la obligación de tirar, y se maldijo con tanta vehemencia y energía que, en medio de su silencio, el mayor Price experimentó también cierto sentimiento de culpabilidad y se turbó.

Por fin, Price hizo ruido con la garganta, disponiéndose a intervenir.

—¡Ah, las mujeres! —dijo, meneando la cabeza con aire sombrío y comprensivo a la vez.

—¡Sí, las mujeres! Pero ¡yo debería conocerla!

—¡Las mujeres! —repitió el mayor alcanzándole un rifle que el joven tomó con gesto maquinal. Y prosiguió, con tono más bien de envidia—: Usted es un hombre afortunado, amigo.

—¡Ya lo creo!

—Esa muchacha es una especie de bruja. Llegó hace seis meses y ya la mitad de los hombres de la comarca están locamente enamorados de ella. Y además, tiene dinero. Y... —titubeó un momento—. ¡Dígame!

—¿Sí?

—¿Vio a Cintia Drew?

Dick le observó vivamente, con severidad. Con la evidente intención de eludir su mirada, su interlocutor permaneció con la vista fija en la fila de rifles que se hallaba sobre el mostrador.

—Oiga, mayor, nunca ha habido nada entre Cintia y yo. Quiero que lo entienda bien.

—¡Ya lo sé, mi querido amigo! —replicó el otro con precipitación, aunque con aire despreocupado—. ¡Estoy completamente seguro de que es así! De todas maneras, las mujeres...

—¿Qué mujeres?

—Mi esposa, *lady* Ashe, la señora Middlesworth, la señora Earnshaw.

Dick le miró de nuevo; su compañero mostraba el mismo aire de indiferencia; apoyaba un codo en el mostrador, y su silueta rechoncha se destacaba bajo la luz de las lamparillas que colgaban encima de los blancos. El viento silbó entre las tiendas, levantando polvo y agitando las lonas, pero ninguno de los dos pareció notarlo.

—Hace un momento —señaló el joven— usted me aseguró que todas ellas deseaban felicitarnos, y dio a entender que nos buscaban febrilmente para colmarnos de parabienes.

—¡Exactamente, querido amigo! ¡Es de verdad lo que le he dicho!

—¿Entonces?

—Sí, pero ellas consideran que..., no lo tome a mal; tenga en cuenta que sólo quiero ponerle al corriente..., en fin, consideran que en cierto modo la pobre Cintia...

—¿La *pobre* Cintia? ¿Por qué?

—Sí. En cierto modo, sí.

Indicando a Price, con un gesto, que se hiciera a un lado, apoyó el rifle contra el hombro y apretó el gatillo. El ruido del disparo, semejante a un latigazo, sirvió de comentario a las palabras del mayor. A pesar de hallarse abstraído, el tirador observó que había conseguido hacer una marca junto al centro del blanco. Los dos hombres hablaban en ese tono cauteloso de conspiradores que emplean los hombres para tratar los peligrosos asuntos de carácter familiar.

Dick tenía la sensación de que detrás de esa reducida vida social de pueblo se movían ciertas fuerzas que intentaban arrastrarlo y que las palabras pronunciadas formaban una especie de red que se cerraba poco a poco a su alrededor.

—Por espacio de más de dos años —dijo con aspereza— el pueblo entero ha tratado de juntarnos, sin tener en cuenta nuestra voluntad.

—Comprendo, mi querido amigo. Comprendo perfectamente.

El joven hizo un nuevo disparo.

—¡Le repito que no hay nada entre ella y yo! Nunca le he dedicado atenciones, o por lo menos atenciones serias. Cintia lo sabe. No puede haberlo interpretado de otra manera, a pesar de lo que opinen los demás.

—Mi estimado amigo —replicó su interlocutor, mirándole con astucia—, basta dedicar la menor atención a una niña, para que ésta imagine que hay en ello algo más que una simple cortesía. Pero ¡escúcheme bien, con esto no quiero decir que no tenga usted razón!

Dick volvió a tirar.

—No tengo la intención de casarme sólo para darle gusto a la comunidad. Lesley y yo nos queremos desde el primer día en que nos conocimos. Eso es todo... ¡Aunque, realmente, no sé por qué le gusto!...

El mayor Price rió entre dientes.

—Pero ¡caramba! —exclamó con tono de reconvención, al mismo tiempo que le examinaba de pies a cabeza. Hizo un gesto con la mano, como rechazando la modestia de Markham—. Después de todo, usted es nuestra celebridad local.

—O más bien —rectificó en seguida Price— una de nuestras dos celebridades. ¿No le han hablado del adivino?

—No. ¿Quién es? Estoy seguro de que no reside en este pueblo, porque en ese caso todo el mundo lo conocería y no tendrían entonces confianza en su ciencia. Pero todo el mundo afirma que trabaja muy bien. ¿Quién es?

El mayor extrajo, con gesto indolente, un puñado de cartuchos de una caja que se hallaba sobre el mostrador; luego, dejó que se deslizaran entre sus dedos uno por uno, y cayeran otra vez en el sitio del cual los había tomado. Titubeó, como si se hallara preocupado por mi recuerdo agradable.

—Si más tarde me lo recuerda —dijo—, le contaré una estupenda broma que le he gastado a Earnshaw esta tarde. Resulta que Earnshaw...

—¡Al diablo con la broma, mayor! ¡No se escabulla! ¿Quién es el adivino?

Price echó receloso una ojeada a su alrededor.

—Se lo diré —manifestó con tono confidencial—, siempre que me prometa no contárselo a nadie; él desea que se mantenga en secreto. Se trata de uno de los mejores criminalistas contemporáneos.

—¿Criminalista? —repitió Dick.
—Sí. *Sir Harvey Gilman*.

—¿Se refiere usted al patólogo del Ministerio del Interior?

—El mismo —convino el mayor Price con tono afable.

Impresionado y a la vez con cierto sobresalto, el muchacho giró sobre sí mismo con brusquedad y clavó la vista en la tienda listada de rojo y blanco, junto a cuya entrada la mano de cartón se bamboleaba y hacía señas, como si perteneciera a un espectro. Y vio moverse una sombra extraña.

La visibilidad era ya tan escasa que apenas pudo distinguir el cartel en que se anunciaba al *Gran Swani, quiromántico y adivino. Lo ve todo y lo sabe todo*, que decoraba la tienda de colores llamativos. Se advertía en el interior de la tienda la luz de una lámpara colgante. Debido a la oscuridad, la sombra de sus dos ocupantes se proyectaba sobre la lona de manera imprecisa a causa del vaivén de la tienda agitada por el viento; Dick reconoció en una de las sombras la silueta de una mujer, y a cierta distancia, separada por algo semejante a una mesa, la de una persona en cuclillas, con una extraña cabeza en forma de bulto, que parecía agitar las manos.

—¿*Sir Harvey Gilman*! —murmuró el joven.

—Sí, sentado allí dentro —aclaró el mayor—, tocado con un turbante y adivinando la vida y milagros de la gente. Ha sido la mayor atracción de esta feria.

—¿Sabe algo de quiromancia o de adivinación?

—No, amigo. Pero conoce a fondo la naturaleza humana —respondió su interlocutor con sequedad—. Ese es el secreto de todos los adivinos.

—Pero ¿qué ha venido a hacer *sir Harvey* a este pueblo?

—Ha alquilado la casa de campo de Pope para pasar el verano. Usted la conoce; es la que está situada en el camino de La Horca, bastante cerca de la suya —explicó Price, riendo entre dientes—. Me lo presentó el jefe de policía; al conocerle, tuve una inspiración.

—¿Una inspiración?

—Exactamente. Se me ocurrió pedirle que hiciera de adivino; sólo se daría a conocer su identidad después de la fiesta. Creo que al hombre le gusta su papel y se ha divertido mucho.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es un hombre enjuto, de edad madura y de mirada viva. Como le decía, creo que se divierte mucho en su nueva profesión. Los Ashe están en el secreto; anoche *lady Ashe* estuvo a punto de desmayarse cuando se lo dijeron. También lo saben el doctor Middlesworth y una o dos personas más.

No había terminado de pronunciar la última palabra cuando prorrumpió

nuevamente en gritos que ensordecieron a Dick; una de las personas que acababa de mencionar avanzaba de prisa entre las tiendas, en dirección al edificio.

Sin sombrero y con una bolsa de palos de golf colgada del hombro, el doctor Middlesworth caminaba a grandes zancadas; quería llegar a la casa antes de que comenzara a llover. Era el encargado de los juegos de golf de la fiesta, que consistían en lanzar varios tiros desde un *tee* improvisado; la persona que llegaba al hoyo con menos golpes se hacía acreedora a una recompensa honorífica. Al oír la llamada del mayor, meneó enérgicamente la cabeza en sentido negativo, pero tanto insistió éste, que por fin, de mala gana, se dirigió al *stand* de tiro.

Hugo Middlesworth era un buen médico y también mi hombre popular, aunque resultaría difícil explicar esta última circunstancia. Hablaba poco, pero trataba a todo el mundo con afabilidad; estaba casado con una esforzada mujer aunque algo mordaz, y contaba con una familia bastante numerosa.

Delgado, de unos cuarenta años, con un pelo fino que comenzaba a ralear en la coronilla, el doctor mostraba generalmente una expresión algo fatigada. Su bigote castaño dibujaba una angosta línea sobre el labio superior; en torno a su boca y sus ojos se notaban algunas arrugas, y depresiones en las sienes y pómulos. Si bien era poco conversador, poseía en cambio una sonrisa comprensiva que le iluminaba el semblante de forma inesperada. Esta expresión, ya casi inconsciente, constituía su único gesto amenerado, a pesar de lo cual su efecto sobre las personas era extraordinario.

Se encaminó pesadamente hacia ellos, pasándose la bolsa de golf de un hombro al otro. Al llegar, examinó con asombro al mayor Price.

—¿Cómo? ¿No ha ido al partido de *cricket*?

—No —respondió Price, a pesar de que la pregunta era superflua—. Consideré más conveniente permanecer aquí, en el puesto y..., en fin, pensé que era bueno vigilar un poco al adivino. Acabo de referirle a Dick el asunto de *sir* Harvey Gilman.

—¡Ah! —dijo el doctor.

Hizo ademán de agregar algo, pero cambió de idea.

—A propósito —prosiguió el mayor—, Lesley Grant se encuentra en este momento allí dentro y nuestro hombre le está diciendo la buena ventura. Si le anuncia que en su vida hay un rubio y que saldrá de viaje, habrá acertado —señaló al joven—. Es absolutamente cierto que ellos van a casarse.

Middlesworth no hizo comentario alguno. Sencillamente sonrió y le alargó su mano fuerte y firme; Dick comprendió que su gesto era sincero.

—He oído algo al respecto —confesó el médico—. Mi esposa me lo ha contado —de nuevo apareció en su rostro la expresión de fatiga; vaciló un poco antes de proseguir—. En cuanto a *sir* Harvey...

—Los conocimientos de ese caballero deben de ser de inestimable valor para el trabajo de este joven —le interrumpió Price, dando irnos golpecitos en el hombro de Dick, con gesto significativo.

—Inestimable —replicó Markham con cierta vehemencia— no es precisamente la palabra adecuada. Pero durante estos últimos treinta años *sir* Harvey Gilman ha informado, como perito, en todos los crímenes, célebres o no, que han ocurrido. Un amigo mío que vivía en Bayswater, cerca de su casa, afirma que casi todos los días *sir* Harvey regresaba a su hogar trayendo, en una jarra de cristal destapada los intestinos de algún ser humano. Rodolfo sostiene que el viejo es una verdadera enciclopedia andante en lo que se refiere a asesinatos, pero parece que resulta difícil inducirle a hablar del tema. Además...

En ese momento los tres se sobresaltaron.

El breve resplandor de un relámpago iluminó el parque con su pálida luz mortecina y fue seguido por el ensordecedor estampido de un trueno. El destello puso de relieve todos los detalles del paisaje, a semejanza de una llamarada de magnesio.

Se destacó en el fondo la oscura silueta del edificio de Ashe Hall, con sus estrechas chimeneas y sus ventanas con columnas que parecían iluminadas por la luna; una mole venerable, pero de aspecto descuidado, como su dueño. También alcanzó a verse el vaivén agitado y violento de los árboles, el rostro flaco y marcado por las preocupaciones del doctor Middlesworth y el del mayor Price, lleno y plácido, vuelto hacia la tienda del nigromante. Cuando la oscuridad volvió a reinar y cesó el retumbar del trueno, convirtiéndose en un ruido sordo y confuso, la atención de los tres hombres se concentró en la tienda.

Sucedía algo raro. Por la sombra, se pudo apreciar que Lesley Grant se ponía de pie repentinamente y que el hombre la imitaba, señalándola al mismo tiempo con el índice desde el otro lado de la mesa. A pesar del carácter sobrenatural que parecía tener esa escena de sombras ondulantes, se percibía en ella una extrema tensión.

—¡Un momento! —gritó Markham sin saber por qué.

Sin embargo, se dio cuenta con tanta claridad como si se hallara presente de que la joven y el hombre discutían agitadamente.

La sombra de Lesley Grant giró sobre sí misma, y la muchacha apareció bruscamente fuera de la tienda.

Sin saber qué hacer, con el rifle bajo el brazo, Dick corrió en su dirección. Como una figura blanca en medio de la oscuridad, la joven se detuvo de golpe, y pareció esforzarse por recuperar la tranquilidad.

—¡Lesley! ¿Qué ocurre?

—¿Cómo? —interrogó ella con voz serena y suave, imperceptiblemente alterada.

—¿Qué te ha dicho?

El joven, más que ver, sintió que ella le escudriñaba el rostro con la mirada brillante de sus ojos castaños, enarcados por finas cejas, que él tanto conocía.

—¡Nada! —protestó Lesley—. En realidad, no creo que sea muy bueno. La eterna historia: una vida feliz, alguna enfermedad sin importancia y una carta con buenas noticias.

—¿Por qué estabas tan asustada?

—Pero ¡no! ¡No lo estaba!

—Lo siento, querida, pero vi tu sombra en la pared de la tienda.

Cada vez más inquieto, Dick tomó una resolución. Casi sin saber lo que hacía, entregó con brusquedad el arma a Lesley.

—¡Toma, ten un momento!

—¡Dick! ¿Adonde vas?

—¡Quiero ver a ese imbécil!

—¡No, no vayas!

—¿Por qué?

La lluvia hizo las veces de respuesta. Unas gotas impulsadas por una ráfaga cayeron oblicuamente y chocaron contra el césped; el silbido del viento entre los árboles parecía aumentar, como si se preparara para abrir las compuertas del cielo.

Markham echó una ojeada a su alrededor; el prado, casi desierto hasta ese momento, comenzaba a ser invadido por la gente que regresaba con premura de la cancha de *cricket*, situada en el otro extremo del parque. El mayor Price se hallaba muy atareado recogiendo los rifles; el joven le hizo señas con la cabeza al mismo tiempo que señalaba a Lesley, y en seguida tomó a ésta del brazo por un instante.

—Ve a la casa —le aconsejó—. Yo no tardaré —a continuación empujó la lona que hacía de puerta de la tienda y agachándose se introdujo en ella.

En cuanto estuvo en el interior oyó una voz gutural, de tono monótono y afectado, que salía del extremo opuesto del estrecho y sofocante recinto.

—¡Lo siento! —dijo la voz—, pero estoy fatigado. Acabo de terminar la última sesión. No puedo complacer a nadie más en el día de hoy.

—Está bien, *sir* Harvey. No he entrado aquí con la intención de que me diga la buenaventura.

Sus miradas se cruzaron. Sin saber por qué, el joven sintió que se le atragantaban las palabras.

Se encontraba en un espacio cerrado que tenía apenas algo más de tres metros cuadrados. Una lámpara eléctrica con pantalla, que colgaba del techo, iluminaba una brillante bola de cristal, a través de la cual pasaba la luz yendo a incidir en un tapete de terciopelo de color de ciruela que cubría la pequeña mesa; este conjunto ejercía una fuerte atracción hipnótica, en medio de la atmósfera pesada del lugar.

El adivino se hallaba sentado frente a la mesa. Era un hombre de pequeña estatura, enjuto, de más de cincuenta años, y llevaba un traje blanco de lino y un turbante de colores. Asomaba bajo el tocado hindú el rostro típico de un hombre cerebral, con nariz afilada, boca recta, la barbilla pronunciada y una frente desagradable surcada de arrugas. Sus ojos, de expresión poco acogedora, estaban también rodeados de arrugas en sus extremos.

—De manera que usted me conoce —dijo el hombrecito, hablando con su tono natural, que era seco como el de un maestro de escuela. Se aclaró la garganta y tosió varias veces para recuperar su voz.

—Así es, señor.

—¿Y qué desea entonces, joven?

Algunas gotas de lluvia redoblaron en el techo de la tienda.

—Deseo saber —replicó Dick— qué le ha dicho a la señorita Grant.

—¿A qué señorita?

—A la señorita Grant. La joven que acaba de salir de aquí. Mi novia.

—Su novia, ¿eh?

Hizo un leve movimiento con sus párpados surcados de pliegues. El mayor Price había afirmado que *sir* Harvey Gilman se divertía con esa tarea. Era necesario estar dotado de un carácter muy sardónico, reflexionó Dick, para permanecer sentado durante todo el día, en medio de un calor sofocante, hablando con acento fingido y regocijándose en hacer la disección de los que iban a consultarlo. A pesar de todo, en ese momento el rostro de *sir* Harvey no expresaba el menor regocijo.

—Dígame, señor...

—Me llamo Markham, Ricardo Markham.

—Markham —el Gran Swani pareció concentrarse un momento—. Markham. ¿No es usted el autor de esas obras que se representan periódicamente en Londres? ¿Obras de ese género que, según creo, se llama —titubeó un poco— «psicológico-espeluznante»?

—El mismo, señor.

—Si no me equivoco, se analiza en ellas la mentalidad de los criminales y los motivos que les inducen a matar. ¿Es usted el autor?

—Hago cuanto puedo por aprovechar los datos que poseo —repuso el joven, colocándose a la defensiva.

«El viejo se siente complacido», pensó Dick. En ese momento *sir* Harvey profirió un sonido que pudo ser risa si hubiera abierto un poco más la boca, pero el aspecto desagradable de su frente no experimentó la menor variación.

—Sin duda, señor Markham. Decía usted que el nombre de esa dama es...

—Grant. Lesley Grant.

En el instante en que el joven acababa de pronunciar esas palabras estalló la tormenta, desencadenándose la lluvia que tamborileó en forma ensordecedora contra la lona. Dick se vio obligado a levantar la voz.

—¿A qué se debe tanto misterio?

—Dígame, señor Markham, ¿hace mucho tiempo que esa joven vive en Six Ashes?

—No; sólo seis meses. ¿Por qué?

—¿Y cuánto hace que están ustedes prometidos? Créame que tengo motivos para preguntárselo.

—Nos prometimos anoche. Pero...

—Anoche —repitió *sir* Harvey con tono inexpresivo.

La lámpara colgante osciló un poco y su luz arrancó a la bola de cristal delicados

y brillantes destellos. El ruido de la lluvia contra la tienda se convirtió en estruendo, haciendo vibrar las paredes de lona. Sentado aún frente a la mesa, mientras observaba a su visitante con sus ojos de expresión singular, el adivino volvió hacia arriba la palma de su mano y con los nudillos golpeó suave y pausadamente la mesa cubierta con el terciopelo.

—Tengo que preguntarle algo más, joven —manifestó con aire interesado—. ¿Dónde obtiene usted el material para sus obras?

En cualquier otra circunstancia Dick le habría informado de todo con mucho gusto y se habría sentido halagado y aun cohibido. Pero en ese momento se dio cuenta de que no podría contenerse y que ofendería al viejo patólogo de nariz afilada, creándose así un enemigo; la desesperación había hecho presa de él.

—¡Por Dios, hombre! ¿Qué pasa?

—No sabría decírselo —declaró *sir* Harvey, mostrando por primera vez un pequeño indicio de humanidad, y alzó la vista—. ¿Sabe usted quién es, en realidad, esa supuesta «Lesley Grant»?

—¿Quién es?

—Creo que será mejor que se lo diga.

Respirando hondamente, *sir* Harvey se incorporó junto a la mesa. En ese preciso instante Dick oyó una detonación.

Después, las cosas perdieron su forma, convirtiéndose en una pesadilla.

Aun cuando el ruido hubiera sido muy fuerte, la mente del joven se encontraba todavía tan dominada por la imagen de los rifles y del tiro al blanco que acababa de practicar, que la detonación no le cogió de sorpresa.

Vio aparecer repentinamente en un lado de la tienda el pequeño agujero negro dejado por la bala, orificio que poco a poco se tornó grisáceo a causa del agua que penetraba por allí. *Sir* Harvey se desplomó con violencia hacia adelante, como si hubiera recibido un puñetazo justamente debajo del omóplato izquierdo. Durante una fracción de segundo el semblante inescrutable del patólogo adquirió una expresión de profundo terror.

El hombre, arrastrando la mesa consigo, cayó casi encima de Dick, pero éste ni siquiera tuvo tiempo de estirar un brazo para impedir que rodara a sus pies junto con el mueble y demás objetos; al caer, *sir* Harvey había aferrado el tapete, derribando la bola de cristal que hizo un ruido sordo al caer sobre el césped pisoteado. El joven observó en el costado del traje blanco de lino una mancha de sangre que se agrandó rápidamente. En seguida, sin atinar aún a moverse, oyó claramente una voz.

—¡No he podido evitarlo, mayor Price!

Era la voz de Lesley.

—¡Lo siento muchísimo, pero no he podido evitarlo! ¡Dick no debió entregarme este rifle! ¡Alguien me ha empujado el brazo y como yo tenía la mano sobre el gatillo, se ha disparado accidentalmente!

Parecía hallarse muy cerca, en medio del estruendo del aguacero; hablaba con

tono dulce, angustiado y sincero.

—Espero que..., espero no haber herido a nadie.

Esa noche, a las nueve y media, hora en que las sombras del crepúsculo de junio se van haciendo más profundas, Dick Markham recorría el despacho de su casa de campo, situada en las afueras de Six Ashes, sin hacer la menor pausa, de uno a otro extremo.

«Si me fuera posible no pensar —se decía a sí mismo— me sentiría tranquilo. Pero no puedo».

No cabía duda; la sombra de *sir* Harvey Gilman se destacaba claramente contra la pared de la tienda, constituyendo un excelente blanco para la persona que quisiera tirar contra él.

¡Imposible!

«Este asunto —prosiguió reflexionando— se explicará con toda sencillez; no hay que desesperar. No hay que dejarse envolver por las sospechas, por esos repugnantes hilos que se enroscan en la muerte y en los nervios, hasta el punto de que se siente vibrar la araña al extremo de cada uno de ellos. Amo a Lesley, y fuera de eso nada tiene importancia».

¡Embustero!

«El mayor Price cree que el disparo fue accidental. Lo mismo opinan el doctor Middlesworth y Earnshaw, el gerente del Banco, que apareció tan inesperadamente después de caer *sir* Harvey. Yo soy el único que...». Se detuvo y recorrió lentamente con la vista el despacho en que había producido tantas de sus obras, buenas y malas.

En las mesas, las lámparas panzudas arrojaban su luz dorada sobre las cosas dispersas en agradable desorden, y los rayos se reflejaban en las ventanas, con cristales en forma de rombo, que daban al jardín. La repisa de la chimenea de ladrillos ennegrecidos estaba cubierta con un paño. En las paredes colgaban, en sus respectivos marcos, fotografías de actores y escenas teatrales; también había llamativos carteles del Comedy Theatre, Apollo Theatre y del St. Martin, en los cuales se anunciaban obras de Ricardo Markham.

En una de las paredes destacaba un anuncio que decía: *El error del envenenador*, y en otra *Pánico en la familia*, sendos intentos para comprender la mentalidad del asesino, para ver con sus ojos y experimentar sus sentimientos. Estos carteles ocupaban el espacio que dejaban libre los estantes repletos de libros que, en su mayor parte, trataban de psicología patológica y criminal.

Encima del escritorio se veía una máquina de escribir cubierta con su funda. Más allá, el armario giratorio con las obras de consulta, los mullidos sillones y los ceniceros de pie. Tampoco faltaban las cortinas de algodón y las alfombras de colores vivos. Este conjunto constituía la torre de marfil de Dick Markham, tan apartada del mundo como el pueblo mismo de Six Ashes.

Hasta el nombre del camino en que vivía era sugestivo...

Encendió otro cigarrillo y aspiró profundamente el humo, con la preconcebida intención de marearse. En el instante en que repetía el intento, sonó el timbre del teléfono.

El joven levantó el receptor con tanta prisa que estuvo a punto de derribar el aparato.

—¡Hola! —oyó que decía la voz cautelosa del doctor Middlesworth.

Despejándose la garganta, colocó el cigarrillo sobre el borde del escritorio y sujetó el aparato con ambas manos.

—¿Cómo sigue *sir* Harvey? ¿Vive aún?

Se produjo un corto silencio.

—Sí. Está vivo.

—¿Cree usted que... mejorará?

—¡Oh, sí! Estoy seguro.

Markham sintió una tremenda sensación de alivio, como si le librarán de un peso que le oprimía el pecho, y el sudor le cubrió la frente. Cogió el cigarrillo, aspiró maquinalmente dos bocanadas y en seguida lo arrojó a la chimenea.

—*Sir* Harvey desea verle —prosiguió el médico—. ¿Podría venir a su casa en seguida? Sólo dista unos metros de la suya, y pensé que...

Dick clavó la vista en el receptor.

—¿Está en condiciones de hablar?

—Sí. ¿Puede venir en seguida?

—Iré —respondió el muchacho— en cuanto me comunique por teléfono con Lesley y le informe de que todo va bien. Me ha llamado muchas veces esta tarde; está trastornada.

—Ya lo sé. También ha llamado aquí. Pero... —la vacilación del doctor era evidente— *sir* Harvey prefiere que no lo haga.

—¿Que no haga qué?

—Que no informe a Lesley de su estado; al menos por ahora. Ya le explicará él los motivos de su actitud. Mientras tanto... —titubeó otra vez— no permita que nadie le acompañe hasta aquí y no repita cuanto acabo de decirle. ¿Lo promete?

—¡Está bien, está bien!

—¿Lo promete bajo palabra de honor?

—Sí.

Lentamente, con la vista fija en el receptor, como si éste pudiera revelar el misterio encerrado en las palabras del doctor, Dick volvió a colocarlo en la horquilla. Su mirada vagó por la habitación y fue a detenerse en las ventanas. Hacía rato que la tormenta había pasado; el cielo aparecía estrellado y el denso olor a hierba mojada y el perfume de las flores impregnaban la atmósfera, calmando la excitación de las mentes enfebrecidas.

De pronto, con instinto casi animal, se dio cuenta de que había otra persona en la

sala. Se volvió bruscamente y vio a Cintia Drew que le observaba desde el vano de la puerta.

—¿Qué tal, Dick? —saludó la joven, sonriendo.

Dick Markham se había jurado firmemente que cuando volviera a encontrarse con ella no se sentiría incómodo, no rehuiría su mirada ni experimentaría la sensación de ser culpable de una bajeza. Pero faltó a su juramento.

—He llamado a la puerta de la entrada —explicó ella—, pero nadie me ha contestado, y como estaba abierta he entrado. ¿No te molesta que lo haya hecho?

—¡No, por supuesto!

Cintia rehuía también su mirada. La conversación pareció decaer, como si entre ellos existiera un abismo, hasta que la muchacha decidió hablar con franqueza.

Era una de esas jóvenes de espíritu sano y sincero que ríen mucho, pero que a veces parecen más complicadas que las mujeres con cierta imaginación. No podía negarse que era bonita: tenía cabello rubio, ojos azules y tez y dientes hermosos. Sin moverse de su sitio, hizo girar el picaporte de la puerta, hasta que de repente tomó una decisión.

Se adivinaba fácilmente qué iba a decir, y la forma exacta en que se expresaría. Miró a Dick en los ojos y respiró hondo; el jersey rosado, la falda color castaño y las medias y zapatos de un tono tostado realzaban su cuerpo bien formado. Avanzó con una especie de vehemencia premeditada y le tendió la mano.

—He sabido que os habéis prometido tú y Lesley, Dick. Me alegro, y espero que seáis muy felices.

Pero al mismo tiempo sus ojos decían: «Nunca creí que me hicieras esto. No importa. Fíjate lo noble que soy; confío en que comprenderás que has cometido una bajeza».

—Gracias, Cintia —respondió Dick en voz alta—. Nosotros también estamos muy contentos con nuestro compromiso.

Ella se echó a reír, pero en seguida se contuvo, como si se diera cuenta de que incurría en una inconveniencia.

—En realidad, es otro el motivo de mi visita —explicó, enrojeciendo a pesar suyo—. Se trata del espantoso incidente relacionado con *sir* Harvey Gilman.

—Sí.

—Es efectivamente *sir* Harvey, ¿verdad? —señaló con un movimiento de cabeza en dirección a las ventanas y siguió hablando de prisa.

Tratándose de otra mujer, se hubiera dicho que procedía con astucia.

—Me refiero al hombre que hace unos días ocupó la vieja casa del coronel Pope, y que mantenía en secreto su identidad para poder actuar después como adivino. ¿Es *sir* Harvey Gilman? —volvió a preguntar.

—Sí, efectivamente, es él.

—Dick, ¿qué ha sucedido esta tarde?

—¿No has estado en la fiesta?

—No. Pero dicen que está moribundo.

En el momento en que el joven iba a romper la promesa hecha al doctor, se contuvo.

—Corre el rumor de que ha ocurrido un accidente —prosiguió la muchacha— y que *sir* Harvey ha recibido un balazo cerca del corazón; que el mayor Price y el doctor Middleworth lo han cogido, lo han colocado en un automóvil y lo han traído aquí. ¡Pobre Dick!

—Pero ¿por qué me compadeces *a mí*?

Cintia juntó las manos con gesto de aflicción.

—Lesley es una excelente muchacha —manifestó con tanta sinceridad y fervor, que Dick no pudo dudar de la veracidad de sus sentimientos—. Pero no debiste entregarle el rifle. ¡Fue una imprudencia! Ella no sabe nada de la parte práctica de la vida. El mayor Price sostiene que *sir* Harvey se halla en estado comatoso. ¿Has visto al doctor?

—No.

—Todos están terriblemente impresionados. La señora Middlesworth afirma que no debimos instalar un puesto de tiro al blanco, pero la señora Price se enojó con ella porque su marido era quien estaba encargado del *stand*. Es una verdadera lástima; el cura dice que en esa feria hemos ganado más de cien libras. Comienzan a correr los rumores más absurdos.

La joven hablaba sin interrupción, de pie junto a la máquina de escribir; cogía un libro y volvía luego a dejarlo, sin fijarse siquiera en el título.

«Tiene tan buen corazón... —pensó Dick—. Es tan sincera, servicial y agradable...». Sin embargo, había algo que le preocupaba; además, la voz de ella comenzaba a molestarle.

—Mira, Cintia: lo siento, pero tengo que salir.

—Nadie ha preguntado a *lord* Ashe qué opina del asunto, pero también es cierto que se le ve muy rara vez. ¿No es así? Entre paréntesis, ¿por qué mira *lord* Ashe de manera tan singular a la pobre Lesley en las pocas ocasiones en que se encuentra con ella? Lady Ashe... —Cintia se interrumpió bruscamente—. ¿Qué has dicho, Dick?

—Tengo que salir.

—¿A ver a Lesley? ¡Naturalmente!

—No. Voy a enterarme qué pasa en casa de mi vecino. El doctor desea hablarme. La muchacha se mostró en seguida dispuesta a colaborar.

—Iré contigo, Dick. En todo cuanto pueda ser útil...

—¡*Repito, Cintia, que debo ir solo!*

Fue como si le hubiera dado una bofetada.

«Es un perfecto cochino —pensó ella—, pero en fin, pasémoslo por alto».

Después de un breve silencio, la muchacha rió, pero con un gesto que más parecía una reconvención y mediante el cual restaba importancia a las cosas; era el mismo que empleaba cuando en un partido de tenis alguien se irritaba y arrojaba al suelo la

raqueta con ánimo de romperla. Le miró con aire grave y preocupado.

—Eres muy excitable, Dick —dijo con tono cariñoso.

—¡No lo soy, caramba! Pero...

—Supongo que es una característica de todos los escritores. Por eso no hay que asombrarse —hizo un gesto dando a entender con él que esos hombres no estaban al alcance de su comprensión—; pero a pesar de todo, es inusitado en una persona como tú, sociable, excelente jugador de *cricket*, etc. Quiero decir que... ¡Ay! ¡Otra vez me dejo llevar por la imaginación! Seguramente estoy divagando.

Le miró con firmeza, ruborizándose. El azul de sus ojos se destacó con más fuerza; en ese momento, su rostro de expresión apacible alcanzó un grado de hermosura cercano a la belleza.

—Pero puedes contar conmigo, Dick —dijo por último. Y se fue.

Era demasiado tarde para disculparse. El villano de la escena dejó transcurrir un tiempo prudencial, para dar lugar a que la muchacha se alejara en dirección al pueblo y luego salió.

Por delante de su casa pasaba un ancho camino rural que corría de Este a Oeste, entre árboles y campo abierto. A un lado de la carretera se levantaba la pared baja, de piedra, que rodeaba el parque de Ashe Hall; enfrente, a una distancia de cerca de cien metros entre sí, se alzaban tres casas de campo.

La primera era la de Dick Markham. La segunda se encontraba deshabitada, y la tercera y última, situada hacia el Este, había sido alquilada con muebles por el enigmático recién llegado. Estas tres viviendas del camino de La Horca provocaban la curiosidad de los visitantes; se hallaban a bastante distancia del camino, y solamente su aspecto pintoresco podía compensar los inconvenientes materiales de que adolecían, como el anticuado medidor eléctrico que sólo dejaba pasar la corriente cuando se introducía en él un chelín; además, carecían de cloacas.

Al desembocar en el camino oyó débilmente, hacia el Oeste, las campanadas del reloj de la iglesia; eran las diez. Resultaba difícil distinguir la carretera, aunque parecía menos oscura que el cielo; las estrellas se veían como reflejadas en el agua de un pozo. Los perfumes y ruidos nocturnos se percibían con mucha intensidad. Dick llegó a la última casa corriendo a ciegas.

Reinaba allí una oscuridad casi completa.

Un tupido monte bajo, de abedules, se alzaba junto a la tapia del parque; desde la casa partían hileras de árboles frutales, que se extendían hacia el Este, bordeando el camino. En conjunto, era un sitio sombrío, aun durante el día, además de húmedo y frecuentado por las avispas. En medio de las tinieblas, el joven no pudo distinguir el edificio, a excepción de unos rayos de luz que se filtraban por dos ventanas situadas en el frente.

Sin duda fue visto por alguien, o se oyeron sus pasos cuando avanzaba dando trapiés por el jardín delantero, porque el doctor Middlesworth abrió la puerta en seguida y lo introdujo en un vestíbulo de aspecto moderno.

—Escuche —dijo el médico, sin preámbulos, con su tono suave de costumbre, pero con mucha seriedad—: no puedo continuar con este engaño. No es justo que se exija semejante cosa de mí.

—¿Qué engaño? ¿Está muy mal el hombre?

—En eso reside precisamente la mentira. *Sir Harvey* está sano.

Dick cerró la puerta con un golpe suave y giró con rapidez sobre sí mismo.

—Se desmayó a causa de la impresión —explicó el médico—, y en vista de ello todos creyeron que se encontraba moribundo o que había muerto. Yo tampoco estaba seguro, hasta que lo trasladé aquí y le extraje el proyectil. Por lo general, la bala de calibre 22 de un rifle de tiro al blanco no es muy peligrosa, a menos, naturalmente, que penetre en la cabeza o en el corazón.

En los ojos apacibles del doctor apareció una expresión levemente divertida, al mismo tiempo que se frotaba con la mano la frente surcada de arrugas.

—Cuando extraje la bala, el herido recuperó el sentido y se quejó a gritos de que habían intentado asesinarlo. Fue una sorpresa para el mayor Price, que había insistido en acompañarme a pesar de que traté de alejarlo.

—¿Entonces?

—*Sir Harvey* tiene solamente una herida superficial; ni siquiera ha perdido mucha sangre. Durante algunos días sentirá dolor en la espalda, pero fuera de eso se encuentra tan bien como antes del incidente.

Dick tardó un poco en convencerse de lo que oía.

—¿Sabe usted —dijo por fin— que Lesley Grant está desesperada porque cree que lo ha matado?

El semblante de Middlesworth se tornó serio.

—Sí. Ya lo sé.

—Entonces, ¿a qué se debe esta comedia?

—Antes de que el mayor se retirara de aquí —contestó el doctor, rehuendo una respuesta directa—, *sir Harvey* le hizo prometer que mantendría en secreto su estado. Sugirió que sería mejor hacer circular la versión de que se halla en estado comatoso y que su muerte es cuestión de horas. Como conozco al mayor, dudo que guarde el secreto.

Un poco emocionado, Hugo Middlesworth parecía locuaz.

—De todas maneras —se lamentó—, yo no puedo callar; y se lo previne al herido. Una actitud semejante sería contraria a las reglas de mi profesión y a la ética. Además...

Como había hecho ya en otra ocasión ese mismo día, el doctor hizo ademán de expresar o sugerir algo, pero lo pensó mejor y se contuvo.

—¡Insisto, doctor! ¿A qué se debe todo esto?

—*Sir Harvey* no quiso decírselo al mayor, ni a mí. Tal vez se lo cuente a usted. Venga conmigo.

De forma brusca, Middlesworth alargó la mano y abrió la puerta situada a la

izquierda del vestíbulo, haciendo seña a Dick para que pasara antes que él. Entraron en una sala de descanso, amplia aunque con techo más bien bajo, y con dos ventanas que daban al camino. Justamente en el centro se veía un gran escritorio iluminado por una lámpara colgante; junto a él se encontraba el adivino, ya sin disfraz, sentado en una butaca, con el cuerpo un poco echado hacia adelante para no tocar el respaldo.

La expresión ceñuda de *sir* Harvey Gilman borraba cualquier otra impresión que pudiera suscitar en su visitante. Markham observó que llevaba puesto un pijama, y encima de éste una bata. Era calvo, de nariz afilada, y sus ojos y su boca conservaban la misma expresión escéptica y burlona que mostrara en su papel de quiromántico. Examinó al joven de pies a cabeza.

—¿Se siente usted fastidiado, señor Markham?

El interpelado no respondió.

—Creo —prosiguió *sir* Harvey— que soy yo quien debe estarlo —encorvó la espalda y al hacerlo dio un respingo de dolor. Apretó fuertemente los labios y continuó—: He propuesto que se haga un pequeño experimento. Según parece, el doctor, aquí presente, desaprueba mi idea; pero me imagino que usted estará de acuerdo con el plan en cuanto me haya escuchado. No, doctor, puede permanecer en la habitación.

El patólogo tomó un cigarro, consumido hasta la mitad, que se hallaba en el borde de un cenicero.

—Deseo que me entienda bien —agregó—. Me importa un comino la justicia, considerada desde un punto de vista abstracto. No daría un solo paso para informar en contra de una persona. Pero siento una curiosidad intelectual por las cosas de este mundo. Antes de morir, me gustaría conocer la respuesta a uno de los pocos problemas que mi amigo Gideón Fell no pudo resolver. Si usted está dispuesto a ayudarme, tenderemos mía trampa, y lo resolveremos. En caso contrario... —agitó el cigarro, se lo llevó a la boca y aspiró, pero estaba apagado. Sus ademanes ponían de manifiesto el deseo de venganza que le dominaba—. Ahora bien, en cuanto a esa mujer, la supuesta «Lesley Grant»...

Dick recobró inmediatamente el habla.

—Dígalo de una vez, señor. ¿Qué iba usted a contarme en el momento en que sonó el disparo?

—En cuanto a esa mujer —prosiguió el hombrecillo en tono imperturbable—, supongo que está usted enamorado de ella, ¿no es así? O al menos, lo cree así.

—Estoy seguro de que la amo.

—Es una verdadera lástima —comentó *sir* Harvey fríamente—. Sin embargo, *ya ha ocurrido antes algo semejante* —volvió la cabeza hacia el calendario de mesa que se encontraba sobre el escritorio; ese día estaba señalado como jueves 10 de junio—. Dígame, ¿por casualidad no le ha invitado ella a cenar en su casa esta semana, o la próxima, para festejar el compromiso?

—Efectivamente. Mañana por la noche. Pero...

Sir Harvey pareció sobresaltarse.

—Mañana por la noche, ¿eh?

En la imaginación de Markham apareció nítidamente la figura de Lesley, destacándose contra el fondo formado por la casa de ella, allá en el otro extremo del pueblo. Por espacio de una fracción de segundo desfilaron por la mente del muchacho todos los rasgos de la joven: su buen carácter, su escasa habilidad para las tareas de la vida diaria, sus enfados. Lesley odiaba la ostentación en todas sus formas y jamás usaba pintura en los labios, ni joyas o vestidos llamativos. Sin embargo, debido a su naturaleza vehemente, cuando se enamoraba perdía toda su discreción y se tornaba temeraria.

En ese instante, el rostro de la muchacha, convertido en la dulce imagen en que se concentraba toda la pasión de Dick, se volvió para éste en una obsesión. Casi inconscientemente, gritó:

—¡No puedo aguantar más! ¡Basta de tonterías! ¿De qué la acusa usted? ¿Quiere darme a entender que no se llama Lesley Grant?

—Sí —respondió el patólogo, alzando los ojos—. Su verdadero nombre es Jordán. Se trata de una envenenadora.

Durante un espacio de tiempo en que se habría podido contar hasta diez, los tres hombres permanecieron en silencio. Por fin, Dick habló. Al parecer, su mente se resistía a comprender el verdadero significado de las palabras que acababa de oír. Su voz no denotaba cólera y hasta expresaba cierta despreocupación.

—Es absurdo.

—¿Por qué?

—¿Envenenadora una niña como ella?

—Esa niña, como usted la llama, tiene cuarenta y un años.

Markham ocupó una silla que se hallaba cerca de él. El coronel Pope, propietario de la casa, había convertido la sala en un sitio cómodo, con muebles viejos y ya un poco deteriorados. Las paredes revocadas, blancas en otros tiempos, aparecían teñidas de gris, y secas las vigas de roble. En las cuatro paredes se veía una hilera de grabados con motivos guerreros de comienzos y mediados del siglo diecinueve; los colores habían sufrido la acción del tiempo, pero conservaban, sin embargo, cierta intensidad. Al mirarlos, dominado aún por el aturdimiento, a Dick le pareció que se confundían todos los colores.

—Usted no me cree —dijo *sir* Harvey en tono tranquilo—, tal como yo suponía. Pero he llamado por teléfono a Scotland Yard de Londres y mañana llegará un empleado que la conoce muy bien. Además, traerá las fotografías y las huellas dactilares de esa señorita.

—¡Un momento, por favor!

—Diga usted, joven.

—¿Qué delitos ha cometido Lesley, según usted?

—Ha envenenado a tres hombres, dos de los cuales eran maridos de ella; de ahí proviene su fortuna. El tercero...

—¿A qué maridos alude usted?

—¿Su alma romántica sufre a causa de ello? —interrogó *sir* Harvey—. Burton Foster, el primer esposo, era abogado de una corporación americana. El segundo, un vendedor de algodón, de apellido Davies, cuyo nombre no recuerdo. Se trataba de dos hombres adinerados. Pero tal como decía, la tercera víctima...

Dick Markham se llevó las manos a las sienes.

—¡Dios santo! —exclamó.

Con esas dos palabras expresaba bruscamente toda la incredulidad y la protesta, la turbación y la desorientación que le embargaban. Hubiera deseado no escuchar; ansiaba borrar de su vida esos últimos treinta segundos.

Con un gesto de amabilidad, el patólogo adoptó cierto aire de aflicción y desvió la vista.

—Lo siento, joven —dijo, arrojando en el cenicero su cigarro apagado—, pero es la verdad —miró al muchacho con agudeza—. Y si piensa que...

—¡Continúe! ¿Si pienso qué?

Los labios del hombrecillo adquirieron una expresión aún más sardónica.

—Usted escribe tonterías acerca de la mentalidad de los asesinos. No tengo por qué negar que sus trabajos me resultan entretenidos; entre mis colegas tengo fama de poseer un sentido humorístico bastante singular. Pero si cree que en este momento le estoy haciendo objeto de una broma premeditada a modo de escarmiento, puede desechar en seguida tal suposición. Créame que no tengo la menor intención de bromear.

Y por desgracia poco tardó Dick en descubrir que decía la verdad.

—Esa mujer —prosiguió el hombre, expresándose sin rodeos— es una perfecta embaucadora. Cuando antes se acostumbre usted a esa idea, tanto más rápidamente logrará sobreponerse a ella y menor será el peligro que corra.

—¿Peligro?

—Exactamente.

La desagradable arruga surcó otra vez la frente de *sir* Harvey. El hombre se retorció en la silla, esforzándose por adoptar una postura más cómoda, pero atormentado por el dolor abandonó encolerizado la tentativa.

—En eso consiste la dificultad —continuó—. En mi opinión, esa mujer ni siquiera es muy lista. Sin embargo, sigue haciendo de las suyas y sale siempre airosa. Ha ideado un sistema de asesinato que ni Gideón Fell ni yo hemos conseguido descubrir.

Por primera vez empleaba claramente la palabra «asesinato» para calificar las acciones de Lesley. Ante el abismo de maldad que se abría ante él, el joven se sintió aún más desorientado.

—¡Un momento! —insistió—. Hace un instante, usted hizo referencia a ciertas huellas dactilares. ¿Acaso ha estado ella sometida a proceso?

—Esas huellas se obtuvieron de forma extraoficial, porque nunca pudo entablársele juicio.

—¿Ah, sí? Y entonces, ¿cómo sabe que es culpable?

El rostro de *sir* Harvey adquirió una expresión rígida en que se reflejaba la exasperación.

—Le ruego que me crea, señor Markham, por lo menos hasta que llegue nuestro amigo de Scotland Yard.

—No pongo en duda sus palabras —replicó el joven—; sólo pregunto la razón por la cual está usted tan seguro de sus afirmaciones. Si Lesley era culpable, ¿por qué no la detuvo la policía?

—Porque no pudieron probarle nada. Fíjese bien que son tres los casos en que se encontraba complicada y, sin embargo, no les fue posible demostrarlo.

Nuevamente, sin darse cuenta de ello, el patólogo del Ministerio del Interior

intentó cambiar de postura y experimentó un dolor agudo. A pesar de todo, esta vez se hallaba tan absorto que casi no lo sintió. Alzaba y volvía a bajar los dedos, apoyándolos en los brazos del sillón. Sus ojos, dotados de un brillo semejante a los de un mono, reflejaban un sentimiento tan sardónico que podía confundirse con la admiración.

—La policía —recalcó— le proporcionará las fechas y los detalles exactos. Yo sólo puedo relatarle mi experiencia personal. Por lo tanto, le ruego que no me interrumpa mientras no sea imprescindible.

—Continúe usted —manifestó Dick.

—Conocí a esa dama hace ya trece años. Nuestro gobierno, llamémosle así, no me había concedido aún mi título de nobleza. Tampoco ocupaba yo el cargo de patólogo jefe en el Ministerio del Interior. A menudo, además de realizar trabajos de patología, desempeñaba las funciones de médico policíaco. Una mañana de invierno, repito que Scotland Yard puede suministrar la fecha precisa, se nos informó que en el cuarto de vestir contiguo al dormitorio de su casa de Hyde Park, se había descubierto el cuerpo sin vida de un americano apellidado Foster. Me trasladé allí en compañía del entonces inspector jefe, y en la actualidad superintendente Hadley. En nuestra opinión, se trataba evidentemente de un suicidio. La esposa del difunto había pasado la noche fuera de su hogar. El cuerpo de Foster se hallaba semirrecostado en un sofá, junto a una pequeña mesa, en su cuarto de vestir. La causa de la muerte era el ácido cianhídrico, inyectado en el antebrazo izquierdo mediante una jeringuilla hipodérmica que se encontró en el suelo, a sus pies —hizo una pausa. La piel cubierta de arrugas que rodeaba sus labios se contrajo en una sonrisa algo cruel—. Sus estudios, señor Markham —prosiguió, al mismo tiempo que extendía los dedos—, sus estudios, digo, le habrán proporcionado la oportunidad de conocer las propiedades del ácido cianhídrico o prúsico. Por vía bucal produce un efecto muy doloroso pero rápido. Inyectado en la sangre, tiene consecuencias similares, pero el efecto es aún más rápido. Las características que presentaba el caso eran sin duda las de un suicidio. Ninguna persona en pleno uso de sus facultades mentales permitiría que un asesino le introdujera con toda precisión en una vena una aguja de jeringuilla que, a más de tres metros de distancia, olía a almendras amargas. Las ventanas del cuarto se encontraban cerradas desde el interior; la puerta no sólo tenía corrido el cerrojo, sino que además se había colocado una cómoda delante de ella. A los sirvientes les costó mucho trabajo forzar la entrada. Por nuestra parte, consolamos a la viuda; abatida y agobiada por el dolor, deshecha en lágrimas, acababa de regresar a su casa, y como se trataba de una joven tierna y delicada, su aflicción nos emocionó bastante.

Dick Markham se esforzó por conservar la calma.

—¿Y esa viuda era...? —inquirió sin terminar la frase.

—Sí, la mujer que se hace llamar Lesley Grant —contestó el hombre.

Nuevo silencio.

—Y bien —continuó el patólogo—, a esta altura del relato, debo mencionar una de esas coincidencias que, según la errónea creencia general, son más corrientes en la ficción que en la vida real. Cinco años después, durante la primavera, me encontraba en Liverpool y prestaba declaración ante el tribunal de ese puerto. También Hadley se hallaba allí, pero por un asunto totalmente diferente. Nos encontramos casualmente en el Palacio de Justicia, donde nos tropezamos con el superintendente de la policía local. En el transcurso de la conversación, éste nos contó lo siguiente —*sir* Harvey levantó la vista—: «En una casa del camino de Prince Park ocurrió un suicidio bastante extraño. El hombre se inyectó ácido prúsico. Se trata de un individuo de edad madura, adinerado, con buena salud y sin preocupaciones; sin embargo, no cabe duda que se suicidó. En este momento acaba de terminar la indagación». Señaló con la cabeza hacia un extremo del corredor; vimos a una persona vestida de negro que avanzaba por el sucio pasillo, rodeada por un grupo de admiradores. Soy un hombre de carácter firme y bastante poco impresionable, pero jamás olvidaré la expresión del rostro de Hadley al volverse y exclamar: «¡Dios santo, es la misma mujer!».

Las últimas seis palabras eran bastante escuetas; sin embargo, sonaron con una intensidad insoportable.

Cuando el narrador terminó su exposición, y guardó silencio con aire pensativo, el doctor Middlesworth cruzó la habitación sin hacer ruido, rodeó el escritorio de gran tamaño y tomó asiento cerca de la ventana, en un sillón de mimbre que crujió bajo su peso.

Dick sufrió un pequeño sobresalto; había olvidado por completo que el médico se hallaba presente. Este persistía en su actitud reconcentrada, sin hacer el menor comentario ni intervenir en la conversación; cruzó sus largas piernas, apoyó su codo huesudo en el brazo del sillón y la barbilla en la palma de la mano, y fijó su mirada absorta en la pantalla de color tostado que colgaba encima de la mesa.

—¿Afirma usted —gruñó Markham—, o intenta darme a entender que se trataba nuevamente de Lesley? ¿Mi Lesley?

—Sí, su Lesley; claro está que ya no en plena juventud.

El joven hizo ademán de incorporarse, pero se contuvo. Se comprendía fácilmente que el dueño de la casa no tenía intención de ofenderle. A semejanza de un médico, sólo intentaba extirpar del alma del muchacho, con un afilado bisturí, lo que consideraba un tumor maligno.

—Entonces —agregó el hombrecillo—, la policía inició realmente una investigación.

—¿Con qué resultado?

—Con el mismo.

—¿Probaron que ella no podía ser la autora?

—Permítame usted. Demostraron que no les era posible probar nada. Tal como ocurrió en el caso de Foster, la esposa había pasado la noche fuera de su hogar...

—¿Qué coartada adujo?

—Ninguna que pudiera comprobarse. Pero no era necesario.

—Continúe, *sir* Harvey.

—El cuerpo del señor Davies, vendedor en la ciudad de Liverpool —prosiguió el patólogo—, fue hallado en su «guarida», tendido sobre el escritorio. También en esta ocasión el cuarto se encontraba cerrado desde el interior.

Dick se pasó la mano por la frente.

—¿Herméticamente?

—Las ventanas no sólo estaba cerradas con los pestillos, sino que además sus postigos de madera se encontraban cerrados. La puerta tenía dos cerrojos nuevos muy ajustados, uno en la parte superior y otro en la inferior, que resultaba imposible manipular desde fuera. Era una casa antigua, grande y lujosa. El cuarto a que me refiero podía convertirse en una verdadera fortaleza. Además, se comprobó que anteriormente Davies había trabajado como farmacéutico. Conocía muy bien el olor del ácido prúsico; resultaba inverosímil que por error, o porque alguna persona le hubiera dicho que era inofensiva, se inyectara esa droga en su propio brazo. En caso de no ser un suicidio, se trataba sin duda de un asesinato. Sin embargo, no se descubrió la menor huella de lucha o indicios de que la víctima sufriera previamente los efectos de un narcótico. Davies era un hombre pesado y de edad avanzada, pero robusto; no hubiera consentido, sin ofrecer resistencia, que se le clavara en el cuerpo una aguja que olía a ácido cianhídrico. Por otra parte, la habitación estaba cerrada desde el interior —*sir* Harvey frunció los labios y ladeó la cabeza como si quisiera recalcar el carácter extraordinario del suceso—. La misma sencillez del caso, señores, enloqueció a la policía. Tenían la certeza de quién era la culpable, pero no podían probarlo.

—¿Qué... —preguntó el muchacho, mientras se esforzaba por desechar los funestos pensamientos que por momentos lo dominaban—, qué declaró Les..., es decir, la esposa, cuando se la interrogó?

—Como era de suponer, negó que se tratara de un crimen.

—Sí, pero ¿qué dijo?

—Se mostró sencillamente asombrada y consternada y manifestó que no comprendía la razón del hecho. Admitió que se había casado con Burton Foster, pero aseguró que la identidad de circunstancias en que tuvieron lugar ambas muertes se debía a una espantosa coincidencia o error. Ante semejante argumentación, ¿qué podía contestar la policía?

—¿Tomaron alguna otra medida?

—Por supuesto. Hicieron indagaciones con respecto a su persona, con el objeto de descubrir algún indicio en su contra.

—¿Con qué resultado?

—Se esforzaron por imputarle cualquier infracción de las leyes, pero no lo consiguieron. No se halló veneno en su poder ni indicios de que lo hubiera adquirido alguna vez. Había contraído matrimonio con Davies bajo un nombre falso, pero eso

no es ilegal, salvo en los casos de bigamia o estafa, características de que carecía el asunto en cuestión. Esa es otra cuestión.

—¿Entonces?

El patólogo se encogió de hombros y a continuación dio un nuevo respingo a causa del dolor. La herida, o la conmoción provocada por ésta, le torturaba hasta el extremo de enloquecerlo.

—Sólo estoy en condiciones de describir brevemente el último éxito de su carrera, porque no fui testigo de él, como tampoco lo fue Hadley. La hermosa viuda, en posesión de una fortuna bastante considerable, desapareció. Hace tres años, cuando ya casi no me acordaba de ella, un amigo mío que vive en París y a quien, a modo de ejemplo clásico, había relatado la historia de la dama, me envió un recorte de un periódico francés. El artículo informaba respecto a un lamentable suicidio ocurrido en la Avenue George V. La víctima, un joven inglés llamado *míster* Martin Belford, vivía en un apartamento situado en aquella avenida. Según parece, acababa de prometerse con la señorita Lesley X —en este momento no recuerdo el apellido—, que residía en la Avenida Foch. Cuatro días después de su compromiso, el joven cenó con su dama en la casa de ésta para celebrar de esa manera el suceso. Al retirarse a su domicilio, más o menos a las once de la noche, se encontraba aparentemente en muy buen estado de salud y de ánimo. En la mañana del día siguiente fue hallado muerto en su dormitorio. ¿Es necesario que le repita en qué circunstancias?

—¿Las mismas?

—Exactamente las mismas. La habitación cerrada, pero en este caso en forma más sintética, al estilo francés. Había muerto por envenenamiento intravenoso con ácido cianhídrico.

—¿Qué ocurrió entonces? —inquirió Markham.

Sir Harvey miró con fijeza hacia delante, como si se concentrara mentalmente en el pasado.

—Envié el recorte a Hadley, que se puso en contacto con la policía francesa. Ni siquiera ellos, que son tan realistas, admitieron otra posibilidad que no fuera la de un suicidio. Los periodistas franceses, a quienes se les permite emplear un lenguaje más atrevido que a los de este país, se expresaron en tono trágico y melancólico con respecto a la señorita: «*Cette belle anglaise, tres chic, tres distinguée*». Dieron a entender que los dos enamorados habían reñido, hecho que la señorita no quería admitir, y en un ataque de desesperación el hombre había regresado a su casa para quitarse la vida.

En el otro extremo de la habitación, el doctor Middlesworth, sentado aún en el sillón de mimbre que crujía con cada movimiento de su ocupante, extrajo una pipa del bolsillo y sopló en la boquilla. Dick comprendió que no lo hacía únicamente para distraerse y aliviar así el agudo desasosiego que le embargaba. La presencia del médico representaba al pueblo de Six Ashes y la vida normal, y daba a todo el asunto un carácter grotesco; su rostro familiar traía fácilmente a la memoria el de su esposa,

el de la señora Price, el de *lady Ashe* y el de Cintia Drew.

—¡Imposible! —prorrumpió finalmente el joven—. ¡Todo eso es imposible!

—Naturalmente —asintió el narrador—, pero ha sucedido.

—¡Considero que, a pesar de todo, fueron suicidios!

—Tal vez sí —dijo *sir Harvey* con tono cortés—. Q tal vez no. Pero ¡reflexionemos un poco, señor Markham! ¡Enfoquemos francamente el caso! Cualquiera que sea la interpretación que usted dé a los hechos, ¿no le parece que las circunstancias son un poquito sospechosas, un poquito inquietantes?

Por un momento su interlocutor permaneció en silencio.

—¿No lo cree usted, señor Markham?

—Sí, es verdad. Pero no estoy de acuerdo en que fueron siempre las mismas. Ese hombre de París... ¿Cómo era su apellido?

—¿Belford?

—Sí, Belford. ¿Dice usted que ella no se casó con él?

—Todavía piensa en el problema personal, ¿eh? —comentó el patólogo, al mismo tiempo que lo observaba con cierto placer y el mismo interés que un clínico pone al examinar a un enfermo—. Para nada tiene en cuenta la muerte y el veneno. Sólo piensa que esa mujer estuvo en los brazos de otro hombre.

Las palabras del anciano reflejaban la verdad con tanta precisión que tuvieron la virtud de enfurecer a Dick. A pesar de ello, el joven se esforzó por adoptar una actitud digna.

—No habiéndose casado con ese individuo —insistió—, ¿le reportaba su muerte algún provecho?

—No. Ni un penique.

—Entonces, ¿cuál pudo ser el motivo?

—¡Al diablo, hombre! —exclamó *sir Harvey*—. ¿No comprende que la muchacha ya no podía contenerse?

Con mucha dificultad y cautela, apoyó las manos en los brazos del sillón y se incorporó trabajosamente. El doctor Middlesworth hizo ademán de levantarse para impedirlo, pero el dueño de la casa agitó la mano, indicándole que lo dejara hacer. Dio algunos pasos y volvió junto al sillón.

—Usted lo sabe, joven, o al menos pretende saberlo. El envenenador jamás se detiene, porque no puede. El crimen se convierte en él en una enfermedad psíquica, fuente de un placer perverso más fuerte, más emocionante e intenso que cualquier otro goce psicológico. ¡El veneno! ¡Un poder sobre la vida y la muerte! ¿Comprende ese estado anímico, o no?

—Sí, lo comprendo.

—¡Muy bien! Considere, entonces, mi punto de vista a propósito de este asunto —estiró el brazo hacia atrás con cautela, para tocarle la espalda—. Vengo aquí para pasar mis vacaciones de verano. Me siento fatigado, necesito un descanso. Les pido, como un gran favor, que guarden reserva en cuanto a mi identidad, porque al

enterarse de quién soy, nunca faltarán mentecatos que me hagan preguntas sobre procesos criminales a las que ya estoy cansado de contestar.

—¡Lesley...! —comenzó Markham.

—No me interrumpa. Me comunican que mantendrán el secreto siempre que yo consienta en desempeñar el papel de adivino en la feria que organizan. Perfectamente. No tuve reparos en aceptar; por el contrario, más bien me agradó la idea. Se me presentaba la oportunidad de estudiar la naturaleza humana y sorprender a los necios —alzó la mano y extendió un dedo para imponer silencio—. Pero ¿qué sucede? Entra en mi tienda una asesina a quien no veía desde aquel asunto de Liverpool. Y observe bien: ¡no tenía aspecto de haber envejecido ni siquiera un día! Como todo hombre hubiera hecho, aproveché la ocasión para inspirarle el temor de Dios. Inmediatamente después, en un abrir y cerrar de ojos, intentó matarme con un rifle. No empleó en este caso su procedimiento habitual: el suicidio en un cuarto cerrado. Un agujero de bala en la pared impide que se emplee esa técnica. No; esta vez, la dama perdió la serenidad. ¿Por qué? Yo comenzaba a comprender la causa aún antes de que hiciera fuego. Preparaba otra pequeña «fiesta» de envenenamiento, con una nueva víctima, es decir —hizo un movimiento con la cabeza, señalando a Dick—, con usted.

Reinó otra vez el silencio.

—Pero ¡no me diga que no había pensado en ello! —exclamó *sir* Harvey con evidente escepticismo, moviendo la cabeza con expresión astuta—. ¡No pretenda convencerme de que esa idea jamás cruzó por su mente!

—¡Oh, no! En verdad, lo he pensado —dijo Markham.

—¿Cree usted en el relato que acabo de hacerle?

—Sí, lo creo. Pero ¡si hubiera algún error..., si no se tratara de Lesley...!

—¿Daría fe al testimonio de las huellas dactilares?

—Sí, me sentiría obligado a creer.

—Pero a pesar de todo, no admitiría que ella intenta envenenarlo, ¿verdad?

—No, no lo admito.

—¿Por qué? ¿Piensa que hará una excepción con usted?

No obtuvo respuesta.

—¿Cree que esa mujer se ha enamorado por fin? —insistió el hombrecillo.

Tampoco esta vez recibió contestación.

—Suponiendo que sea así, ¿persiste en su deseo de casarse con ella?

El joven se puso de pie. Experimentaba ansias de borrarlo todo de un manotazo, de taparse los oídos para no escuchar esa voz que le arrinconaba implacablemente, le obligaba a afrontar los hechos y destruía cada una de las esperanzas a que intentaba aferrarse.

—Puede elegir uno de estos dos procedimientos —continuó el patólogo—. Si no me equivoco, el primero ya se le ha ocurrido a usted: desea hablar claramente de este asunto con ella, ¿verdad?

—¡Naturalmente!

—Muy bien. Ahí en el vestíbulo hay un teléfono. Llámela y pregúntele si es verdad y suplíquele que lo desmienta. Lo desmentirá, sin duda alguna; el sentido común, si es que todavía le queda alguno, le dirá a usted que ésa es la actitud que ha de adoptar la dama. Después de lo cual se encontrará usted exactamente en la misma situación que al comienzo.

—¿Cuál es el otro camino?

Sir Harvey Gilman abandonó su tentativa de pasear, y se detuvo detrás de la butaca. Su cuello enjuto emergía de la bata y la chaqueta del pijama, semejante al de una tortuga. Golpeó ligeramente con el índice en el respaldo del sillón.

—Puede tenderle una trampa —respondió con sencillez—. Puede descubrir por sí mismo qué clase de persona es esa mujer. Y además, yo estaré así en condiciones de averiguar cómo se las arregla para cometer sus crímenes.

Dick volvió a sentarse. Comenzaba a percibir con más claridad el rumbo que tomaba la conversación.

—¿Qué clase de trampa? —preguntó.

—Mañana por la noche —replicó *sir* Harvey— cenará con la dama, en casa de ella, ¿no es así?

—Efectivamente.

—Para celebrar el compromiso, de la misma forma que lo hizo Martín Belford pocas horas antes de morir.

El joven experimentó una fuerte sensación de frío que le recorrió lentamente el estómago. No era miedo, porque le resultaba absurdo relacionar este último sentimiento con la imagen de Lesley; pero la desagradable sensación no cedía.

—¡Un momento, señor! —replicó el joven—. ¿Cree usted, por ventura, que regresaré a mi casa para encerrarme en un cuarto y que por la mañana siguiente me hallarán muerto, víctima del ácido prúsico?

—Sí, joven. Lo creo.

—¿Supone usted que me suicidaré?

—Por lo menos ese será el efecto.

—Pero ¿por qué? ¿Como consecuencia de la conversación, o de un hecho que tendrá lugar durante esa cena?

—Sí, es muy probable.

—¿Qué, por ejemplo? —insistió Dick.

—No lo sé —replicó el patólogo haciendo un ademán que acentuaba su ignorancia—. Ese es el motivo por el cual deseo estar presente y ver qué ocurre —guardó silencio durante un momento, mientras reflexionaba respecto al camino que debía elegir—. Tenga la bondad de observar —prosiguió— que por primera vez estaremos en situación de ser testigos presenciales de los hechos. Las deducciones no nos permiten solucionar este problema, como ya lo hizo notar Gideón Fell; debemos utilizar los ojos. Y podemos emplearlos en una fase del asunto que aún permanece en la oscuridad. Ahora bien, sin duda usted habrá descubierto otro detalle característico de la personalidad de «Lesley Grant» —nuevamente señaló hacia delante con el dedo—. No le gustan las joyas, ¿verdad?

Markham reflexionó.

—Sí, es cierto —dijo.

—Y no posee ninguna. Además, no guarda en su casa grandes sumas de dinero, ¿verdad?

—No, nunca.

—Llegamos ahora a un punto que sólo quedó claramente establecido después de

la muerte de la tercera víctima. Cuando la dama contrajo matrimonio con Foster, el abogado americano, una persona instaló en el dormitorio de ambos una caja fuerte, pequeña pero muy sólida, de esas que se empotran en la pared. Al casarse con Davies, el vendedor de Liverpool, se instaló en el nuevo hogar otra caja del mismo tipo. De acuerdo con la explicación que dio la viuda, en ambos casos se trataba de una idea del marido, que necesitaba la caja para guardar sus documentos comerciales. Hasta ahí, este aspecto del caso no parecía encerrar elemento alguno sospechoso. Pero —prosiguió, con tono extraordinariamente intenso—, cuando vivía sola en la Avenue^ Foch de París y dependía de sus propios recursos económicos, se descubrió también allí un artefacto de características similares.

—¿Qué quiere decir con ello? —inquirió Marlcham.

—Esa mujer no posee joyas ni guarda dinero en su casa. Entonces, ¿para qué necesita una pequeña caja de caudales a prueba de robos? ¿Qué esconde en ella y por qué examina su contenido únicamente después de ejecutar cada asesinato?

Vagas conjeturas, imprecisas todas pero desagradables, cruzaron por la mente del joven.

—¿Qué piensa usted, señor? —preguntó el joven.

Hizo un esfuerzo para mantenerse impassible y evitar la mirada penetrante de su interlocutor. Pero como de costumbre, el condenado hombrecillo de rostro austero seguía el curso de los pensamientos de Markham más bien que el de sus palabras.

—En el domicilio que ella ocupa actualmente existe una caja semejante, ¿no es así?

—Efectivamente. Me enteré por casualidad, al mencionar la sirvienta su existencia —vaciló un instante—. En esa ocasión, Lesley se echó a reír y dijo que allí guardaba su diario —se detuvo, sorprendido ante sus propias palabras que encerraban la acusación más grave hecha hasta ese momento—. Su diario —repitió—. Pero ¡eso es...!

—Hágame el favor de tener en cuenta —manifestó *sir* Harvey— que no se trata de una mujer normal. El envenenador necesita confiar en alguien o algo, y generalmente su diario es su confidente. Sin embargo, espero hallar algo más en ese escondrijo. Usted ha de recordar que jamás se encontró veneno en su poder; ni siquiera una jeringuilla hipodérmica. Tal vez esté allí, o tal vez...

—¿Tal vez qué?

—Algo aún más desagradable —agregó el patólogo, con extraño gesto en los labios, mirando fijamente al frente—. Sí. Algo aún más desagradable. Gideón Fell dijo cierta vez...

Se produjo una interrupción.

—Hoy me han contado en la cervecería —observó repentinamente el doctor Middlesworth, retirando de los labios la pipa aún vacía— que el doctor Fell pasa en Hastings sus vacaciones de verano. Posee allí una casa de campo.

Las palabras del médico causaron la misma sorpresa que si hubiera hablado un

mueble. Sobresaltado, *sir* Harvey se volvió un poco y le miró de reojo, con cierta irritación. Middlesworth continuó chupando el extremo de la pipa vacía, con la vista clavada en la lámpara, y con aire meditabundo.

—¿Gideón Fell anda por las proximidades de este pueblo? —preguntó el patólogo, y su mal humor se trocó en viva satisfacción—. Entonces debemos pedirle que intervenga. Después del caso Davies, Hadley lo consultó; pero esas habitaciones herméticamente cerradas le desconcertaron por completo. En cambio nosotros, como usted verá, procederemos a solucionar el misterio del cuarto...

—¿Con mi ayuda? —interrogó Dick con acritud.

—Sí, con su ayuda.

—¿Y qué sucedería si me negara a participar?

—Creo que no adoptará tal actitud. La supuesta señorita Lesley Grant imagina que me encuentro en estado comatoso. Por lo tanto, está convencida de que no puedo revelar su secreto. ¿Comprende usted la trama?

—¡Ah, sí! Ya comprendo.

—Se ha conducido como una insensata. Experimenta la imperiosa necesidad de jugar con ese maravilloso y fascinante juego llamado envenenamiento. Se ha apoderado de ella, convirtiéndose en una obsesión. Por eso se arriesgó a disparar contra mi persona; confiaba en que la gente, crédula, e ignorante de los motivos que la guiaban, atribuiría el hecho a un accidente. Ha tomado todas las medidas necesarias para matar a alguien y no permitirá que se le prive de esa emoción —dio un golpecito con el dedo en el borde de la mesa—. Usted acudirá a esa cena, señor Markham, hará cuanto ella le indique y demostrará estar de acuerdo en todo. Yo escucharé la conversación desde el cuarto contiguo. Con su ayuda, sabremos qué guarda en su famoso escondite. Cuando hayamos descubierto cómo, a pesar de su poca habilidad, ha podido burlar a la policía de dos países...

—Discúlpeme —interrumpió por segunda vez el doctor Middlesworth.

El patólogo y el joven se sobresaltaron un poco, pero el médico pareció no concederle importancia al hecho. Se incorporó y se dirigió a la ventana más próxima al sillón de mimbre que ocupaba, pues eran dos las que poseía la sala.

Las cortinas de ambas eran de una fuerte y tosca tela floreada, descoloridas y oscurecidas por el uso y por el humo del tabaco. Se hallaban algo descorridas y la ventana más cercana se encontraba totalmente abierta. Middlesworth descorrió por completo las cortinas de ésta, y al hacerlo, la luz de la lámpara iluminó parte del jardín delantero. Asomó la cabeza, echó una ojeada a derecha e izquierda y luego bajó el cristal. Por un momento bastante prolongado permaneció con la vista fija en el cristal antes de cubrirlo con la tela floreada.

—¿Qué hay? —inquirió *sir* Harvey—. ¿Qué ocurre?

—Nada —respondió el médico y volvió a sentarse en su sillón.

El herido le examinó detenidamente.

—Hasta este momento —observó con sequedad— usted ha hablado muy poco,

doctor.

—Así es —replicó el interpelado.

—¿Qué opina usted? —insistió el dueño de la casa.

—¡En fin! —exclamó Middlesworth sintiéndose evidentemente incómodo. Miró la pipa, luego sus zapatos gastados y por último a Dick—. Es un asunto desagradable para usted, y debe resultarle violento ventilarlo en mi presencia, siendo yo un extraño. Comprendo muy bien sus sentimientos.

—No se preocupe por eso —manifestó el joven. Le agradaba el carácter del médico y su juicio moderado e inteligente le inspiraba confianza—. ¿Qué opina usted de todo lo dicho? —preguntó a su vez.

—Francamente, no sé qué decir. No puede seguir manteniendo relaciones con una asesina, Dick. Es una cuestión de sentido común. Pero... —titubeó un momento y en seguida cambió de táctica—. Tal vez valga la pena ensayar la trampa que propone *sir* Harvey. Por mi parte, considero que puede hacerse la tentativa, a pesar de que sólo una demente atentaría contra usted cuarenta y ocho horas después de disparar contra otra persona. Además, las circunstancias serán aún más desfavorables si llega a saberse que la primera víctima no se encuentra malherida. El mayor Price, por ejemplo, ya sabe la verdad —chupó la boquilla de la pipa con expresión concentrada. Acto seguido se incorporó y se dirigió a Dick al mismo tiempo que le alentaba con una especie de gruñido suave—. ¡Bah! Todo el asunto puede deberse a un error, a pesar de que *sir* Harvey y todos los policías del mundo juren lo contrario. Existe esa posibilidad. Sea como quiera, Dick... ¡caramba!, ¡usted debe averiguar la verdad!...

—Sí, comprendo —asintió Markham.

Se reclinó en el respaldo del asiento. Se sentía dolido y derrotado, aunque no experimentaba un abatimiento profundo porque aún no se habían disipado los efectos de la primera conmoción. La plácida sala, con sus láminas guerreras, sus oscuras vigas de roble y los adornos de bronce dispuestos sobre la repisa de la chimenea, le parecían tan irreal como la historia de Lesley. Se cubrió los ojos con las manos y se preguntó qué aspecto presentaría el mundo observado desde una posición normal. *Sir* Harvey lo contempló con expresión paternal y le dijo:

—Entonces, quedamos en que... ¿mañana por la noche?

—Bien. Supongo que no existe otra alternativa —contestó Dick.

—Mañana por la mañana —recalcó el dueño de casa con tono significativo— recibirá las instrucciones finales. ¿Me da su palabra de honor de que no hará la más mínima insinuación a nuestra astuta amiga respecto de lo que hemos hablado?

—Pero ¿y si es culpable? —preguntó Markham casi a gritos, retirando bruscamente las manos de los ojos—. Supongamos que, por casualidad, lo es y que esta treta que usted prepara lo demuestra. ¿Qué sucederá entonces?

—Francamente, no me interesa —replicó *sir* Harvey.

—Le advierto que no permitiré que la detengan, aunque para ello me vea obligado a jurar en falso —recalcó el joven.

El patólogo alzó una ceja.

—¿Prefiere que ella continúe haciendo lo que ha hecho en el pasado?

—¿Qué le parece —sugirió el hombrecillo— si discutimos ese punto después del experimento? Créame, mañana por la noche a esta misma hora sus sentimientos habrán sufrido tal vez un cambio radical. Posiblemente no se sentirá ya tan enamorado como creía. ¿Me da su palabra de honor de que no hará fracasar nuestros preparativos mediante alguna frase imprudente?

—Sí. Cumpliré lo estipulado. Entretanto...

—Entretanto —intervino el doctor Middlesworth—, regrese a su casa y trate de dormir. Y usted —agregó al mismo tiempo que se volvía hacia el patólogo— acuéstese. Hace un rato manifestó que poseía algunas tabletas de luminal; si comienza a dolerle la espalda, tómese una pastilla. Mañana por la mañana pasaré por aquí para cambiarle el vendaje. Por el momento, ¿quiere tener la bondad de tomar asiento?

Sir Harvey se sentó en la butaca con extrema precaución y se enjugó la frente con la manga de la bata. Parecía un poco fatigado.

—No podré dormir —se lamentó—, por más eficaz que sea ese somnífero. ¡Descubrir por fin la trama!... ¡Saber por qué envenena solamente a sus maridos y amantes, y a nadie más!...

Markham, que ya se había incorporado lenta y pesadamente y se encaminaba hacia la puerta, giró con violencia sobre sus talones.

—¿A nadie más? —repitió—. ¿Qué quiere decir con eso?

—¡Mi estimado amigo! ¿Qué razón cree usted que tuvo ella para elegirle a usted?

—No comprendo —dijo Markham.

—Tenga la bondad de observar —replicó *sir* Harvey con mordacidad— que cada una de las víctimas era un hombre enamorado, o que, al menos, sentía una fuerte atracción hacia ella. Se trataba de seres cegados, con la razón y el sentido crítico embotados. Confieso que es una conjetura. Pero sin duda, no es posible que esta elección sea casual, ¿verdad? Necesariamente, la víctima debía hallarse en ese estado espiritual.

—¿Por qué?

—Para ejecutar la voluntad de la dama, por supuesto.

—Un momento —protestó el médico, incomodado y fatigado. Después de alzar de un aparador su sombrero y el maletín profesional empujó suavemente a Dick hacia el vestíbulo. Pero también él se volvió—. Seamos razonables, *sir* Harvey —insinuó—. No puede pensarse que esa muchacha se dirija a su elegido en estos términos: «Mira, aquí tienes una jeringuilla llena de ácido prúsico. ¿Deseas complacerme? Pues bien: vete a tu casa e inyéctatela en el brazo».

—No, de esa manera tan cruda no —hizo notar el patólogo.

—Entonces, ¿cómo?

—Precisamente, nos proponemos averiguarlo; ahí se encuentra la clave de todo el

asunto. El procedimiento que usted ha mencionado surtirá efecto en un hombre privado momentáneamente de su razón, ofuscado y víctima del engaño, pero sería por completo ineficaz con cualquier otro.

—¿Fracasaría con usted o conmigo, por ejemplo?

—Creo que sí —respondió el hombrecillo en tono grave y seco—. Buenas noches, señores, y ¡muchas gracias!

En el momento de traspasar el umbral observaron que sonreía; la expresión de su rostro se había suavizado, como si acabara de dar término satisfactoriamente a su tarea.

Cuando Dick y Middlesworth abandonaron la casa, el reloj de la iglesia de Six Ashes, situado hacia el Oeste, más allá de la campiña, daba las once. El sonido de las campanas cruzó ligeramente el espacio en medio de una quietud perfecta, una calma casi corpórea. Dominados por un profundo desasosiego, ambos guardaron silencio. El médico, que marchaba delante con una linterna señaló su automóvil estacionado en el camino.

—Suba —dijo—. Le llevaré hasta su casa.

Durante el breve trayecto reinó entre ellos un silencio rígido y obsesivo y los dos hombres permanecieron con la vista fija en el parabrisas. Los neumáticos del vehículo se sacudían al rodar sobre la carretera desigual. El conductor aceleraba repetidamente el motor con innecesaria violencia, y detuvo el automóvil frente a la residencia del joven en medio del ruido chirriante de los frenos. Mientras el motor funcionaba con estruendo, el médico echó una ojeada a su compañero.

—¿Cómo se siente? —preguntó con voz fuerte, para hacerse oír.

—Bastante bien —contestó Dick, abriendo la portezuela.

—Le espera una mala noche. ¿Desea que le proporcione un calmante?

—No, gracias. Tengo *whisky* en cantidad.

—No se emborrache —dijo el médico aferrando el volante con más fuerza—. Por amor de Dios, no se emborrache —titubeó—. Respecto a Lesley, he reflexionado y...

—Buenas noches, doctor.

—Buenas noches, amigo.

El vehículo se puso en marcha en dirección al Oeste. Markham permaneció junto a la puerta de la verja que rodeaba el jardín hasta que la luz posterior del automóvil se perdió entre la curva de la valla y el muro bajo de piedra que limitaba el parque de Ashe Hall. Permaneció inmóvil por espacio de varios minutos. Al extinguirse el ruido a lo lejos, se sintió invadido por un profundo abatimiento, tan tenebroso como la oscuridad de la noche.

Sir Harvey Gilman, reflexionó, había adivinado su pensamiento con gran exactitud. En primer lugar, el joven no había tenido en cuenta ni un momento los crímenes; los seres humanos cuya muerte se atribuía a Lesley sólo atraían su atención porque ella los había amado.

Recordaba palabras, frases dispersas y aun sentencias enteras; en remolinos,

cruzaban por su mente con tal intensidad, que casi podía oírlas todas al mismo tiempo.

«Esa niña, como usted la llama, tiene cuarenta y un años». «Agobiada y deshecha en lágrimas». «Un poco gastada». «Un hombre pesado y de edad avanzada». «El dormitorio de ambos». «Espantosa coincidencia o error». «¿No le parece que las circunstancias son un poquito sospechosas, un poquito inquietantes?».

«¡Pensamientos infantiles, sin duda! ¡Pueriles!», pensó el joven.

Trató de convencerse de ello. Pero quien ama realmente, reacciona siempre de esa forma; él amaba a Lesley, y aquellas frases le enfurecían. Si el patólogo hubiera elegido tales palabras con la deliberada intención de herirlo, el efecto no habría sido mayor.

Inconscientemente, se esforzó por imaginar el aspecto de esos hombres. Burton Foster, el abogado americano, debió ser un individuo fanfarrón y afable, y gracias a estas características pudo ocultar fácilmente sus maneras sospechosas. No resultaba difícil representarse al señor Davies, «pesado y de edad avanzada», contra el fondo formado por su casa «antigua, grande y lujosa». La figura de Martin Belford, el último de los tres, era más vaga y le inspiraba menos aversión que las demás. Hombre joven, al parecer; probablemente alegre y cordial. No; Belford tenía menos importancia.

En realidad, pensándolo un poco, resultaba el colmo del absurdo odiar a seres que habían muerto, y atormentarse con imágenes de personas desconocidas y a las que ya no podría conocer jamás. El elemento más importante era el hecho de que, en todos los casos, aparecía una jeringuilla hipodérmica llena de veneno.

«Ya no puede contenerse». «Una enfermedad psíquica». «No es una mujer normal». «No permitiré que se la prive de esa emoción». Estas eran las palabras que debía recordar en primer término, y junto con ellas, la visión de un rostro abochornado, de mirada furtiva, junto a una caja fuerte que contenía un diario.

¿Hechos concretos? Sin duda. Había pronunciado infinidad de frases referentes a un posible error; pero en el fondo de su corazón, Dick Markham no creía en tal posibilidad. Scotland Yard no se equivocaba con tanta facilidad. A pesar de todo, el primer grupo de conceptos emitidos por *sir* Harvey predominaba sobre el segundo; vibraba en sus oídos, le atormentaba y enardecía. Si ella no le hubiera mentado respecto a su pasado...

Pero, a decir verdad, no lo había hecho; no le había referido hecho alguno que se relacionara con los años anteriores a su llegada al pueblo. Nada le había dicho de su pasado.

¡Dios santo! ¿Por qué resultaba todo tan complicado?

El joven aferró el extremo superior de la cancela. Al fondo, detrás de él, brillaban las luces de su casa, y frente a las ventanas arrancaban destellos a las gotas de rocío depositadas sobre el césped. El sendero, cubierto de ladrillos gastados, aparecía también iluminado por la luz del interior. Se encaminó hacia allí, dominado aún por

una intensa y deprimente sensación de soledad, como si lo hubieran despojado de algo. Este sentimiento lo sobrecogió porque hasta ese momento había creído que la soledad le hacía feliz y ahora le asustaba. En el momento de cerrar la puerta, la casa le pareció una concha de caracol vacía, que resonaba con un ruido profundo. Avanzó por el corredor en dirección al despacho, abrió la puerta de éste y se detuvo de golpe.

Allí, sentada en el sofá, estaba Lesley.

Volvía las hojas de una revista ilustrada con gesto maquinal y expresión absorta. Al sentir ruido, levantó la vista con rapidez.

La luz de una lámpara panzuda colocada sobre la mesa, detrás del sofá, realzaba la tersura de su cutis fresco y hacía brillar su cabello castaño y suave que se ensortijaba hacia afuera a la altura de los hombros. Se había cambiado el traje blanco por otro verde oscuro con botones brillantes. «*Cette belle anglaise, très chic, tres distinguée*». En la piel suave de su cuello no se observaba ni una sola arruga. Sus ojos castaños de mirada ingenua, ahora muy abiertos, parecían reflejar temor.

Durante un momento, ambos guardaron silencio. Probablemente Lesley reparó en la expresión del joven. Arrojó la revista a un lado, se incorporó y corrió hacia él.

Markham la besó... por costumbre.

—Dick —dijo la muchacha con voz queda—, ¿qué ocurre?

—¿Qué puede ocurrir? —inquirió él.

Lesley se separó un poco, sin soltarlo, y le observó. Sus ojos de mirada franca le escudriñaron detenidamente.

—Te has... alejado de mí —murmuró, al mismo tiempo que aferraba los brazos del joven y lo sacudía con fuerza—. Ya no estás a mi lado. ¿Qué te ocurre? —y agregó rápidamente—: ¿Se trata de ese adivino? ¿*Sir... sir* Harvey Gilman? ¿Cómo se encuentra?

—Se encuentra todo lo bien que es posible esperar.

—Eso significa que está moribundo, ¿verdad? —inquirió ella, creyendo descubrir la razón de su actitud—. Dick, escúchame, ¿por eso tienes ese aire y te conduces así? —le miró con expresión consternada—. No pensarás que lo he hecho deliberadamente, ¿verdad, Dick?

—¡No, por supuesto!

«¡Valor! —se dijo Markham—. ¡No dejaré entrever absolutamente nada! ¡Ni una sola palabra imprudente, ni una pregunta impensada!». Abundaban las trampas y los peligros. Le parecía que el tono de su propia voz era hueco, hipócrita, falso. Palmoteo suavemente a la joven en el brazo, al mismo tiempo que alzaba la vista hacia la pared, junto a la chimenea, y vio el llamativo cartel amarillo que anunciaba una de sus obras: *El error del envenenador*.

—¿Lo crees? —insistió ella.

—¡Mi querida niña! ¿Disparar tú intencionadamente contra él? Pero ¡si ni siquiera le habías visto antes! ¿No es así?

—¡Jamás! —las lágrimas nublaron los ojos de la muchacha—. Ni... ni siquiera sabía su nombre. Alguien me lo dijo después.

Él intentó reír.

—Entonces no hay razón para preocuparse, ¿verdad? Olvídate del asunto. A propósito, ¿qué te dijo en la tienda?

No tenía intención de preguntárselo; acababa de jurarse prudencia. Al escapársele esas palabras experimentó tal enojo que sintió deseos de gritar. Un impulso irresistible le había aguijoneado, se había apoderado de su voluntad y luego lo había arrastrado a pesar de su determinación.

—Pero ¡si ya te lo he contado! —repitió ella—. Lo de siempre. Una vida feliz, una enfermedad sin importancia, la carta con buenas noticias... ¿Me crees?

—Por supuesto.

Lesley regresó al sofá, seguida por Markham. Este sentía deseos de sentarse frente a la joven para observarla a la luz de la lámpara y evitar también su proximidad física, que le turbaba. Pero por la mirada comprendió que la muchacha confiaba en tenerle a su lado y tomó asiento junto a ella.

La joven clavó la vista en la alfombra, y al hacerlo su cabello cayó un poco hacia delante y le cubrió la mejilla.

—Si muere, Dick, ¿qué me harán?

—Absolutamente nada. Fue un accidente.

—Quiero decir si... vendrá a verme la policía.

Reinó en la habitación un silencio absoluto.

Markham extendió el brazo en busca de la cigarrera que se hallaba sobre la mesa, detrás de él. El pulso se le aceleraba y se preguntó si podría evitar que le temblara la mano. Los dos parecían suspendidos en el vacío; los libros, los cuadros, la lámpara, todo era irreal.

—En tal caso, me temo que se verán obligados a realizar una investigación.

—¿Quieres decir que la noticia aparecerá en los diarios? ¿Tendré que dar mi apellido?

—Se trata solamente de mía formalidad, Lesley... ¿Por qué no deseas que se conozca tu nombre?

—¡No tengo reparo alguno! Pero... —le miró de soslayo. Evidentemente, estaba asustada; sin embargo, sonreía con aire pensativo y expresión ambigua—. Pero como comprenderás, de estas cuestiones sólo sé lo que tú me has enseñado.

—¿Lo que yo te he enseñado?

Con un movimiento de cabeza, Lesley señaló las filas de libros repletos de extrañas historias criminales, como manzanas acribilladas de gusanos. Abarcó también con el gesto las llamativas fotografías y carteles de sus piezas de teatro, que tan entretenidas le habían parecido a Dick mientras se ocupaba del crimen como tema literario.

—Sientes enorme curiosidad por esas historias —prosiguió la muchacha, sonriendo—. Yo odio la muerte, pero creo que también a mí me interesan. En cierto modo, son fascinantes. Cientos de personas, cada una con sus pensamientos extraños... —y a continuación agregó unas palabras sorprendentes—. ¡Quiero ser una

mujer respetable! ¡Deseo con toda mi alma ser respetable!

Markham se esforzó por adoptar un tono superficial.

—¿Y acaso no lo eres? —preguntó.

—¡Por favor, querido, no bromees! Sin quererlo me veo envuelta en este espantoso enredo —se volvió hacia él con expresión de súplica y ternura tan ardientes que el joven se sintió desarmado—. Pero esto no echará a perder nuestra celebración, ¿verdad? —dijo por último la muchacha.

—¿Te refieres a... mañana por la noche?

—Sí, a nuestra cena.

—Nada podrá impedirme que asista. ¿Has invitado a alguna otra persona?

—Supongo que no deseas que haya otros invitados, ¿no es así, Dick? ¿Qué te ocurre? Algo te aleja de mí. Ten cuidado, pues dentro de un momento también yo comenzaré a abrigar pensamientos extraños.

—¡No me ocurre nada! ¡Sólo que...!

—¡Deseo que entre nosotros todo sea perfecto! —exclamó la muchacha—. ¡Todo! Y especialmente mañana, a pesar de que por ello me consideres una mujer sentimental; porque tengo que decirte y mostrarte algo.

—¡Caramba! ¿Qué vas a decirme? —inquirió él.

Había cogido un cigarrillo y lo había encendido. En el momento en que terminaba de hacer la pregunta, alguien hizo sonar vivamente el llamador principal. Lesley profirió una exclamación y se reclinó en el respaldo.

El joven no supo si alegrarse o lamentar la interrupción. Tal vez era mejor así, porque la emoción comenzaba a dominarle y ya no podía desviar la vista de los ojos de la muchacha. Aunque fuera nada más que por un momento podía relajar la mente, concentrada hasta ese instante en la misión de impedir que se le escapara alguna palabra reveladora. Se dirigió apresuradamente a la puerta principal y la abrió. Grande fue su asombro al ver quién era el visitante que se movía con cierta incomodidad sobre el felpudo, descansando alternativamente el peso del cuerpo sobre uno y otro pie.

—Buenas noches —dijo el recién llegado—. Lamento molestarle a hora tan avanzada.

—De ninguna manera, señor. Pase.

Frente a la verja se veía un Ford desvencijado, con el motor en marcha. El hombre hizo una seña con la mano a la persona que se encontraba en el interior del vehículo, que cortó el contacto y la máquina dejó de funcionar. En seguida cruzó el umbral con cierto aire de desconfianza.

Jorge Converse, barón de Ashe, era el único representante de la nobleza que conocía Dick. Frecuentemente había tropezado con tales personajes, pero sólo en las obras de ficción, donde siempre observaban una actitud arrogante y aristocrática, o lánguida y epigramática, o bien decadente. En consecuencia, *lord* Ashe constituyó una verdadera sorpresa para el joven.

Este par del reino era flaco y fuerte, de estatura mediana y de poco más de sesenta años, con cabello gris acerado y tez rojizo-clara. Su rostro expresaba la preocupación propia de un estudioso. Salía muy rara vez; se decía que trabajaba en la preparación de una interminable historia de su familia. Sus ropas presentaban siempre un aspecto algo gastado, cosa que no era sorprendente si se tenía en cuenta la cantidad de impuestos que pesaban sobre su propiedad y el estado crónico de estrechez económica en que vivía. Pero era capaz de ser un compañero agradable cuando lo deseaba, o en las ocasiones en que no se hundía bruscamente en el silencio.

Mientras avanzaba por el corredor seguido del anciano, Dick recordó ciertas palabras que esa tarde pronunciara Cintia Drew en aquella misma casa. «¿Por qué mira *lord Ashe* de forma tan singular a la pobre Lesley, en las pocas ocasiones en que tiene oportunidad de verla?».

Precisamente en ese instante *lord Ashe* se detuvo con brusquedad en el umbral del despacho y observó a la joven en forma extraña.

Lesley se puso de pie con presteza.

—¡Hum!, sí —musitó el visitante—. ¡Sí, sí! —pero reaccionó en seguida y se inclinó cortésmente, sonriendo—. La señorita Grant, ¿verdad? Pensé que... —evidentemente embarazado, se volvió hacia el dueño de casa—. Mi querido amigo, hemos tenido muy mala suerte.

—¿Por qué? —exclamó la muchacha.

—¡Nada grave, señorita Grant! —aseguró el anciano con dulzura—. Le doy mi palabra de honor de que no hay motivos para preocuparse. Pero en verdad, celebro encontrarme con usted. Yo... no esperaba verla aquí.

—Sólo... ¡sólo entré aquí por casualidad!

—Sí, sí. Por supuesto —asintió el hombre y se volvió otra vez hacia Dick—. Acabo de pasar por... —hizo un gesto con la cabeza en dirección a la casa vecina—. Consideré que tenía el deber de pasar por allí —aparentemente, esa obligación no le resultaba muy agradable—, pero todas las luces están apagadas y nadie ha acudido a mi llamada.

—No es extraño; *sir Harvey* ya se ha acostado —dijo Markham.

Lord Ashe pareció sorprendido.

—Pero ¿no se encuentra allí el médico o una enfermera profesional?

—No. El doctor Middlesworth no lo creyó necesario.

—¡Mi querido amigo! ¿No es una imprudencia? Sin embargo, supongo que Middlesworth sabe lo que hace. ¿Cómo se encuentra el paciente? Seguramente todo el mundo lo ha molestado con la misma pregunta durante la noche entera; sin embargo, consideré que debía llegar hasta aquí y enterarme.

—El paciente —dijo el joven— se encuentra todo lo bien que se puede esperar. Pero ¿a qué se refería usted al decir que hemos tenido muy mala suerte?

—Han robado un rifle —respondió su interlocutor.

Reinó un silencio de mal agüero, como si con él, *lord Ashe*, diera a entender que

era ese el motivo real de su visita. De un bolsillo de su amplia chaqueta de paño escocés sacó un estuche, extrajo de él un par de lentes sin aros y se los acomodó sobre la nariz.

—Le ruego que me cuente, señorita... Grant —manifestó el anciano—. ¿Recuerda usted qué hizo con el rifle después del infortunado accidente de esta tarde, cuando el arma se disparó de forma casual?

La joven le miró con asombro.

—Se lo devolví al mayor Price. Todos los que se hallaban presentes pueden confirmárselo.

—Sí, exactamente. Todos coinciden en ello. Pero por casualidad, ¿no recuerda qué sucedió después de entregárselo al mayor?

Lesley negó con un movimiento de cabeza. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—El mayor Price —replicó— recogía los rifles cuando estalló la tormenta. Los había colocado en hilera, sobre el mostrador de la barraca de tiro. Después de ocurrir ese hecho espantoso, yo... yo le arrojé el arma. Creo que la puso junto con las demás, pero no estoy segura de ello. Me encontraba terriblemente trastornada y le pedí a Dick que me llevara a casa.

—¡Hum!, sí. ¿Recuerda usted algún detalle, amigo mío? —preguntó el hombre, dirigiéndose a Dick.

Markham intentó concentrar la mente en esa escena de lluvia, tumulto y tiendas agitadas por el viento, que parecía tan lejana como si hubiese ocurrido hacía un siglo.

—Sí —asintió—. Cuando *sir* Harvey se desplomó, asomé la cabeza por la puerta de la tienda y llamé al mayor Price y al doctor Middlesworth.

—¿Y qué sucedió después? —volvió a inquirir el visitante.

—Bill Earnshaw el gerente del Banco —explicó el joven, recordando vagamente que *lord* Ashe vivía tan apartado del ambiente local que tal vez no recordara ese nombre—. Bill Earnshaw acababa de llegar. El mayor le pidió que se encargara de los rifles mientras él y Middlesworth trasladaban al patólogo hasta el automóvil del médico. Es todo cuanto puedo decirle.

—Exactamente —aprobo el anciano.

—Entonces, ¿en qué consiste la dificultad? —observó Markham.

—El mayor Price sostiene que nadie sustrajo el arma mientras él se hallaba allí. Por su parte, el señor Earnshaw afirma que el robo no se produjo cuando él se encontraba al cuidado del puesto. A pesar de todo, el rifle ha desaparecido.

Lesley titubeó antes de hablar.

—¿Se trata del mismo que yo...?

—Sí.

Al llevarse *lord* Ashe la mano izquierda a los lentes, Markham observó que en el dedo anular llevaba una pequeña y opaca sortija de sello, de aspecto poco llamativo. También la vio la joven, que, desde la llegada del visitante parecía confundida. En ese momento el hombre recurrió a su famosa costumbre de sumirse en el silencio como

un gramófono cuya máquina deja de funcionar.

—En realidad, el hecho carece de importancia —dijo por fin.

El disco comenzaba a girar otra vez y la púa recogía los sonidos registrados en los surcos de aquél.

—Pero con ese motivo —prosiguió el hombre—, Price y Earnshaw sostuvieron una discusión algo acalorada. Creo que esa tarde, en el puesto de tiro al blanco, el primero le jugó al otro una mala pasada y sospecha que éste quiso tomarse la revancha, como se dice vulgarmente. Sin embargo, es extraordinario, ¡sumamente extraordinario! Especialmente si se consideran los rumores que corren.

—¿Qué rumores? —inquirió Lesley, retorciéndose con fuerza las manos—. ¡Cuénteme, por favor! ¿Hablan de mí?

—¡Mi estimada niña! ¡No, por Dios! Pero he oído que la herida de *sir* Harvey Gilman no es de gravedad. Ojalá sea así. En la guerra de Sudáfrica mi tío abuelo Esteban sufrió una herida de bala muy peligrosa y, sin embargo, sobrevivió. Por supuesto, él vivía en aquella época. Es decir, el episodio ocurrió durante su vida. Mi querido amigo, no le importunaré más tiempo. ¿Cuenta usted con algún medio de transporte, señorita Grant?

—¿Medio de transporte?

—Para volver a su casa —explicó *lord* Ashe.

—No. He venido a... a pie.

—Entonces, ¿me permite que la lleve? Tengo el Ford allí fuera; Perkins conduce con mucha prudencia.

—Gracias, *lord* Ashe. Será mejor que me vaya.

Con la mirada rogó a Dick que sugiriera algún pretexto para quedarse; deseaba charlar otro poco con él. Su actitud en espera de la palabra salvadora era casi la de una persona histérica. Pero el joven guardó silencio.

El muchacho se daba cuenta de que si ella permanecía en la casa cinco minutos más no podría contenerse y le revelaría el secreto que se había comprometido a guardar. La presencia del dueño de Ashe Hall, su sentido común y su aire apacible habían influido para que las cosas recuperaran su justo valor. Durante un segundo había olvidado casi por completo la realidad; pero repentinamente ésta ocupaba su lugar. Comprendió claramente que amaba a esa mujer y que seguiría queriéndola. Se sentía harto de todo y la tensión le era insoportable.

El hombre y Lesley abandonaron la casa. La expresión de la joven causaba una pena profunda. Apenas se retiraron, tuvo deseos de gritar: «¡Vuelve! ¡No es cierto! ¡Déjame que te explique!». Pero ya el Ford se ponía en marcha.

Su cigarrillo se había apagado. De pie frente a la puerta, bajo las estrellas indiferentes, lo arrojó en el césped húmedo del jardín y volvió a entrar.

Fue al pequeño comedor en busca de un vaso, un sifón y una botella de *whisky* que colocó en la mesa del despacho, junto a la máquina de escribir. Experimentaba un extraño mareo. Se sentía cansado, tan terriblemente fatigado que constituía para él un

esfuerzo enorme destapar la botella o apretar el resorte del sifón. En consecuencia, se dirigió al sofá y se tendió en él de espaldas.

«Cerraré los ojos sólo por un momento», se dijo. «Las luces encendidas me mantendrán despierto. No quiero dormir. Cerraré los ojos un ratito y luego me levantaré a tomarme el *whisky*».

La luz apacible de la lámpara caía sobre sus párpados. Las ventanas con cristales en forma de rombo que miraban hacia el Este, sobre el jardín lateral, aparecían abiertas, semejando pequeñas puertas. Los ganchos que las mantenían fijas producían un ruido leve a causa del viento que susurraba allí fuera, entre las hojas de los árboles. Poco después, a lo lejos, sonaron las campanadas del reloj de la iglesia que daban la medianoche. Pero él ya no las oyó.

Si alguien hubiera aparecido furtivamente en la ventana para observar el interior —más tarde se supo con certeza que en las primeras horas del día unos ojos espionaron desde allí—, esa persona habría visto a un joven de cabello rubio, con mandíbula enérgica, pero con una frente que reflejaba excesiva imaginación, tendido en un sofá, en desorden, con un pantalón de franela gris y una desaliñada chaqueta *sport*. También habría observado que, con el rostro pálido y en medio del sueño, murmuraba algunas palabras sin sentido.

Sufría una horrible pesadilla, pero más tarde no recordó la trama, tal vez a causa de lo ocurrido inmediatamente después. Para Dick Markham esas horas durante las cuales no «concilio el sueño, sino que fue presa de él», constituyen un espacio de tiempo confuso y oscuro en el cual permaneció separado del mundo real, hasta que algo rompió el aislamiento. Alguien vociferaba desesperadamente, produciendo un sonido penetrante e intenso... inexplicable.

Se estremeció, ya semidespierto, giró sobre si mismo y estuvo a punto de caer.

Ahora comprendía: era el timbre del teléfono.

Ofuscado por la luz, con la espalda y la cintura acalambradas, se sentó con gran esfuerzo. Su primer pensamiento fue que acababa de librarse de un sueño muy desagradable, en el que Lesley Grant envenenaba a sus maridos. Gracias a Dios, todo había pasado. A continuación se sorprendió al observar que se encontraba en el sofá y que las luces estaban encendidas. Las ventanas del Este se teñían de un color azul rojizo, etéreo, que hacía brillar los cristales. Era la luz del sol naciente.

El timbre del teléfono continuaba repiqueteando. Se puso de pie, con los músculos de las piernas aún acalambrados, y avanzó dando traspiés hasta la mesa de la máquina de escribir. Aunque al levantar el auricular no se hallaba todavía bien despierto, la ansiedad reflejada en la voz de la persona que llamaba le obligó a volver rápidamente a la realidad.

—*Hablo desde la casa del coronel Pope* —dijo la voz susurrante—. *Venga en seguida. Si no sale inmediatamente, llegará demasiado tarde.*

Luego se cortó la comunicación.

Pero Dick Markham recordó las frases, palabra por palabra.

— ¿Quién habla?... ¿Quién...?

No obtuvo respuesta. Fue sólo un susurro imposible de identificar.

Después de colocar el receptor sobre la horquilla, el joven se cubrió los ojos con las manos y agitó la cabeza con violencia para despejar la mente. La luz fantasmal del exterior, de un tinte azulado que palidecía por momentos, bañaba la habitación imprimiéndole un color indefinido. La máquina de su reloj de pulsera se había detenido; seguramente eran más de las cinco.

Ni siquiera tenía tiempo para pensar. Abandonó con premura la casa y al salir al aire libre, donde reinaba la quietud y la semioscuridad de la madrugada, experimentó la desagradable sensación de hallarse sucio y sin afeitarse. Echó a correr por el camino con todas sus fuerzas, en dirección al Este.

En ese mundo sin vida los ruidos adquirirían inusitada agudeza. El gorjeo de un pájaro, un susurro entre el césped, el sonido sordo y pesado de sus propios pasos sobre el camino de tierra, se escuchaban con la misma claridad con que se percibía la viva frescura del rocío. Dejó atrás la finca desocupada, y apenas la casa de *sir* Harvey Gilman estuvo al alcance de su vista comprendió que allí ocurría algo anormal.

En la sala de descanso se encendió una luz.

Delante de él todo se hallaba aún sumido en la oscuridad. A su izquierda se extendía paralelamente a la carretera un espeso monte bajo de abedules, cuyas copas sobresalían del muro de piedra del lindero. A su derecha, a unos cien metros más adelante, se alzaba la construcción, separada del camino por su jardín delantero. Ningún obstáculo se interponía entre aquella y la vista de Dick. Alcanzaba a distinguir confusamente sus paredes de piedra encalada, las vigas negras y el bajo tejado de pizarra.

Más allá, desde un costado del edificio, en dirección al Este y en línea paralela también a la carretera, se extendía la tupida huerta de frutales que formaba con el monte de abedules una especie de túnel por el que corría un estrecho camino. Entre las ramas se filtraba débilmente la luz rosada del sol naciente, luz que en ese momento adquiriría un matiz amarillo claro.

Sólo allí penetraban los rayos luminosos, mientras quedaban en la sombra ambos lados de la senda y algunos reflejos iluminaban el denso follaje. Esa claridad era suficiente para amortiguar el resplandor de la tenue luz eléctrica que alguien había encendido y se advertía a través de dos de las ventanas de la casa; pertenecían éstas a la planta baja y sus cortinas aparecían descorridas. Sí; se trataba, sin duda, de la sala de descanso, la misma habitación en que la noche anterior había conversado con el patólogo y cuyas ventanas daban al camino.

Dick Markham se detuvo bruscamente, con el corazón palpitante. Sentía esa

debilidad que se experimenta por la mañana temprano cuando aún no se ha ingerido alimento alguno. No sabía con certeza la razón de su apresuramiento ni qué esperaba hallar en el punto de destino. Al parecer, *sir* Harvey se había levantado temprano, puesto que las cortinas estaban descorridas y la luz encendida. Avanzó con lentitud en medio de la penumbra, llegó frente al túnel cruzado por los rayos del sol y se repitió para sus adentros que no le animaba ningún presentimiento. Pero cuando estuvo a menos de treinta metros de la casa supo por fin la verdad.

Un ligero ruido raspante, como un metal que se deslizara sobre una piedra, le obligó a volver la vista hacia la izquierda, en dirección al muro que separaba la finca del parque de Ashe Hall. En ese momento alguien, oculto tras la pared baja de piedra, alzaba un rifle y afirmaba el cañón sobre la parte superior del muro, apuntando cuidadosamente a una de las ventanas iluminadas de la finca.

—¡Eh! —gritó el muchacho.

Pero su grito fue ahogado por el ruido de un disparo. El estampido retumbó con extraordinaria violencia y espantó a las aves que, al levantar el vuelo, batieron ruidosamente el aire con sus alas. Gracias a su buena vista, Markham pudo observar el agujero que hizo la bala en el cristal de la ventana. En seguida el rifle desapareció. Alguien corrió a través del monte de abedules, bajo los árboles sombríos; se oía el ruido provocado por su cuerpo al golpear contra las ramas y hasta mi sonido semejante al de una risa. El eco del disparo se perdió en medio del inquieto piar de los pájaros; el tirador se había marchado.

Durante un momento, que tal vez duró diez segundos, el joven no se movió. No echó a correr inmediatamente porque tenía la terrible certidumbre de lo ocurrido. Perseguir a un tirador en ese monte espeso, aun en el caso de que se tuviera la intención de darle caza, era una tarea destinada al fracaso.

Más allá de la oscura cortina formada por los árboles y clareada sólo por el estrecho camino que la cruzaba, se vio asomar el filo del sol, semejante a un resplandeciente casco de oro blanco. Sus rayos brillaron a lo largo de la senda yendo a dar justamente en los ojos de Dick. En el túnel, hacia el Este, apareció una tercera persona que también debió oír el disparo. A pesar de que la luz del sol no era aún muy intensa, por un corto espacio de tiempo sólo pudo distinguir una silueta que llegaba.

—¿Qué ocurre? ¿Quién está ahí? —gritó la silueta.

Reconoció la voz de Cintia Drew y corrió a su encuentro, sin tener en cuenta que ella corría también. Se reunieron en el límite del jardín delantero de *sir* Harvey.

Cintia, vestida con el mismo jersey rosado y la falda marrón que llevaba la noche anterior, se detuvo bruscamente y le miró con asombro.

—Dick, ¿qué ocurre?

—Me temo que alguna calamidad.

—Pero ¿qué haces tú aquí?

—¿Y tu? —replicó el joven.

Ella hizo un gesto vago con los brazos.

—¡Dick! Lo que hemos oído hace un momento era...

A esa muchacha delgada, pero fuerte, jamás se la hubiera tachado de nerviosa o aprensiva; pero al ver la expresión de Markham, se llevó las manos al pecho. Desde atrás, los rayos del sol iluminaban sus cabellos, adquiriendo los extremos de éstos un color dorado, diáfano.

—¡Dick! Lo que hemos oído hace un momento era...

—Sí, creo que sí.

Hasta ese momento, es decir, hasta que estuvo justamente delante de la casa, el joven no osó volverse por completo hacia la derecha para observar el interior. Al hacerlo comprobó lo que tanto temía.

El edificio se hallaba situado a unos diez metros de la carretera, sobre un jardín mal cuidado, y presentaba una fachada más ancha que alta. Era una construcción reducida y baja, semejante a una casa de muñecas, con pequeñas ventanas de buhardilla que sobresalían de la pendiente formada por el techo y constituían la fachada de un piso superior. La huerta de frutales que se levantaba al Este sombreaba la pared delantera de piedras encaladas y las vigas negras y torcidas. En la planta baja, a la izquierda de la puerta de la entrada, las dos ventanas iluminadas permitían ver el interior.

El joven recordaba que la noche anterior *sir* Harvey Gilman se había sentado en una butaca, junto al escritorio grande colocado en el centro de la habitación. El sillón aparecía ahora frente al escritorio, como si alguien lo hubiera corrido hasta allí para escribir. En ese momento lo ocupaba una persona, y a pesar de que a través del vidrio la visión era un poco confusa, no cabía duda de que se trataba del patólogo; pero no se encontraba escribiendo.

La lámpara colgante con la pantalla de color tostado derramaba su luz sobre la cabeza calva del hombre. La barbilla se apoyaba sobre el pecho y los brazos yacían descansadamente sobre los de la butaca. Por el sosiego que denotaba su figura se hubiera pensado que dormitaba; pero la claridad más acentuada del agujero circular con ribete blanquecino provocado por el proyectil, y el hecho de que esa perforación se hallase justamente en línea con el cráneo del hombre desvanecían semejante presunción.

Dick sintió en la garganta un malestar que aumentaba por momentos; pero se sobrepuso a él. Cintia, en actitud firme y serena, siguió la dirección de su mirada y en seguida clavó los dientes en el labio inferior.

—Es la segunda vez —comentó el muchacho—. Ayer vi aparecer bruscamente un agujero de bala en la pared de la tienda; hoy lo veo aquí. Pero el asunto continúa tan oscuro como antes. Creo que... ¡un momento!

Se volvió con rapidez y miró el lindero de piedra que se levantaba frente a las ventanas y tras el cual se alzaba la densa cortina de abedules. Con tres zancadas cruzó la faja de césped alto que separaba la pared de la senda y se asomó para escudriñar la

semioscuridad que reinaba al lado opuesto. Atrajo su atención un objeto caído bajo los árboles, que el tirador había abandonado al huir de aquel lugar.

Saltó la pared y sin tomar precaución alguna en cuanto a las huellas dactilares que podían hallarse en él lo levantó. Era un rifle de repetición, con cerrojo, calibre 22: un Winchester 61, sin duda el mismo que imaginaba encontrar allí. La tarde anterior, después de haberlo devuelto Lesley al mayor Price, lo habían robado de la barraca de tiro; al menos, esa era la versión dada por *lord* Ashe.

—¡No! —exclamó Cintia.

—¿No qué?

—¡No pongas esa cara!

El rostro de Markham no reflejaba consternación, sino júbilo y triunfo, porque Lesley Grant no podía ser la persona que había sustraído el arma. Él, Dick Markham, no se había separado de ella ni un minuto después del «accidente». La acompañó a su casa y permaneció con ella por espacio de varias horas. La joven no había sustraído el rifle, estaba dispuesto a jurarlo, porque era la verdad.

Dejó caer el arma y volvió a saltar el muro. En todo caso resultaba imposible que Lesley hubiera cometido ese crimen. El joven casi no reparó en Cintia ni la escuchó, a pesar de que en ese momento la joven intentó decirle algo que más tarde Dick no pudo recordar. En lugar de ello, echó a correr hacia la casa de *sir* Harvey.

El jardín no se encontraba cercado; el césped, muy crecido, se enredaba como un alambre en los zapatos. Prometía ser una jornada muy calurosa; la tierra exhalaba un calor húmedo y bajo sus efectos se evaporaba la fina capa de rocío. Una avispa se elevó de la huerta, volando en círculo. De la casa emanaba un olor a madera vieja y a piedra. Markham se aproximó a la ventana perforada por la bala, situada a la derecha, y apretó el rostro contra el vidrio sucio. Ahuecando las manos alrededor de los ojos, a modo de pantalla, miró de nuevo.

Bajo la débil luz de la lámpara que contrastaba con la claridad creciente del exterior, yacía inmóvil en el sillón, frente a la mesa grande, el cuerpo pequeño del patólogo. Su rostro mostraba el perfil, flojos los músculos de la barbilla y los ojos entreabiertos; Markham tuvo la convicción de que el hombre estaba muerto. Pero en esa escena se notaba algo extraño, muy extraño...

—Dick —susurró Cintia junto a él—, la bala no ha dado en el blanco.

Era verdad. En la pared del fondo, frente a ellos, se abría la chimenea de ladrillo con su repisa cubierta de adornos de bronce. Encima colgaba una lámina de colores que representaba una fase de la batalla de Waterloo. El proyectil, después de perforar el vidrio de la ventana y pasar muy cerca de la coronilla de *sir* Harvey, había destrozado el borde inferior del cuadro, que ahora colgaba oblicuamente y se había incrustado en la pared sin herir al hombre.

Cuando la joven hizo esta observación, su voz reflejó excitación y asombro, al mismo tiempo que cierto alivio. Dick se volvió y la miró con desconcierto.

—Entonces, ¿qué demonios le ocurre? —preguntó el joven.

—No lo sé.

—¡*Sir Harvey!* —gritó Markham, colocando la boca muy cerca del vidrio—. ¡*Sir Harvey Gilman!*

Markham examinó primero una ventana y luego otra. Como el edificio era más bien bajo, el antepecho de ambas no sobrepasaba en mucho el alto de la cintura. Perteneían al tipo corriente, con cristales de guillotina y ganchos metálicos en la cara interior. Apoyó una rodilla en el poyo, se aferró con ambas manos al marco y subió. Al mirar con detenimiento, comprobó que las dos se hallaban cerradas.

Comenzó a insinuarse en su mente mi pensamiento muy desagradable.

—Espérame aquí un momento —dijo a Cintia.

Corrió a la puerta principal, separada del suelo por dos escalones de piedra, y descubrió que se encontraba sin llave y mal cerrada. La abrió de par en par y penetró en el pequeño vestíbulo de aspecto moderno que había conocido la noche anterior.

La puerta situada a la izquierda conducía a la sala de descanso; si penetraba por ella se encontraría precisamente detrás de la figura inmóvil del criminalista. A pesar de que realizó violentos esfuerzos para hacer girar el picaporte, no consiguió abrir esa puerta. Se hallaba cerrada desde el interior. Nuevamente se precipitó al jardín delantero, donde la joven miraba aún fijamente la habitación.

—Su aspecto es muy extraño —manifestó Cintia—. El rostro tiene un color raro. ¿Es azulado? ¿O se trata de un efecto de la luz? Alrededor de su boca se ve algo que parece espuma. Y... Dick, ¿qué haces?

Recordando vagamente que la perforación ocasionada por la bala podía ser útil como elemento de prueba. Dick no tocó la ventana situada a la derecha. Se trasladó hasta la otra, alzó la mitad de un ladrillo que encontró en el césped alto y lo lanzó contra ella. El proyectil, al chocar contra el vidrio, provocó un estallido; la vidriera cayó ruidosamente en pedazos.

De la sala mal ventilada salió una bocanada de aire con un débil pero definido olor a almendras amargas, claramente perceptible en la atmósfera matinal. Llegó como una onda hasta el rostro de ambos. Cintia, que se encontraba junto al joven, apoyó una mano en el brazo de éste.

—Huele a... a laca de uñas —dijo—. ¿Qué es?

—Acido prúsico —replicó el joven.

Markham introdujo el brazo por la ventana destrozada, extendió la mano, soltó el gancho y empujó el marco del cristal hacia arriba. Luego trepó al antepecho, saltó al interior y cayó de pie sobre los trozos de cristal, que crujieron bajo su peso.

Allí se percibía con mayor intensidad el olor de la droga. Era necesario un esfuerzo de voluntad para aproximarse al cadáver y tocarlo, pero Dick lo hizo. La persona que había conocido bajo el nombre de *sir Harvey Gilman* había muerto sólo irnos pocos minutos antes, puesto que su cuerpo conservaba aún la temperatura natural de la sangre, o poco menos. Llevaba puesto el pijama y la bata. La butaca forrada con terciopelo lo mantenía erguido, salvo la cabeza, que colgaba, y sus brazos

descansaban serenamente en los del sillón. Pero el color azulado y la espuma, efectos ambos de la acción venenosa del ácido prúsico, y los ojos entreabiertos, se destacaban con espantosa claridad al observarse el cuerpo desde más cerca.

El joven lanzó una mirada a la puerta que conducía al vestíbulo. Se abalanzó sobre ella y al examinarla comprobó que se hallaba cerrada con llave y el pequeño y ajustado cerrojo totalmente corrido. De las dos ventanas que junto con la puerta constituían las únicas vías de acceso a la pieza, una aparecía con su vidrio inferior destrozado y la otra mostraba un agujero de bala pocos centímetros más abajo de la unión de los cristales. Pero no cabía duda de que antes de penetrar él, ambas se encontraban herméticamente cerradas; estaba dispuesto a jurarlo,^ a pesar de la incredulidad que pudiera mostrar la policía.

—Sostuvo que jamás podría ocurrirle semejante cosa, ¿eh? —comentó Dick en voz alta.

Entonces observó un nuevo detalle. La luz de la lámpara colgante arrancaba un débil destello a un objeto próximo al piso, junto a la butaca: era una pequeña jeringuilla hipodérmica con un tubo delgado y largo y un émbolo niquelado. Había caído al lado del sillón y aparecía clavado de punta en la alfombra, como si se hubiera desprendido de la mano del muerto al aflojarsele a éste los dedos. Daba a esa escena el toque final y decisivo. En el ambiente viciado de la habitación parecía que el olor del ácido cianhídrico se hacía aún más penetrante, mientras que, afuera, la luz del sol indicaba que ya era completamente de día.

Otro suicidio.

Markham se encontraba aún junto a la puerta, esforzándose por poner en orden sus pensamientos, que se resistían a adquirir coherencia, cuando oyó un ruido raspante que provenía de la ventana. Era Cintia, que con movimientos flexibles y ágiles acababa de saltar al interior, y había caído de pie y con toda soltura entre los trozos de vidrio.

Parecía serena pero preocupada al mismo tiempo; se hubiera dicho que el motivo de su preocupación era Dick y no la figura encogida que yacía en el sillón.

—¡Es espantoso! —exclamó la joven, y luego, como si comprendiera cuán poco expresivas eran sus palabras, agregó en tono bajo y enfático—: ¡Sencillamente espantoso! Dices que se trata de ácido prúsico, Dick. Es venenoso, ¿verdad?

—Sí, muy venenoso.

La muchacha lanzó hacia la butaca una mirada de repulsión.

—Pero ¿qué le ha ocurrido al pobre hombre?

—Acércate —instó el joven—. ¿Te sientes bien?

—¡Oh!, sí, querido. Perfectamente —un espectáculo como ese no bastaba para turbar a Cintia Drew, que agregó con vehemencia—: Pero ¡es horrible, espantoso! ¿Quieres decir que alguien le ha envenenado?

—No. ¡Mira! —observó Markham.

Al rodear ella la mesa, el joven le señaló la jeringuilla hipodérmica clavada de punta en el suelo. Luego, haciendo gala de un gran dominio de sus nervios, se inclinó sobre el cadáver y levantó el antebrazo izquierdo de éste. Las mangas amplias de la bata y del pijama se deslizaron hacia abajo, dejando al descubierto un miembro delgado como la rama de un nogal, en el que resaltaban las venas azules y congestionadas. La inyección parecía ejecutada con poca destreza; contra la piel se destacaba el pequeño lunar formado por la sangre seca.

—¡Dick! ¡Espera! ¿No es una imprudencia que procedas en esa forma?

—¿En qué forma?

—¿Que rompas ventanas, toques los objetos y demás? En esos libros que me prestaste... es claro que algunos resultan de difícil comprensión, ¡y son tan sórdidos los individuos que describen!..., pero en ellos se insiste siempre en que es necesario dejar las cosas tal como se encuentran, ¿verdad?

—Sí —asintió él con gesto ceñudo—. Esto me va a costar caro. Pero ¡tenemos que saber!

La muchacha de ojos azules lo observó atentamente.

—Dick Markham, tienes un aspecto horrible. ¿No te acostaste anoche?

—¡No te preocupes por eso, ahora!

—Sí me preocupa. Nunca descansas como es debido, especialmente cuando

trabajas. Algo te atormenta. Anoche me di cuenta de ello.

—Cintia, ¿quieres tener la bondad de mirar aquí? —insistió el joven.

—Lo estoy haciendo —replicó la joven, a pesar de que dirigió la vista a otra parte, aferrándose convulsivamente las manos.

—Se trata de un suicidio —explicó Markham, pronunciando las palabras con premeditado énfasis, con la intención de fijar esa idea en la mente de ella—. Este hombre cogió una jeringuilla hipodérmica llena de ácido cianhídrico, ¡aquélla!, y se la inyectó en el brazo izquierdo. Tú misma puedes atestiguar —prosiguió, abarcando la habitación con un amplio movimiento del brazo— que esta pieza se hallaba herméticamente cerrada. Lo que prueba, ¿comprendes?, que nadie ha intentado matarlo.

—Pero ¡Dick! ¡Alguien trató de asesinarlo cuando disparó con un rifle!

—La bala no dio en el blanco, ¿no es así?

—No —dijo la joven—, pero ¡sin duda no fue por falta de esfuerzos o intención del tirador! —y antes de proseguir, el movimiento de su pecho reveló la agitación que la dominaba—. ¿Se trata de algo relacionado con Lesley?

Markham se volvió bruscamente.

—¿Qué?

—La idea que te atormenta —explicó la joven con sencillez femenina.

—¿Por qué se te ocurre semejante idea?

—¿Qué otra cosa puede ser? —preguntó Cintia, y sin detenerse a explicar las razones de su afirmación, prosiguió, señalando la figura que ocupaba el sillón—: Ese horrible hombrecillo ha trastornado la vida entera de Six Ashes. Primeramente, ocurrió el accidente del disparo, ayer por la tarde. Fue un accidente, por supuesta —la muchacha de los ojos azules pareció reflexionar un momento—, pero es realmente extraño que esta mañana tratasen de matarlo disparando contra él. ¡Y para colmo dices que se ha envenenado con esa droga!

—Ahí están las pruebas, Cintia.

—No es suficiente, Dick —replicó la muchacha con aspereza.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡No lo sé! Precisamente, es el aspecto misterioso de este asunto. Pero... ¿has oído hablar de la pelea que tuvo lugar anoche entre el mayor Price y el señor Earnshaw? Se relaciona con el robo del rifle.

—Sí. Me la refirió *lord Ashe*.

Cintia señaló otra vez el cadáver.

—Dick, ¿qué te dijo respecto a Lesley?

—¡Nada! ¿Por qué, en nombre de Dios, crees que aludió a ella?

—Leyó en la bola de cristal la vida de todos los demás. Apostaría a que adivinó algún hecho de la de Lesley y que es eso precisamente lo que te preocupa —insistió la joven.

Hasta ese momento Markham había considerado a Cintia como una buena

muchacha, pero no como un modelo de inteligencia. Para salvar el momento de peligro, se echó a reír tan estrepitosamente que creyó advertir un sacudimiento en las láminas con motivos militares.

—Si te ha dicho algo —insistió la joven con tono acariciante y casi maternal—, cuéntamelo, Dick. ¡Cuéntamelo, por favor!

—¡Oye, Cintia! Tú no puedes creer que Lesley esté complicada en esto, ¿verdad?

—Pero ¿por qué había de creerlo? —inquirió ella con la vista fija en una de las esquinas de la alfombra, al mismo tiempo que se ruborizaba ligeramente—. Sólo que... ¡es tan raro todo el asunto! ¿No sería mejor que avisáramos a la policía? Hay que hacer algo.

—Creo que sí. ¿Qué hora es?

La muchacha consultó su reloj.

—Las cinco y veinte. ¿Por qué?

Markham rodeó el escritorio y se colocó frente a él. El muerto, con un párpado levantado a medias, lo miraba con expresión tan sardónica y viva, que parecía reír desde el infierno.

—Naturalmente, debo llamar por teléfono a Bert Miller —manifestó Dick.

Miller, el agente de policía local, no tardaría mucho en llegar hasta allí. Técnicamente, el Camino de la Horca terminaba en campo abierto, pocos cientos de metros más al Este (en el siglo XVIII había existido allí una horca, pensamiento que provocó en Dick un profundo malestar); sin embargo, cruzaba el campo un sendero que conducía a Goblin Wood, cerca del cual vivía Bert Miller.

—Pero, primeramente tengo que buscar al doctor Middlesworth —agregó el joven.

—¿Por qué?

—¡Porque él conoce los otros casos! Y debemos resolver...

—¿Qué casos, Dick?

«Casi cometo un desliz, una traición. Pero ¿qué más da?», pensó Markham, recuperando el dominio de sí mismo.

—¡Me refiero a los casos criminales en general!

—Pero has dicho que éste no era uno de ellos —observó la muchacha, mirándolo fijamente; pareció que su respiración se aceleraba—. Acabas de manifestar que se suicidó. ¿Por qué sostienes ahora lo contrario?

El hecho de que no respondiera a esa pregunta se debió, no tanto a la circunstancia de sentirse acorralado, sino a un detalle que atrajo su atención y que daba a la expresión del muerto un matiz grotesco. Acercose nuevamente para examinar el cadáver, pero esta vez desde el lado opuesto. En la alfombra, junto al asiento, como si hubiera caído de la mano izquierda de la víctima, se veía una caja de chinchetas cuyo contenido se hallaba desparramado por el suelo.

— Una pequeña caja de cartón, volcada. A la derecha, una jeringuilla hipodérmica; a la izquierda, chinchetas. El esmero con que aparecían dispuestas ambas cosas

trastornaba el juicio. Dick alzó una y apretó su punta aguda contra la yema del pulgar. Sin darle mayor importancia, comprobó que al clavarse en un brazo humano dejaría más o menos la misma marca que una inyección aplicada sin habilidad...

—¡Dick! —llamó Cintia.

El joven se irguió con precipitación, abandonando la posición en cuclillas en que se encontraba.

—Tengo que hablar por teléfono —dijo Markham, anticipándose al torrente de preguntas que advirtió en los ojos de la muchacha—. Discúlpame.

Recordó que el aparato se hallaba instalado en el vestíbulo. Hizo girar la llave de la puerta y descorrió el pasador, notando la solidez de la cerradura y la forma perfecta en que ajustaba el cerrojo.

Resultaría muy difícil hablar claramente con Middlesworth, pues Cintia podía escuchar desde la habitación contigua. Después de marcar el número, oyó el zumbido característico que sonaba insistente y repetidamente, antes de que respondiera la voz de una mujer que, sin duda, acababa de despertarse.

—¡Lamento molestarla a esta hora, señora Middlesworth! Pero...

—El doctor no está —dijo la voz con tono que evidenciaba una calma forzada—. Se encuentra en Ashe Hall.

—¿En Ashe Hall?

—Sí. Una de las sirvientas de allí ha sufrido una fuerte indisposición; *lady* Ashe estaba muy preocupada. ¿Habla el señor Markham?

—Sí, señora.

—¿Desea darme algún recado para mi marido, señor Markham? ¿Se encuentra usted enfermo?

—¡No, no! ¡Nada de eso! Pero se trata de algo más bien urgente.

—¡Caramba! Lamento que mi marido no esté aquí —murmuró la voz, en la que se reflejaba una simpatía convencional y cierto recelo. Pero la esposa de un médico sabe cómo actuar en esos casos—. Si se trata de un caso urgente, puede llamarle por teléfono a Ashe Hall, o cruzar el parque y verle personalmente. Buenas noches.

«Cruzar el parque y verle personalmente. Eso era mejor», pensó el joven. Si marchaba por el monte y seguía luego por South Field, llegaría a Ashe Hall en dos minutos. Regresó de prisa a la sala: Cintia, en actitud indecisa, se mordía su rosado labio inferior. Asió las manos de la joven, y a pesar de su resistencia, las oprimió con firmeza y con nerviosismo.

—Escucha, Cintia. Debo ir a Ashe Hall porque en este momento Middlesworth se encuentra allí. No tardaré más de diez minutos en regresar. Entretanto, ¿quieres llamar a Bert Miller y luego permanecer aquí de guardia? Dile a Bert que *sir* Harvey Gilman se ha suicidado y que no es necesario que se dé prisa en venir.

—¡Pero...!

—Ya sabes que, en realidad, el hombre se ha suicidado.

—Dick, ¿confiarás en mí? ¿Me lo contarás todo más tarde?

—Sí, Cintia, lo haré.

En medio de las tinieblas de esa pesadilla resultaba reconfortante poder confiar en algo, aunque sólo fuese en la honradez y el sentido común de esa muchacha. Nuevamente le apretó las manos aunque ella rehuía su mirada. Sin embargo, una vez que abandonó la casa, cruzó el estrecho camino y se abrió paso por el sombrío monte de abedules para cruzar la loma verde de South Field en dirección a Ashe Hall, le acompañaba la imagen de una joven muy diferente de Cintia.

«Bien, arrostremos la desagradable posibilidad de que Lesley fuese la autora de esto...».

«Pero sin duda —argüía su sentido común—, ella no habría matado a *sir* Harvey solamente para evitar que revelara su identidad a los habitantes de Six Ashes».

«¿Por qué no?», replicaba el insidioso demonio de la duda.

«Porque este suceso —contestaba su sentido común— provocará la intervención de la policía, con lo cual su verdadera personalidad quedará de todas maneras en evidencia».

«No sucederá necesariamente así —volvía a replicar la duda—, si la investigación es conducida por las autoridades locales y se considera el caso como un suicidio corriente».

«—Pero el patólogo era una persona muy conocida —insistió la razón—. La noticia habrá de aparecer en los diarios y, probablemente, atraerá la atención de algún miembro de Scotland Yard y éste intervendrá».

La duda lanzó una especie de carcajada maligna.

«Tú mismo —observó— eres un joven autor bastante famoso. Tu suicidio sería comentado por la Prensa. Sin embargo, *sir* Harvey jamás dudó de que esa dama de rostro angelical se proponía envenenarte».

Con este argumento, el demonio de la duda se aferró con fuerza a su presa, e hincó muy hondo sus garras en la imaginación de Dick.

«Evidentemente —prosiguió—, ese hombrecillo odiaba a Lesley Grant. La perseguía como nadie lo había hecho antes. Ayer por la tarde estuvo a punto de traicionarla, en el momento en que ella intentó matarle con el rifle. La actitud de esa mujer frente al patólogo no podía ser benigna o de indiferencia; si su hermoso cuerpo encierra realmente el alma de una envenenadora, había de vengarse mediante un método imposible de ser descubierto por los demás».

Pero al llegar aquí, el razonamiento se estrellaba con un problema insoluble. Resultaba evidente que *sir* Harvey no se había suicidado. Además, estando prevenido respecto a Lesley, no pudo caer en el engaño de una treta que le indujera a inyectar, en su propio brazo, el contenido de una jeringuilla hipodérmica. Sin embargo, resultaba materialmente imposible que alguien le hubiera asesinado.

Markham ascendió con rapidez la loma de South Field. Al frente, se alcanzaba a ver el ala sur de Ashe Hall y se destacaban sus ladrillos viejos y oscuros en la diáfana atmósfera matinal. A pesar de que aún no salía humo de las chimeneas de su cocina,

todas las puertas de acceso se hallaban abiertas de par en par.

A la primera persona que vio el joven fue al dueño de la casa, que apareció en una esquina del edificio con sus habituales pantalones de pana y una vieja chaqueta. Llevaba las manos enfundadas en guantes de jardinería y sostenía en la derecha un par de tijeras para podar rosales. Al ver a Dick se detuvo de golpe y esperó que el joven se aproximara.

—Buenos días —saludó en tono perplejo.

—Buenos días, señor. Se ha levantado usted muy temprano —respondió el joven.

—Lo hago siempre a la misma hora —replicó el dueño de la casa.

Markham desvió la mirada hacia el ala sur de la construcción.

—¿Nunca cierran aquí las puertas, señor?

Lord Ashe se echó a reír.

—Mi estimado amigo —comenzó, al mismo tiempo que hacía un leve ademán con la mano en que sostenía las tijeras y se acomodaba los lentes en la nariz—, aquí no hay nada de valor. Todos los cuadros son meras copias. Frank, mi hermano mayor, regaló las joyas de la familia a una famosa... dama de costumbres ligeras. Naturalmente, aún poseemos la platería, es decir, lo poco que resta de ella; pero para robarla se necesitaría un camión.

Hizo una breve pausa, como si reflexionara. Se acomodó otra vez los lentes y observó con curiosidad a su interlocutor.

—Disculpe que se lo haga notar, señor Markham, pero tiene usted aspecto de encontrarse aturdido y excitado. ¿Le ocurre algún percance?

Dick habló con franqueza. Deseaba conocer la reacción de ese hombre sensato, con su voz suave, tez rubicunda y cabello gris acerado, ante una situación que pronto apasionaría a la población de Six Ashes.

—*Sir* Harvey Gilman se ha suicidado.

Lord Ashe le miró con asombro.

—¡Dios santo! —exclamó el anciano.

—Sí, suicidado.

—¡Pero esto es... —el hombre miró a su alrededor en busca de un sitio adecuado para colocar las tijeras, y no hallándolo, las mantuvo en la mano— es extraordinario!

—Efectivamente.

—¡Quién iba a imaginarse semejante cosa! —exclamó *lord* Ashe—. A medianoche me pareció oír un disparo. ¿O sería más tarde? Tal vez... —agregó, mirando con fijeza hacia adelante, en un esfuerzo por hacer memoria.

—*Sir* Harvey no se disparó un tiro. Se inyectó en el brazo el contenido de una jeringuilla hipodérmica; al parecer, era ácido prúsico. Cintia Drew y yo lo hemos descubierto hace menos de media hora.

—Acido prúsico —repitió el hombre—. Usábamos uno de sus derivados para rociar los árboles frutales. Supongo que a *sir* Harvey no le fue difícil obtenerlo. Pero ¿por qué, mi estimado amigo? ¿Por qué?

—No lo sabemos.

—En apariencia, gozaba de excelente salud y disposición de ánimo, salvo ese infortunado acci... —el anciano se frotó la frente con la mano en que sostenía la podadera, poniendo en peligro los lentes y los ojos—. ¿Se sentía deprimido? Pocas veces me he tropezado con un hombre más... ¿cómo diré?, más amante de la vida que él. Me recordaba a un individuo, un vendedor de biblias, que pasó cierta vez por aquí. Y... ¿me permite que le pregunte por qué ha venido usted aquí?

—Necesito hablar con el doctor Middlesworth; la esposa de éste me ha informado que se encuentra en Ashe Hall —contestó Dick.

—¡Ah, sí! Ha estado en esta casa. Cecilia, una de las sirvientas, sufrió anoche un fuerte ataque de apendicitis. El doctor consideró que no era necesario someterla a una operación. Cree que puede «congelar» el apéndice, según la expresión médica. Pero ya no se encuentra aquí. Hace rato que se ha marchado; dijo que debía trasladarse a Hastings.

Esta vez fue Dick quien se asombró.

—¿A Hastings? ¿A las cinco y media de la mañana? ¿Para qué?

—No lo sé, mi querido amigo. Middlesworth guardó cierta reserva en cuanto al objeto de su viaje.

Lord Ashe se mostró perplejo.

El suave perfume del césped, la superficie lisa y brillante de los prados bajo la luz cada vez más fuerte del sol, aturdían un poco. Markham no estaba preparado para soportar el efecto tremendo de la pregunta que su interlocutor se disponía a plantear. Repentinamente, experimentó la extraña sensación de un peligro inminente; se dio cuenta de que el anciano le miraba con firmeza y severidad y hasta con un levísimo aire maligno. Luego, los rasgos de *lord Ashe* se suavizaron.

—¿Qué hay de cierto en el rumor de que Lesley Grant es una asesina? —preguntó por fin el anciano, con su voz dulce.

La señorita Lesley Grant (llamémosla así) despertó a las ocho y cuarto de la mañana.

Su casa, la antigua residencia Farnham de Six Ashes, situada en el extremo sur de High Street, daba al Este, a los prados delanteros de Ashe Hall. Era una construcción de aspecto agradable y sombreada por los árboles, con un largo jardín al frente. Desde las ventanas del dormitorio del piso superior, mirando diagonalmente hacia el lado opuesto de High Street, se veía el escudo heráldico del fresno y el grifo esculpido en las columnas de piedra que flanqueaban la verja de acceso al parque. Cuando Lesley despertó, la luz brillante del sol penetraba en el cuarto.

Durante un momento permaneció en una inmovilidad completa, la vista clavada en el cielo raso y los ojos bien abiertos.

El tic-tac de un reloj que descansaba sobre la mesita de noche era el único ruido que se escuchaba en la habitación. La joven miró de soslayo, aparentemente para comprobar la hora, y volvió en seguida los ojos hacia arriba.

No tenía aspecto de haber dormido bien, o por lo menos lo suficiente. Alrededor de sus ojos castaños de mirada candorosa se notaban unas sombras leves; el cabello parecía caído sobre la almohada y en sus labios percibíase una expresión extraña. Con los brazos desnudos extendidos sobre la colcha a ambos lados del cuerpo, escuchaba el tic-tac del reloj mientras su mirada recorría la habitación.

Cómoda, amueblada con una discreción y buen gusto casi empalagosos, la habitación contenía sólo un cuadro: un dibujo en blanco y negro, con formas un poco desproporcionadas, que colgaba, en un marco, entre las dos ventanas de enfrente. Cuando reparó en él, la joven se mordió el labio inferior.

—¡Qué tontería! —dijo en voz alta.

Si alguien la hubiera visto en ese momento (cosa que por fortuna, o por desgracia, no ocurrió) habría experimentado desazón ante el carácter furtivo de sus movimientos. Se deslizó fuera de la cama, vestida con un camisón blanco de seda con encajes, corrió hasta el cuadro y lo descolgó.

Quedó al descubierto el frente de una pequeña caja fuerte, cilíndrica y de acero empavonado, empotrada en la pared; era un modelo importado de los Estados Unidos. No tenía llave; se abría mediante una cerradura de combinación con letras, sólo conocida por los fabricantes y por la supuesta Lesley Grant.

La respiración de la joven se hizo menos profunda; el movimiento de su pecho bajo la tela de seda se hizo casi imperceptible. Apoyó la mano en el dial de la caja, y cuando ya había dado al mando dos vueltas parciales, un fuerte ruido de pisadas en la escalera, junto con el sordo repiqueteo de la loza al chocar entre sí, le advirtieron que

se aproximaba la señora Rackley con su té de la mañana.

Colgó otra vez el cuadro y regresó precipitadamente a la cama. Al abrirse la puerta del dormitorio, la joven se hallaba sentada con la espalda apoyada en las almohadas y se alisaba el cabello; su rostro aparecía ligeramente arbolado y su respiración era casi normal.

—¿Está despierta, señorita? —preguntó la señora Rackley como de costumbre—. ¡Hace una mañana preciosa! Aquí le traigo una excelente taza de té.

Sirvienta, cocinera y ama de llaves, esa mujer era de suma utilidad para una dueña de casa que pudiera soportar su inaguantable aire de protección. Echó una ojeada al cuarto y comprobó con satisfacción que reinaba un orden perfecto, como también que las ventanas se encontraban abiertas. En seguida avanzó, haciendo crujir el piso y respirando como si sufriera de asma, y colocó la bandeja en el regazo de Lesley. Hecho esto, retrocedió un poco y apoyó las manos en las caderas para pronunciar concienzudamente su diagnóstico.

—Usted no tiene buen aspecto —declaró, en tono categórico.

—¡Me siento muy bien, señora Rackley!

—Usted no tiene buen aspecto —repitió la mujer con firmeza, y prosiguió en tono acariciante—: ¿Por qué no se queda en la cama y me permite que le traiga aquí el desayuno?

—¡No, no! ¡Me levantaré dentro de un minuto!

—No es molestia alguna para mí —insinuó la mujer tentadoramente.

—No quiero desayunar en la cama, señora Rackley.

La señora juntó con fuerza los labios, aparentemente enojada. Meneando la cabeza, recorrió otra vez el dormitorio con la vista. Su mirada se detuvo en una silla de cuyo respaldo colgaban, doblados con esmero, una falda negra y un jersey blanco tejido a mano; sobre el asiento se veían unas enaguas, un par de medias y un sujetador.

—¡Ajá! —exclamó el ama de llaves con un tono que más bien recordaba al de un agente de la policía metropolitana, y luego agregó con aire despreocupado—: ¿Salió usted anoche, señorita?

Lesley, que acababa de servirse el té y se llevaba la taza a los labios, levantó la vista con rapidez.

—¿Cómo? —preguntó maquinalmente.

—¿Volvió a salir anoche, después de traerle en automóvil ese *lord* desde la casa del señor Markham? —insistió la mujer.

—¡No, por Dios!

—Al regresar —afirmó la señora—, llevaba puesto el traje verde oscuro, Recuerdo claramente que le sentaba muy bien. Y ahora... —señaló la falda negra y el jersey blanco colocados en el respaldo de la silla—. Usted es una niña delicada, señorita —prosiguió en tono de reproche—, tanto o más que mi hija menor. No debe hacer esas cosas.

—¿Qué cosas?

—Salir —replicó la acusadora de manera vaga pero obstinada.

—Pero ¡si no salí! —protestó la joven.

Su brazo se sacudió con tal violencia que estuvo a punto de volcar la taza. Sus ojos adquirieron, por un instante, una expresión singular que desapareció en seguida, al mismo tiempo que sus mejillas se teñían de rojo.

—No abandoné la casa, ¿comprende? ¡Si alguien afirma lo contrario, miente descaradamente!

La señora Rackley se sintió sobrecogida. Sin embargo, no replicó; un hecho más interesante atraía en ese momento su atención. Atisbaba por la ventana con tanta curiosidad que Lesley se vio obligada a deslizarse otra vez fuera de la cama, dejando caer la bandeja sobre ésta con un ruido sordo, y corrió a situarse a su lado.

De pie a cierta distancia de la puerta de la valla delantera, bajo los fuertes rayos del sol, el mayor Horacio Price hablaba con Guillermo Earnshaw, gerente del Banco. La figura corpulenta y rechoncha del primero contrastaba con la de Earnshaw, elegante y erguida. Este se había quitado el sombrero, dejando al descubierto su cabello negro como el azabache, cuidadosamente cepillado y con la raya trazada en forma perfecta; su cabeza brillaba bajo la luz del sol. A pesar de que se encontraban demasiado lejos para que pudiesen escucharse sus palabras, se notaba que las relaciones entre ellos no eran cordiales. Ambos se interpelaban en actitud hostil y hasta se podía adivinar que el rostro del mayor estaba encendido. Pero no fue ésta la escena que atrajo la atención de las dos mujeres.

Por High Street, procedente del Sur, donde el camino de La Horca formaba un ángulo recto, se vio venir al agente de la policía local montado en su bicicleta. Bert Miller hacía girar los pedales a una velocidad que pocas veces había alcanzado en su vida. El mayor y el gerente se volvieron rápidamente para observarle, y cuando el primero le saludó con un grito, el ciclista frenó de manera tan brusca que estuvo a punto de caerse en la alcantarilla.

A continuación tuvo lugar una breve y endiablada pantomima, en el transcurso de la cual el agente habló apresuradamente y sus oyentes se mostraron muy impresionados. En una ocasión Price se volvió para mirar la casa de Lesley y pudo verse su rostro cubierto de pecas, grande y redondo, con carrillos llenos y la boca entreabierta, bajo el ala del sombrero blando que usaba en los días de trabajo.

Finalizada la conferencia, como si hubiera tomado una resolución, el mayor abrió la puerta de la valla y avanzó por el sendero en dirección al edificio.

¡Y usted lleva puesto el camisón! —exclamó la señora Rackley—. ¡La verá así! ¡Vuélvase a la cama, señorita! Yo le... yo le prepararé el baño.

—No se preocupe ahora por mi baño —replicó la joven.

Evidentemente, la mujer esperaba una contestación semejante. Sin embargo, el tono de Lesley no era firme.

—Baje y averigüe qué ocurre —prosiguió. Lesley—. Dígale al mayor Price que

bajaré en seguida.

En verdad, transcurrieron menos de diez minutos hasta el momento en que la muchacha bajó corriendo por la escalera, vestida con un traje diferente de los dos que dieran origen a la discusión entre las dos mujeres.

No se veía a la señora Racldey; sin duda, el visitante la había ahuyentado con algunas palabras ásperas. El mayor se hallaba de pie en el vestíbulo y movía nerviosamente el sombrero entre las manos. Al ver a la joven, hizo un ruido con la garganta antes de hablar.

—Mi estimada señorita —comenzó—, acabo de hablar con Bert Miller.

—Sí, lo sé. ¿Qué ocurre?

—Siendo decirle, mi apreciada joven, que se trata de una noticia de gravedad. *Sir Harvey Gilman* ha muerto.

El vestíbulo era amplio y fresco, y oscuro a pesar de su ventana en forma de abanico. Contra la pared del fondo, un reloj de pie hacía oír su tic-tac.

—¡No lo hice intencionadamente! —exclamó Lesley—. ¡No disparé adrede contra él! ¡Fue un accidente! ¡Se lo juro!

—¡Chist...! ¡Mi estimada niña! ¡Por favor! —la instó el hombre.

—¡Discúlpeme! Pero...

—Además, no se trata de un tiro —prosiguió el visitante, tratando de aflojarse un poco el cuello blando de la camisa alrededor del suyo, grueso y fuerte—. Parece que el pobre hombre se envenenó anoche. Pero... ¿podemos pasar a otra habitación para conversar?

Sin pronunciar palabra, Lesley señaló una puerta que luego abrió, y pasaron a un fresco salón con paredes pintadas de color verde y una chimenea de guijarros. Como la joven parecía muy impresionada por la noticia, el mayor la guió hasta un sillón y la obligó con delicadeza a tomar asiento. A su vez, ocupó otro frente a ella, depositó con cuidado el sombrero en el suelo y apoyó las manos en sus rodillas macizas, con los dedos extendidos. En seguida se inclinó hacia adelante con cierto aire confidencial y amistoso y comenzó a hablarle en voz baja:

—Ahora bien, no se alarme —aconsejó con dulzura—. En mi carácter de asesor jurídico de usted... porque espero que aún me considere como tal, ¿no es así?...

—¡Naturalmente!

—¡Es usted una niña excelente! —manifestó el hombre inclinándose otro poco para palmear con suavidad el brazo de la muchacha—. Como asesor jurídico, considero que existen algunos puntos, sin importancia por otra parte —agregó, descartándolos con un ademán—, que debemos aclarar, ¿no le parece?

—¿Dice usted que se ha envenenado? —preguntó la joven y luego agitó violentamente la cabeza, como si luchara por disipar la niebla que le invadía la mente. Sus ojos se cubrieron de lágrimas—. ¡Sencillamente, no comprendo! ¿Por qué lo hizo? ¡Pobre hombre!

—En fin, ese es uno de los pequeños problemas de este asunto, que resulta más

bien difícil de solucionar —manifestó Price—. Su cuerpo ha sido hallado esta mañana, muy temprano, por Dick Markham.

—¿Por Dick? —inquirió la muchacha, irguiéndose en su sillón.

—Al menos eso afirma Miller. Parece que alguien llamó a Markham por teléfono...

—¿Quién?

—El joven no lo sabe. Al parecer sólo oyó «un susurro» que, de acuerdo con la explicación de Miller —el mayor frunció el ceño—, le dio a entender la posibilidad de que ocurriría algo muy grave si no se dirigía inmediatamente a la antigua casa de Pope.

—¿Entonces?

—Markham partió en seguida. Apenas estuvo a la vista del edificio, alguien encendió la luz de la sala —el narrador hizo una breve pausa, sin duda para recalcar esa circunstancia. Sus cejas, de un rubio fuerte, casi se juntaron sobre la nariz y se oyó el débil silbido de su respiración contenida—. Poco después de eso, una persona apoyó el cañón de un rifle sobre la muralla lindera del parque y disparó un tiro, la bala perforó la ventana de aquella sala. ¡No!, ¡un momento! ¡No sucedió lo que usted imagina! Dick se precipitó hacia la casa seguido de Cintia Drew...

—¿Cintia Drew? ¿Qué hacía ella allí, con él? —inquirió Lesley.

El mayor Price desechó la pregunta con un gesto.

—Había salido a dar un paseo, o algo por el estilo. ¡En fin! Corrieron al interior y descubrieron que la bala no había tocado a *sir* Harvey; éste se hallaba en una silla, frente al escritorio. Parece que se encerró en la habitación y con una jeringuilla hipodérmica se inyectó ácido prúsico. Un asunto muy extraño —agregó el hombre, meneando la cabeza con aire de incertidumbre—. Muy extraño, en verdad. Porque, como usted comprenderá, alguien disparó contra él más o menos al mismo tiempo que se inyectaba el veneno en el brazo.

Durante un prolongado espacio de tiempo reinó el silencio.

Lesley no hizo comentario alguno. Quiso decir algo, pero desistió con un gesto de impotencia. Parecía desorientada y bajo los efectos de una fuerte tensión nerviosa.

Por su parte, Price se sentía evidentemente incómodo. Hizo un ruido con la garganta y miró el jarrón que contenía rosas rojas, colocado en una mesa, en el centro de la habitación; esas flores daban una nota de color en aquel recinto lúgubre, amueblado con buen gusto, en que también se veía un piano de cola y algunos objetos de plata vieja. Luego observó el cielo raso, el piso, y por fin se decidió a abordar sin rodeos la cuestión.

—Ahora bien, mi estimada Lesley. No deseo que interprete mal mis palabras, pero...

—¿Pero qué?

—De cualquier modo, tenía la intención de sostener hoy una pequeña conversación con usted. Desde el día siguiente de su llegada a este pueblo tuvo la

gentileza de permitirme manejar sus asuntos financieros, porque no posee experiencia en los negocios. Ha procedido con acierto; no es conveniente que una mujer se mezcle en ellos —hizo un movimiento de aprobación con la cabeza—. Pero ahora va a contraer matrimonio...

Lesley pareció aún más confundida.

—¡Dios Santo! ¿De qué me habla usted?

—¡Pues bien! —continuó el anticuado señor Price—. Su marido exigirá una rendición de cuentas, ¿no es verdad? Sin duda, espera que yo entre en sus manos la dirección de tales asuntos. ¡Naturalmente! ¡Es muy lógico que así sea!

—¡No, por Dios! Dick sabe tan poco de negocios como yo. Autorizó a su representante literario para que se ocupara de los suyos. Nunca sabe el dinero que gana.

El mayor se removió inquieto en su asiento.

—Pero en todo caso —replicó, eludiendo el verdadero motivo de su visita—, espero que considere el problema como lo enfocaría un espectador imparcial. Por ejemplo... ¿tiene usted algún pariente con vida?

La joven se enderezó otra vez en su asiento.

—¿Por qué me lo pregunta? —replicó.

—En verdad, la conozco a usted tan poco... pero deseo ayudarla en todo lo que pueda...

—¡Por favor, mayor Price! ¡Le ruego que hable con claridad! Explíqueme de qué se trata.

—¡Pues bien! —dijo el visitante dejando caer las manos sobre las rodillas—. Deseo que me refiera con exactitud qué le comunicó el «adivino» ayer.

El silencio fue tan completo, que podía oírse con toda claridad el tic-tac del reloj del vestíbulo.

^—Un momento —se apresuró a agregar Price, anticipándose a la respuesta de la joven—. No me diga que se trata de las acostumbradas frases que pronuncian los adivinos, porque no es verdad. Tenga en cuenta que yo me encontraba *cerca de la tienda* y la vi a usted. Considere esta cuestión como lo haría un espectador imparcial, mi esposa, por ejemplo, o... o cualquier otra persona. El hombre del turbante le comunicó a usted algo importante, y al advertirlo, Dick se precipitó al interior para enterarse de la verdad. Luego se disparó el rifle... ¡accidentalmente, por supuesto!... y el anciano, alcanzado por la bala, se desplomó. Por fortuna no se hallaba herido de gravedad...

—¿No se hallaba herido de gravedad? —exclamó Lesley.

—Pues... no —admitió el hombre con turbación.

Una vez más, la mirada de la muchacha recorrió el salón de forma furtiva y extraña. Pareció que con la misma celeridad con que un jugador prepara la baraja, la muchacha ordenaba sus pensamientos. Con los labios entreabiertos, su rostro reflejaba concentración y sorpresa al mismo tiempo.

—¿Dick lo sabía? —preguntó casi a gritos—. ¿Dick lo sabía? ¡Y no me dijo nada!

Price negó con un movimiento de cabeza.

—¡Oh, no! El joven no tenía conocimiento de ello.

—¿Está seguro?

—Como usted recordará —dijo el visitante—, Middlesworth y yo trasladamos a *sir* Harvey a su casa. El herido nos exigió, bajo juramento, que mantuviéramos en secreto el hecho de que sólo había sufrido una lesión superficial y afirmó que procedía así en interés de la justicia. El patólogo del Ministerio del Interior... Caramba, mi estimada niña, ¿qué otra cosa podía hacer yo? No sé si Markham lo ha averiguado más tarde, pero estoy seguro de que cuando yo me marché, él no sabía que *sir* Harvey se encontraba bien. Pero observe el desarrollo de los sucesos. El patólogo poseía un importante secreto que, al parecer, se relacionaba con usted. ¡Bien! Alguien sustrajo un rifle, el mismo del accidente, y disparó contra el hombre a través de la ventana. Pero hay algo más: parece que el anciano se envenenó en ese preciso momento. ¡Vamos, vamos! ¿Cómo explica usted todo eso?

La joven se humedeció los labios.

—Acaba de manifestar usted que «parece» que se envenenó. ¿Existe alguna duda al respecto? —preguntó a su vez.

—¡Para mí, absolutamente ninguna! —replicó el mayor y rió entre dientes, alzando sus cejas muy rubias; sus ojos de un azul claro reflejaban sinceridad—. ¿Cómo es posible que alguien entrara y saliera de una habitación herméticamente cerrada? —y luego, en voz más baja—: Pero si tiene algo que decirme, ¿no cree usted que es mejor hacerlo ahora?

Lesley se aferró a los brazos del sillón, como si quisiera convencer a su interlocutor con la sola vehemencia de sus sentimientos.

—No tengo nada que contarle. ¡Por favor, créame! —exclamó.

—¿Ni siquiera lo que le dijo el adivino? ¿Eh? —insistió el hombre.

—¡No había visto en mi vida a ese hombre!

—¿Es todo cuanto tiene que comunicarme?

—¡Es todo cuanto puedo decirle! —manifestó Lesley.

—Entonces... —murmuró el mayor.

Respiró profundamente y desvió la vista, mirando a su alrededor. Acto seguido cogió su sombrero y se incorporó con aire pensativo, al tiempo que hacía un comentario respecto al estado del tiempo. En medio de un tenso y penoso silencio, la joven le siguió hasta la puerta.

—Si me necesita —manifestó el visitante—, me encontrará en mi despacho.

Una vez se hubo marchado, la joven permaneció durante un momento de pie en el vestíbulo, con los brazos cruzados sobre el pecho y los dedos apretados contra los hombros. Su actitud reflejaba una silenciosa perplejidad, y hasta cierta angustia.

—¡No! —exclamó en voz alta—. ¡No, no, no!

Por fin, pareció que el tic-tac del reloj conseguía insinuarse en su mente, miró la esfera y comprobó que faltaban pocos minutos para las nueve. El olor del jamón frito, que casi siempre le resultaba agradable y reanimador, se filtraba débilmente por la rendija de la puerta de la cocina. La señora Rackley no podía estar lejos y seguramente la abrumaría con preguntas.

Subió de prisa por la escalera y se precipitó en su dormitorio, cerró la puerta tras ella, hizo girar la llave y apoyó su cara radiante contra la hoja; pero, casi en seguida, aguijoneada por una repentina visión de algo que no percibía claramente, se volvió con brusquedad.

El dibujo en blanco y negro ya no colgaba frente a la caja fuerte: yacía en el piso, con la cara hacia abajo. Frente al escondrijo, con los dedos en el pomo del dial, se hallaba de pie Cintia Drew.

Por espacio de irnos diez segundos las dos mujeres permanecieron inmóviles, mirándose mutuamente. Los olores fuertes y agradables y los rumores típicos del verano penetraban por las ventanas abiertas e inundaban el dormitorio, junto con los cálidos rayos del sol. La muchacha fuerte, de cabello rubio y ojos azules, y la otra, de aspecto más débil, de cabello y ojos castaños, se observaban.

La voz de Cintia rompió el pesado silencio.

—Quiero saber qué hay dentro de esta caja, y estoy decidida a no marcharme de aquí sin descubrirlo, aunque para ello tenga que matarla.

Esa mañana, más o menos a la misma hora, o sea a las nueve, Dick Markham se hallaba sentado en el escalón superior de piedra, frente a la puerta de la casa de *sir* Harvey Gilman.

«En fin —pensaba el joven—, no hay más remedio». Ahora tendría que soportar la parte más penosa del asunto. Recordó la entrevista con *lord* Ashe y la llegada del agente de la policía local, que había mostrado disgusto al tener que abandonar el lecho a hora tan temprana, después de permanecer en pie hasta las tres de la mañana en Newton Farm, a causa de mi beodo. Durante el interrogatorio, Bert Miller tomó nota de cada palabra y a Dick las horas le parecieron interminables.

Más tarde, tomó apresuradamente el desayuno en la mesa de la cocina de su casa mientras Cintia Drew, sentada frente a él, le rogaba que se franqueara con ella. Los acontecimientos habían seguido su curso con mucha lentitud. Después de ponerse en comunicación telefónica con el superintendente de Hawkstone, Miller partió en busca de un automóvil para esperar en Loitering Halt a un empleado de Scotland Yard que llegaría de Londres en tren. El superintendente Hadley no tardaría en llegar, y su presencia lo echaría todo por tierra.

A pesar de la insistencia de Cintia y de recordarle ésta su promesa, Markham no le había contado la verdad; se sentía incapaz de poner al descubierto a Lesley. Además, según pudo comprobar, ni siquiera *lord* Ashe sabía ningún detalle concreto. Después de plantear ese honorable señor su sensacional pregunta: «¿Qué hay de cierto en el rumor de que Lesley Grant es una asesina?», resultó que sólo se refería a ciertas insinuaciones de las damas de la vecindad, deslizadas en comentarios de este tenor: «Ese disparo accidental es bastante extraño, ¿verdad?».

¡Chismes, chismes y más chismes! Imposible descubrir su origen ni establecer su fundamento. Habían nacido y adquirido volumen desde el momento en que se tuvo conocimiento del compromiso de Dick con Lesley y adquirieron un tinte hostil hacia la joven. Pero en la observación de *lord* Ashe se percibía cierto matiz que no respondía a un simple rumor; Markham habría jurado que el anciano intentaba decirle o insinuarle algo. Pero ¿de qué se trataba?

Así reflexionaba el joven, sentado en el escalón frente a la puerta, completamente solo; también Cintia se había marchado para realizar una diligencia particular. Permanecía inmóvil, vigilando el cadáver hasta el regreso de Bert Miller.

No le había referido a la muchacha ningún detalle referente a la vida de Lesley; pero en realidad este hecho carecía de importancia. Daba lo mismo que lo supiera el pueblo entero; muy pronto llegaría Hadley y saldrían a la luz todos los pormenores desagradables de la historia. Los charlatanes tendrían un gran bocado a su disposición, un enorme bocado. Entretanto...

—¡Hola! —gritó alguien desde el camino.

Hacía ya mucho calor. Una avispa voló desde la huerta haciendo oír su zumbido característico. Al mirar, vio a Bill Earnshaw que avanzaba por el jardín en dirección a la casa; el roce de sus zapatos con el césped alto producía un sonido silbante.

—Llegaré al Banco con retraso —comentó el recién llegado—. Pero pensé que sería conveniente pasar por aquí y... —concluyó la frase con un gruñido de indiferencia al mismo tiempo que clavaba la vista en el edificio—. Un asunto feo, ¿eh?

Dick asintió.

—¿Cómo supo lo ocurrido? —preguntó a su vez el muchacho.

Earnshaw hizo un movimiento con la cabeza señalando hacia atrás.

—Me hallaba frente al domicilio de Lesley cambiando algunas palabras con ese... con ese asno de Horacio Price —arrugó la frente al darse cuenta de que un gerente de Banco no debía emplear semejante lenguaje—. Bert Miller pasó por allí en su bicicleta y nos refirió los hechos. ¡Es extraordinario!

El gerente titubeó.

Llevaba puesto un traje de buen corte; gracias a su porte erguido se libraba a duras penas de parecer pequeño. Su rostro cetrino no carecía de cierta distinción y era el de un hombre de más o menos cuarenta y cinco años que aparenta menos edad. Usaba cuello duro, y en ese momento se abanicaba con un sombrero modelo Anthony Edén. Una raya blanca e impecable dividía su cabello negro y lustroso, y el brillo de sus mejillas denotaba que se había afeitado con esmero.

Hombre sumamente sociable, reía con frecuencia y se mostraba orgulloso de su sentido humorístico. A pesar de ser un individuo eficaz para los negocios, hábil en el juego del *bridge* y del *squash* y un oficial territorial con ciertas pretensiones de buen tirador con pistola y rifle, conservaba en general un aire afable y discreto. Sin embargo, resultaba fácil imaginarse bajo qué aspecto abordaría el asunto que constituía el objeto de su visita.

—He reflexionado, Dick, respecto a ese rifle y... —comenzó a decir.

—¡Al diablo con él! —prorrumpió el joven con tan inmotivada violencia que Earnshaw le miró sorprendido.

Sin duda, se trataba de una reacción puramente nerviosa.

—Quiero decir —agregó en seguida el joven con la intención de corregir la mala impresión causada— que el individuo^ no ha sido muerto de un tiro, sino...

—Lo sé, lo sé. Pero reflexione un poco... —aconsejó. En seguida recorrió con sus ojos oscuros la fachada de la casa al mismo tiempo que sus labios esbozaban un silencioso silbido—. Naturalmente, puedo equivocarme —prosiguió—, pero ¿ha pensado usted que el tirador, quienquiera que sea, es la figura más importante del caso?

Dick le observó con asombro.

—No, jamás se me ha ocurrido semejante idea. ¿Cómo llega a esa conclusión?

—Bueno, supongamos que haya algo extraño en todo esto y que la policía sospecha que *sir* Hadley no se ha suicidado...

—¡Sí se ha suicidado! ¡Ahí tiene las pruebas! ¿No cree en ellas? —preguntó el joven.

—En realidad, amigo, han ocurrido tantos sucesos extraños en estas últimas horas, que me encuentro desorientado —replicó Earnshaw, y sonrió mientras se abanicaba con el sombrero.

Esa frase expresaba cabalmente el sentir de toda la población de Six Ashes.

—A propósito —agregó, bajando la vista—, aún no le he felicitado por su compromiso con Lesley. ¡Que tenga buena suerte y muchos años de vida!

—Gracias.

Markham experimentó un agudo dolor en el pecho, tan penetrante que le fue necesario hacer un esfuerzo para no lanzar un quejido. Evidentemente, su interlocutor se sintió un poco embarazado.

—Pero... en cuanto a este asunto... —observó el gerente.

—¿Qué le parece? —inquirió Markham.

El hombre señaló las ventanas de la sala con un movimiento de cabeza.

—¿Me permite que eche una ojeada?

—Por supuesto. No pertenezco a la policía.

Inspirado sin duda por un vago sentimiento de respeto a los muertos. Earnshaw se aproximó de puntillas a la ventana situada a la derecha y atisbo hacia el interior. Sostuvo el sombrero cerca de los ojos, a modo de pantalla, examinó la escena y luego se volvió con mesurada expresión de disgusto y aire de haber comprobado, sin lugar a dudas, la exactitud de sus sospechas.

—El supuesto asesino se ocultaba detrás de aquella tapia con la intención de apuntar fácilmente y desde corta distancia —manifestó, señalando el muro del lindero—. Alguien encendió una luz en esta sala. ¡Muy bien! De manera que *el tirador podía ver quién se encontraba en esa habitación*.

Hizo una pausa.

Markham se puso de pie lentamente.

—Esa persona —prosiguió el hombre— es mi testigo de los acontecimientos. Por una parte, podrá declarar en estos términos: «¡Sí! *Sir* Harvey se encontraba solo, pero como yo ignorada que en ese momento estuviera inyectándose una dosis de ácido prúsico, disparé». O en caso contrario, dirá: «*Sir* Harvey estaba con otra persona». En ambos casos su testimonio dejaría aclarado el misterio. ¿Estamos de acuerdo?

Ciertos hechos son tan manifiestos que a veces la mente no logra comprenderlos en seguida. Dick asintió, encolerizado consigo mismo por no haber descubierto antes esa sencilla verdad.

Pero inmediatamente la cautela innata de Earnshaw se puso de manifiesto.

—Ahora bien, no aseguro que haya sido así —aclaró y rió con embarazo—. No pretendo ser un detective. Sólo explico cómo actuaría si me encontrara en el lugar de

ese empleado de policía que, según afirma Miller, viene de Londres. Pediría al testigo que se diera a conocer...

—Pero ¡el testigo no se presentará porque puede ser acusado de intento de asesinato!

—Las autoridades podrían prometerle la inmunidad.

—¿Y hacerse cómplices de un delito tan grave?

El gerente se puso el sombrero, acomodándolo en su cabeza con garbosa inclinación, aunque no de manera llamativa, y se restregó ligeramente las manos.

—No entiendo esas cuestiones legales —manifestó; los músculos de su flaca mandíbula adquirieron rigidez—. Habría que consultar a... —titubeó un poco— al mayor Price. Además, yo no tengo nada que ver con este asunto —agregó, y en seguida, con expresión resuelta, miró al joven con sus ojos oscuros y brillantes—. Sin embargo, *estoy especialmente interesado* en ese rifle; deseo saber si se trata del arma a que se refieren los comentarios de todo el mundo. ¿Dónde está?

—En la sala. Ya lo ha examinado Miller.

—¿Puede mostrármelo?

—Por supuesto. ¿Le impulsa a usted algún motivo en particular?

—En primer término, deseo verlo porque es de mi propiedad —replicó el hombre—. ¿Recuerda usted que Price pidió a todo el mundo armas en préstamo para su *stand* de tiro?

—Sí.

—En segundo lugar, como ocupo una posición de cierta responsabilidad... —hizo notar el hombre y rió con el tono amistoso y diplomático de costumbre, aunque esta vez de forma menos convincente—. Bueno, no tiene importancia. Entremos.

Esa risa que se escuchaba con tanta frecuencia en el despacho del gerente del Banco Metropolitano y Provincial de Six Ashes resonó de manera aún más hueca cuando los dos hombres penetraron en la sala. Algunas horas antes alguien había apagado la luz de la lámpara colgante; el muerto yacía en el sillón, en medio del cuarto iluminado en parte por la luz intensa del sol y en parte en sombras. A pesar de esforzarse Earnshaw por adoptar una actitud de cortés indiferencia, no pudo evitar cierta conmoción al ver los ojos entreabiertos y la expresión sardónica del difunto. Se volvió con premura, ansioso por alejarse de allí, pero en ese momento Dick le mostró el arma.

—Tómelo sin temor, Bill. Con mis propias impresiones digitales he confundido todas las demás que pudieran encontrarse en ese rifle. ¿Es el suyo?

—Sí, pero... ¡un momento!

—Oiga —se apresuró a decir el joven con expresión de cansancio—: si tiene la intención de preguntarme quién lo sustrajo ayer por la tarde, desde ahora le advierto, tal como le manifesté a *lord* Ashe, que no lo sé.

—Pero...

—Sólo puedo asegurar —recalcó el joven en tono de convicción— que ni Price ni

Middlesworth lo sustrajeron, porque les vi cuando trasladaban a *sir* Harvey al automóvil. Tampoco Lesley ni yo somos los culpables; nos encontrábamos juntos. Aparte de nosotros cuatro no había otra persona en el lugar hasta el momento en que usted llegó y se hizo cargo de los rifles.

Pese a su sonrisa, los ojos y los labios de Earnshaw reflejaban intranquilidad.

—La única persona que pudo apoderarse de él es Price —afirmó el gerente.

—¡Al diablo, hombre! Le aseguro que se equivoca. No es posible meter un rifle en el bolsillo o deslizarlo bajo la chaqueta.

—Lo mismo digo yo. Nadie se aproximó a la barraca de tiro mientras me hallaba de guardia. No fui yo quien lo cogió, aunque el mayor aparente creer lo contrario. ¿Robar una cosa que es de mi propiedad? ¿No le parece absurdo? Por otra parte, ¡supongo que no pensará que ha desaparecido por arte de magia!

Markham estuvo a punto de responder que no le sorprendería esta última posibilidad. Se sentía harto de ese tema, mortalmente aburrido de todo; la próxima llegada de Hadley constituía su única preocupación. Por ese motivo, sólo atinó a pronunciar algunas palabras conciliadoras y apoyó nuevamente el arma en la pared, junto a la chimenea.

Para demostrar que no se hallaba resentido, el gerente echó a reír.

—No crea usted que exagero la importancia de los hechos —aclaró—. Ocupo una posición de cierta responsabilidad, y debo mantener limpia mi reputación. Este asunto tendrá repercusiones.

—¿Por qué? —inquirió el joven.

—Ese hombre no se suicidó, Dick —prosiguió Earnshaw con voz muy queda—. Usted ha de imaginarlo tan bien como yo.

—¿Cómo actuó entonces el asesino para cometer su crimen?

—No lo sé. Pero se trata de la gastada novela policíaca que cobra vida: se descubre el cadáver en una habitación herméticamente cerrada con llave y cerrojo; a un lado —señaló en esa dirección con un movimiento de cabeza— aparece una jeringuilla hipodérmica y al otro —indicó el lugar—, una caja de chinchetas —su rostro adquirió un aire pensativo—. Naturalmente, éstas no encierran misterio alguno, es decir, su presencia en este lugar. Sin duda existen en la casa muchas cajas como esa. Usted no vivía en el pueblo en la época en que el coronel Pope ocupaba la propiedad, ¿verdad?

—Efectivamente.

—El coronel —prosiguió el hombre— las utilizaba para defenderse de las avispas.

El joven creyó que sus oídos le engañaban.

—¿Para defenderse de las avispas? —repitió.

—Aquí —explicó Earnshaw, señalando con la cabeza en dirección a la huerta de frutales— abundan esos insectos. Pope afirmaba que en verano no podía dejar las ventanas abiertas porque le volvían loco.

—¿Qué hizo entonces?

—Una persona le habló de ciertos artefactos americanos llamados «mamparas»; en Inglaterra no las usamos, pero en realidad nos hacen falta. Son de tela metálica con marco de madera y corredizas; se colocan en las ventanas para impedir la entrada de los insectos. El coronel no pudo obtenerlas, pero en cambio se le ocurrió un método para reemplazarlas. Compraba trozos de tarlatana y los fijaba por los bordes en los marcos de las ventanas con un montón de chinchetas. Todos los días procedía a colocarlos con gran solemnidad —el narrador señaló el escritorio—. En ese cajón hallará seguramente muchas más —prosiguió—. Pero en cuanto al significado de su presencia junto a la mano del muerto...

Markham sintió deseos de contestar que el pinchazo de una de esas chinchetas dejaría la misma señal que el de una inyección aplicada con torpeza, pero se contuvo; esta observación era sólo un producto de su fantasía, sin valor alguno. El olor del ácido prúsico que aún exhalaba el cadáver impregnaba la atmósfera cada vez más densa y caldeada de la sala; también Earnshaw comenzaba a sentir sus efectos.

—Salgamos de aquí —dijo el hombre con brusquedad. Ya en el jardín agregó—: ¿Ha visto a Lesley esta mañana?

—Todavía no —respondió Dick.

«Volvemos a comenzar», pensó el joven con desesperación. «¡Por Dios y por todos los santos, otra vez lo mismo!».

—¿Por qué me lo preguntas, Bill?

—Por ningún motivo especial —manifestó el hombre riendo—, pero sin duda se sentirá muy contenta al saber que no fue ella quien le... —indicó la sala con un movimiento de cabeza—. A propósito, Dick, no crea que presto el menor crédito a las habladurías. ¡Ni por un momento!

—¡No, naturalmente!

—Sin embargo, a veces no puedo por menos de pensar en el halo misterioso que rodea a Lesley.

—¿Qué clase de misterio?

—Recuerdo la primera vez que hablé con ella —respondió Earnshaw con aire meditabundo—. Como usted sabrá, tiene su cuenta en nuestro Banco.

—La mayor parte de nosotros, los de ese pueblo, estamos en las mismas condiciones. ¿Le parece tan extraña esa circunstancia? —observó el joven.

El gerente no prestó atención a la pregunta.

—Naturalmente, los hechos que le menciono no son un secreto para nadie. Lesley había llegado a Six Ashes unos quince días antes, y alquiló la casa de Farnham. Vino a mi despacho y me preguntó si podía transferirle aquí sus fondos depositados en nuestra sucursal londinense de Basinghall Street. Por supuesto, le manifesté que lo haría con sumo placer —explicó el hombre en tono afable—. En seguida la joven preguntó: «¿Cuentan ustedes con cajas fuertes para uso individual?».

El narrador echó a reír. Markham extrajo un paquete de cigarrillos y le ofreció

uno a su acompañante, que lo rechazó con un movimiento de cabeza.

—Le contesté que no —prosiguió el gerente— y le manifesté que sólo las había en las sucursales más importantes de Londres, pero que conformábamos a nuestros clientes guardando sus valores en cajas selladas, en nuestro depósito. Me miró de forma singular y aseguró que no poseía objeto alguno de valor, pero consideraba que algunas cosas de su pertenencia estarían mejor guardadas en un sitio más seguro que su domicilio.

—¿Qué más? —inquirió el joven.

—Luego preguntó: «¿Deben ustedes enterarse del contenido de la caja que les entregue?». Contesté que, al contrario, preferíamos no saberlo. Nuestro recibo lleva siempre la observación siguiente: «El contenido se desconoce». A continuación, mi estimado amigo, creo que cometí un error de diplomacia; con la intención de bromear, agregué: «Como es natural, si yo entrara en sospechas me vería en la obligación de averiguarlo». La joven jamás volvió a mencionar el asunto.

«El contenido se desconoce».

Dick encendió el cigarrillo y observó el humo que ascendía formando volutas. Imaginaba la escena en la pequeña oficina de High Street: Earnshaw sentado detrás del escritorio, juntas las yemas de los dedos de ambas manos y la cabeza con el cabello lustroso mi poco inclinada hacia adelante; frente a él, Lesley, con el eterno y torturante enigma de algo que no era de valor pero que, sin embargo, debía mantenerse en secreto. Ese misterio encarnado en la persona misma de la joven llegaba a su culminación.

—¡Hola! —masculló Earnshaw.

En medio de un ruido estridente apareció en el camino el polvoriento Hillman del doctor Middlesworth, que venía del Este. Se detuvo ante la casa, y el médico, con la pipa entre los dientes, descendió del asiento delantero y abrió la portezuela posterior.

—¡Dios Santo! —exclamó el gerente—. ¿No es...?

En ese momento emergía lentamente del automóvil, como un genio de gran tamaño que saliera de una botella muy pequeña, la figura de un hombre muy alto y corpulento, con una capa plisada y un sombrero parecido al de un clérigo inglés. La maniobra resultó complicada: el gigante apretó el sombrero contra su cabeza y aseguró con firmeza un par de lentes unido a una cinta ancha y negra, al mismo tiempo que encogía el cuerpo con dificultad y jadeaba al trasponer la portezuela baja y angosta, apoyándose en el mango horizontal del bastón.

Ya en tierra, el hombre se irguió en el camino con la capa y la cinta de los lentes flameando al viento, para examinar el edificio. Su rostro, en el que se distinguían varias papadas y un bigote de bandolero, aparecía enrojecido por el esfuerzo realizado; pero no por eso había perdido su aspecto de individuo batallador, pues al hacer ruido con la garganta, sus numerosas papadas retemblaron con fuerza.

—Sí —asintió Markham, que había visto repetidas veces en los periódicos la fotografía del gigante—, es Gideón Fell.

Comprendía ahora el significado de la alusión a Hastings hecha por el médico. La noche anterior, durante uno de esos exabruptos con que interrumpía su silencio y su actitud meditabunda, Middlesworth había manifestado que el doctor Fell pasaba sus vacaciones en ese pueblo, situado a una distancia relativamente corta de Six Ashes. El hombre se había trasladado hasta allí en su automóvil, a una hora extraordinariamente temprana, para traerlo a la casa del coronel Pope. ¿Por qué?

En realidad, el hecho carecía de importancia. Fell conocía el caso tanto como el superintendente Hadley; la historia de Lesley saldría a luz, con la agravante de que Earnshaw sería testigo de ello. Su malestar se acentuó al ver que Middlesworth conversaba un instante con Fell, después de lo cual éste avanzó pesadamente hacia la casa.

El gigante parecía poseído por un terrible y contenido furor. Se abrió camino en el césped con su bastón; su capa al viento daba a su figura el aspecto de un galeón con las velas desplegadas. Sobrepasaba en estatura a todos los presentes por más de una cabeza. Se detuvo, jadeante, frente al joven y lo observó con extraordinario interés.

De nuevo hizo ruido con la garganta y se dispuso a hablar.

—Señor —comenzó en tono solemne al mismo tiempo que se descubría con gesto majestuoso y anticuado—, ¿es usted Ricardo Markham?

—Sí.

—Señor, hemos venido para comunicarle buenas noticias.

El silencio que se produjo en seguida fue tan completo que pudo oírse en la lejanía el ladrido de un perro, mientras el hombre continuaba observando a Dick con expresión preocupada.

—¿Buenas noticias? —repitió el joven.

—A pesar de que en nuestro camino —prosiguió Fell mientras se ponía otra vez el sombrero y miraba de reojo al médico— nos hemos encontrado con un mayor... ¿el mayor?...

—Price —dijo Middlesworth.

—Sí, un tal Price, que nos refirió los sucesos de esta mañana y aminoró en cierto modo nuestra alegría, creo, sin embargo, que nuestras noticias le agradarán.

Markham le miró con asombro y luego observó al médico. Este, con su frente surcada por arrugas y su cabello ralo, permanecía impassible como de costumbre, pero sus ojos y sus labios, rodeados por marcas profundas, reflejaban una enigmática expresión de aliento.

—En todo caso, podemos aclarar el problema —dijo Middlesworth retirando la pipa de la boca, y golpeó la cazoleta contra el tacón de su zapato. Se dirigió a la ventana de la sala y la tocó ligeramente con el dedo—. Doctor Fell, ¿quién es ese hombre?

El interpelado lanzó un profundo gruñido, se dirigió con lentitud hacia allí y se acercó al cristal en la medida en que se lo permitían las abultadas arrugas de su chaleco. Aseguró los lentes en la nariz y se inclinó hacia delante en actitud

concentrada. Pocos segundos después, se volvió con rapidez.

—Señor —contestó el hombre con el mismo aire de furor contenido que había mostrado antes—, no tengo la menor idea de su identidad, pero estoy en condiciones de asegurar que no se trata de *sir* Harvey Gilman.

El exceso de emociones había adormecido la sensibilidad de Markham, sumiéndole en una especie de embotamiento gracias al cual le resultaba fácil aparentar serenidad.

—¿Qué clase de chiste es ese? —preguntó.

Los tres hombres lo miraron fijamente: el rostro de Earnshaw expresaba asombro y el del médico acritud; en cuanto al doctor Fell, parecía dominado por una cólera tan sincera y exaltada que su labio inferior casi tocaba su imponente bigote.

—No bromeamos —respondió Middlesworth.

—¿*No es sir Harvey Gilman?* —gritó entonces Dick.

—Se trata de un impostor —explicó el médico con sencillez—. Anoche no le confié mis sospechas porque no deseaba suscitar vanas esperanzas. Pero... —en ese momento advirtió la presencia del gerente—. Discúlpeme, Bill —manifestó, dirigiéndose a él—, pero ¿no le están esperando en el Banco?

La alusión era muy clara y, sin embargo, pronunciada con la voz suave de Middlesworth, no resultaba ofensiva. No obstante, el hecho de que el aludido asintiera sin replicar, se debió, en gran parte, a su buena educación o a su carácter afable, o tal vez a ambas cosas a la vez.

—Sí —convino—, llegaré con retraso. Debo retirarme. Hasta luego.

Se volvió y marchó con paso majestuoso, como si se hallara en trance, a pesar de que seguramente ardía en curiosidad por enterarse del resto de la historia. El médico esperó hasta que la figura erguida, coronada por el sombrero Anthony Edén y vestida con el elegante traje azul se hubo alejado un poco.

—Cuénteselo todo, doctor Fell —sugirió al gigante.

Fell giró sobre sus talones, a semejanza de un poderoso galeón, y se encaró con Dick.

—Señor —comenzó con tono solemne y monótono—, usted ha sido víctima de un engaño cruel y brutal, pero aún ignoro la intención que encerraba tal conducta. Deseo reafirmar la confianza que usted había depositado en la señorita... ¿señorita?

...

—Lesley Grant —dijo su acompañante, completando la frase.

—¿Eh? ¡Ah, sí! —exclamó Fell con el rostro enrojecido que parecía despedir chispas y con los carrillos hinchados—. La señorita Grant no es una envenenadora ni, a mi entender, ha cometido delito alguno. Detallaré minuciosamente mis afirmaciones —con ayuda de los dedos fue eliminando, uno por uno, los cargos—. Jamás se casó, asesinó o tuvo nada que ver con un abogado americano llamado Burton Foster, por la sencilla razón de que esa persona nunca ha existido...

—¿Qué? —exclamó el joven.

Con un violento ademán el narrador impuso silencio.

—No envenené al anciano señor Davies, de Liverpool, en una habitación cerrada o en parte alguna porque también ese hombre es un producto de la imaginación. Nunca invitó a Martin Belford, de París, a una cena en su casa para celebrar el compromiso de ambos ni le envió después a su domicilio para que se suicidara, porque esa persona es irreal. En resumen, señor; la historia acerca de la señorita Grant es, desde el principio al fin, un cúmulo de mentiras.

Dick experimentó un dolor que parecía completamente extraño a su sensibilidad interna, la punzada de una brasa entre los dos primeros dedos de la mano derecha. Al mirar, vio que el cigarrillo se había consumido hasta quemarle la piel en ese lugar; lo observó fijamente, y luego lo arrojó al césped.

—¡Vamos! ¡No pierda la serenidad! —oyó que exclamaba Middlesworth, confusamente, en medio de una especie de niebla.

La sonrisa amplia, sencilla y alentadora del médico rompió el hechizo en que el joven se encontraba sumido.

—Pero ¿quién es, entonces? Es decir, ¿quién era ese hombre? —preguntó el muchacho.

No se podrían explicar con meras palabras las imágenes y pensamientos que afluían a su mente. A semejanza de una criatura, con gestos y ademanes, indicó la ventana de la sala a través de la cual se veía la desagradable escena del cadáver que sonreía sardónicamente.

—Desconozco su identidad —replicó Fell—. Nunca he visto a ese individuo, a pesar de que él pretendía hallarse en relación conmigo. Sin embargo, sospecho que poseía verdadero talento.

—¿Y por qué inventó ese fárrago de mentiras? —vociferó Markham—. ¿Por qué? ¿Cuál era su intención?

Su interlocutor frunció el ceño.

—Me niego a creer que todo el asunto fuera sólo una broma —manifestó Fell.

—Sin duda —asintió Middlesworth secamente—. Para convencerse de ello no había más que observar anoche la expresión de su rostro.

De nuevo el doctor Fell se volvió pesadamente hacia Dick con cierto aire benevolente, como si con su actitud se excusara por las palabras que iba a pronunciar.

—Como usted comprenderá, joven, el cuento de ese hombre es en cierto modo una pequeña obra de arte, fabricada única y exclusivamente para usted; con ella buscaba deslizarse por todas las grietas que presentara su armadura y excitar las partes más sensibles de su mentalidad.

«¡Sí, es verdad! ¡La pura verdad!», pensó el muchacho.

—Cada una de las palabras de ese embaucador —continuó el doctor Fell— estaba destinada a provocar en usted una reacción determinada. Atribuyó a la joven un tipo psicológico que parecía verosímil, una ironía plausible, y la situó en circunstancias que la imaginación obligaría a usted a aceptar como verdaderas. Un cuadro

perfecto... el embaucamiento de un dramaturgo mediante las mismas fantasías de éste. Sin embargo, me asombra que...

La voz de Fell se perdió en un murmullo; el gigante frunció el ceño. Dick, que comenzaba a recordar ciertos detalles aparentemente insignificantes, miró al médico.

—Le felicito, doctor —dijo.

—No tiene importancia —expresó el aludido con embarazo.

—Usted supuso desde el comienzo que se trataba de un impostor, ¿verdad?

—Bueno... no es exactamente así.

—Pero su conducta de anoche... —insistió Dick.

—No me atrevería a sostener que le consideraba como tal; sin embargo, no me sentía muy satisfecho. Cuando el mayor Price me lo presentó, y me hizo saber que *sir Harvey* nos exigía reserva respecto a su verdadera identidad...

—¡Juraría que lo conseguí! —dijo el doctor Fell con expresión ceñuda—. Pero es claro; ¡se trataba de «*sir Harvey*»!

—Me mostré interesado en su profesión —continuó el médico—. Le hice algunas preguntas relacionadas con uno de sus casos famosos y me respondió sin vacilaciones. Pero cuando aludí en forma altisonante a las dos cavidades del corazón, provocó mis primeras sospechas, porque cualquier estudiante de medicina sabe que ese órgano está formado por cuatro. Las historias que relató anoche contribuyeron a aumentar mis dudas.

Dominado por la amargura y el sinsabor, el joven dijo:

—¿Me engañó mediante alguna afirmación absurda?

Middlesworth reflexionó.

—No, absurda no. En su relato no figuraba ninguna circunstancia imposible, pero sí improbable. Recuerde, por ejemplo, el hecho de que, según él, siendo patólogo, actuó como médico de la policía en el área de Londres; o el asunto de Liverpool en que la investigación realizada por el jurado se llevó a cabo en Saint George's Hall, y sin embargo, el crimen tuvo lugar en Prince's Park, suburbio de la ciudad. Soy sólo un médico clínico, aclaró como si se disculpara, pero ¡al diablo! —colocó entre los labios el extremo de la pipa y aspiró—. De todas maneras —agregó, encogiéndose de hombros—, pensé que sería conveniente ponerse en contacto con el doctor Fell —miró a Dick con aire bondadoso y ojos brillantes—. ¿Se siente mejor, amigo?

«¿Mejor?».

¿Cómo explicar que aún no se había librado de la pesadilla? ¿Que todavía lo atormentaba la mirada hipnótica, intensamente hipnótica, ahora lo comprendía, del supuesto *sir Harvey Gilman*? A lo lejos, el reloj de la iglesia dio las diez de la mañana, y sus campanas reavivaron en su mente los momentos de angustia transcurridos.

—Hace exactamente doce horas que me hallo dominado por esta pesadilla —respondió el joven—, aunque parecen doce días o doce años. Debo acostumbrarme a la idea de que Lesley no es una asesina y que esas «víctimas» no existen. ¡Tampoco

son reales los envenenamientos con ácido prúsico ni la habitación herméticamente cerrada!

El gigante tosió.

—Discúlpeme —observó con extremada cortesía—, pero en realidad ha tenido lugar un envenenamiento con ese ácido en una habitación cerrada. Tenga la bondad de echar un vistazo a esa sala.

Se oyó la última campanada del reloj de la iglesia.

Los tres hombres se miraron fijamente.

—Doctor Fell, ¿qué significa este enredo? —inquirió Dick.

El hombre respiró profundamente, produciendo con la nariz un sonido sordo y continuo. Dio unas cuantas zancadas por el jardín, mientras castigaba el césped con el bastón. Por sus ademanes parecía dirigirse a un jurado invisible, a pesar de que no alcanzaban a oírse sus palabras. Por fin, cuando se volvió para enfrentarse a sus compañeros, echó la cabeza hacia atrás para que los lentes se mantuvieran firmes sobre su nariz.

—Pues, sí, señor —manifestó, agitando el bastón en el aire—, parece que conocemos los elementos más importantes de este asunto. La historia relatada por el impostor no era verídica, pero alguien la ha convertido en realidad.

—¿Cómo es eso? —preguntó el joven.

Fell dio unas cuantas zancadas más.

—No pisaremos terreno firme —prosiguió— hasta que sepamos quién es el impostor, cuál es su juego y por qué urdió esta espantosa trama con el solo objeto de... ¿de qué? A mi entender, *únicamente para estar presente* en la cena del señor Markham y la señorita Grant, ¿no es así?

Los dos asintieron.

El gigante miró de reojo al médico.

—Pero cuando cierto mayor Price nos relató los sucesos de esta mañana —continuó—, usted hizo una sugerencia con la cual me parece que ha dado en el clavo. Sí. Cualquiera que sea la explicación que elijamos, el centro de la intriga lo constituye aún la señorita Lesley Grant.

—¿Cómo llega usted a semejante conclusión? —preguntó Markham.

Los ojos de Fell brillaron, iluminando su rostro rojizo semejante al fogón encendido de una gran caldera, al mismo tiempo que reía con ahogo. En seguida adquirió un aire inexplicablemente grave.

—El centro de la intriga lo constituye aún la señorita Lesley Grant —repitió—. Ahora bien, le haré una pregunta muy importante: ¿Contó el impostor la historia de las habitaciones cerradas y de las jeringuillas hipodérmicas a alguna otra persona además de a ustedes dos?

—No lo sé —contestó el joven.

—Tampoco yo —admitió Middlesworth.

—¿Pudo alguien haber escuchado sus palabras mientras él hablaba? —insistió el

doctor.

Dick recordó con mucha claridad la escena de la noche anterior. Las cortinas de tela tosca y floreada se hallaban mal corridas y una ventana completamente abierta; mientras el supuesto *sir* Harvey relataba los sucesos imaginarios, el médico se había incorporado y se había asomado a la ventana. El joven menciono el incidente.

—¿Había alguien aquí fuera? —preguntó Markham a Middlesworth.

—Sí.

—¿Llegó a ver quién era?

—No; la oscuridad me lo impidió.

—Existen dos posibilidades —dictaminó Fell con tono gruñón—. Una de ellas consiste en afirmar que el impostor se hizo pasar por *sir* Harvey Gilman, urdió su cuento grotesco e hizo todos sus preparativos únicamente para encerrarse más tarde aquí e inyectarse una dosis de veneno. Sin duda, señores, esto puede ser cierto; pero a menos que el individuo fuera un loco evadido de un manicomio, cosa que parece improbable, tal explicación no es muy factible. Hum... no. La otra posibilidad...

—¿Un asesinato?

—Sí. ¿Comprende usted qué se deduce de ello? —el doctor Fell volvió a recorrer el jardín a grandes pasos, increpó otra vez al jurado invisible y por último se detuvo—. Como usted podrá darse cuenta, todo gira alrededor de esto: anoche se reprodujo aquí punto por punto, como la copia de un buen cuadro, un crimen. Pero ¡lo extraño es que el original no existía! Se trataba de algo imaginado, una obra nacida puramente de la fantasía de un impostor que se hacía llamar *sir* Harvey Gilman; sin embargo, fue reproducida. ¿Por qué? Naturalmente, porque el asesino creyó que copiaba un crimen real. Los habitantes de Six Ashes imaginaron, y aún lo creen, que ese individuo era el auténtico *sir* Harvey Gilman, patólogo del Ministerio del Interior. Todo cuanto dice ese hombre es palabra sagrada; cuando cita un caso concreto, no pueden ponerlo en duda. ¿Por qué había de recelar la buena gente de su palabra? O bien relató su historia del ácido prúsico a alguien, en secreto, o alguna persona la escuchó anoche por casualidad, cuando él hablaba con ustedes. Esa persona, creyendo firmemente que Lesley Grant es una asesina que ha dado muerte a tres hombres, imaginó la forma en que podría cometer este crimen «imposible». En consecuencia, lo llevó a cabo, convencida de que la joven cargaría con la culpa —el hombre hizo una pausa y respiró ruidosamente. Luego agregó con menos elocuencia—: Es una conjetura, señores, pero creo que pueden apostar hasta el último centavo a que encierra la verdad.

—¿Quiere decir entonces —preguntó el muchacho— que esa persona odia en tal forma a Lesley que es capaz de cometer un crimen con el solo objeto de...?

—Mi estimado señor —protestó Fell con expresión afligida—, nada podemos afirmar respecto a la razón que la movió a cometer el asesinato. No conocemos la identidad del muerto; antes de aventurar una hipótesis es necesario saber quién es la víctima.

—¿Entonces?...

—Sólo comprobamos con certeza que Lesley Grant constituía un buen blanco para hacer recaer la culpa en ella. El asesino no dudaba de que la joven cargaría con el crimen, ni lo duda aún, puesto que es una envenenadora auténtica —observó el interpelado, y en seguida miró al muchacho directamente en los ojos—. ¿No lo creía usted mismo hace unos minutos?

—Sí; lamento tener que confesarlo —admitió Marlcham.

—¡Vamos, hombre! —lo reconvino Fell, y rió en la forma ahogada de costumbre—. ¡No existe motivo para que ponga esa cara y se maldiga interiormente!

—Considero que sí lo hay —aseguró el joven.

—¿A pesar de que, según he sabido por boca de Middlesworth, se hallaba dispuesto a defender a esa dama sin importarle su pasado? Señor mío, era una actitud muy censurable, indigna de un buen ciudadano, pero ¡qué diablos!, ¡la de un verdadero amante! —golpeó el suelo con el extremo de su bastón—. Sin embargo, en cuanto a los obstáculos que ahora se nos presentan...

—¿Qué opina usted? —inquirió Dick.

—Debe tener en cuenta, señor —prosiguió el gigante—, que el caballero aquí presente me ha hecho sólo un bosquejo de los sucesos de ayer, y el mayor Price una descripción aún más somera de los de hoy, recogida a su vez del agente de policía. Sin embargo, se desprende de ella otro hecho: si se pretendía que la culpa de este crimen recayera en la señorita Grant, se deduce que... —hizo una nueva pausa, y se sumió en profundidad y misteriosa meditación. Luego dijo—: A propósito, ¿quién es el hombre que se ha marchado de aquí hace un momento?

—Debí presentárselo —se disculpó Dick—, pero me encontraba demasiado aturdido para pensar en ello. Se trata de Bill Earnshaw, gerente del Banco Metropolitano.

—¡Ah, sí! Comprendo. ¿Cuál era el objeto de su visita?

—Se sentía preocupado por ese maldito rifle. Además, suministró una explicación, aunque parcial de por qué había en la sala una caja de chinchetas.

Markham expuso brevemente la información proporcionada por Earnshaw, y Fell se mostró muy interesado por el destino que el coronel Pope daba a las chinchetas. Prestó también mucha atención al relato de la fiesta al aire libre y de la inexplicable desaparición del arma a la vista de todo el mundo. Cierta aspecto de este misterio, de importancia secundaria, provocó especialmente su curiosidad, y su expresión atrajo la mirada del médico, que reflejaba un agudísimo interés en descubrir los pensamientos de su colega. Pero éste, en lugar de darlos a conocer, torció el rumbo de la conversación.

—Dígame —dijo con aire pensativo—: cuando nuestro amigo el impostor hizo las veces de adivino, ¿actuó con acierto? ¿Eran perspicaces y exactas sus afirmaciones respecto a la vida de las personas que le consultaban?

—Parece que todo el mundo se asombró ante la precisión de sus informaciones —

observó el joven—. Incluso la misma...

De nuevo, tan agudo y rápido como el dolor provocado por el pinchazo de una aguja, hirió la mente del Dick el recuerdo de que *el adivino había dicho algo a Lesley* y ésta se había negado a confesarlo. Fell comprendió el estado de ánimo del joven.

—Le ruego que no se deje dominar nuevamente por su hipocondría. ¡Por los arcontes de Atenas! Si consiguió hipnotizarle a usted a tal punto con una historia falsa, ¿no le parece probable que procediera de igual forma con ella?

—Es decir, ¿que le haya contado alguna mentira espeluznante?...

—Al parecer, esa era su especialidad —indicó Fell.

El sentido común contribuía cada vez más a allanar todas las dificultades.

—En cuanto regrese el agente y yo pueda abandonar la guardia —dijo Dick con vehemencia—, iré directamente a ver a Lesley y le pediré disculpas.

Su interlocutor se mostró muy satisfecho.

—¿De tal manera que se excusará por haberla defendido? —preguntó.

—¡Por todo! ¡Le diré que soy un canalla! ¡Se lo confesaré absolutamente todo!

—Si desea irse en seguida —manifestó el gigante— yo montaré guardia. Tengo mucho interés en examinar esa habitación. Si no tiene inconveniente, más tarde me explicará PUNTO POR PUNTO este caso. Tengo la sensación —agregó, haciendo ademán de palpar el aire— de que los datos que poseo en la actualidad son no sólo incompletos, sino también engañosos. A propósito, cuando regrese me hallará probablemente en Ashe Hall.

—¿En Ashe Hall? ¿Conoce usted al dueño de esa casa? —preguntó Markham.

El doctor Fell señaló la muralla con el bastón.

—Tengo entendido —dijo— que aquel es el parque, ¿verdad?

—Sí. Se puede cruzar el monte, trasponer la loma y llegar al edificio por mi sendero —explicó el joven.

—He mantenido relaciones con *lord* Ashe únicamente por correspondencia —aclaró Fell, retomando el hilo de la conversación—. Me interesan sus investigaciones relacionadas con las antigüedades. El primer Ashe era mi favorito de la reina Isabel, y el último, anterior al actual, un hombre escandaloso que trastornó a Europa con las obscenidades más notorias de su época. El Ashe contemporáneo prepara una historia de su familia que comprenderá el período transcurrido entre aquellos dos; en realidad, será la historia de tres siglos y medio de la vida de Inglaterra. Si ese hombre tuviera el suficiente dinero para... —se interrumpió al advertir que se desviaba del tema—. ¡Bueno, no tiene importancia! ¿Me permite que monte guardia en lugar de usted, señor?

Middlesworth tocó el brazo de Markham.

—Vamos, le llevaré en mi automóvil —dijo al joven—. Debo estar de vuelta en el consultorio a las diez y media.

Olvidado ya de la presencia de ambos, el doctor Fell ascendió pesadamente por los escalones de piedras y penetró en la casa. Mientras hacía girar el vehículo en el

camino para tomar la dirección contraria, el médico y su acompañante lanzaron una última ojeada hacia la casa y le vieron en el interior de la sala, examinando de cerca la ventana destrozada de la izquierda y luego la otra, perforada por la bala en la parte de abajo, cerca del gancho metálico.

Muy diferentes de los de la noche anterior eran los sentimientos que embargaban a Dick mientras viajaba en el mismo automóvil de la víspera. El coche se sacudía en los baches del desigual camino de La Horca; durante todo el viaje, que fue corto dada la escasa distancia que mediaba entre ese lugar y la casa de Lesley en High Street, los dos hombres cambiaron sólo unas pocas palabras.

—¡Gracias! —dijo el joven cuando llegaron a destino.

—¡No hay de qué! —respondió Middlesworth.

Pero el tono con que fueron pronunciadas esas palabras equivalía a un sincero apretón de manos.

Después de la partida del médico, Markham permaneció por un momento frente al jardín de Lesley, descansando la vista en la apacible High Street, que se extendía hacia el Norte. Aún se encontraba aturdido por la pesadilla; a pesar de todo, sintió deseos de bailar o de lanzar una piedra contra la ventana de la oficina de Correos como un medio de expresar su alegría y su alivio. La sola vista de esa calle le producía placer, un placer físico.

Allí se levantaban las casas que le eran tan familiares y la oficina de Correos, sin máquina de sellos y con una jefe de carácter vehemente; las tiendas, la cervecería del Grifo y el Fresno, tres o cuatro oficinas y el elegante edificio de ladrillos del Banco Metropolitano y Provincial. Más allá se alzaba el campanario bajo y gris de la iglesia dirigida por el reverendo Arturo Goodflower; en ese momento su reloj daba las diez y cuarto. Para Markham, la campanada encerraba en ese instante una melodía que sólo él era capaz de apreciar. Avanzó por el sendero hacia la construcción.

Nadie acudió a su llamada. Volvió a tocar el timbre sin obtener respuesta y entonces observó que la puerta principal no se encontraba bien cerrada. La empujó y se asomó al fresco vestíbulo, oscuro y de ambiente agradable.

—¡Lesley! —gritó.

¿Cómo diablos explicaría lo sucedido? ¿Cómo decirle, en pocas palabras, que la noche anterior había sospechado que era una hábil envenenadora y que escondía en su caja fuerte un Diario de sus crímenes o algún otro objeto horrible y desconocido? Pero no: sería mejor contárselo todo y disipar la pesadilla con una carcajada.

Sí, el disparo efectuado durante la fiesta era accidental. Aturdida por alguna historia, se la indujo tal vez a creer que él mismo era un asesino, la muchacha había hecho fuego involuntariamente, y el falso Gilman había aprovechado esa circunstancia para reforzar su posición.

Nadie acudía aún a su llamada.

—¡Lesley! —gritó otra vez.

El reloj de pie hacía oír su tic-tac semejante al sonido de un metrónomo.

Seguramente la señora Rackley estaba en el mercado. Pero Lesley... En el instante en que cerraba la puerta para emprender la retirada, alcanzó a ver sobre la pequeña mesa del vestíbulo el bolso de la joven, y junto a él la llave de la puerta.

Se introdujo en la sala al mismo tiempo que llamaba a la muchacha. En seguida entró en el comedor, situado en la parte delantera, y examinó la cocina contigua. Echando una ojeada por la ventana de esta última se cercioró de que la dueña de la casa tampoco se encontraba en el jardín.

Trató de convencerse de que no existían motivos para inquietarse; tal vez había salido a dar un corto paseo por el camino. De pie en el centro de la cocina pintada de blanco y limpia, interrumpido el silencio sólo por el ruido hueco de las gotas que caían de un grifo, se esforzó por recuperar la calma. Sin embargo, su estado de ánimo había alcanzado tal grado de excitación, que únicamente la presencia de la joven podría aliviarlo.

Como un último recurso, se asomó al pequeño cuarto, poco más amplio que una cabina cúbica, donde Lesley acostumbraba tomar su desayuno. Los muebles de madera pintada de azul claro y blanco parecían los de una habitación para niños. Sobre la mesa se veían los cubiertos de plata y las piezas de loza dispuestos en perfecto orden para una persona, y un plato que contenía jamón y huevos ya completamente fríos. Las tostadas se habían endurecido en el tostador y la taza se encontraba vacía y sin usar.

Dick salió apresuradamente de la pieza, volvió al vestíbulo y subió la escalera, de tres en tres los escalones.

En esa casa se respetaban los convencionalismos con tanta rigidez que el joven jamás había visto el dormitorio de la dueña de la casa; a pesar de ello, sabía dónde se encontraba. Se detuvo ante la puerta y llamó sin obtener respuesta; sólo después de vacilar un instante la abrió.

Entre las dos ventanas que daban a High Street, semejante a una cicatriz, se veía una caja fuerte de aspecto siniestro con su puerta de acero abierta. Al dirigirse hacia ella, observó que su interior, apenas de mayor amplitud que la de una caja grande de galletas, se encontraba vacío. Al pasar junto al pie de la cama, Markham se volvió bruscamente.

Allí, caída en el piso, con una mejilla contra la alfombra, yacía Cintia Drew. Una pierna se hallaba un poco encogida, con la rodilla levantada, y los brazos, cubiertos con el jersey rosado, extendidos perpendicularmente al cuerpo. En la sien derecha mostraba una contusión purpúrea levemente abierta; de ella manaba un hilo de sangre oscuro que se deslizaba por la mejilla y se coagulaba en ésta. El cuerpo estaba completamente inmóvil.

Una caja fuerte vacía.

En el suelo, Cintia, con el rostro blanco como la cera y el cabello en desorden.

Markham la levantó, a pesar de no ser alta resultaba pesada a causa de su fuerte constitución, y la trasladó a la cama, donde quedó inmóvil como un muñeco.

Por suerte, al joven no le cabía duda de que se encontraba con vida, y confiaba, además, en que la herida no fuese grave. Al respirar, los labios entreabiertos de la muchacha se movían convulsivamente; en su rostro pálido, el cardenal provocado por el golpe se destacaba de forma desagradable.

Una puerta que se abría en la pared opuesta a las ventanas servía de acceso a un cuarto de baño muy moderno y hasta lujoso. Dick se precipitó en él y dejó correr el agua fría, en un grifo del lavabo. Empapó la toalla para la cara, la exprimió después, y revolvió el contenido del botiquín en busca de sales aromáticas y yodo. Mientras se hallaba ocupado en esa tarea, observó en el espejo colocado en la pared su barba crecida y el rostro sin lavar, parecido al de un espectro, que podría ser aterrador para las personas decentes. No encontró ninguno de los medicamentos que buscaba, pero sí una botella de agua oxigenada y una caja con algodón. Regresó junto al lecho, y en el momento en que colocaba la toalla mojada en la frente de Cintia oyó que la puerta de la calle se cerraba con un golpe.

¿Lesley?

No, no era ella. Bajó de prisa por la escalera, saltando como un montañés, y descubrió que se trataba de la señora Rackley. Tocada con un sombrero de pésimo gusto, sostenía una cesta con un brazo y con la otra mano una bolsa de papel repleta.

—¡Señor Markham! —exclamó la recién llegada.

Su mirada parecía agregar con el tono que habría empleado un agente de la policía metropolitana: «¡Vamos! ¿Qué significa esto?».

—¿Dónde está la señorita Lesley? —preguntó el joven.

—En esta casa, señor.

—¡Aquí no está, señora Rackley!

—Cuando me marché se hallaba aquí —manifestó la mujer depositando los bultos en la mesa con cierta expresión de alarma.

—¿Cuánto tiempo hace que salió usted?

—Más o menos una hora —replicó el ama de llaves observando la esfera del reloj—. La señorita Cintia...

—¿Qué ocurre con ella? —inquirió Dick.

La mujer, aturdida, se afanaba en impedir que los paquetes acondicionados en la cesta y la bolsa, animados al parecer por un movimiento de rotación semejante al de

las bolsas de billar, rodaran hasta el piso.

—Bueno, señor, la cosa sucedió mientras el mayor Price se encontraba aquí. La señorita Cintia llegó por la puerta posterior y me preguntó si podía subir al dormitorio de la señorita Lesley por la escalera de servicio, pues quería darle una sorpresa. Le concedí el permiso porque es una buena chica y aprecia a la señorita y a usted, a pesar de... ¡Sí, estoy segura de ello!

—Y bien. ¿Qué sucedió después?

—Señor, ¿qué ocurre?

—¡No tiene importancia! ¡Continúe!

—Entonces se marchó el mayor Price; la señorita Lesley se dirigió a su dormitorio y oí que hablaban ahí arriba.

—¿Qué más? —insistió Markham.

—También yo subí, llamé a la puerta y anuncié: «Señorita, su desayuno está preparado». Ella me contestó en voz alta: «Bajaré en seguida; vaya al mercado y haga sus compras». Pronunció estas palabras con tono muy áspero, cosa desacostumbrada en ella. Me marché inmediatamente, tal como me había ordenado —agregó la mujer, y luego, al entrever la posibilidad de una nueva desgracia, su tono de profundo agravio se trocó en inquietud—. ¿Habrá olvidado tomar el desayuno que le dejé sobre la mesa?

Dick pasó por alto esa pregunta.

—Lamento tener que decirle que ha ocurrido un accidente —manifestó el joven, y titubeó un poco antes de proseguir—. La señorita Cintia se ha caído y se ha herido en la cabeza. Si usted pudiera...

No fue necesario decir más. A pesar de sus kilos, la mujer subió la escalera con sorprendente agilidad, con una mano apretada contra la región del corazón como si quisiera impedir así que ese órgano se le cayera por el camino.

Su tratamiento fue hábil y eficaz. Después de lavarle a la joven la herida, limpiando la sangre con una esponja, le aplicó medicamentos que sólo ella conocía y que llevó del piso superior. Al recuperar el sentido, la accidentada comenzó a debatirse; se retorció, se agitaba y hablaba entre dientes, resistiéndose en toda forma mientras la señora Rackley la sostenía pacientemente por los hombros hasta que recuperó la tranquilidad.

—¡Vamos, vamos! —la instó la mujer—. ¡Vamos! —y volvió la cabeza sin cambiar de posición—. ¿Considera usted necesario, señor, que llamemos al médico?

—No^ —replicó Dick.

—¿Cómo ha ocurrido esto, señor?

—Se... Se ha resbalado y se ha golpeado la cabeza contra el pie de la cama.

—¿Usted se encontraba aquí, señor?

—Gracias, señora Rackley, creo que ya no es necesaria su ayuda. Le ruego que nos deje solos; deseo conversar un momento con la señorita Cintia...

—No sé si debo hacerlo —replicó el ama con aire de reflexión.

—Esta joven debe tomar una taza de té —sugirió Markham sin estar seguro de la verdad de su afirmación, pero contando, sin embargo, con el efecto que ejercería sobre la improvisada enfermera la idea de suministrar a su paciente una poción casera—. Un té bien caliente y cargado —agregó con aire de seguridad—, sin azúcar ni leche. Si pudiéramos conseguirlo...

La argucia dio buen resultado.

Dick tomó entonces asiento en el borde de la cama, junto a Cintia, que alisó rápidamente su falda e intentó incorporarse; pero sin duda el agudo dolor de cabeza que padecía le impidió lograrlo. Respiraba trabajosamente. La mirada de sus ojos azules adquirió más claridad y fijeza; su rostro enrojeció y volvió a palidecer.

—El golpe no ha sido grave, Cintia. ¿Qué ha pasado?

—Ella me ha pegado. Parece... es absurdo, pero me ha pegado con ese espejo.

—¿Con cuál?

La muchacha hizo un esfuerzo para incorporarse y señalarlo con la mano, y apenas separó la espalda de la colcha vio la caja abierta. Seguramente presa de un vahído, se aferró al brazo de Markham.

—¡Dick! ¡La caja! —exclamó.

—¿Qué sucede?

—Está vacía. ¿Qué había en ella?

—¿No lo sabías tú?

—¡No! Intenté...

Se detuvo con brusquedad, refrenándose. Su hermoso rostro se suavizó, adquiriendo una expresión de absoluta estupidez, que a no ser por su belleza habría parecido casi bovina. Luego rió forzosamente, con despreocupación.

—Mi querido amigo —dijo con el tono de voz que empleaba en la cancha de tenis—, nos estamos conduciendo en una forma más bien tonta. Deja que me levante, por favor.

—Quédate quieta, Cintia —ordenó enérgico el joven.

—¡Como tú quieras, por supuesto!

—¿Quién te ha dicho que en esa caja había algo?

—¡Nadie, mi querido Dick! Ese escondrijo constituye un misterio para el pueblo entero. La mitad de los habitantes de Six Ashes hablan de él. ¡Y como ya estamos hartos de misterios!... —nuevamente se contuvo—. Me pegó, Dick. Avancé hacia ella con la intención de hablarle tranquilamente, pero me atacó con ese espejo, a traición, como una víbora.

Markham se volvió un poco para observar el objeto.

Sobre el tocador se veía un juego de plata, sencillo y poco llamativo, pero costoso y muy pesado. El espejo de mano, que podía convertirse en un arma mortífera, se hallaba en equilibrio en el borde de la mesa, como si alguien lo hubiera depositado allí con precipitación.

Dick, con gran sorpresa de sí mismo, no era ya el individuo privado de sentido

crítico y dominado por la ofuscación que había sido el día anterior; liberado del demonio —o por lo menos así lo creía—, se hallaba otra vez en plena posesión de su inteligencia, más bien superior a la corriente, y de su viveza y determinación habituales.

—¿Por qué ha obrado ella así, Cintia? —preguntó Markham.

—¡Ya te lo he dicho! Le pedí que abriera la caja.

—¿Se encontraba ella de pie frente a ti?

—Sí, de espaldas al tocador y con la mano detrás. Me descargó el golpe con el espejo antes de que yo tuviera tiempo de hacer el menor movimiento.

—Cintia, ¿estás segura de que dices la verdad?

—¿Por qué te había de mentir?

—Lesley no es zurda; si te hubiera pegado con el espejo estando tú frente a ella, la herida debería aparecer en tu sien izquierda. ¿Por qué aparece en la derecha?

Cintia le miró con asombro.

—¿No me crees, Dick Markham? —inquirió.

—No digo eso, Cintia. Sólo trato de averiguar qué ha ocurrido.

—Naturalmente, era de esperar que te pusieras de su parte —dijo la muchacha en tono vehemente y mordaz.

Luego, sin tener en cuenta las conveniencias, esa joven que demostraba siempre tanta preocupación por ellas giró sobre sí misma en la cama y apretando el rostro contra la almohada rompió a sollozar con desconsuelo.

Embarazado y desconcertado, Dick cometió el error de tocarle el brazo; la muchacha lo rechazó con un gesto de profunda aversión, ante lo cual el joven se levantó confundido, se aproximó a la ventana y clavó la vista en la calle.

En el lado opuesto del camino, hacia la izquierda, se levantaba la puerta de acceso al parque de Ashe Hall. La calle se hallaba desierta, si se exceptúa a un hombre alto con aspecto de militar —un desconocido en Six Ashes, pensó el muchacho distraídamente— que cruzaba la calzada en dirección a la oficina de Correos.

Markham sentía cariño por Cintia, mucho cariño, aunque no era la misma clase de afecto que sentía por Lesley. Cruzó por su mente con la rapidez del relámpago una idea tan desagradable que un escalofrío le recorrió el cuerpo, sensación que se acentuó al comprobar que la conmoción emocional de la accidentada se aplacaba en seguida. La joven sufrió un sorprendente cambio de humor; con expresión serena se incorporó y apoyó los pies en el piso.

—Mi aspecto debe ser espantoso —observó.

Él se volvió de prisa.

—Cintia, ¿dónde está Lesley?

—¿Cómo diablos puedo saberlo yo?

—No está aquí en su casa. Además, según tú has dicho ya, esa caja fuerte se encuentra ahora vacía.

—No pensarás que yo le hice algún daño a Lesley, ¿verdad? —observó la

muchacha.

—¡No, no! Pero...

—Pero admites que en realidad escondía algo ahí —interrumpió ella con calculada frialdad—, y que se lo ha llevado. ¡Comprendo!

—¡Escúchame, por Dios! Sólo trato de averiguar en qué te basabas para pedirle que la abriera. ¿Qué razón te movió a hacerlo? —insistió Markham.

—Si tú hubieras oído los comentarios espantosos que se tejían con respecto a su persona...

—¿Eso es todo, Cintia? ¿Por casualidad, no eras tú quien escuchaba anoche junto a las ventanas?

—¿Qué ventanas, Dick? ¿A qué te refieres?

La actitud sincera de la muchacha, su expresión perpleja, le obligó a desechar semejante pensamiento. Empujó suavemente la pequeña portezuela de la caja que se cerró sin ruido. Cogió de la alfombra el cuadro que sin duda debía cubrir el escondrijo y al colocar el alambre en el gancho observó que se trataba de un dibujo de Aubrey Beardsley. Era un mosaico del Mal, hábilmente disimulado, cuya intención no se descubría en seguida, pero al hacerse patente causaba viva impresión.

—¡Insisto en saber qué significan tus palabras! —gritó Cintia.

Markham hizo lo posible por ofrecer una explicación plausible.

—Quiero decir que esta mañana te encontrabas allí, cerca de la casa —manifestó—, y tal vez has oído o visto algo que puede sernos de utilidad.

Al decir esto no tuvo la menor intención de referirse a un hecho concreto; pronunció la frase a la ventura, pero con gran sorpresa por su parte el tono de voz de ella sufrió un cambio.

—En realidad, Dick, vi algo —replicó la joven.

—¿Qué era?

Las manos de la joven se aferraron al cubrecama acolchado.

—Tenía el propósito de contártelo mucho antes, pero nos hallábamos envueltos en tal torbellino de sucesos que lo olvidé. De todas maneras, carece de importancia, puesto que *sir* Harvey Gilman se suicidó —dijo, alzando la vista—. ¿No es así?

—¡No importa! ¿Qué viste? —insistió Dick.

—Vi a una persona que corría.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

La muchacha reflexionó.

—Más o menos un minuto antes de que sonara el disparo —agregó.

—¿Antes del disparo?

—Sí. Yo avanzaba por el camino; venía del Este, ¿recuerdas?, y tú del Oeste, Aún no te había visto y, naturalmente, no había observado ninguna anomalía. Pero advertí que alguien cruzaba a la carrera delante de mí.

—¿Cruzaba a la carrera delante de ti? —repitió él.

—Eso es. Salió de la huerta de frutales junto al edificio, en dirección al muro

situado enfrente, lo saltó y se internó en el monte.

—¿Llegaste a distinguir quién era?

—No. A causa de esa luz extraña y débil del amanecer, sólo vi una sombra.

—¿No recuerdas ningún detalle? —volvió a inquirir Markham.

—No, creo que no.

—¿Era hombre o mujer?

Cintia titubeó.

—Realmente, no puedo decirlo con precisión —manifestó—. Y ahora, Ricardo Markham, si ha terminado usted el interrogatorio y ha puesto en claro las numerosas sospechas que abriga respecto de mi persona, me retiraré a mi domicilio.

—Sí, por supuesto. ¡Vamos! Todavía estás mareada. Te acompañaré hasta tu casa.

—De ninguna manera, don Ricardo Markham —manifestó la muchacha con voz que denotaba una cólera concentrada y firme determinación—. Si crees que voy a recorrer High Street con el aspecto de una persona que..., ¡bueno!, que ha hecho quién sabe qué cosa... y si piensas acompañarme hasta la casa de mis padres hallándome en este estado, puedo asegurarte que estás equivocado. Por favor, no te acerques.

—¡No seas tonta, Cintia!

—De manera que también soy una tonta.

—No quise decir eso, sino...

—Parece que no te preocupas lo más mínimo por mí. ¡Oh, no! Sólo pensabas en ella. Es justo, sin duda; no te censuro por ello. Pero me calificas de mentirosa y tonta y sólo te preocupas por mí cuando se trata de conservar las apariencias. Por eso te pido que me dejes marcharme sola.

Markham se adelantó para convencerla de su error. Le tomó los brazos, en parte con la idea de apaciguarla y también dominado por el deseo de sacudirla violentamente y sin piedad. Pero entonces, en forma inexplicable, Cintia estuvo en sus brazos, tan apretada contra él que sentía el calor de su cuerpo y sus músculos firmes que se estremecían con los sollozos; había apoyado la cabeza en el hombro del joven.

Precisamente en ese momento entró la señora Rackley, con la taza de té en una bandeja.

—Muchas gracias, Dick —murmuró la joven separándose de él, al mismo tiempo que sonreía amistosamente—. Gracias también a usted, señora Rackley. No deben acompañarme. Me siento bien. Adiós.

Y se marchó.

El ama de llaves permaneció muda, pero sus cejas expresaban claramente sus sentimientos. Cruzó la habitación haciendo crujir el piso y depositó la bandeja en la mesita de noche en forma bastante ruidosa.

—¿Adonde habrá ido, señora Rackley? —inquirió Dick.

—¿Puedo preguntarle a quién se refiere usted, señor? —replicó la mujer evitando

con todo cuidado mirarlo a los ojos.

—A la señorita Lesley, por supuesto.

—Con el perdón de usted, señor, le diré que pongo en duda su interés por saberlo.

—¡Por amor de Dios, señora Rackley, no interprete mal la escena que acaba de presenciar! —exclamó el muchacho.

—Por amor de la señorita Lesley, señor, declaro que no la he presenciado —manifestó la señora con la vista fija en un rincón del cielo raso—. Lo pasado, pasado está, y usted me entiende; a pesar de que no deseo entrometerme en asuntos que no me incumben.

—Jamás ha habido nada entre...

—No deseo saber lo que no me corresponde. ¿Quién va a tomar esta taza de té?

—Creo que nadie. La señorita Cintia...

—Esta bebida —recalcó la mujer alzando la bandeja algunos centímetros de la mesa y dejándola caer otra vez con ruido— la he preparado porque se me ordenó claramente que lo hiciera.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Yo me beberé ese maldito té!

—Señor Markham, siempre pensé que era usted un caballero. Sin embargo, parece que hay hombres que son caballeros y caballeros que no lo son.

A pesar de que en ese momento el joven maldecía interiormente a todas las mujeres, dominó su cólera y se esforzó por calmar a la mujer. La escena habría sido grotesca de no mediar la seria preocupación del joven respecto al paradero de Lesley.

Sin duda alguna tenía motivos para experimentar inquietud; la caja fuerte abierta e inexplicablemente vacía la acrecentaba. Preocupada por Cintia, el ama de llaves no había reparado en el escondrijo al entrar por primera vez en el dormitorio, y ahora la caja se encontraba cerrada y el cuadro colgaba otra vez frente a ella, ocultándola.

Pero al relacionarla con la desaparición de la joven, esa cavidad se convertía en una peligrosa y oscura cueva de la cual había desaparecido el objeto misterioso que encerraba un rato antes. Markham imaginaba innumerables escenas de peligro, melodramáticas la mayor parte de ellas, que cobraban en su mente una vida diabólicamente intensa. Entre todas las que recordó de la historia criminal, cosa risible sin duda, se destacaba en su imaginación aquella en que la señora Pearcey tocaba el piano en un salón salpicado de sangre, mientras la policía buscaba el cadáver de Phoebe Hogg. El joven acababa de tomar la determinación de llamar a varias casas y preguntar por Lesley, cuando sonó el timbre del teléfono colocado en la planta baja.

Sin tomar en cuenta las protestas de la señora Rackley, se adelantó a ella en la escalera y cogió el auricular con mano temblorosa. Escuchó la potente e inconfundible voz del doctor Fell que hacía estremecer los carbones del aparato.

—¡Ah! —exclamó el gigante haciendo un ruido con la garganta que se oyó como el estrépito causado por un terremoto—. Esperaba encontrarle ahí. Me hallo en Ashe Hall. ¿Puede venir en seguida?

—¿Se trata de Lesley? —preguntó Dick.

—Sí.

El joven se aferró firmemente el auricular y antes de hablar en voz alta murmuró unas palabras, como si rezara.

—Se encuentra bien, ¿verdad? —inquirió.

—¿Bien? —atronó su interlocutor—. ¡Naturalmente! Está sentada aquí, en esta misma habitación, cerca de mí.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—En realidad —prosiguió el hombre—, tenemos noticias de cierta importancia. Hemos identificado al muerto.

La habitación que *lord Ashe* utilizaba como despacho se hallaba situada en la planta baja del ala norte del edificio, frente a un estrecho y lóbrego corredor cuyo piso se encontraba cubierto con una estera. Cuando Dick llegó a la casa, cuatro personas le esperaban en ese cuarto.

La cortina verde que cubría la puerta suavizaba los ruidos que venían del exterior. Encima de la pequeña chimenea colgaba un retrato tan oscurecido por los años, aun en las partes iluminadas por la luz natural, que sólo se alcanzaba a distinguir una especie de fantasma en forma de huso y un extraño cuello. Varias ventanas angostas, con vidrios veteados de color verde botella y argollas antiguas, se abrían sobre un jardín tapiado que en otros tiempos había sido un retiro para las damas. Junto a las ventanas se veía una mesa grande cubierta de papeles y colocada de tal manera que la persona que se sentara frente a ella recibiría la luz solar desde atrás y por su izquierda.

En ese momento el dueño de la casa ocupaba una ruidosa silla giratoria situada frente a ese escritorio, y se hallaba vuelto a medias hacia los demás ocupantes de la estancia. Más allá, con el cuerpo erguido, estaba sentada Lesley Grant.

El doctor Fell se había instalado en un enorme sillón de madera muy parecido a un trono imperial, que le daba cierto aire de semejanza con el viejo rey Colé. Por último, de espaldas a la chimenea, un hombre alto y de aspecto militar —menos de media hora antes Dick lo había visto en High Street—, de mirada dura y mandíbula firme, silbaba entre dientes.

La joven se puso de pie con rapidez.

—Si ustedes me lo permiten —manifestó—, esperaré afuera hasta que se lo hayan explicado todo. Después pueden llamarme. No deseo estar presente durante la explicación.

El semblante risueño de la muchacha asombró a Markham. «La gente se conduce siempre en forma distinta de la que uno espera», reflexionó. Apenas un rato antes había presenciado la increíble crisis nerviosa sufrida por Cintia Drew, joven de imaginación más bien escasa; dada la gran tensión de la jornada, era de suponer que el efecto de ésta sobre Lesley sería aún mayor. Sin embargo, sucedía todo lo contrario.

Sin duda, al avanzar directamente hacia el recién llegado, la muchacha experimentaba nerviosismo; pero sin embargo, se advertía en su rostro mayor serenidad y hasta cierta expresión de alivio muy semejante a la felicidad.

—¡Hola, querido! —dijo, mirándole con sus ojos castaños y risueños—. ¿Te has divertido mucho con mi historia de envenenadora?

En seguida, saludó burlonamente al doctor Fell con una reverencia —el hombre

contestó agitando su bastón y rió con tal fuerza que experimentó un ahogo y estuvo a punto de sufrir un ataque de tos—, abandonó en silencio la habitación y cerró la puerta.

—¡Caramba, señores! —observó *lord Ashe* y luego respiró profundamente.

—¡Admirable! —vociferó *Fell*—. ¡Admirable!

—Es una estupidez —dijo lacónicamente el hombre de aspecto militar, que se hallaba junto a la chimenea—. Y, además, muy arriesgado. Pero las mujeres son así.

Dick se esforzó por no perder la razón.

—No deseo entrometerme en la conversación, doctor *Fell* —recalcó—; pero usted me ha llamado, y aquí estoy. Le agradeceré que me explique...

El interpelado le miró con sorpresa.

—¿Cómo, mi amigo? ¿Qué explicación? —preguntó.

—¡Que me aclare el motivo de estos comentarios! —insistió el joven.

—¡Ah, sí! —exclamó el doctor, recordando la razón por la que había requerido la presencia de *Markham*.

Con su actitud, el gigante no pretendía desconcertar al joven, sino que se había entregado a misteriosas reflexiones, olvidándose de los pensamientos que abrigada pocos minutos antes.

—A propósito —agregó—, permítame que le presente a mi amigo: el señor *Markham*, el superintendente *Hadley*.

Dick y el hombre de aspecto militar se estrecharon la mano.

—Por supuesto, *Hadley* reconoció al muerto en cuanto lo vio —hizo notar el doctor *Fell*.

—En cierto modo, lamento la pérdida de *Sam* —aclaró el funcionario policial y apretó los dientes con expresión que significaba una amenaza para alguna persona—. Era un individuo bastante inteligente; a pesar de ello, confieso que yo mismo sentí a veces deseos de matarlo —agregó, y luego sonrió burlescamente—. ¡No pierda la serenidad, señor *Markham*! ¿Desea usted saber quién era ese hombre?

—¡Sí! —respondió el muchacho.

—Se trataba de un delincuente profesional llamado *Samuel de Villa*, y era probablemente el extorsionador más hábil en su especialidad.

—Poseía imaginación, *Hadley* —dijo el doctor *Fell* moviendo la cabeza—. ¡Mucha imaginación, caramba!

—Su excesiva fantasía —replicó el superintendente— le ha costado la vida.

—¿Extorsionador? —dijo el joven.

—Tal vez le interese echar una ojeada a esto, mi querido amigo —intervino *lord Ashe* con expresión pensativa.

Empujó hacia atrás la ruidosa silla giratoria, abrió el largo cajón del escritorio y extrajo un paquete abultado hecho con un trozo cuadrado de terciopelo oscuro; la tela se hallaba doblada en forma de cartera, y el anciano la desplegó sobre la mesa.

—Llamativas, ¿eh? —observó.

Esa palabra no era suficiente para expresar la realidad. Dick sólo atinó a comparar los objetos que se veían sobre el oscuro trozo de terciopelo con la brillantez de una comedia musical. En realidad, sólo eran cuatro joyas: un collar de tres vueltas, una pulsera, un zarcillo y una pieza semejante a mía gargantilla. Sin embargo, su aspecto de antigüedad, bello y vulgar al mismo tiempo, deslumbraba al observador.

Entonces comprendió el joven por qué le perseguía la imagen de cierta divisa heráldica; veía el grifo y el fresno del escudo de los Ashe cada vez que pasaba ante la verja del parque y también en la pequeña sortija para sellar que, por lo general, usaba *lord Ashe*. Además, figuraban hasta en el letrero de la cervecería del pueblo.

Advirtió que esas joyas ostentaban dichas insignias con tanta profusión como las anchas flechas que antiguamente cubrían el uniforme de los reos. Adornaban el broche de la pulsera y aparecían trenzadas en la gargantilla de oro, marcándolas así de manera inequívoca como propiedad de la familia Ashe.

Por un momento pensó que esas piezas no podían ser reales: esas perlas opalinas, brillantes donde la luz natural las iluminaba, del collar de triple vuelta; esos diamantes del brazalete, de un fulgor intenso, maligno; y la antigua gargantilla de oro labrada en forma singular, con su rubí de un rojo vivo y transparente.

Por su expresión, el anciano comprendió qué clase de sensaciones agitaban al joven, y alzó la vista con rapidez.

—¡Naturalmente!... —dijo—. Son auténticas —tocó el collar con gesto delicado, y luego la pulsera—. Estas dos piezas fueron fabricadas a comienzos del siglo XVIII. Esta —prosiguió, señalando el zarcillo— sospecho que es moderna y, por lo tanto, una imitación. Pero en cambio esta otra —recalcó, tocando la gargantilla—, según la tradición, constituye un regalo que la misma Cloriana hizo a Jorge Converse en el año 1576.

El dueño de la casa alzó la vista para fijarla en el cuadro que colgaba encima de la chimenea y en el cual sólo se llegaba a distinguir una imagen borrosa.

Reinó un prolongado silencio.

Allí afuera, en el jardín cercado, se alzaba un ciruelo solitario. Como en sueños, el joven observó que la luz del sol inundaba aquel cuadrado verde, se filtraba por las ventanas altas y estrechas y arrancaba a las piedras preciosas reflejos de colores muy vivos. Recorrió con la vista la oscura habitación, sus paredes cubiertas con hileras de libros marrones, y el retrato típicamente inglés, producto de una época en que en los brazos, cuello y orejas se usaban todos los días adornos tan lujosos como aquellos aderezos.

Reparó especialmente en el rostro de *lord Ashe* —ojos de mirada evasiva y rasgos en que se combinaban los del sabio y los del hombre que vive al aire libre— mientras el anciano jugueteaba con las joyas. Y por fin, el muchacho rompió el silencio.

—¿Son tuyas, señor?

El interpelado negó con un movimiento de cabeza.

—Ese sería mi deseo —respondió con pesadumbre; en seguida sonrió y alzó la

vista—. Ahora pertenecen a la señorita Lesley Grant.

—¡Imposible! ¡Lesley no posee joya alguna!

—Permítame —replicó el hombre—. Es verdad que las detesta y nunca las usa. Pero éstas le pertenecen, contra su propia voluntad —reflexionó durante un momento, y luego miró a Fell—. ¿Tiene usted algún inconveniente, señor, en que le explique el asunto tal como me lo contó esta mañana la señorita Grant?

—No —respondió el doctor.

—Se trata de una historia sin importancia, pero en ciertos aspectos patética. Es el relato de la lucha desesperada de esa joven por ser respetable. ¿Ha oído hablar alguna vez, señor Markham, de una mujer llamada Lily Jewell?

—No.

La sospecha se apoderó otra vez del ánimo del joven.

—Por extraña casualidad, esta misma mañana le hablé de ella. La calificaría con benignidad si dijera que era una mujer fácil. Poco antes de la guerra de 1914 mi hermano dilapidó su propia fortuna y la de otras personas a causa de ella. Entre los regalos que le hizo figuran estas chucherías. ¿Comienza ahora a comprender la trama?

—Creo que sí —manifestó Dick.

—Lily Jewell falleció hace pocos años, completamente olvidada. Pero su muerte fue violenta. Ya entrada en años, pagaba a sus amantes.

—¡Ajá!

—Como uno de ellos le fuera infiel, lo amenazó con un revólver; en medio de la lucha, el arma se disparó de manera accidental y la bala la hirió mortalmente. Con anterioridad había tenido mía hija con un capitán de apellido Jewell; es la joven que usted conoce bajo el nombre de Lesley Grant.

El narrador hizo una pausa. Dick se volvió y miró fijamente al jardín. Recordaba una infinidad de escenas en que cada palabra, gesto o inflexión de voz, desprovistos antes de todo significado, adquirirían ahora su verdadera importancia. El joven inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Yo... vivo un poco apartado del mundo —explicó el anciano frotándose las sienes con las yemas de los dedos—. Mi ánimo no estaba preparado para una escena semejante cuando la joven entró precipitadamente en esta habitación, arrojó sobre mi mesa ese montón de joyas y exclamó: «Hágame el favor de hacerse cargo de estos malditos objetos, puesto que le pertenecen».

Lord Ashe se detuvo otra vez.

El doctor Fell hizo un ruido con la garganta.

—Después de la muerte de su madre —continuó el dueño de la casa— la dominó la idea fija de que debía sepultar en el olvido su existencia pasada y esforzarse en ser, en todo sentido, completamente diferente de la mujer que le había dado el ser. ¿Comprende también ese sentimiento, señor Markham?

—Sí, perfectamente.

—En mi opinión, sufre una tensión nerviosa permanente.

«¡Lesley! ¡Lesley! ¡Lesley!».

—... y cuando se estableció en este pueblo y se enteró de quién vivía precisamente enfrente de su casa, sufrió una profunda conmoción.

—¿No lo sabía ella? —inquirió el muchacho.

—No. Durante la infancia de la joven, a mi hermano le llamaban «señor Converse» o simplemente «tío Frank» en lugar de mencionar su título; el apellido Ashe era totalmente desconocido para ella. En mis tiempos —agregó con tono seco—, se acostumbraba suprimir los títulos.

—Entonces, ¿se enteró por mera casualidad?...

—¡Oh, no! Lo supo gracias a la intervención de mía persona mal intencionada.

—¿Cómo ocurrió eso?

—Una amiga malévola le sugirió que si abandonaba el continente y se establecía en Inglaterra, eligiera para ello un simpático pueblo llamado Six Ashe; por ese motivo se instaló aquí. Le gustó el lugar y además encontró mía casa que la satisfacía. Sólo después de vivir en esta población por espacio de varias semanas, reparó en el escudo esculpido en la verja que se alza frente a su domicilio —extendió el brazo para tocar el collar— y lo comparó con éste.

—Comprendo.

—Naturalmente, podía marcharse del pueblo; pero le agradaban sus habitantes, y especialmente uno de ellos —agregó, mirando al joven—. A mi entender, ansiaba esta vida monótona e insignificante que llevamos aquí, la deseaba con toda su alma, y por eso no quiso alejarse. La enloquecía un morboso sentimiento de culpabilidad frente a nosotros, frente a mi familia; pero tal actitud carece en absoluto de fundamento y ya le expliqué esta mañana a la joven que ella nada tiene que ver con los asuntos de su madre —el anciano titubeó. Alzó la gargantilla, luego la pulsera y el collar, los sopesó uno por uno y en seguida los depositó otra vez en la mesa con gesto que denotaba cierto placer—. Es verdad —observó— que en aquella época se suscitó una controversia respecto al derecho que asistía a mi hermano para obsequiar con estos objetos a Lily Jewell y se discutió si en realidad no formaban parte de una herencia inalienable. Además del temor a los comentarios que tejerían las damas del lugar al enterarse de que era hija de aquella mujer, la joven imaginaba con espanto que la policía la arrestaría. Experimentaba terror al pensar que alguien podía ver las joyas, en cuyo caso reconocería las insignias de los Ashe, como sin duda habría ocurrido. Por eso no quería separarse de ellas ni siquiera para depositarlas en un Banco; de ahí la caja fuerte que, en vista del gran valor de estas piezas, indica que, por lo menos, poseía un poco de sentido común.

—¿Qué valor tienen? —preguntó Hadley.

—¡Mi estimado superintendente! —replicó el anciano, y en seguida dio muestras de que se sumía otra vez en el silencio, como un reloj que se detiene—. El interés histórico que...

—Me refiero a su precio en dinero —insistió el hombre.

—No estoy capacitado para tasarlas, pero según usted mismo puede apreciar, deben valer muchos miles de libras —*lord* Ashe se dirigió nuevamente a Markham —: Hace irnos seis meses, cuando vi por primera vez a... a la señorita Grant, su semejanza con Lily Jewell me dejó perplejo y confundido. Pero ¡le doy mi palabra de honor de que no la asocié mentalmente con la madre! ¡Eran tan diferentes! ¡Tan!... —hizo un gesto en el aire con la mano—. ¡Bueno, querido amigo! Si usted hubiera conocido a esa mujer, comprendería a qué me refiero.

—Pero ¿Lesley imaginaba...?

—Me temo que sí. Pensaba que yo podía adivinar quién era. Ese temor infundado a ser el tema de todos los comentarios fue en constante aumento; se encontraba ya, en cierto modo, en un estado anímico morboso. Ahora bien, usted recuerda, sin duda, los hechos ocurridos ayer.

Hadley rió breve y sarcásticamente.

—La intervención de Sam De Villa —aclaró.

En la mente de Dick cada trazo y figura del cuadro fue adquiriendo forma, y las que antes le parecían incongruencias dejaron de serlo.

—El hombre que se hacía pasar por *sir* Harvey, ¿pretendía apoderarse de las joyas? —preguntó el joven.

—¿Qué otra intención cree usted que abrigaba? —replicó el funcionario con tono sardónico pero al mismo tiempo de admiración por el delincuente, y luego, haciendo sonar algunas monedas en el bolsillo, agregó—: ¡Por todos los santos! ¡Creo que Sam jamás desempeñó su papel con tanta habilidad como en esta ocasión! Cuando llegué a la casa en compañía del agente de policía local... ¿cómo se llama?

—¿Bert Miller?

—Sí, en compañía de él, describí brevemente al doctor Fell la vida y andanzas de nuestro hombre.

—Así es —asintió el gigante con expresión meditabunda.

—Era un extorsionador y no un ladrón; no habría forzado una caja fuerte, ni siquiera lo hubiera intentado, pero en cambio podía arreglárselas, mediante el engaño, para que otro sacara el botín de allí y se lo entregara. Para él, un procedimiento así resultaba tan sencillo como beberse un trago de *whisky*. Sólo existía un medio para conseguir esas joyas, cuya existencia la señorita Grant ni siquiera admitía, y era el de obtener la ayuda del señor Markham; precisamente es el que utilizó De Villa. Sin duda, era un artista.

—Sí —corroboró el joven con rencor—, pero tengo la esperanza de que en este momento se está abrasando en el infierno. ¡Prosiga!

El superintendente se encogió de hombros.

—El asunto no encierra complicación alguna —continuó—. Por lo general, Sam «trabajaba» en el continente europeo propiamente dicho, pero esta vez siguió el rastro de la hija de Lily Jewell hasta aquí y luego trazó su plan. En primer término, «cubrió»

el distrito...

—¿Lo cubrió? —dijo *lord* Ashe sin comprender el significado de esa palabra.

—Sí, lo estudió y obtuvo la mayor cantidad de información que le fue posible con respecto a todas las personas que le interesaban. Una de sus estratagemas consistía en recorrer el campo de acción bajo un disfraz que no despertara sospechas, como el de vendedor...

—¡De Biblias! —exclamó el dueño de la casa.

Todos los presentes le miraron con asombro.

—Discúlpenme, señores —dijo el anciano al mismo tiempo que cambiaba de postura en la ruidosa silla giratoria—, pero esta mañana le manifesté a nuestro joven amigo que el rostro de ese individuo me recordaba el de un hombre que hace algún tiempo estuvo en mi casa con la intención de venderme una Biblia. ¿Sería ese el... el delincuente a que ustedes se refieren?

Hadley asintió con una inclinación de cabeza.

—Es un buen sistema —afirmó—. Permite al vendedor averiguar la historia de la familia del cliente, siempre que éste se sienta con ánimo de charlar.

Fell, que miraba al suelo con fijeza y cuya abundante papada descansaba sobre el cuello de la camisa, pareció un poco perturbado. Emitió un sonido sordo y profundo, y su largo bigote tembló levemente.

—Un momento, Hadley —dijo entre dientes—. Siento cierta curiosidad; mejor dicho, estoy muy deseoso de saber si ese individuo visitó alguna otra casa de este pueblo.

—Supongo que realizó una inspección muy completa del lugar —replicó el hombre con gesto ceñudo—. Sólo así se explica su gran éxito en el papel de adivino. Como es natural, se mostró dispuesto a desempeñarlo porque poseía, según él mismo afirmó, cierto sentido humorístico...

—¡Maldito sea! —interrumpió Markham con voz serena y tono sincero.

En seguida se produjo un pesado silencio.

Después de un momento el funcionario siguió hablando, pero ahora en voz más baja.

—¡Lo comprendo, señor Markham, lo comprendo!... —dijo, y sonrió como si admitiera que se había excedido un poco en sus elogios al impostor—. Pero debe tratar de entender que esa gente echa mano de cualquier arma cuando se le presenta una buena presa. La fiesta al aire libre le ofreció una oportunidad providencial para turbar a la señorita Grant y, por consiguiente, a usted mismo, como parte del plan que se había trazado.

—A propósito, ¿qué le dijo a ella en esa ocasión? —inquirió Dick.

El hombre refunfuñó y luego volvió a sonreír con expresión amistosa pero un poco forzada.

—¿No lo adivina, señor Markham? —dijo.

—¿Le advirtió, tal vez, que él, famoso adivino, conocía su pasado y también el de

su madre? —inquirió el muchacho.

—Precisamente. Además, como usted comprende, tenía la certidumbre de que ella no se lo contaría a usted, o que, por lo menos, no lo haría sino pasado cierto tiempo. Sam era un psicólogo.

—Sí; no cabe duda.

—Mediante ese procedimiento le colocó a usted en un estado espiritual propicio para interpretar sus alusiones a ciertos secretos aún más siniestros —acentuó Hadley—. Él no podía prever que el disparo accidental de rifle constituiría un elemento más en su favor, pero lo utilizó con extraordinario éxito. Creo que el resto de la historia es muy sencillo y no hay necesidad de repetirlo, señor Markham. El relato referente a la terrible envenenadora, al diario o veneno o cosa semejante que encerraba la caja, en fin, todo su juego, estaba destinado a conseguir que la dueña abriera ese escondrijo. ¿Cómo había de conseguirlo? ¡Bah! ¡Con mucha facilidad! De acuerdo con la narración que escuché de labios del doctor Fell, De Villa manifestó que deseaba hallarse presente, pero sin ser visto, la noche en que usted cenara con la joven y que tenía mucho interés en enterarse del contenido de aquella caja, ¿verdad?

—Sí —corroboró Markham.

—Y además le daría sus «instrucciones finales» en la mañana del día siguiente, ¿no es así?

—Sí, esas fueron sus palabras.

Nuevamente el funcionario se encogió de hombros.

—Usted debía obtener la combinación de esa caja inexpugnable y comunicársela a él —continuó—. Esta mañana iba a decírselo... si hubiera estado con vida.

—¡Un momento! ¿Cree usted que Lesley estaría dispuesta a...?

—¿A revelarle esa combinación? ¡Sin duda!... ¡Usted sabe muy bien que, presionándola, habría cedido! De cualquier modo, ella tenía la intención de contárselo todo durante la cena proyectada para esta noche.

Volvieron a la mente de Markham las palabras que la joven había pronunciado en su estudio la noche anterior: «Deseo que entre nosotros todo sea perfecto. Y especialmente mañana, porque tengo que decirte y mostrarte algo». La vio otra vez sentada en el sofá, bajo la luz de la lámpara, con expresión atormentada y meditabunda.

—En ese momento ¿habría creído usted en la palabra de la señorita Grant? —inquirió Hadley.

—No, probablemente no —respondió el joven, y se sintió contento de que la muchacha no se hallara presente.

—Con toda seguridad —agregó el superintendente—, ese día usted se habría enterado de la combinación, y mientras los dos estuvieran cenando, Sam se habría apoderado del botín para desaparecer luego sin dejar rastros. Esa es la trama del asunto, señor Markham. Pero...

—Pero alguien le asesinó —intervino el doctor Fell.

Las palabras del doctor causaron un efecto profundo y escalofriante en todos los presentes.

Pero Hadley, movido por su habitual cautela, se irguió y protestó formalmente.

—¡Alto ahí, Fell! No podemos asegurar que se trate de un asesinato, por lo menos en el estado actual de la investigación.

—¡Mi querido amigo! ¿Usted no lo entiende así?

—Tal vez yo pueda contestar en seguida a una de las preguntas que ustedes plantearon —intervino *lord Ashe*.

Sorprendidos, los dos hombres se volvieron para mirarlo. El anciano, que sopesaba nuevamente la gargantilla de oro adornada con rubíes, hizo un ruido con la garganta como si con ello diera a entender que no debían cifrar muchas esperanzas en lo que iba a decir.

—Hace un momento —manifestó— deseaban saber si ese falso vendedor de Biblias había visitado otros domicilios además del mío. En realidad no tiene gran importancia, pero yo puedo informarles al respecto. Realicé algunas pesquisas y pude comprobar que el hombre no estuvo en otras casas de este pueblo.

—¡Ajá! —exclamó el doctor Fell—. ¡Ajá!

El superintendente le observó con aire de sospecha —por espacio de veinticinco años la volubilidad de su compañero había provocado en él un efecto similar—, pero permaneció en silencio.

—¡A pesar de todo, señores, no me explico por qué emplean ustedes la palabra «asesinato»! —observó en seguida el dueño de la casa.

—Yo la uso —recalcó el gigante.

—Sé muy poco de tales cuestiones —aclaró el anciano—. Sin embargo, he leído esas novelas escritas por un caballero que empleaba así sus fines de semana. En ellas las muertes ocurrían siempre misteriosamente y en viejos caserones; pero ¡caramba!, a mi entender De Villa falleció a consecuencia del veneno, en una habitación cuyas puertas y ventanas se hallaban cerradas por dentro.

—Sí —asintió Fell—. Por eso insisto en que la señorita Grant constituye, en apariencia, el personaje central de esta intriga.

—¡Un momento, por favor! —suplicó Dick, y luego se dirigió a *lord Ashe*—. Usted sostiene, señor, que Lesley vino por la mañana a esta casa, le entregó las joyas y le contó la historia de su madre, ¿verdad?

—Sí; y esa actitud me colocó en una situación bastante incómoda.

—¿Por qué lo hizo, señor?

El anciano se mostró desorientado.

—Al parecer, porque la pequeña Cintia Drew fue a verla a su domicilio y la acusó de ser una envenenadora.

En ese momento la joven penetró sin hacer ruido en la habitación y cerró suavemente la puerta. A pesar de su aparente tranquilidad, resultaba evidente que hacía un gran esfuerzo para afrontar ese encuentro. Ocupó el rincón formado por las ventanas, colocándose de espaldas a éstas y de cara a los presentes.

—Es mejor que yo conteste a esa pregunta —dijo—, a pesar de que me repugna —sus labios se arquearon en una leve sonrisa que para Markham poseía un encanto irresistible; pero en seguida fue reemplazada por una expresión de inquietud—. No es nada grave, Dick. Te lo... te lo contaré después; ha sido espantoso para mí.

—¿Se trata de Cintia?

—¡Sí! Esta mañana se introdujo en mi dormitorio. Sólo Dios sabe cómo llegó hasta allí, pero lo cierto es que intentó abrir la caja fuerte.

—Ya... ya me lo han contado.

La muchacha respiraba agitadamente, con los brazos apretados contra ambos costados del cuerpo.

—Me dijo: «Quiero saber qué hay dentro de esta caja, y estoy decidida a no marcharme de aquí sin descubrirlo». Le pregunté a qué se refería, y me contestó: «Es ahí donde guarda el veneno, ¿verdad? El que utilizó contra esos tres hombres que la amaban». ¡Qué quieren ustedes que haga! —exclamó por último la joven con expresión de desaliento y extendió los brazos hacia delante.

—¡Vamos! ¡Tranquilízate!

—Supuse que el pueblo entero debía comentar, o por lo menos imaginarse, hechos terribles relacionados con mi persona —prosiguió la muchacha—. Pero ¡jamás se me ocurrió pensar que se me atribuyeran actos de esa naturaleza! Mi sorpresa fue aún mayor cuando me aseguró que Dick lo sabía todo y que la policía vendría a buscarme porque yo guardaba veneno o algo semejante en aquella caja fuerte. Creo que... que enloquecí.

—¿Le pegaste?

Lesley lo miró con asombro.

—¿Cómo?

—¿No la golpeaste con un espejo de mano que se hallaba en el tocador?

—¡No, por Dios! —exclamó la joven con sus ojos castaños muy abiertos—. ¿Lo afirma ella?

—¿Qué ocurrió?

—Cintia se abalanzó contra mí. Como es más fuerte que yo, no supe qué hacer, pero por último conseguí rehuirla con rapidez, y ella tropezó y cayó contra el pie de la cama pesadamente. Comprobé que se había desmayado pero que la herida era insignificante —aclaró. Y en seguida, con los labios apretados y expresión forzada, miró por la ventana y dijo—: tal vez fui cruel, pero la dejé donde estaba. ¿No habrías hecho tú otro tanto?

—¡Continúa!

—«Esto pasa ya de la medida; no puedo soportar más», pensé, y después de sacar las joyas vine corriendo a ver a *lord* Ashe y le referí la verdad. Entretanto, llegó el doctor... Fell, ¿verdad?... junto con el superintendente Hadley, en vista de lo cual decidí que lo supiera todo el mundo —se humedeció los labios—. Dick, te voy a hacer una sola pregunta —agregó con vehemencia—: ¿Se lo contaste a Cintia?

—¿Qué?

—Esa historia horrible de los tres maridos y... y todo lo demás —observó la joven con el rostro ruborizante—. Porque en medio de su desmayo, repetía sin cesar: «Hasta que la muerte nos separe, hasta que la muerte nos separe», como una demente. ¡Para mí es lo único importante, lo único que me preocupa! ¿Le dijiste a Cintia, de forma confidencial, algo que no quisiste revelarme a mí?

—No.

—¿Juras que es la verdad, Dick? El mayor Price me informó que esta mañana ustedes anduvieron juntos.

—¡Te doy mi palabra de honor de que no le he contado absolutamente nada!

Lesley se frotó la frente con el dorso de la mano.

—Entonces, ¿cómo se enteró del asunto?

—Precisamente, ese aspecto del problema nos interesa a todos —hizo notar Fell.

El gigante introdujo la mano entre los pliegues de su amplia capa, extrajo del bolsillo un pañuelo grande y rojo con dibujos y se enjugó la frente con tanta energía que un mechón de cabellos entrecanos cubrió uno de sus ojos. En seguida adoptó mía actitud decidida ante la cual Hadley se puso instintivamente en guardia, y señaló la silla situada frente al escritorio, opuesta a *lord* Ashe.

—Siéntese, mi estimada señorita —ordenó a Lesley.

La joven obedeció.

—¡Si usted pretende pronunciar ahora una conferencia!... —comenzó a decir el superintendente con expresión de sospecha.

—No —replicó el doctor Fell con aire de dignidad—, no abrigo esa intención. Sólo deseo preguntar a la señorita si tiene en este pueblo algún enemigo mortal.

Reinó el silencio.

—¡Imposible! —exclamó la muchacha.

—Pues bien —declaró el hombre, al mismo tiempo que introducía el pañuelo en el bolsillo—, examinemos los hechos. San De Villa, que en paz descansa, era un extraño en este pueblo. Al parecer —vaciló un poco—, no estaba relacionado con persona alguna. ¿De acuerdo, Hadley?

—Según los informes que obran en nuestro poder hasta este momento, convengo con usted en ese punto.

—Por lo tanto, ese hombre, en su calidad de Sam De Villa, deja de tener importancia en el plan del criminal.

—Si es que en realidad se trata de un crimen —dijo rápidamente el funcionario

policial.

—Eso es. Muy bien. De acuerdo con la conclusión a que llegamos esta mañana, no cabe duda de que esta copia de un asesinato imaginario —jeringuilla hipodérmica, ácido prúsico, habitación herméticamente cerrada— se realizó con la intención de hacer recaer la culpa sobre Lesley Grant, a la que alguien cree una asesina. De otro modo, el hecho carece de sentido.

—¡Un momento! —interrumpió Hadley.

—En caso de no ser así, ¿descubre usted algún otro motivo? —preguntó Fell con tono cortés, pero firme.

Su interlocutor hizo sonar algunas monedas en el bolsillo, pero no respondió.

—En consecuencia —prosiguió el gigante y echó una ojeada en dirección a la joven—, debemos plantear una pregunta: ¿conoce a alguna persona capaz de odiarla a tal punto que desee verla a usted acusada de asesinato? O tal vez sea conveniente plantearla, con más exactitud, en esta forma: ¿quién se beneficiaría en caso de que usted se hallara en situación muy comprometida?

La muchacha le miró con expresión de desaliento.

—Nadie —replicó—. Excepto... ¡no, es enteramente imposible!

El doctor no se inmutó.

—Tal es la conclusión que se deduce de los hechos. Y el corolario...

—¿Existe alguno? —inquirió el superintendente.

—¡Oh, sí! Y surge con gran claridad —replicó el hombre y miró con atención a Dick—. A propósito, joven: mientras nos hallábamos en aquella casa, y a causa de la agitación que nos dominaba, olvidé advertirle que fuera discreto, muy discreto. Tengo entendido que esta mañana, cuando se separó de mí para ir en busca de la señorita Grant, se encontró usted con Cintia Drew, ¿verdad?

—Sí.

—¿Le... le contó usted algo de lo ocurrido? ¿Le explicó que la señorita Grant no es en realidad una delincuente sospechosa de tres asesinatos?

—No. Dijo que no había oído comentarios relacionados con Lesley; por lo cual guardé silencio, naturalmente.

—¿Habló del asunto con otra persona?

—No he conversado con nadie más.

—¿Y su amigo, el doctor Middlesworth? ¿Contará él que esta joven no es una envenenadora?

—Hugo Middlesworth —contestó Markham— es un individuo discreto como hay pocos, y especialmente en este caso no abrirá la boca. Puede usted apostar hasta su último centavo a que no hablará.

Fell meditó durante un momento.

—Por lo tanto —prosiguió—, existe a nuestro alcance una persona que aún cree en esta historia; mató a De Villa, dispuso las cosas de manera que las sospechas recayeran sobre Lesley Grant, y en este momento se regocija con su acción. Excepto

en el caso improbable de que el asesino sea nuestro amigo *lord Ashe*...

—¡Dios santo! —exclamó el aludido.

Completamente sorprendido, dejó caer sobre la mesa el collar de perlas que estaba examinando. Protegidos por los lentes, sus ojos grises, cuyas cejas oscuras contrastaban con el cabello gris acerado, reflejaron consternación.

—Señor, esto no es más que un ejemplo del peculiar sentido humorístico que posee el doctor Fell —refunfuñó Hadley.

—¡Ah! Comprendo. Se trata de mía broma. Pero...

—Repito: excepto en ese caso improbable —continuó el doctor—, el verdadero asesino cree aún en ese cuento extravagante. Pero ¡vamos, Hadley! ¡Use su eficaz inteligencia! ¿Qué corolario se deduce del problema que nos ha planteado el criminal? ¿Qué debe hacer ahora el verdadero asesino?

—¿Cuál es su deducción?

—Pues ¡al diablo, hombre! —tronó Fell, golpeando el suelo con la contera de su bastón—. Ahora el delincuente debe proporcionarnos una solución —respirando ruidosamente, miró a cada uno de los presentes—. El cadáver de Sam —subrayó— es hallado en una habitación cuyas puertas y ventanas se encuentran cerradas desde el interior. Hasta aquí todo va bien. Según el razonamiento del asesino, se acusará a Lesley Grant de esa muerte. Pero ¿cómo procedió ésta para ejecutarla? Como ustedes recordarán, aquellos crímenes imaginarios no tuvieron solución; se daba por sentado que ustedes, los de la policía, habían sido burlados. Muy bien. Pero esta vez no conviene al criminal que suceda lo mismo. Para culpar a la señorita Grant debemos enterarnos cómo se llevó a cabo el envenenamiento, porque en caso contrario no estaremos en condiciones de acusarla. El plan del hombre falla por la base si no se pone en evidencia el procedimiento que se empleó en el cuarto cerrado. ¿Comprenden ahora?

Markham titubeó un poco antes de hablar.

—Entonces ¿cree usted que...?

—Imagino que recibiremos alguna comunicación al respecto —manifestó su interlocutor.

El funcionario de la policía miró a Fell con gesto ceñudo y aire de sospecha.

—¡Continúe! —refunfuñó—. ¿Por ese motivo usted me pidió hace un momento...?

Se contuvo al observar la mirada de advertencia —amenazadora y suplicante al mismo tiempo— que le lanzó el doctor Fell. Para Dick, la muda advertencia y la excesiva amenaza que encerraba resultaron demasiado evidentes; experimentó la desagradable sensación de que se libraba una secreta lucha de ingenio.

—Quiero decir —aclaró el gigante— que recibiremos un aviso de «Un amigo» o «Una persona que desea el bien», mediante el cual se sugerirá, o tal vez se expondrá detalladamente, la forma en que se realizó la estratagema de la habitación cerrada. Se supone que, en otras oportunidades, la policía no fue capaz de resolver el problema,

pero esta vez sería perjudicial para el autor del asesinato que ocurriera algo semejante.

—Una comunicación... ¿en qué forma? —preguntó Dick.

—Podría ser telefónica —observó Fell.

Después de una pausa durante la cual interpeló nuevamente a su jurado invisible, miró al joven con severidad.

—Usted atendió esta mañana una llamada que me interesa en grado sumo —hizo notar en seguida—. El agente de policía me proporcionó un resumen de su declaración, pero me gustaría interrogarlo con cierta detención, porque... ¡Por los arcontes de Atenas!

A continuación este sabio de fama internacional emitió unos sonidos tan semejantes al ladrido de un perro que *lord* Ashe le observó con expresión de perplejidad.

Lesley se mordió el labio inferior.

—No comprendo absolutamente nada —prorrumpió la joven—. Pero no lo creo, porque si fuera verdad constituiría la acción más detestable que he conocido en mi vida. ¿Afirma usted —prosiguió, con voz profundamente conmovida y suplicante— que existe en el mundo mía persona capaz de hacer esto solamente para que la culpa recaiga sobre mí?

—Cuesta un poco creerlo, ¿verdad? —repuso Fell con la vista fija en el vacío—. Sí, cuesta un poco.

—Entonces, por favor, explíqueme cuál es en realidad su pensamiento.

—Eso es precisamente lo que deseo saber —manifestó exasperado Hadley en forma brusca.

—Debo confesar —intervino *lord* Ashe— que este asunto escapa también a mi entendimiento —consultó su reloj de pulsera y agregó en tono amable—: Naturalmente, todos ustedes se quedarán a almorzar, ¿verdad?

Lesley se puso de pie rápidamente.

—Se lo agradezco, pero yo no lo haré —se apresuró a decir—, puesto que debo tener en cuenta mi nueva posición en la sociedad como hija de Lily Jewell...

—Mi estimada joven, no sea insensata —reconvino con voz suave el dueño de la casa. Luego colocó las cuatro joyas en el centro del terciopelo oscuro, lo plegó como si fuera una cartera y se lo tendió a la joven—. Tómelas —le dijo.

—¡No las quiero! —replicó ella; parecía a punto de golpear el piso con el pie, y sus ojos se llenaron otra vez de lágrimas—. ¡No deseo volver a verlas! Son tuyas, ¿no es así? O por lo menos su familia siempre sostuvo que le pertenecían. Entonces, ¡lléveselas y déjeme en paz, por amor de Dios!

—Mi estimada señorita Grant —insistió el anciano agitando repetidas veces el paquete—, no es conveniente que nos eternicemos aquí discutiendo quién se quedará con objetos tan valiosos como éstos, porque puedo caer en la tentación. O bien, si usted prefiere que mi esposa no las vea antes del almuerzo...

—¿Acaso cree usted que me atreveré a presentarme otra vez ante *lady Ashe*?

—Francamente, creo que sí —contestó el anciano *lord*.

—¿O ante cualquier otra persona de este pueblo? Me alegro de que todo haya terminado. Estoy libre y me siento aliviada; experimento la sensación de que soy nuevamente un ser humano. Pero ¡si se trata de volver a presentarme ante la gente!...

Dick se acercó y la tomó del brazo.

—Antes del almuerzo iremos juntos a dar un paseo por el jardín holandés —dijo Markham.

—Es una excelente idea —aprobó el dueño de la casa. Abrió el cajón de la mesa y dejó caer en su interior el paquete hecho con el terciopelo. Después de reflexionar por un momento, sacó de un llavero una llave pequeña que junto con muchas otras colgaba de aquél y la hizo girar en la cerradura del mueble—. Más tarde —agregó— resolveremos la enojosa cuestión referente a... a las cosas que son de su propiedad. Mientras tanto, el aire del campo desvanecerá esas ideas morbosas que anidan en su mente.

—¿Es verdad, Dick? ¿Son morbosas?

La joven giró con rapidez sobre sus talones.

—Sí, son disparates morbosos, querida.

—¿Te preocupa mi identidad?

Markham se echó a reír en forma tan ruidosa que infundió a la joven más confianza en sí misma.

—¿Qué te dijo Cintia? —insistió—. ¿Y cómo está? ¿A qué se debió que os encontrarais cerca de la casa esta mañana?

—¿Quieres hacerme el favor de olvidarte de todo eso, Lesley?

—Exactamente —intervino el anciano—. Pero hay algo que parece evidente, señor Markham —sus rasgos adquirieron cierta dureza y su mirada reflejó una expresión que el joven no pudo descifrar—, y es que la señorita Grant cuenta con más de un amigo mal intencionado.

—¿Qué quiere decir con eso? —exclamó la joven.

—Uno de ellos le indicó a usted que se estableciera en Six Ashes —observó el hombre—. El otro, a juzgar por lo que acabamos de escuchar, se esfuerza en enviarla a la horca por asesinato.

—¿No comprende que precisamente es esa la circunstancia que me atormenta? —exclamó la muchacha con voz suplicante, al mismo tiempo que se aferraba con fuerza al brazo de Markham—. ¿Y que no puedo ni deseo afrontar? Me aterra pensar que alguien es capaz de odiarme de esa manera. ¡No quiero ni oír semejante cosa!

Lord Ashe reflexionó.

—Ahora bien, si el doctor Fell tuviera por casualidad alguna idea respecto a la forma y al motivo de la ejecución de este extraordinario crimen...

—¡Oh, sí! —interrumpió el aludido con tono de disculpa—. Creo que podría solucionar esos problemas, pero siempre que las contestaciones a mía o dos preguntas

que haré a los testigos concuerden con mis suposiciones.

Markham experimentó repentinamente la sensación de un nuevo y oculto peligro.

Se volvió medio segundo antes de lo que se esperaba de él, y sorprendió entre Fell y Hadley una especie de comunicación mediante gestos, nada más que un alzamiento de las cejas y un leve movimiento de los labios. Todo ello ocurrió en un instante y el joven no pudo comprender su significado. Hasta ese momento había considerado a esos dos hombres como sus aliados, como auxiliares cuya misión consistía en desvanecer misteriosos peligros; no cabía duda de que aún lo eran, pero...

El gigante frunció el ceño.

—¿Comprende usted cuál es la condición más importante para la solución de este caso? —preguntó a Markham.

Avanzada la tarde, en el Camino de la Horca y frente a la casa de aspecto siniestro, el doctor Fell repitió aquella pregunta.

Después de almorzar en Ashe Hall, el doctor, Hadley y Dick efectuaron una corta excursión por el pueblo. A pesar de que el joven había manifestado el deseo de retirarse a su domicilio con Lesley, Fell no se lo permitió; esa tarde parecía interesado en encontrarse con el mayor número posible de personas.

Aún no se sabía en Six Ashes que el muerto no era *sir* Harvey Gilman ni que la policía tuviera el menor motivo para dudar de que se tratara de un suicidio. Casi podía palpase en el ambiente el cebo de la celada, la invitación al acto fatal, la incitante llamada al asesino. Los rostros de todos se volvían hacia ellos con expresión de enorme curiosidad, pero sólo los ojos de aquellos que rehuían la mirada parecían encerrar un interrogante. Markham no había experimentado jamás tan aguda incomodidad.

En verdad, tropezaron con mucha gente. Intentaron hablar con Cintia Drew, pero su madre, una mujer pequeña y de expresión melancólica que se abstuvo formalmente de hablar con Markham, les impidió hacerlo. Manifestó que su hija había sufrido una desafortunada caída en unos escalones de piedra y se había lastimado la sien, por lo que no se hallaba en condiciones de recibir a persona alguna. Además, según ella, nadie podía abrigar la pretensión —al pronunciar esta palabra alzó las cejas— de verla.

En cambio, se encontraron con el mayor Price que salía de su despacho, y más tarde, en la oficina de Correos, los dos forasteros fueron presentados a Earnshaw mientras éste efectuaba allí algunas compras. El gigante adquirió en la confitería y cigarrería algunos cigarros de chocolate y otros auténticos; después conversó con el reverendo Goodflower respecto a la arquitectura de los templos y visitó también la cervecería del Grifo y el Fresno, y antes de que cerrara sus puertas bebió varios jarros de medio litro.

El sol dorado y resplandeciente caía ya detrás del pueblo cuando iniciaron la marcha de regreso hacia el Camino de la Horca. Al pasar ante la residencia de Lesley, Markham recordó las últimas palabras de la joven antes de separarse de él: «¿Vendrás esta noche a cenar conmigo, tal como habíamos convenido?». El muchacho había respondido afirmativamente con cierta vehemencia. Observó una ventana en busca de su rostro, pero no lo vio. Poco después distinguió, junto a la huerta sumida en la sombra, la casa con techo bajo, negra y blanca, con los vidrios de una ventana rotos, escenario del crimen.

Hacía ya muchas horas que habían trasladado el cuerpo de Sam De Villa, alias *sir* Harvey Gilman, al depósito de cadáveres de Hawkstone. En ese momento el agente

Bert Miller montaba pacientemente la guardia en el jardín delantero. En cuanto se encontraron a una distancia adecuada, Hadley le preguntó a gritos:

—¿Ha llegado el informe de la autopsia?

—No, señor. Prometieron llamar por teléfono apenas estuviera listo.

—¿Averiguó el origen de la llamada telefónica?

Miller era uno de esos hombres a los que resulta necesario aclararles el sentido de una pregunta; su ancho rostro permaneció impassible bajo la visera del imponente casco.

—¿Qué llamada, señor?

El superintendente le miró.

—Esta mañana, muy temprano —manifestó el funcionario—, el señor Markham atendió a una llamada telefónica anónima; se le pedía que se trasladara aquí sin pérdida de tiempo, ¿recuerda?

—Sí, señor.

—¿Establecieron el origen de ese aviso?

—Sí, señor. La llamada se hizo desde esta casa.

—Desde aquí, ¿eh? —repitió Hadley, lanzando a Fell un rápida mirada.

—Desde el aparato que se halla instalado ahí dentro —explicó el agente, señalando hacia atrás, con un movimiento de cabeza, la puerta abierta del vestíbulo—, y tuvo lugar a las cinco horas y dos minutos de la mañana. Así informa la central de teléfonos.

Hadley se volvió y observó de reojo al doctor.

—Seguramente usted dirá que lo había previsto, ¿verdad? —dijo secamente.

—¡Al diablo, Hadley! —protestó el interpelado en tono quejoso—. No pretendo erigirme en oráculo ni imitar los gestos mesmerianos que hacía De Villa ante una bola de cristal. Pero ciertas circunstancias se deducen de la propia naturaleza de los hechos. ¿Comprende usted cuál es la condición más importante para la solución de este caso?

Discretamente, el interrogado guardó silencio.

—Vea, señor —intervino Dick—, antes planteó esa misma pregunta y nosotros intentamos contestarla, pero usted no expuso su contestación. ¿Qué piensa usted al respecto?

—En mi modesta opinión, la condición de mayor importancia para resolver el problema es la de averiguar cómo empleó la víctima las últimas seis horas de su vida.

Markham, que esperaba una respuesta muy diferente, le miró con asombro.

—Anoche —prosiguió el doctor Fell— usted se separó de él en esta casa más o menos a las once. ¡Bien! Y lo encontró muerto —el cadáver conservaba aún la temperatura de la sangre— aproximadamente a las cinco y veinte de esta mañana. ¡Muy bien! ¿Qué hizo nuestro hombre en ese intervalo? Veamos.

Ascendió pesadamente por los dos escalones de piedra y penetró en el pequeño vestíbulo delantero; pero por el momento no siguió hasta la sala. Permaneció allí y lo

recorrió una y otra vez con la majestuosa lentitud de un acorazado en maniobras, mientras dejaba vagar la mirada sin fijarla en parte alguna.

—La sala se encuentra a la izquierda —dijo, señalando con el dedo—, y al frente, sobre el pasillo, el comedor —indicó la puerta de éste—. En el fondo, la cocina y el lavadero —señaló nuevamente—. Esta mañana, mientras aguardaba la llegada del agente, recorrí todas las habitaciones y además, de paso, eché una ojeada al contador de electricidad instalado en esa última dependencia —se atusó el bigote y se dirigió otra vez a Markham—. En el momento en que usted se marchaba, De Villa manifestó que se acostaría en seguida, ¿verdad?

—Sí.

—Y probablemente lo hizo —discurrió el hombre—, ya que poco después, al pasar *lord* Ashe por aquí para enterarse del estado del herido, todas las luces del edificio se encontraban apagadas. Así lo manifestó él, ¿verdad?

—Efectivamente.

—Aún no he subido al piso superior, pero creo que es conveniente que lo hagamos ahora.

La escalera, flanqueada por gruesas balaustradas, era estrecha y formaba una curva muy cerrada; terminaba en un vestíbulo de techo bajo, y la atmósfera se hallaba allí muy caldeada a causa del tejado de pizarra que cubría el edificio. Al explorar el terreno, comprobaron que había en la parte de delante dos amplios dormitorios y uno en la parte posterior, además de un cuarto de baño. El aposento delantero, situado encima de la sala, mostraba indicios de encontrarse habitado.

Fell cogió el picaporte y empujó la puerta, que debía hallarse muy ajustada, pues produjo un crujido y un ruido raspante al correr sobre el piso desnudo. La escasa luz del atardecer/matizada de un color rojizo turbio al pasar a través del monte de abedules que se alzaba enfrente, entraba por dos ventanas que se abrían en la pared en declive, sobre el camino.

El aspecto del mobiliario de esa estancia era tan austero como las paredes revocadas y de color blanco. Lo componían una cama de una plaza, una cómoda con espejo, un ropero de roble, una silla de respaldo recto y un par de alfombras. A pesar de que las ventanas se encontraban abiertas, había olor a moho; se advertía también un desorden que tal vez fuera producto de la prisa del inquilino. Alguien había dormido en la cama; las ropas arrojadas a los pies daban la impresión de que el ocupante se había levantado con precipitación.

Igual cosa se advertía en la cantidad de objetos de uso personal —cuellos, artículos de tocador, libros, el cordón trenzado de una bata— que rebosaban de dos grandes maletas aún no desocupadas del todo.

—Como ustedes ven, sólo había establecido aquí un campamento provisional —observó Fell señalando el escenario con el bastón—. Estaba listo para escapar en cuanto se encontrara en posesión del botín. Su plan era perfecto y lo ejecutó con maestría. Pero en vez de conseguir su objetivo... ¡Esperen un momento!

En el piso, junto a la cama, se veía un cenicero con dos o tres colillas de cigarros y más allá un vaso que contenía, hasta la mitad, agua ya alterada y con burbujas; a su lado había una botella muy pequeña. Respondiendo a la mirada inquisitiva que le lanzó el doctor, Hadley alzó la botellita y comprobó que contenía algunas píldoras pequeñas y blancas; para leer la etiqueta del frasco se trasladó hasta la ventana.

—Luminal —dijo en voz alta—. Tabletillas de un centígramo y medio.

—No debe llamarle la atención —observó Dick—, pues anoche manifestó que había traído esa droga. Middlesworth lo autorizó para que tomara una pastilla en caso de que su dolor de espalda se tomara muy agudo.

Fell reflexionó.

—¿Nada más que una?

—Al menos, esa fue su recomendación.

—Me imagino que la herida le causaba mucho sufrimiento, ¿verdad?

—Sí, muchísimo; le aseguro que a ese respecto no fingía.

—¡No! —exclamó el gigante con voz atronadora, meneando violentamente la cabeza con expresión siniestra—. ¡No, no, no, no, no! ¡Mire, Hadley, de acuerdo con la naturaleza humana, De Villa no pudo ser tan moderado al tomar el calmante!

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, supongamos que usted se halla en ese trance, que es un individuo nervioso e imaginativo y se encuentra herido de bala en vísperas de una noche prolongada; y que además dispone de una cantidad abundante de luminal. ¿Se contentaría usted con una modesta tableta? ¿No ingeriría una buena dosis para tener la seguridad de conciliar un sueño profundo?

—Sí —admitió el superintendente—, creo que tiene razón. Pero...

—Estamos tratando de reconstruir las acciones preliminares de este crimen —recalcó su interlocutor con voz tonante, mientras recorría con pasos largos y movimientos pesados la distancia que le separaba de la puerta y volvía en seguida al sitio anterior—. ¿Y qué descubrimos?

—Muy poca cosa, si me permite expresarle sinceramente mi opinión.

—De todas maneras, observe los movimientos de De Villa. Las visitas se marchan a las once; en ese momento lleva puesto un pijama, la bata y las zapatillas, de manera que no necesita desvestirse. Sube en seguida a su dormitorio.

Al llegar a este punto, la mirada errante del narrador tropezó con el cordón trenzado de la bata, que se hallaba extendido a los pies de la cama. Lo miró con fijeza al mismo tiempo que jugueteaba con su labio inferior.

—Oiga, Hadley. Esta mañana el cadáver fue hallado con el pijama y la bata puestos. Yo no presté atención a un detalle; ¿recuerda usted si el cordón de esta última iba prendido en su sitio? —miró a Dick—. ¿Y usted, joven, no reparó en ello?

—No recuerdo —manifestó el muchacho.

—Yo tampoco —dijo el funcionario—. Pero esa prenda se encuentra ahora en el depósito de Hawkstone; podemos llamar por teléfono y averiguarlo.

Fell descartó el asunto con un ademán.

—No importa, continuemos la reconstrucción de las oscuras horas que precedieron al crimen. La víctima sube para acostarse y trae consigo un vaso con agua. Injere una buena dosis de luminal y se sienta en la cama para terminar de fumar un cigarro —obsérvese el cenicero— mientras espera que la droga comience a producir su efecto. Y después...

Hadley respiró con fuerza; expresaba así su incredulidad.

—Y luego —observó—, a las cinco de la mañana se levanta y desciende al piso inferior, ¿verdad?

—Así es, al parecer.

—Pero ¿por qué?

—Ese es precisamente el punto que espero nos aclarará en seguida el señor Markham —replicó Fell con aspereza—. Bajemos.

Sin la figura inmóvil que había ocupado el sillón frente al escritorio, la sala presentaba un aspecto menos desagradable. Los técnicos de Hawkstone ya habían tomado fotografías de la estancia y examinado los objetos en busca de huellas dactilares. Se habían llevado la jeringuilla hipodérmica, pero el rifle de calibre 22 se encontraba aún apoyado en la pared, junto a la chimenea, y la caja de chinchetas yacía volcada en el piso, al lado de la butaca.

Hadley había reconvenido ya a Markham con términos enérgicos y realistas por tocar los elementos de prueba dificultando así su examen; por lo tanto, en ese momento se limitó a lanzarle una mirada muy expresiva. Sin hacer el menor comentario al respecto, el gigante se colocó de espaldas a la pared, entre las dos ventanas. A un costado, en el vidrio inferior, se veía el agujero de bala, y al otro, un marco de ventana vacío frente al que se hallaban diseminados en el piso los trozos de la vidriera rota.

Afuera asomaba el casco de Bert Miller; el agente pasaba y volvía a pasar sin detenerse, cumpliendo su guardia frente a la habitación.

—Señor Markham —dijo el doctor en tono tan vivo y vehemente que Dick experimentó cierto malestar—, le ruego que haga un esfuerzo de memoria y que ponga en ello mayor empeño que en cualquier otro momento de su vida.

—¿Qué debo tratar de recordar?

—Los hechos que presencié esta mañana.

El joven no necesitaba realizar esfuerzo; le parecía que ese olor infernal a almendras amargas no se desvanecería jamás, que había de percibirlo durante semanas enteras y que más tarde su recuerdo le haría ver visiones en aquella sala.

—¡Escúcheme, señor! Ante todo, aclaremos un detalle: ¿cree usted que le he mentado? —inquirió.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque me parece que todo el mundo, desde Miller hasta el superintendente Hadley y *lord* Ashe, piensa que he faltado a la verdad o que he soñado. Repito: ¡esas

ventanas se encontraban cerradas desde el interior! ¡Y aquella puerta estaba cerrada con llave y cerrojo! ¿Lo pone usted en duda?

—¡Oh, no! —repuso el doctor Fell—. De ninguna manera.

—Y a pesar de ello, el asesino consiguió, ¿cuál es la expresión exacta?, consiguió introducirse físicamente en este cuarto para matar a De Villa, y luego salió de él. ¿A pesar de que las puertas y ventanas se encontraban herméticamente cerradas?

—Sí —confirmó su interlocutor.

Volvió a pasar la figura del agente, como si fuera la sombra de la ley.

El superintendente acercó la butaca a la mesa, se sentó en el mismo sitio que había ocupado el muerto y extrajo su libreta de notas.

—Sostengo eso mismo que usted acaba de oír, Hadley —subrayó Fell.

—¡Continúe! —se limitó a decir el empleado de policía.

—Comencemos con la misteriosa llamada telefónica recibida a las cinco horas y dos minutos —refunfuñó el gigante al mismo tiempo que apretaba firmemente contra el cuerpo sus brazos cruzados—. Tal como acaban de enterarse, el aviso partió de esta casa.

—Sí.

—¿Era la voz de Sam?

—Tal vez; pero no puedo asegurarlo. Sólo se trataba de un susurro.

Sin embargo, podía advertirse en ella cierta ansiedad, ¿no es así? —preguntó el doctor; se mantenía en actitud erguida y con la barbilla alta.

—Sí, una profunda ansiedad.

—Bien. Usted salió corriendo de su casa y siguió corriendo por el camino. Cuando aún se encontraba a cierta distancia de aquí vio que en esta sala se encendía una luz —hizo una pausa; en la expresión de sus ojos protegidos por los lentes se advertía una profunda concentración mental—: ¿A qué distancia se hallaba cuando la advirtió?

Markham reflexionó.

—Creo que a cien metros más o menos.

—De manera que en ese momento no alcanzaba a ver el interior de esta estancia.

—¡No, por supuesto! ¡De ninguna manera! Me encontraba demasiado lejos. Como aún el cielo estaba bastante oscuro, pude observar el resplandor que partía de la ventana.

Hadley se incorporó sin pronunciar palabra. La única lámpara de la habitación era la de la reluciente pantalla de color tostado que colgaba encima del escritorio; el conmutador se hallaba instalado en la pared, junto a la puerta que comunicaba con el vestíbulo. El funcionario se dirigió a él, lo hizo funcionar hacia abajo y de nuevo hacia arriba, de manera que la luz se encendió y volvió a apagarse. En seguida, y siempre en silencio, regresó al escritorio y tomó asiento frente a su libreta.

Fell hizo un ruido con la garganta.

—Entonces —prosiguió— avanzó por el camino con más lentitud. ¡Sí! Poco

después, según tengo entendido, vio que asomaba ese rifle de calibre 22 por encima de la pared, ¿verdad? Sí. ¿A qué distancia se encontraba usted en ese momento?

Dick volvió a reflexionar.

—Digamos... a unos treinta metros, o tal vez menos.

—De manera que aún no alcanzaba a distinguir el interior de esta sala.

—Aún no, naturalmente.

—Pero ¿observó claramente el rifle?

—Sí.

—¿Y hasta... hasta alcanzó a percibir el agujero de bala cuando, según la frase tan expresiva empleada en su declaración, «apareció en el vidrio como si diera un brinco»? —recalcó el hombre golpeando suavemente la ventana con la mano.

El joven hizo un gesto de desaliento.

—Seguramente utilicé una forma demasiado literaria para explicarlo; en ese momento pensaba en la tienda del adivino. Pero la descripción es exacta. Mientras observaba el rifle, vi que disparaba, y a pesar de la distancia advertí la perforación de bala en el vidrio.

—Sin duda posee usted una vista de gran alcance.

—Es verdad. Por ejemplo, ayer, mientras tiraba al blanco en el puesto del mayor Price, distinguía con toda claridad los puntos en que hacía impacto, sin necesidad de acercar el blanco al mostrador.

En ese momento intervino el superintendente.

—Si piensa que esa perforación es imaginaria —observó, dirigiéndose al doctor—, puede descartar desde ahora esa idea, pues los hombres de Purvis han verificado todos los datos: ángulo de tiro, fuerza del proyectil y el daño sufrido por la ventana. Además —agregó al mismo tiempo que señalaba el marco roto del cuadro que colgaba encima de la chimenea—, extrajeron la bala de la pared y la examinaron. Fue disparada con ese rifle de calibre veintidós y no con otro.

Fell se volvió lentamente, con el rostro encamado.

—¡Por Dios, Hadley! —dijo, en un desacostumbrado arranque de cólera que sobresaltó a Hadley y también a Dick—. ¿Quiere tener la bondad de permitirme que interroge al testigo de acuerdo con mi parecer? —su semblante adquirió una expresión aún más furibunda—. Usted, señor, es un superintendente de la policía metropolitana; estoy a sus órdenes, soy solamente un asesor en este asunto. O, para hablar en términos menos altisonantes, el individuo al que se llama en los casos extraordinarios, por no decir de locos, como éste. Me ha concedido el honor de consultarme respecto a éste, que ambos consideramos como asesinato; ¿puedo hacer mis preguntas tal como yo quiero, señor, o no?

A través de las ventanas se vio que el casco de Bert Miller se detenía por una fracción de segundo y luego proseguía su ir y venir. Al declarar ante el agente, Dick había insistido con tal abundancia de detalles en que se trataba de mi suicidio, que Miller no imaginó otra eventualidad. Por primera vez, Bert escuchaba la palabra

asesinato y de labios de sus superiores.

Pero Markham apenas si reparó en la brevísima detención del guardia; el arranque extraordinariamente violento de Fell le había causado gran sorpresa.

—Lamento haberle molestado —se disculpó Madley con tono suave—. Continúe.

—¡Ajá! Muy bien —observó el ofendido y se ajustó los lentes al mismo tiempo que respiraba profunda y ruidosamente con aire de desafío—. Al oír el disparo, señor Markham, ¿echó a correr otra vez hacia la casa?

—Sí.

—¿Y se encontró en el camino con Cintia Drew?

—Efectivamente.

—¿Por qué razón, a pesar de su buena vista, no la vio antes?

—Porque los rayos del sol me daban de lleno en los ojos —respondió Dick—. La luz iluminaba la calle en toda su extensión y Cintia venía del Este; podía observar con claridad ambos costados, pero no así la parte central.

—¡Hum, sí! Es una explicación satisfactoria. Pero ¿qué razón adujo la señorita Drew para justificar su presencia en el lugar a esa hora?

—¡Mire, señor! ¿Acaso cree usted...?

—¿Qué razón adujo la señorita Drew para justificar su presencia en el lugar a esa hora? —repitió el hombre con suavidad.

En el vestíbulo comenzó a sonar con ruido penetrante el timbre del teléfono.

Los tres hombres, dominado cada uno de ellos por sus propios pensamientos, se sobresaltaron un poco. El joven imaginó que podía tratarse de la comunicación que Fell esperaba. ¿Sería acaso el asesino que llamaba, escudado tras el semblante apacible y amistoso de uno de los habitantes de Six Ashes, para susurrar más palabras de odio contra Lesley Grant? Hadley se dirigió apresuradamente al aparato. Oyeron que hablaba en voz baja, y cuando volvió a entrar en la sala, su rostro reflejaba profunda seriedad.

—¿Qué ocurre? —inquirió Fell.

—No —repuso con rapidez el superintendente—, no se trata de lo que usted imagina. Esa idea suya referente a una comunicación telefónica es absurda, y usted lo sabe. Nadie se arriesgaría de manera tan tonta. Pero en cambio debo admitir que aquella otra suposición...

—¿Quién ha llamado, Hadley?

—El cirujano de la policía de Hawkstone. Acaba de efectuar la autopsia; el resultado trastorna toda la investigación.

El gigante, que apoyaba en la pared su cuerpo corpulento, se irguió y entreabrió la boca rodeada por su enorme bigote.

—¡Oiga, Hadley! Supongo que no me va a decir que a Sam De Villa no lo han matado con ácido prúsico, ¿verdad?

—¡Oh, sí! No cabe duda que esa es la causa de su muerte; mediante una jeringuilla hipodérmica, una persona poco diestra en su manejo le administró más o

menos dieciocho centigramos de ácido prúsico anhidro. Pero...

—Pero ¿qué?

—Pero en su estómago han encontrado algo extraordinario —agregó el funcionario.

—¡Prosiga, hombre!

—Más o menos unas seis horas antes de fallecer, la víctima injirió una cantidad de luminal que oscila entre dieciocho y veinticuatro centigramos —el superintendente se sentó otra vez frente a la mesa y abrió su anotador—. ¿No comprende? —prosiguió—. Si tomó tal cantidad de esa droga antes de acostarse, prácticamente resulta imposible que a las cinco de la mañana siguiente haya descendido por sus propios medios a la planta baja.

—**P**ero ¡cuidado! —agregó el cauteloso policía—. No podemos afirmar que es imposible —alzó su lápiz y examinó la punta—. Hay personas capaces de resistir el efecto de las drogas más fuertes, y otras que se libran de él con mucha rapidez. Sólo podemos asegurar que el hecho es muy improbable. Ahora bien, según las pruebas, Sam descendió esta mañana al piso inferior, ¿verdad?

—Al parecer, eso es exacto.

—Y a menos que pongamos en duda la palabra del señor Markham, en esta habitación se encendió realmente una luz, ¿no es así?

—Efectivamente.

—Y a pesar de todo, ¿considera usted que esta nueva información no trastorna en modo alguno la investigación?

—Así es, amigo —replicó el doctor Fell apoyándose en la pared de tal manera que la parte anterior de su sombrero de ala ancha se alzó como movida por una mano invisible—, no la altera. Más aún, creo que puede aclarar muchas cosas —hizo un gesto que deformó horriblemente su semblante—, siempre que usted me permita continuar el examen de ciertos puntos importantes. ¿Qué razón, repito, adujo la señorita Cintia Drew para justificar su presencia en el lugar a esa hora?

Markham desvió la vista.

—Dijo que no podía dormir y había salido a dar un paseo.

—¡Ajá! Un paseo. ¿Y es el camino de La Horca el lugar que acostumbran a elegir los habitantes de este pueblo para sus paseos matutinos?

—¿Por qué no?

Fell frunció el ceño.

—Según me informó *lord* Ashe, esa calle termina a sólo pocos cientos de metros al Este de aquí; en el siglo XVIII se levantaba una horca en ese extremo.

—Técnicamente, llega nada más que hasta allí. Pero existe un sendero escabroso que cruza el campo abierto en dirección a Goblin Wood y que todo el mundo utiliza para sus paseos. Además, Miller habita en las cercanías.

—En verdad, no es necesario que grite, joven —dijo Fell en tono de dulzura poco común—. Comprendo perfectamente bien. Parece que también ella se encontraba por casualidad, o por motivos que equivalen a lo mismo, en el escenario del crimen. ¿Vio o escuchó esa señorita algo que pueda sernos de utilidad?

—No. Cintia... ¡Sí, mi momento! ¡Es verdad! —exclamó el muchacho, calmándose; otra vez comenzó a torturarle la inquietud—. Esta mañana, en mi declaración, no mencioné este detalle porque ella aún no me lo había comunicado. Me lo refirió más tarde, en la casa de Lesley.

—¿De qué se trata?

—Más o menos un minuto antes de que se oyera el disparo —explicó Dick—, vio que alguien salía corriendo de la huerta y cruzaba la calle en dirección al monte que se halla enfrente.

Refirió el incidente. El efecto que éste produjo en el doctor fue vivísimo.

—¡Ya está! —vociferó con voz atronadora e hizo castañetear los dedos en el aire—. ¡Por los arcontes de Atenas! ¡Es casi demasiado bueno para que sea verdad! ¡Ya está!

Hadley, que conocía a su corpulento amigo hacía ya muchos años, empujó la butaca hacia atrás y se incorporó apresuradamente. El movimiento del sillón, los rodillos que lo soportaban se habían deslizado con ruido crujiente sobre la gastada alfombra de color castaño, pasando junto a la caja de chinchetas volcada, reveló un nuevo elemento de prueba.

En el piso, abierto y con las tapas hacia arriba como si lo hubieran empujado bajo el asiento con la intención de esconderlo, se veía un libro encuadernado en tela. A pesar de la preocupación que le embargaba en ese momento, el funcionario de la policía se agachó y lo cogió.

—Oiga, Hadley —reconvino Fell, con la vista fija en una chincheta que evidentemente había rodado lejos de las demás—. Le ruego que tenga cuidado y no las pise. ¿Qué hay?

El superintendente le alargó el volumen. Se trataba de un manoseado ejemplar de los ensayos de Hazlitt, publicados en la colección Everyman y llevaba en el margen la siguiente inscripción: *Samuel R. De Villa*, además de numerosas anotaciones hechas con la misma letra cuidada del nombre. El doctor lo examinó con curiosidad antes de dejarlo sobre la mesa.

—Poseía un gusto algo rebuscado en lo que respecta a literatura, ¿no le parece?

—Debe desechar de su mente de aficionado —replicó Hadley con sequedad— la idea de que el extorsionador profesional es siempre un individuo superficial que frecuenta los hoteles y bares de moda.

—¡Está bien! ¡Está bien!

—Tal como le expliqué esta mañana, la educación de caballero adquirida por Sam equivalía para él a una renta anual de unas cinco mil libras. Su padre era clérigo en West Country^[1]; De Villa se distinguió en la Universidad de Bristol y estudió realmente medicina. Ha desempeñado anteriormente el papel de patólogo sin cometer muchos errores. Cierta vez, en el sur de Francia, consiguió despojar a un testarudo abogado inglés de una fuerte suma de dinero sólo por el hecho de... —se detuvo, alzó el libro y lo dejó caer otra vez sobre el escritorio—. ¡Bueno, por el momento todo eso carece de importancia! ¿En qué piensa usted?

—En Cintia Drew —respondió el doctor Fell.

—¿Qué ocurre con ella?

—El incidente que ella presenció, o dice que presenció, pone punto final al

asunto. Alguien ha cometido un grave error. Ahora bien, usted, joven —manifestó, mirando a Dick con atención—, ¿no vio en el camino a ese misterioso vagabundo?

—¡Repito que los rayos del sol me daban de lleno en los ojos!

—Parece que la luz del sol deslumbró a todo el mundo —replicó Fell, y luego exclamó—: ¡Miren!

Con la sensación de un desastre inminente, y de que la investigación marchaba velozmente hacia un terrible desenlace, Markham siguió la dirección que le había indicado el doctor con un movimiento de cabeza, y miró por la ventana. Un automóvil negro de dos asientos, lustroso, pero de modelo antiguo, perteneciente a Bill Earnshaw, avanzó ruidosamente por la calle, y se detuvo frente a la casa. Viajaban en él Cintia Drew y el dueño del vehículo.

—No conozco a la dama —observó Fell—, pero imagino quién es. Apostaría cualquier cosa, Hadley, a que ya conoce las noticias referentes a la señorita Grant y con gran consternación viene a enterarse de la verdad.

El superintendente golpeó en la mesa con la mano.

—¡Le aseguro que no lo sabe! —replicó—. Nadie lo ha oído, excepto nosotros, la señorita Lesley y *lord* Ashe; este último juró que guardaría secreto. No es posible que esa joven haya tenido conocimiento de la novedad.

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que es posible! —exclamó el joven—. ¡Earnshaw se lo ha contado!

El funcionario lo miró con expresión de perplejidad.

—¿Earnshaw?

—¡El gerente del Banco! ¡Ese hombre que en este momento desciende del automóvil junto con ella! Se hallaba aquí esta mañana y llegó a oír que el doctor Fell decía: «¡Ese no es *sir* Harvey Gilman!». ¿Recuerda usted, doctor?

Todos guardaron silencio; se oyó claramente el chirrido producido por los pasos de Cintia y su acompañante al caminar sobre el césped en dirección a la casa.

El gigante lanzó un juramento en voz baja.

—Hadley —dijo con un susurro tan fuerte como el viento que corre en los túneles de los trenes subterráneos—, soy un asno. ¡Por los arcontes de Atenas! ¡Qué asno! Olvidé por completo a ese hombre, a pesar de que esta tarde lo encontramos en la oficina de Correos —se golpeó con el puño la frente sonrosada—. Debería tener un secretario —agregó con voz atronadora— solamente para que me recordara en qué pensaba yo hace dos minutos. ¡Por supuesto! ¡Esa espalda erguida! ¡El sombrero Anthony Edén! ¡Ese cabello lustroso y la sonrisa dental! Cuando nos tropezamos con él en aquella oficina experimenté la vaga sensación de que le había visto en alguna parte. ¡Falta de memoria, mi estimado Hadley!...

—Bueno —respondió el superintendente con tono poco benévolo—, yo no tengo la culpa. Pero a propósito del correo, ¿este detalle no malogra aquel otro plan de usted?

—No, puede ser que no. Por otra parte, me habría gustado que se hubiese hecho

de manera diferente.

El significado de esta referencia a la oficina mencionada, con su vehemente encargada, la señorita Laura Feathers, que por la infracción más insignificante a los reglamentos postales lanzaba todo un discurso desde su puesto detrás del mostrador defendido por una rejilla de alambre, resultaba muy poco claro para Dick. Pero la preocupación que experimentaba a causa de Cintia desplazó de su mente a todas las demás reflexiones del momento.

—¡Miller! —llamó el funcionario.

Afuera, frente a la ventana, el agente giró sobre sus talones y pareció que iba a expresar algún pensamiento, pero cambió de idea.

—¿Señor?

—Deje pasar a la señorita Drew y al señor Earnshaw —ordenó el superior, y al mismo tiempo que lanzaba a Fell una mirada muy significativa, agregó—: Pero yo interrogaré a este testigo, mi estimado amigo.

Seguida de cerca por su acompañante, la joven penetró de prisa en la habitación y se detuvo de golpe. Hadley la miró con expresión cortés; sin embargo, se percibió en la sala una tensión emocional tan intensa como el calor que reinaba en ella. La muchacha había logrado disimular casi por completo el cardenal oscuro de su sien derecha, pero no así su estado de ánimo.

—¿Es usted la señorita Cintia Drew? —preguntó el policía en tono impersonal.

—Sí, sí. Yo...

Hadley hizo su propia presentación y la del doctor Fell de manera pausada, con maneras suaves, y en opinión de Markham, como si presintiera un peligro inminente.

—¿Desea hablar con nosotros, señorita Drew?

—Mi madre me dijo que ustedes fueron a verme —replicó la joven mirándolo firme y fríamente y con cierto brillo en sus ojos azules; en seguida hizo un ligero ademán, y agregó—: Deploro que no me haya avisado antes; pero seguramente pensó que así me evitaba un disgusto. Sólo cuando el señor Earnshaw pasó por mi casa...

—¡Ah, sí, el señor Earnshaw! —recalcó Hadley con aire en satisfacción.

—... pasó por mi casa y me contó algunas novedades —prosiguió la muchacha, con la vista fija en la de su interlocutor, pero luchando al mismo tiempo por dominar su agitación— me enteré de que ustedes habían estado allí. ¿Desean conversar conmigo, señor Hadley?

—Así es, en realidad, señorita Drew. ¿Quiere tener la bondad de tomar asiento?

Señaló la pesada butaca que había ocupado la víctima.

Si ese gesto era intencional e inspirado por el deseo del funcionario de mostrarse duro, consiguió su objetivo. Sin embargo, la joven no vaciló ni desvió la vista.

—¿Debo sentarme en ese sillón, señor Hadley?

—De ninguna manera, si le merece algún reparo.

Cintia se dirigió a la butaca y se dejó caer pesadamente en ella. El gerente, que titubeaba en el umbral con expresión sonriente, hizo mi ruido con la garganta.

—Precisamente acabo de contar a Cintia... —comenzó a decir con voz fuerte e insegura, pero se detuvo al advertir el silencio que reinaba en la estancia y las miradas duras de Hadley y Fell clavadas en él.

Enseguida el superintendente volvió el rostro hacia la joven, que se hallaba sentada al lado opuesto del escritorio y apoyó las manos en el borde de éste.

—Su madre manifestó que usted se había causado esa magulladura en la sien al resbalar y caer en unos escalones de piedra.

—La verdad es que esa explicación estaba destinada a los vecinos —replicó ella.

El hombre hizo mi gesto afirmativo con la cabeza.

—Según se me ha informado, esa contusión ha sido ocasionada por un golpe que la señorita Lesley Grant le ha dado con un espejo de mano, ¿verdad?

—Lamento tener que admitirlo, pero es así.

—¿Le interesaría saber, señorita Drew, que esa joven afirma que no la atacó a usted con un espejo ni con ningún otro objeto?

Cintia levantó la cabeza y apoyó las palmas de las manos en los brazos del sillón; la sorpresa dilataba sus ojos azules.

—Pero ¡eso es sencillamente una mentira!

—Entonces, ¿no es verdad que usted cayó y se golpeó la cabeza contra el pie de una cama?

—Yo... ¡no, por supuesto! —después de un momento de reflexión, durante el cual volvieron a oírse claramente a lo lejos las campanadas del reloj de la iglesia, la muchacha agregó—: Me gustaría que habláramos francamente; detesto andar con rodeos. Odio las... ¡patrañas! Tengo la seguridad de que usted conoce el motivo de mi visita. El señor Earnshaw me dijo que...

Antes de que nadie pudiera evitarlo, el gerente tomó la palabra.

—Si ustedes me lo permiten —observó cortés, pero fríamente—, preferiría no verme mezclado en este asunto.

—¿Ah, sí? —inquirió Fell.

—Esta mañana temprano vine a esta casa para averiguar ciertos datos referentes a un rifle, precisamente ese que está junto a la chimenea. Mientras me encontraba aquí, comuniqué a Dick mis presunciones respecto a este caso y también le proporcioné algunas informaciones.

—¿Las referentes a las chinchetas? —preguntó el gigante.

—¡Sí! —asintió Earnshaw y prosiguió con tono más voluble—: El coronel Pope solía usarlas para sujetar sus cortinas de gasa; usted mismo podrá comprobarlo si examina las señales que se observan en todos los marcos de las ventanas. Sin embargo, no comprendo por qué esa caja se encuentra en el suelo. Pero en fin, ¡no importa! —agregó el hombre haciendo un ademán con el brazo. En seguida se volvió hacia Fell—: Mientras me hallaba aquí, oí cierto comentario relacionado con... con *sir* Harvey Gilman; fue usted quien lo hizo, doctor. Como ha de recordar, no se me pidió que guardara reserva, nadie me lo advirtió. A pesar de todo, decidí no repetir

cuanto había oído; me impuse esa línea de conducta porque debo tener en cuenta mi posición y además porque no comprendí el significado de aquella observación. Además soy discreto.

Ninguna de las personas presentes intentó ya impedirle que hablara. Parecía que había olvidado a todos los demás, pues sólo se dirigía al doctor, sin prestar la menor atención a la escena que se desarrollaba en el centro de la habitación y de que Hadley y Cintia eran los protagonistas. Las palabras que pronunció luego contribuyeron a acentuar y agravar hasta un grado extremo la lucha silenciosa que aquéllos sostenían con la mirada.

—Hoy, cuando regresaba a mi casa desde el Banco... —continuó el gerente.

La muchacha hizo un leve y brusco movimiento.

—Hoy, cuando regresaba a mi casa desde el Banco, me detuve en el domicilio de Cintia para transmitirle un recado de mi esposa. Al verme, se mostró abatida y me contó mía historia espantosa —al llegar a este punto lanzó una carcajada estrepitosa — referente a Lesley Grant.

—Una historia real —acentuó la joven sin despegar la vista de Hadley.

—Espantosa —repitió el hombre—. Como ustedes comprenderán, consideré que era mi deber dejar a mi lado mi natural discreción y advertírselo. Por eso le pregunté: «¿Quién le ha contado eso?».

—Es una pregunta muy interesante —observó el superintendente.

—Y agregué: «Porque debo prevenirle que según el doctor Gideón Fell ese hombre no era *sir* Harvey Gilman, y además Middlesworth afirma que era un impostor».

—Ese relato de la vida de Lesley, ¿es real? —inquirió la muchacha.

—¿Lo es? —preguntó a su vez el gerente, muy pálido.

Por espacio de un par de segundos Hadley permaneció apoyado en la mesa con ambas manos; su rostro era inescrutable.

—¿Qué diría usted, señorita Drew, y también usted, señor Earnshaw, en el caso de que yo confirmara su absoluta exactitud?

—¡Dios santo! —murmuró el acompañante de la joven con desaliento.

Cintia desvió por fin la vista. Pareció que jadeaba, como si hubiera retenido la respiración por espacio de un minuto íntegro.

—Pero observen —señaló el funcionario de la policía en tono de advertencia— que no puedo proporcionar a ustedes información alguna y que sólo he dicho «en caso de». Ahora bien, si usted no tiene inconveniente, señor Earnshaw, desearía hablar un momento con la señorita. ¿Puede esperarla en el automóvil?

—Por supuesto, por supuesto —aseguró el aludido. Miró a Dick por un instante y desvió la vista con expresión de perplejidad y embarazo—. ¡Lesley Grant, envenenadora con...! Bueno, ¡no importa! ¡Hay que ser discreto! ¡Increíble! Con permiso de ustedes.

Cerró firmemente la puerta y se oyó que cruzaba el vestíbulo; al marchar sobre el

césped, su paso se hizo más veloz.

Por primera vez en esa ocasión la muchacha dirigió la palabra a Markham.

—Esta mañana no tuve fuerzas para decírtelo, Dick —manifestó en voz baja y segura; sus ojos expresaban compasión.

Al pensar que en ese momento Cintia podía fingir, Dick se sintió sinceramente horrorizado.

—¡No quería herirte de esa forma! —prosiguió ella—. Cuando llegó el momento, sencillamente no pude hacerlo.

—Sí —respondió él. Las palabras se le atragantaron y desvió la vista.

—Durante toda la tarde me he preguntado si no cometía una injusticia con Lesley —continuó la joven con tono de remordimiento—. Pero ¡te juro que si hubiera habido una equivocación, le habría pedido perdón de rodillas!

—Sí, por supuesto. Comprendo.

—¡Cuando Bill Earnshaw me refirió las supuestas novedades, dudé por espacio de un instante!... Pero ¡ya ves que la verdad es otra!

—Un momento, señorita Drew —intervino Hadley sin alzar la voz—. ¿Por qué no se decidió a contárselo todo al señor Markham, a pesar de creer que él lo sabía? —hizo una pausa—. Usted le dijo a la señorita Grant que él conocía todos los detalles de la historia, ¿no es así?

La muchacha lanzó una breve y áspera carcajada.

—Nunca consigo expresarme con claridad —replicó—. Sí. Sabía que los comentarios habían llegado a oídos de Dick, pero no deseaba ser yo quien se los mencionara y le recordara ese asunto. ¿No comprende usted mi actitud?

—A propósito, señorita, ¿quién le contó a usted la historia?

—¿Acaso tiene ahora importancia ese detalle? ¿No es verídica?

El funcionario alargó el brazo y alzó su libreta de notas.

—Ese detalle carecería de interés —hizo notar con aire de serenidad— si el relato fuera real. Pero es completamente falso, señorita Drew. Se trata de una serie de mentiras inventadas por un estafador que se hacía llamar *sir* Harvey Gilman.

La muchacha le miró asombrada.

—Pero ¡usted acaba de afirmar!...

—¡Oh, no! Me he expresado con toda prudencia al decir «en caso de», como pueden atestiguarlo los señores aquí presentes —subrayó, y en seguida apoyó la punta del lápiz en el anotador—. ¿Quién le contó la historia?

Cintia, a pesar de la actitud rígida de su cuerpo y de la palidez de su rostro, adquirió una expresión en que se mezclaban la incredulidad, el menosprecio y al mismo tiempo una sincera honradez.

—¡No sea tonto! —exclamó con violencia—. Si no es verídica, ¿por qué había de afirmar alguien lo contrario?

—Es posible que cierta gente no aprecie a la señorita Grant, ¿comprende?

—No. Lesley me gusta mucho, o por lo menos así lo creía.

—Entonces, ¿por qué la atacó?

—Eso no es verdad —replicó ella, alzando serenamente la barbilla y con el rostro pálido.

—¿Fue ella quien la agredió a usted, entonces? ¿Todavía sostiene que esa contusión en la sien le fue causada por un golpe que le dieron con un espejo de mano?

—Sí.

—¿Quién le refirió esa trágica historia, señorita Drew?

De nuevo, Cintia pasó por alto la pregunta.

—No es posible que alguien haya proporcionado todos esos detalles y que éstos no encierren por lo menos algo de veracidad. Algo de realidad, ¿comprende? —y al mismo tiempo que extendía los brazos, la muchacha agregó—: ¿Qué sabe usted acerca de Lesley? ¿Cuántas veces se ha casado ella? ¿Qué guarda en la caja fuerte?

—Escuche, señorita —observó Hadley, dejando caer en el escritorio la libreta y el lápiz; con expresión de impaciencia contenida, se apoyó otra vez con fuerza en la mesa, como si fuera a empujarla hacia su interlocutora—, repito que todos esos cuentos carecen en absoluto de veracidad.

—¡Pero!...

—La señorita Grant no es una asesina. Jamás ha contraído matrimonio, y en la caja guardaba un objeto completamente inofensivo. Anoche o esta mañana no se encontraba cerca de aquí. Además, agregaré otro detalle: esta casa permaneció a oscuras desde las once de la noche hasta algunos minutos después de las cinco de hoy, hora en que se encendió una luz en...

—¡Señor! —llamó una voz que no se había oído hasta ese momento.

Hacía ya unos minutos que Markham había advertido una variación en lo que podría llamarse el telón de fondo de la escena. El casco del agente aún pasaba y repasaba frente a las ventanas, pero en esos últimos minutos lo había hecho en forma un poco más rápida.

Miller introdujo la cabeza por la ventana destrozada y se asomó de lado al interior de la habitación, en una postura que hubiera parecido cómica de no ser por la profunda ansiedad que expresaba su ancho rostro.

—Señor —repitió, dirigiéndose a su superior con voz ronca—, ¿puedo hacer mía declaración?

Hadley se volvió con irritación.

—¡Después! Ahora estamos...

—Pero se trata de un asunto importante, señor. Es algo relacionado con este caso —insistió, al mismo tiempo que introducía el brazo para señalar la estancia.

—Entre —ordenó el funcionario.

Nadie hizo el menor movimiento mientras Bert rodeaba el edificio con paso firme, penetraba en la sala por la puerta que daba al vestíbulo y se cuadraba frente al superintendente.

—Estaba en condiciones de comunicárselo antes, señor —manifestó Miller; el lunar que sobresalía a un lado de su nariz parecía expresar el reproche encerrado en sus palabras—, pero nadie me comunicó observación alguna que indujera a pensar en un asesinato.

—¿Qué tiene usted que declarar?

—Vivo cerca de Goblin Wood, señor.

—¡Muy bien! ¿Qué más?

—Anoche estuve de servicio hasta una hora muy avanzada, señor, debido a que mi borracho había provocado un desorden en Newton Farm. Todos los días regreso en bicicleta por este camino y sigo después el sendero hasta mi domicilio. Esta mañana, más o menos a las tres, pasé frente a estas casas.

Reinó un profundo silencio.

—¿Qué más? —inquirió el superintendente.

—En la del señor Markham —prosiguió el hombre, señalando al aludido con un gesto de la cabeza— advertí que uno de los cuartos se hallaba con las luces encendidas.

—Es verdad —asintió Dick—. Me acosté en el sofá del estudio y olvidé apagarlas.

—Pero en ésta —continuó el agente, con énfasis— se veía mucha más iluminación; todas las lámparas estaban encendidas y parecía un árbol de Navidad.

Hadley avanzó un paso.

—¿Qué dice usted?

Miller permaneció en actitud rígida y con expresión inmutable.

—Digo la verdad, señor. Si bien es cierto que las cortinas de las ventanas aparecían corridas, se advertía luz en el interior de las habitaciones. Prácticamente, todas, por lo menos las que pude ver cuando pasé en bicicleta por el camino, se encontraban iluminadas.

Cintia, sentada en la butaca y con la cabeza vuelta hacia el hombre, mostraba claramente su asombro; en cambio, el rostro del superintendente reflejaba una perplejidad menos acentuada ante la visión de la casa, con las luces encendidas en medio de la soledad, que albergaba en su interior a un hombre narcotizado. Pero Markham no reparó en ambos, pues se encontraba ocupado en observar el semblante del doctor Fell, que parecía radiante de satisfacción. La exclamación lanzada por éste, un «¡Ajá!», exhalado en tono melodramático pero sincero, indicó que el gigante se sentía ahora muy seguro de sí mismo.

Antes de proseguir, el agente hizo ruido con la garganta.

—«No es extraño», pensé para mis adentro, porque sabía el estado en que se encontraba el dueño de esta casa; imaginé que se hallarían aquí algunas enfermeras, los médicos y otras personas. «¿Entraré a preguntar cómo se encuentra el herido?», me pregunté, pero luego decidí que era muy tarde y que ya tendría tiempo de hacerlo otro día. Sin embargo —agregó, alzando la voz como si temiera alguna interrupción

—, vi a una persona de pie junto a la puerta principal, señor. Es verdad que la noche era oscura, pero a pesar de todo, una blusa blanca, o jersey, o como quiera que se llame, atrajo mi atención, y tengo la seguridad...

La actitud de Hadley se tornó rígida.

—¿Una blusa blanca? —repitió.

—... de que era la señorita Lesley Grant, señor.

¿Quién mentía: Cintia o Lesley?

«Veamos», pensaba Dick, mientras avanzaba por el camino de la Horca en medio de las sombras del crepúsculo tenebroso y poblado de susurros; se escuchaba el aleteo que hacen las aves antes de dormirse.

Eran más de las ocho. Aunque se bañara y afeitara de prisa llegaría tarde a la cena de Lesley, lo que ya era una pequeña traición, dado el carácter romántico que la joven atribuía al acontecimiento. Pero en cuanto a esa cuestión «sin importancia» del asesinato, ¿quién mentía: Cintia o Lesley?

¡El maldito asunto le tocaba demasiado de cerca! ¡Era demasiado personal y se mezclaban en él los sentimientos! Al parecer, se resolvía en un equilibrio entre la fe que le merecía Lesley Grant por una parte y Cintia Drew por la otra. Ese equilibrio no podía durar mucho.

Enfocado así el problema, una de las jóvenes era inocente y honrada y decía sinceramente la verdad. La otra escondía muchos pensamientos repugnantes bajo un precioso rostro y si se la sorprendía desprevenida, éste habría de presentar tal vez un aspecto muy diferente.

Ambas le eran bien conocidas. Hacía pocas horas las había tenido en sus brazos, a Cintia, solamente para consolarla, por supuesto, y le parecía absurdo y tonto relacionarlas con semejante hecho. Sin embargo, la jeringuilla hipodérmica, rebosante de veneno como una cobra, era real; una mano la había manejado y el dueño de esa mano se burlaba ahora del mundo.

No, no vacilaba en su lealtad hacia Lesley. Amaba a la muchacha. Pero ¿y si a pesar de todo...?

¡Tonterías! ¡Ella no tenía motivo alguno para hacerlo!

¿Ninguno?

Pero en cuanto a la otra, sucedía lo mismo. Él había escrito una serie de eruditos disparates acerca de las represiones, tema que resultaba útil para escribir obras teatrales o novelas; pero cuando tales casos se presentaban en la vida real, cuando salían súbitamente al paso, uno se encontraba en la misma situación de un hombre que juega alegremente con las fuerzas demoníacas y luego descubre que el diablo le sigue realmente.

Además, ¿cómo pudo consumarse el crimen en un cuarto cerrado con llave y cerrojo? Evidentemente, el doctor Fell lo sabía pero no quería decirlo. Él y Hadley se habían retirado a conferenciar al fondo de la casa; se escucharon muchas exclamaciones y puñetazos contra la mesa, pero ninguna explicación clara. Markham no asistió a la conversación, y hasta tuvo que permanecer en otra habitación, lejos de Cintia, ambos bajo la vigilancia de Miller. Pero ¿qué iba a ocurrir ahora?...

Recorrió pesadamente el trecho de camino y entró por la verja del jardín de su casa. En las sombras se alzaba el edificio con sus ventanas de cristales en forma de rombo sumidas en la semioscuridad.

«¡Al diablo todo! —se dijo el muchacho—. ¡Tengo que apresurarme!». Era indispensable que se afeitara y cambiara también sus ropas arrugadas.

Al penetrar en el vestíbulo que se hallaba casi a oscuras, cerró la puerta principal y se dirigió por el corredor hacia el despacho, donde aún se alcanzaba a distinguir el contorno de los libros y de los carteles anunciadores de sus obras. Buscó a tientas el conmutador y lo hizo funcionar una y otra vez sin resultado, y sólo entonces se dio cuenta de que antes de tocarlo se encontraba en la posición adecuada y que a pesar de ello las luces no se encendían.

¡Era otra vez ese infernal contador que no marchaba si no se introducía una moneda! Por lo general, proporcionaba a la señora Bewford, que cuidaba de la casa, una buena cantidad de monedas para que alimentara al monstruo. Pero esta vez, Dick había dejado las luces encendidas durante toda la noche; terminada la provisión de electricidad, entró en la cocina y luego pasó al lavadero, cuyas ventanas, a semejanza de las del despacho, daban al Este. Por rara casualidad, pocas veces sucede, al meter la mano en el bolsillo encontró en él una moneda; completamente a ciegas, buscó el contador bajo el fregadero y la introdujo al mismo tiempo que hacía girar la manija. Oyó que caía en el interior y en seguida vio que en su despacho se encendía la luz.

En su despacho se encendía la luz.

En el momento en que se incorporaba junto al fregadero, después de hacer funcionar el contador, y miraba por la ventana del lavadero, se dio cuenta de ello. Observó que en el jardín lateral aparecía súbitamente un vivo resplandor, en la misma forma en que muchas horas antes había brotado de las ventanas en aquella otra sala...

Nadie había tocado el conmutador; sin embargo, la lámpara se encendía. Markham se aferró al borde del fregadero.

—¡Bravo! —exclamó en voz alta.

Regresó a su cuarto de trabajo, lo recorrió con la mirada y luego habló como si se dirigiera a la máquina de escribir.

—¿Quieres saber, hija mía, cómo puede crearse la ilusión de que se hace funcionar el conmutador y se enciende la lámpara de una habitación cerrada con llave y cerrojo?

Se detuvo con brusquedad. De pie junto a la puerta que comunicaba con el vestíbulo, el mayor Horacio Price, con sus cejas muy rubias alzadas en señal de asombro, le miraba fijamente. Pero en seguida el rostro redondeado y cubierto de pecas, con el bigote color arena y los ojos azules, adquirió una expresión indulgente; mediante su actitud cordial y alegre quiso dar a entender que no le sorprendía el hecho de que mi escritor de obras famosas conversara con su máquina de escribir como si ésta fuera un amigo, y que a pesar de no participar de esa costumbre la comprendía perfectamente.

—¿Qué decía usted, mi estimado Markham? —preguntó el visitante.

—¿Le gustaría saber, mayor Price —inquirió a su vez el joven—, cómo se puede crear la ilusión de que se hace funcionar el conmutador y se enciende la lámpara de una habitación cerrada con llave y cerrojo?

Ya no le importaba guardar el secreto; experimentaba el deseo de revelar, sin rodeos, ese detalle en particular.

En los ojos, un poco saltones, de su interlocutor se reflejó un sincero interés. Después de echar por encima del hombro una rápida ojeada hacia atrás para cerciorarse de que nadie les escuchaba, penetró en el despacho. Mientras tanto, Dick permanecía absorto en su descubrimiento.

—Anoche estuve pensando —manifestó el joven con precipitación— en que estas tres casas poseen contadores que funcionan con monedas. ¡Dios Santo! ¡Esa es la forma en que procedió! ¡Por eso encendió las luces y las dejó así durante gran parte de la noche!

El mayor demostró agitación.

—¡Un momento, mi estimado amigo! ¿Quién procedió en esa forma y qué hizo?

—Bert Miller —aclaró Dick— pasó anoche en su bicicleta frente al lugar y vio que brillaba luz tras las cortinas corridas de todas las habitaciones.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué más?

—Alguien las encendió y las dejó así hasta que se terminó la corriente eléctrica.

—¡Oiga! ¿Quiere tener la bondad de...?

—Cuando se apagaron, esa persona cerró el paso de la corriente de las lámparas haciendo funcionar los conmutadores, excepto el de la sala. Por la mañana, a la hora adecuada, introdujo una moneda en el contador instalado en el lavadero e inmediatamente, como si se hubiera bajado el interruptor correspondiente, se encendió la luz en aquella estancia.

Price rió entre dientes durante un instante, con expresión perpleja. En seguida se volvió para mirar disimuladamente los carteles fijados en las paredes: *El error del envenenador*, *Pánico en la familia* y *Jamás lo sospeché*; a pesar de haberlos visto con tanta frecuencia, siempre atraían mi poco la atención del mayor, y luego se dirigió al sofá y se sentó sin cuidarse del aspecto desaliñado de su traje de paño escocés.

—¿Puede hacer el favor de explicarme el asunto? —sugirió—. Lamento decirle que no entiendo absolutamente nada.

Entonces, Dick comprendió dónde estaba el fallo. El detalle de la luz era exacto y Fell lo sabía, puesto que había hecho una singular referencia al contador de la casa vecina pero, a pesar de todo, no solucionaba el problema.

—¡No explica qué hizo el asesino para salir del cuarto cerrado dejando allí a Sam De Villa! —observó en voz alta—. Y teóricamente, aquél continúa sin abrirse. Además, juro que al llegar yo, hacía pocos minutos que Sam había muerto.

El enigma persistía sin variaciones.

Con movimientos pausados, el mayor extrajo una pipa y una tabaquera. Inclínó

hacia delante su cabeza de cabello corto, semejante a la de un prusiano; su semblante manifestaba un profundo interés.

—¿Quién es Sam De Villa? —preguntó con tono áspero.

Markham se dio cuenta de que había ido demasiado lejos.

—¡Mire, mayor, le ruego que me disculpe! Me encontraba tan agitado a causa de un hecho que acaba de ocurrir, que no he podido contenerme y he hablado más de lo debido. En realidad, no tengo derecho a hacerlo. Si usted supiera la razón...

—¡Mi estimado amigo! ¡No me atañe en absoluto! A menos que...

—¿Sí?

—A menos, naturalmente, que la cuestión se relacione con alguno de mis clientes —aclaró. Comenzó a cargar la cazoleta de la pipa con tabaco y lo apretó con su grueso dedo pulgar—. En este momento los vecinos de nuestro pueblo se hallan divididos: algunos opinan que se trata de un suicidio, otros que de un asesinato. Yo... aún no he tomado partido.

—Sólo se trataba de una ocurrencia mía —explicó el joven—. Pero creo que carece de valor. ¡Al diablo! Hasta ahora la única persona que ha hecho una sugerencia inteligente es Bill Earnshaw.

La espalda del mayor, semejante a la de una ballena, se inmovilizó con rigidez.

—¿Earnshaw? —repitió.

—¡Sí! ¡Y todavía me pregunto por qué Fell no le prestó atención! Bill dijo que...

—Mi estimado joven —lo interrumpió con firmeza el visitante—, realmente no me interesa saberlo. Sólo me sorprende que él sea el autor de lo que usted llama una «sugerencia inteligente».

—¡Caramba, mayor! ¿Todavía continúan reñidos ustedes dos?

Price alzó sus cejas de color arena.

—¿Reñidos? No comprendo. A pesar de todo, es una lástima que un individuo que se precia de su sentido humorístico no pueda soportar una broma inofensiva sin hacer de ello una cuestión personal.

—¿Se refiere usted a la que le hizo ayer en el puesto de tiro al blanco? A propósito, ¿puede decirme en qué consistió el chiste?

—¡No tiene importancia! ¡Absolutamente! —había llenado la pipa de acuerdo a su gusto; sin embargo, una arruga roja le cruzaba la frente, por lo general serena, y aún mantenía el cuerpo rígido—. No he venido a esta casa para hablar de esos asuntos. El objeto de mi visita... le ruego me disculpe por lo intempestiva...

—Me parece que es usted quien tendrá que disculparme, mayor. Ya estoy atrasado para ir a la cena de Lesley y ni siquiera me he vestido todavía.

—Exactamente —asintió el hombre; examinó la pipa y luego alzó la vista—. ¿Sabe usted qué hora es?

Markham miró su reloj de pulsera, que no funcionaba.

—Son las nueve menos veinte —indicó Price—. Y según tengo entendido, le esperaba allí a las siete y media para tomar unos combinados, ¿verdad? ¡Un

momento! —se apresuró a agregar alzando un brazo, al ver que el muchacho iniciaba una carrera en línea recta hacia el piso superior—. Está muy bien que ahora se dé prisa. ¡Muy bien! Pero mi estimado amigo, ¿se ha preguntado usted si la encontrará ahora en su casa?

Dick se detuvo de golpe.

—¿Qué quiere decir con eso?

El hombre meneó con fuerza la cabeza y examinó atentamente el borde de la cazoleta de su pipa.

—Hablo como un hombre que por su edad puede ser el padre de ustedes dos. Y como un amigo. No quiero ofenderle, pero ¡caramba!, ¡ojalá tome usted una determinación en uno u otro sentido! ¿Es o no verdad que la señora Rackley les ha visto a usted y a Cintia Drew en actitud reprochable en el dormitorio de la misma Lesley?

El carácter grotesco de la pregunta, planteada en un momento en que ya todo eso había perdido importancia, dejó atónito al muchacho.

—¡Le aseguro que no significa absolutamente nada!

—¡Por supuesto, mi querido amigo! ¡Comprendo perfectamente bien! Pero al mismo tiempo...

—¿Se lo ha contado la señora Rackley a Lesley?

—Sí, en vista de que usted no llegó a las siete y media, ni a las ocho, y ni siquiera a las ocho y media. Además —se llevó la pipa a la boca—, ¿estuvo Cintia con usted en aquella casa durante toda la tarde? —preguntó, señalando las ventanas con un movimiento de cabeza.

—Se retiró con Bill Earnshaw hace una hora.

—¡Si usted hubiera avisado por teléfono, amigo!

—Escúcheme, mayor Price. Se han producido algunas revelaciones de tanta importancia que amenazan con dar a este asunto un giro totalmente diferente. No puedo decirle más, excepto que Hadley puede dirigirse en cualquier momento a la casa de Lesley —la figura rechoncha de su interlocutor tomó nuevamente una actitud rígida— para hacer a la joven algunas preguntas.

—¿Es cierto? ¡No me diga!

—Yo he podido escabullirme porque el superintendente y el doctor Fell se hallaban enzarzados en una discusión y...

—¿Una discusión sobre qué?

—En primer término, respecto a la destilación del ácido prúsico y a la facilidad con que puede obtenerse sobre la base de ingredientes no venenosos adquiridos en cualquier farmacia. Pero la mayor parte de las palabras no alcanzaban a escucharse o eran muy confusas. ¡De todas maneras, puedo explicar fácilmente a Lesley la causa de mi tardanza!

Price hizo girar la ruedecilla de un encendedor y lo acercó a la pipa.

—Mi estimado joven —manifestó—, sólo me cabe decirle que la joven se

encuentra muy trastornada, y casi en un estado de histerismo. La jornada de hoy ha debido de ser muy agotadora para ella. Sin embargo, ni siquiera —su frente se cubrió de arrugas—, ni siquiera está dispuesta a confiar en su asesor legal. Si desea hacerle un bien, vaya en seguida hacia allá.

—¿Con este aspecto?

—Sí. Como usted comprenderá, desde un punto de vista diplomático es ya un poquito tarde para emplear el teléfono.

Markham siguió su consejo. Al desembocar en el camino y tomar la dirección Oeste, es decir la del pueblo, oyó débilmente, detrás, unas voces que se aproximaban; eran las de Hadley y Fell que avanzaban, enzarzados aún en la discusión.

Seguramente, ellos también se dirigían a la casa de la muchacha, que, según Price, se encontraba trastornada y casi histérica. Pero Dick se propuso adelantárseles. ¿Qué ocurriría ahora?

No lo sabía. Sin duda, a la joven le sería muy fácil explicar su presencia junto a la vieja casa de Pope, donde el agente aseguraba que la había visto a esa hora tan avanzada de la noche. Markham decidió no pensar más en ello; no deseaba soportar la misma tortura, porque seguramente poco después, como ya había ocurrido con los incidentes anteriores, alguien se encargaría de aclararlo todo. Sin embargo, apresuró el paso.

En el espacio de tres o cuatro minutos llegó a High Street; un poco más y estaría frente al domicilio de la muchacha. El reflejo rosado del sol poniente se extinguía detrás de las cimas de los techos y hacía brillar una que otra pizarra y destacaba el contorno de una hilera de chimeneas. La calle se hallaba sumida en la semioscuridad del crepúsculo y completamente desierta. Aquellos habitantes que no habían acudido a la cervecería del Grifo y el Fresno, seguramente se encontraban en sus hogares y se disponían a oír las noticias de las nueve.

Markham torció hacia la derecha, abandonando el camino de la Horca, cruzó la carretera y avanzó a grandes zancadas por la calzada de ladrillos que servía de pavimento a High Street.

Allí se alzaba la morada de Lesley, retirada de la calle y oculta tras los castaños, con una buena extensión de terreno cubierta de césped a ambos lados. Tras las pesadas cortinas corridas no se advertía luz, excepto en el dormitorio del piso alto; pero encima de la puerta principal brillaba una pequeña lámpara. El muchacho se detuvo frente a la verja y miró a izquierda y derecha. La única vivienda (si así podía llamarse) cercana era la oficina de Correos contigua. Al dirigir la vista hacia la derecha, observó el aspecto mísero de esa pequeña construcción deteriorada por el tiempo.

Dos ventanas deslucidas, con cristales corrientes, una puerta entre ambas y la boca del buzón para cartas y encomiendas bajo una de ellas, formaban la fachada que daba a High Street. En la parte delantera de la casa, la señorita Laura Feathers combinaba sus deberes postales con la exhibición de irnos pocos tapices que, al

parecer, nunca conseguía vender. Y en el fondo había instalado su hogar. Después de las seis la oficina aparecía siempre cerrada, los descontentos afirmaban que dejaba de atender antes de esa hora, y en ese momento lo estaba. Con persianas oscuras en puerta y ventanas, parecía desafiar a los clientes en la misma forma que un fuerte a sus atacantes.

Dick la observó sin mayor curiosidad, en medio del apacible anochecer estival. No muy lejos de allí, un tardío segador hacía funcionar lentamente una máquina cortadora de césped. Olvidado ya de la señorita Feathers, el joven abrió la verja y avanzó por el sendero hacia el edificio.

Precisamente en ese momento se oyó el ruido de un disparo que partió del interior de la oficina de Correos.

Existe en alguna parte una historia de pesadilla en que dos amantes se hallan condenados para siempre a entrar uno y salir el otro simultáneamente por las puertas giratorias del mismo hotel. Una sensación semejante, de puertas girando, pero sólo para volver a empujarlo hacia la misma escena de pesadilla, dominó el corazón y el alma de Markham.

No cabía duda de que se trataba de un disparo de arma de fuego, de una pistola o tal vez de un rifle. Además, sabía de dónde había partido la detonación. A pesar de ello, experimentó el deseo de huir, de correr sin reflexionar, de alejarse de aquello que le perseguía sin descanso. Comprendió claramente que no podía hacerlo; debía marchar hacia donde lo llevara la fatalidad, aunque sólo fuera para ayudar a Lesley. Se volvió y corrió por la calle hacia el edificio continuo; sus pasos producían un ruido estrepitoso que era el único que se oía en el lugar.

Al llegar ante la pequeña construcción, vio un mortecino ribete de luz eléctrica que se filtraba por los bordes de las persianas cerradas.

—¡Eh! —gritó—. ¿Hay alguien dentro?

No esperaba contestación, pero en cierto modo, la tuvo; oyó ruido de pasos, sobre el piso de madera desnuda, que se alejaban con rapidez, como si alguien se retirara de puntillas, furtivamente, hacia las habitaciones interiores. El joven cogió el picaporte de la puerta ya a pesar de que ésta jamás se abría después de las seis, excepto a las nueve, cuando Enrique Garrett el cartero iba a buscar la correspondencia que debía despacharse diariamente y que la señorita Feathers le preparaba en una bolsa de lona, comprobó, sin embargo, que en ese momento se encontraba sin llave.

En la mente de Dick surgió la imagen de la encargada; era una mujer que sólo hablaba de su gastritis y de las atrocidades que cometían sus clientes. Empujó la hoja con brusquedad y en seguida percibió el olor a humo de pólvora. En el interior del pequeño y sucio cuarto de la oficina, una lámpara eléctrica polvorienta iluminaba el mostrador postal con rejillas situado a la derecha y el de la izquierda, dotado de estantes y destinado a los tapices. Las tablas del piso, pulidas por el uso y negras a causa de los años, reflejaban la luz. Al fondo vio una puerta abierta que conducía a la habitación utilizada como vivienda y desde la que llegaba el ruido cantarino y el

golpeteo de la tapa de una tetera, cuyo contenido hervía al fuego.

Pero el joven no prestó atención a esos detalles. La parte del buzón que daba al interior se hallaba colocada debajo de la ventana, situada ésta en el mismo lado en que se encontraba el mostrador de los tapices. Su pequeña puerta de madera aparecía abierta de par en par. Las cartas que introducía el público por las ranuras exteriores caían en el interior de ese cajón; pero en ese momento quedaban muy pocas en él. Alrededor del buzón, sobres de todos los tamaños se hallaban desparramados en el piso y pisoteados, como si una bocanada de aire los hubiera hecho volar en todas direcciones. Una revista firmemente enrollada dentro de un papel rodaba aún dando tumbos sobre las tablas desiguales y su sello azul giró varias veces, hasta que el paquete fue a detenerse junto a la mesa del lado opuesto.

Detrás del mostrador de la tapicería se encontraba de pie y tambaleante la señorita Laura Feathers. Sus ojos oscuros, vidriosos ahora y ya casi carentes de vida, reflejaban una profunda conmoción. Su aspecto era sumamente desagradable y tétrico, con el cabello entrecano peinado en un rodete en la parte superior de la cabeza, el rostro desfigurado y vestida con un traje negro y desproporcionado. Había recibido un balazo desde corta distancia; mantenía los dedos ensangrentados de su mano derecha fuertemente apretados contra el cuerpo, debajo de su seno izquierdo.

Al parecer la mujer tuvo la vaga sensación de que alguien había llegado, porque agitó insistente y furiosamente la mano izquierda, con la que aferraba un trozo de papel, señalando hacia la puerta del fondo. Por espacio de otro segundo permaneció así, jadeante, indicando y meneando con fuerza el brazo, al mismo tiempo que intentaba hablar, y después se inclinó hacia adelante y se desplomó detrás del mueble. Reinó entonces el silencio, sólo interrumpido por el ruido del líquido que hervía y el golpeteo de la tapa de la tetera en la habitación interior.

Mucho tiempo después, Dick Markham aún veía en sueños aquellos ojos fijos en él. En vida, nunca había revelado esa mujer un patetismo, una desesperación y una expresión de súplica tan profundos como en aquel momento; pero ahora estaba muerta.

El muchacho la encontró tendida detrás del mostrador, con los ojos abiertos. Yacía en medio de los sobres desparramados, su mano izquierda señalaba aún hacia adelante, pero antes de cerrarse en el estertor final, se le habían aflojado un poco los dedos, y el trozo de papel, ligeramente manchado con sangre en los bordes, descansaba en el piso junto a ellos.

Una vez que el cuerpo de la encargada se retorció convulsivamente como un pez, y quedó inmóvil, Dick recogió el papel con gesto maquinal. No sabía la razón de su gesto; sin embargo, algún detalle había impresionado su subconsciente. Se trataba de una tira estrecha arrancada a lo largo y hacia arriba de la parte superior de un sobre, próxima al sello. En su interior encontró una tira aún más pequeña de la hoja que iba dentro del sobre desaparecido. Atraieron su atención unas pocas palabras escritas a máquina que, sin duda, formaban parte de la carta y que eran las siguientes:

... ¿por qué proceden de forma tan tonta? Si desean saber de qué manera cometió Lesley el hecho...

Y allí terminaba el papel; el reverso aparecía en blanco. El joven observó fijamente esas palabras; le parecía que, por momentos, se agrandaban ante sus ojos. Sí: las habían impreso con su propia máquina de escribir. La *y* torcida, que tantas incomodidades le ocasionaba, y la *m* borrosa, que nunca conseguía limpiar perfectamente, eran inconfundibles. Dick vivía preocupado por las máquinas de escribir y en contacto permanente con ellas; era capaz de reconocer su Underwood en cualquier circunstancia. Por espacio de varios segundos permaneció con la vista clavada en ese fragmento y sumido en una verdadera pesadilla, hasta que un ruido le obligó a levantar la cabeza con brusquedad. En las dependencias del fondo alguien echaba otra vez a correr con pasos furtivos.

Sólo más tarde supo el peligro que había corrido de recibir una bala en el corazón, pues en ese momento obraba maquinalmente, sin pensar en las consecuencias. Aferrando aún la tira de la hoja y el sobre, saltó por encima de la mesa y se lanzó hacia la puerta posterior. Tres habitaciones formaban, en línea recta, las dependencias de la vivienda. En la primera, sala y cocina a la vez, con paredes empapeladas y sucias, la mesa se hallaba preparada para la cena, y la ruidosa tetera colocada sobre el hornillo lanzaba una columna de vapor; no se veía allí persona alguna. Una puerta comunicaba con el dormitorio, y al precipitarse en él, el joven vio al frente otra que

conducía al lavadero y que se encontraba firmemente cerrada.

No cabía duda de que la persona que huía era el asesino. El dormitorio estaba a oscuras pero oyó el ruido que hacía alguien en el lavadero al esforzarse frenéticamente por hacer girar la llave en la cerradura de la puerta. Aplicaba todas sus fuerzas para cerrarla e impedir así el paso a Dick, pero no lo conseguía.

El joven corrió hacia ella, tropezó con mi caballete, colocado justamente en su camino, del cual colgaban prendas de ropa interior, y cayó de bruces con tanta fuerza que el golpe le provocó un agudo dolor en las palmas de las manos y una fuerte conmoción en la cabeza. Pero como si fuera un muñeco de goma, se puso en seguida de pie y se desembarazó, mediante un puntapié, del obstáculo que yacía en el piso y que se deslizó ruidosamente por él. Cuando penetró en el lavadero, que olía a agua sucia y a jabón, lo encontró desierto; pero allí había más claridad que en la pieza contigua y pudo observar que la puerta de cristal del fondo oscilaba aún contra la pared a causa de la violencia con que, pocos segundos antes, la había abierto el fugitivo. ¿Conseguiría escapar? ¡No! Pero...

La escasísima luz del crepúsculo hacía resaltar contra un fondo oscuro los cristales oblongos de las ventanas de ese cuarto. Después de cruzar el vano, Markham se encontró en medio de las sombras del anochecer y de los perfumes de las plantas y el susurro de las hojas de los castaños; sobresaltado, comprendió dónde se hallaba.

Después de recorrer el angosto y largo edificio de la oficina de Correos, se encontraba a más de quince metros de High Street. Al otro lado de una pared de piedra que le llegaba hasta la cintura y que rodeaba el terreno, se veía el costado y parte de los fondos de la casa de Lesley. La sombra del criminal que huía, tan confusa que casi carecía de forma, se confundió con el contorno de un árbol, vaciló y luego se deslizó hacia la puerta posterior de la morada de la joven. En la cocina no se veía luz alguna, por lo que no pudo distinguirse el rostro de la sombra; Dick sólo alcanzó a observar el borde de la puerta que se abría y cerraba silenciosamente en el momento en que la figura desaparecía en el interior.

Había entrado en la casa de ella. Eso significaba que... ¡No, un momento!

Jadeante, escaló la pared de poca altura y pasó al terreno contiguo. Una vez que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, distinguió otras sombras que avanzaban hacia él. Durante algunos instantes había oído el ruido rechinante de una máquina segadora de césped que corría dando tumbos sobre el prado. Ahora identificaba al segador al que había oído poco antes: era McIntyre, el jardinero de Lesley, hombre alto y delgado que también se aproximaba a esa puerta posterior. El joven echó un vistazo a la fachada del edificio y advirtió la figura inmensa e inconfundible del doctor Fell, con la capa y el sombrero de ala ancha, que se dirigía por el sendero a la entrada principal. El doctor y Hadley habían venido a la zaga y seguramente pudieron oír también la detonación.

Pero no fue esa la causa del júbilo que invadió al muchacho apenas su mente recuperó su estado normal. Sostuvo en alto los trozos de papel y la conclusión que se

deducía de ellos provocó en él un suspiro de alivio y alegría: *el asesinato de Laura Feathers constituía una prueba decisiva y evidente de la inocencia de Lesley Grant*. Ahora estaba en condiciones de demostrarlo.

Sin embargo, surgían nuevos y desazonantes peligros. El verdadero culpable, al huir por los fondos de la oficina pública, había quedado acorralado en forma inesperada por tres lados. McIntyre se aproximaba desde una dirección, Fell desde otra y Dick de una tercera. El hombre se había refugiado en la casa de la joven, y como ésta y la señora Rackley vivían solas...

Markham se sintió sobrecogido, y en seguida echó a correr hacia la entrada posterior.

—¡Quédese en esta puerta! —gritó a McIntyre, que lo miró con asombro—. ¡Y no deje salir a nadie! ¿Comprende?

—Sí, señor, pero...

El muchacho no se detuvo a darles mayores explicaciones y entró en la cocina; se hallaba a oscuras y se percibía allí un fuerte olor a comida. Vio un rayo de luz que se filtraba bajo la puerta del comedor y penetró de prisa en éste.

Lesley, que vestía un traje de fiesta verde claro con vuelos en los hombros y se hallaba sentada a un extremo de la mesa, se puso de pie precipitadamente. Las luces de la araña iluminaban la caoba lustrosa y sobre ésta, en ruedos de encaje, estaban dispuestos los platos y cubiertos para una cena que no se había servido, como también los candelabros de plata y las largas velas que permanecían apagadas.

Tras un movimiento de sorpresa que no pudo evitar, la joven permaneció inmóvil con los brazos pegados al cuerpo. Dick contempló su suave cabello castaño, la línea delicada de la barbilla y el cuello y sus ojos también castaños que en ese momento había desviado de manera brusca.

—Tu comida está allí —dijo ella, y sin mirarlo señaló en dirección a la cocina con un movimiento de la cabeza—. Se ha enfriado. Le... le dije a la señora Rackley que saliera. Después de reflexionar mejor, no pudiste soportar la idea de comer con la hija de Lily Jewell, ¿verdad?

Sin embargo, en medio de los morbosos pensamientos que seguramente la atormentaban, no pudo menos que advertir la expresión del rostro de Markham.

—Lesley, ¿quién entró en esta casa hace un momento?

Ella se aferró con una mano al respaldo de la silla y por espacio de un segundo desvió la vista, como si quisiera despejar su espíritu de la cólera y los deseos de llorar que la embargaban, antes de volverse otra vez hacia él con expresión de perplejidad.

—¿En esta casa? ¡Nadie!

—Hace apenas medio minuto alguien penetró por la puerta posterior.

—Nadie, excepto tú. ¡No he salido de este cuarto! ¡Creo que debo saber lo que digo!

—Esa persona —observó Dick, al mismo tiempo que cruzaba rápidamente por su mente la imagen del rostro de Cintia Drew— ha debido pasar por la antecocina hacia

el vestíbulo, sin que tú te enteres.

—Dick, ¿a qué se debe todo esto?

El joven no quería alarmarla, pero debía decírselo.

—Escúchame, querida. Han asesinado a Laura Feathers. Alguien se ha introducido en la oficina de Correos y la ha matado hace unos minutos —observó que los dedos delgados de ella apretaban con fuerza el respaldo de la silla y que con la cabeza echada hacia atrás se tambaleaba bajo ese nuevo golpe—. Además, el asesino es el mismo que ha eliminado a Sam De Villa creo que en este momento se encuentra en esta casa.

El agudo repiqueteo del timbre de la puerta principal, cuyo zumbador se hallaba instalada en el comedor, provocó en ambos la misma clase de sobresalto que les hubiera causado el silbido de una cascabel.

Lesley lo miró fijamente.

—¡No te asustes! —dijo el muchacho—. Es el doctor Fell; le he visto cuando entraba por el jardín delantero. ¿Dices que la señora Rackley no está aquí?

—No. Le ordené que saliera porque...

—Entonces, acompáñame —manifestó Dick al mismo tiempo que la tomaba con firmeza por la muñeca—. Probablemente no corres peligro alguno, pero no quiero perderte de vista mientras atiendes esa llamada.

El muchacho oyó una voz interior que le decía: «Eres un mentiroso, amigo mío. El peligro es grande, puesto que la persona que odia a Lesley como el demonio al agua bendita se encuentra atrapada y acorralada, con un revólver cargado, en la misma morada de esa joven». Cada rincón de esta casa que tanto conocía, cada cortina y rellano de la escalera escondía un peligro. A pesar de la resistencia de ella, Markham aferró aún con más fuerza su muñeca.

—Preferiría que no me tocaras —manifestó la joven, casi sin aliento—. Cuando tú y Cintia...

—¡No me hables de ella!

—¿Por qué?

Casi a rastras, la llevó hasta la puerta y, tal como esperaba, al abrirla vio frente a él la figura inmensa y reconfortante del doctor Fell.

—Laura Feathers... —comenzó a decir el muchacho.

—Ya lo sé —replicó el hombre. Su chaleco se hinchó y volvió a desinflarse con un ruido silbante. Su voz había adquirido un tono suave—. Hemos oído el disparo y observamos que usted entraba en el edificio; Hadley se encuentra allí en este momento. ¿Puede decirme, señor, qué otro maldito nido de avispas ha tumbado usted ahora?

—Precisamente ese es el calificativo que le cuadra —asintió el joven—. En primer término, puedo probar que Lesley no tuvo intervención alguna en todos estos asuntos. En segundo término, no es necesario que lo demuestre, porque si usted se toma la molestia de llamar al agente de policía más cercano, podemos detener aquí

mismo al asesino.

Contó rápidamente la historia, que causó a su interlocutor un efecto bastante singular. El corpulento doctor permaneció inmóvil en el escalón de la entrada, con el sombrero puesto, las manos enlazadas sobre el puño del bastón y respirando ruidosamente; mantenía la vista fija en los dos pequeños trozos de papel que Dick le mostraba.

Una actitud tan flemática en momentos en que Markham temía que alguien disparara un tiro desde la escalera enfureció al joven.

—¿No comprende, señor? —repitió con impaciencia contenida—. ¡Está en esta casa!

—¡Oh, ah! —exclamó el hombre, y miró hacia el vestíbulo—. En esta casa. ¿Puede escaparse por la parte de atrás?

—Espero que no. Allí se encuentra Joe McIntyre, el jardinero.

—Y no puede huir por delante —agregó Fell volviéndose para mirar hacia atrás— porque le cierra el paso Bert Miller y un hombre del Departamento de Asuntos Criminales de Scotland Yard. Sí... Discúlpenme un momento.

Se alejó pesadamente hacia las tinieblas y vieron que en el sendero conferenciaba con dos sombras. Una de éstas se dirigió de prisa hacia el fondo, la otra permaneció en el mismo sitio y el gigante regresó a la entrada.

—¡Dígame, señor! —protestó el joven—. ¿No vamos a registrar la casa?

—Por el momento, no. Si ustedes me lo permiten, preferiría entrar y conversar un poco con ustedes.

—Entonces, ¡por Dios!, déjeme sacar a Lesley de aquí mientras...

—Sería mejor que la señorita Grant permaneciera aquí, se lo aseguro.

—¿A pesar de la presencia del asesino?

—Sí, a pesar de eso —replicó el doctor con seriedad.

Penetró en el vestíbulo y al hacerlo se quitó el sombrero con un movimiento rápido y se colocó con cierta violencia el bastón bajo el brazo. Atrajo su atención el comedor brillantemente iluminado. Con ademán imperativo indicó a Lesley y Dick que le precedieran y entró en esa habitación después de ellos. Echó un vistazo a su alrededor con expresión de interés puramente metafísico y luego murmuró un comentario respecto al calor. Después de insistir desmañadamente en ello, en realidad en esa estancia hacía calor, descorrió las gruesas cortinas que colgaban delante de las ventanas abiertas. Debajo de éstas se veía una pesada arca florentina de roble; Fell se sentó en ella y volvió a apoyar las manos en el bastón.

—Señor —declaró—, como usted ha dicho con toda razón, debemos entregar a Hadley esas dos tiras de papel. Ahora bien, según su relato, usted cree que ha descubierto el significado de lo ocurrido en la oficina de Correos, ¿verdad? Es decir, del asesinato.

—Sí, creo que sí.

—Muy bien. ¿Puede explicármelo?

—¡Al diablo, doctor! ¡En un momento como éste!...

—¡Sí, caramba! —replicó el hombre—. ¡Precisamente en un momento como éste!

A pesar de que sin duda no comprendía ni mía palabra, Lesley temblaba; Markham le rodeó los hombros con el brazo. En toda la casa parecían oírse extraños crujidos, como si la hubieran cargado con un gran peso, mientras en el vestíbulo seguía funcionando el reloj con su isócrono tic-tac.

—Como usted guste —contestó el muchacho—. Esta mañana, cuando me presentaron al superintendente Hadley en Ashe Hall, ya le conocía yo de vista.

—¡Ajá!

—La primera vez que le vi, me hallaba delante de la ventana del dormitorio de Lesley, en el piso alto —señaló el cielo raso—, y lo observé cuando cruzaba el camino en dirección a la oficina de Correos.

—Prosiga —apuntó su interlocutor.

—Después —continuó Dick— sostuvimos esa conferencia en el despacho de *lord* Ashe. Usted explicó entonces que con ese asesinato se pretendía hacer que la culpa cayera sobre Lesley...

—Un momento —interrumpió el doctor—. Como usted ha de recordar, yo sólo desafié a los demás a que manifestaran *qué otro motivo* podía argüirse para explicar el hecho. Pero continúe.

—Declaró usted que el verdadero homicida nos había planteado un problema y que ahora debía proporcionarnos una solución, es decir, una clave para la habitación cerrada, pues en caso contrario la policía no podría acusar a Lesley. Sugirió entonces que recibiríamos una «comunicación».

—Efectivamente.

—Cuando usted lo dijo —prosiguió el joven—, el superintendente Hadley irguió bruscamente la cabeza y preguntó: «¿Es ese el motivo por que usted me pidió hace un momento...?». Y usted le obligó rápidamente a callar; también advirtió que podría tratarse de una llamada telefónica, pero Hadley no creyó ni por un segundo en esta última posibilidad y así lo manifestó en la casa del muerto, señalando que era un recurso demasiado peligroso. Y luego observó: «Pero en cuanto a aquella otra idea, confieso que...»; y en ese momento usted volvió a interrumpirlo. Poco después salió de nuevo a relucir otra referencia a «su otro plan», pero esta vez en relación directa con la oficina postal. Soy un imbécil —concluyó Markham con tono de acritud— por no haberlo adivinado mucho tiempo antes. Naturalmente, se trata de la antigua treta de la pluma venenosa.

Lesley alzó un poco la vista y le miró con asombro.

—¿La treta de la pluma venenosa? —repitió.

—Sí. En caso de que el asesino quisiera ponerse en contacto con la policía, escribiría una carta; evidentemente, es el recurso anónimo más seguro. Pero como tú has de recordar, esa oficina no cuenta con máquina automática de sellos.

—¡Un momento! —exclamó la muchacha—. Creo que ya comienzo a...

—Toda persona que necesita un sello debe comprárselo a Laura en el mostrador. Esta mañana —agregó el joven—, el doctor Fell llegó a la conclusión de que alguna persona, tal vez una de las que componen un grupo determinado, enviaría algunas líneas para explicar la forma en que tú habías cometido el crimen.

—¿Quieres decir que...?

—Por lo tanto, pidió a Hadley que adoptara las medidas usuales en los casos de plaga de anónimos. Con la cooperación de la persona encargada del correo, se marca en forma secreta y diferente cada sello que se vende a la persona o personas sospechosas. Cuando llega la carta, las autoridades pueden probar infaliblemente quién es el autor. A la señorita Feathers, ¿le habría gustado colaborar en una treta de esa clase? ¡Naturalmente! ¡Y gozaría en grado sumo! Para atrapar al criminal, el doctor Fell ensayó el sistema y estuvo a punto de tener éxito. Efectivamente, el asesino redactó una nota, aquí en mi mano tengo la prueba que lo demuestra, y para ello se introdujo en mi casa y escribió esa maldita esquela con mi máquina de escribir...

Lesley se separó un poco de él; aparentemente no podía creer lo que oía y extendió con brusquedad el brazo hacia adelante como si quisiera rechazar alguna idea y alejarla.

—¿En tu máquina? —exclamó.

—Sí. Pero esa no es una buena pista; no regresé a mi casa durante todo el día, y además casi todo el mundo entra y sale de allí sin tomarse la molestia de llamar al timbre. Por ejemplo, Cintia Drew, el mayor Price...

—Y yo —agregó la joven, y sonrió.

—¡No bromees con esto! —dijo el muchacho con severidad—. En esa nota el criminal acusa a Lesley de ser una famosa envenenadora y probablemente demuestra cómo fue eliminado De Villa. Él mismo la puso en el buzón, pero más tarde él, o ella, cayó en la cuenta de que se le había tendido una celada y trató de recuperarla. Para ello esperó a que la señorita Feathers retirara la correspondencia del cajón y luego le pidió su sobre mediante una excusa cualquiera. Pero Laura era una mujer insidiosa; sabía de qué se trataba y se lo dio a entender al delincuente. En vista de lo cual...

Markham imitó el ademán de un tirador que aprieta el gatillo y en seguida se volvió hacia Fell.

—¿Es o no verdad cuanto acabo de relatar?

El rostro del interpelado reflejaba profunda seriedad. Pestañeó, se quitó los lentes, los examinó con gran atención y se frotó la huella profunda y roja que le habían dejado en la nariz antes de colocárselo otra vez.

—¡Oh, sí! —concedió—. Es verdad.

Dick aflojó los músculos, tensos hasta ese momento, y respiró profundamente, con alivio.

—¿De manera que esa era su estratagema, señor?

—Sí —replicó el gigante, y después de reflexionar un poco, agregó—: Naturalmente, existían muchas probabilidades en contra.

—¿Por qué?

—¡Al diablo! —se lamentó el hombre—. Resulta fácil emplearla con respecto a un escritor de anónimos que envía muchas cartas y, por lo tanto, necesita numerosos sellos. Pero ¿qué sucede si la presa tiene casualmente un sello en el bolsillo y no necesita adquirir otro? Con todo, valía la pena intentarlo; y dio resultado. ¡Por los arcontes de Atenas! —una expresión extraña y dura dominó su rostro—. ¡Por los arcontes de Atenas! ¡Qué resultado!

—No entiendo, señor.

—La jugada ha tenido un éxito demasiado rápido, ¿no le parece? Ha sido así —castañeteó con los dedos—, con esta velocidad. Sí, ha surtido efecto; pero ha costado una vida humana.

—¡No podía evitarse!

—¡Quién sabe!

—De cualquier modo, estos dos trozos de papel y los hechos ocurridos esta noche —observó el joven— prueban de manera definitiva una cosa. ¿Está de acuerdo por lo menos en eso?

—¿En qué?

—¡En la teoría primitiva! ¡Usted predijo que esto podría suceder, y así ha ocurrido! ¡Sostuvo que tal vez se acusara a Lesley mediante una comunicación anónima, y se ha cumplido su predicción! ¡Manifestó que el criminal seguiría este camino, y vemos que tenía razón! ¿Qué más quiere? A mi entender, todo ello demuestra que el asesinato de Sam De Villa fue realizado con la intención de hacer recaer la culpa sobre Lesley Grant. ¿Está usted de acuerdo?

El gigante bajó la vista. Con las manos apoyadas firmemente en el bastón, pareció que intentaba enderezar un poco su enorme cuerpo; luego alzó la cabeza.

—No —respondió de mala gana—. No puedo afirmar que esté de acuerdo.

—¿Qué dice usted?

—No convengo —explicó Fell con suavidad— en que su explicación sea la única posible.

—Pero ¡su propia teoría!...

—Permítame —replicó el doctor con mucha aspereza—. Si usted se remonta al comienzo de mi intervención, se dará cuenta de que esa no es mía.

—Pero usted afirmó claramente...

—Sostuve —insistió Fell alzando su voz gruesa—, sostuve que debíamos tener en cuenta las pruebas y que éstas parecían favorecer dicha conclusión. Desafié a Hadley a que, sobre la base de los hechos conocidos, proponga cualquier otra.

—Entonces, ¿en qué consiste la diferencia? Es exactamente lo mismo, ¿verdad?

—Pero según ha de recordar usted, también manifesté que resultaba difícil creer en ella.

Esa situación comenzaba a alterar el sistema nervioso del joven.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó con vehemencia—. ¿Qué piensa?

—¡Esta mañana le hice la misma pregunta! —señaló Lesley.

—Acaban de matar a Laura Feathers —manifestó Dick—. Llega usted a esta casa y yo le anuncio que el asesino se encuentra aquí, que le he visto entrar corriendo. Por lo menos, esperaba que usted tomara alguna determinación al respecto; en lugar de ello, declara que preferiría sentarse y charlar un rato. ¿Me permite recordarle que en este edificio hay un criminal?

—¿De veras?

Entonces, con espanto, el joven advirtió que el doctor Fell experimentaba, a su manera y de acuerdo con su pesadez habitual, una tensión nerviosa y una preocupación tan profundas como la suya. Tuvo la sensación de que algo se movía y acechaba en la sombra, de que en cualquier momento el caso cambiaría completamente de aspecto mediante el más espantoso vuelco que había sufrido hasta entonces.

—Tal vez con toda razón sienta usted el deseo de atacarme a golpes —dijo su interlocutor con voz que parecía llegar de muy lejos—, pero me gustaría poner a prueba su paciencia durante otro rato más.

—¿Por qué?

—Porque estoy esperando algo.

—¿De qué se trata?

El hombre pasó por alto la pregunta.

—Hace un momento —prosiguió—, extrajo usted conclusiones precisas y exactas de la celada que tendimos en la oficina de Correos y de sus desagradables

consecuencias. ¿Qué más deduce de lo acontecido?

Markham experimentó una sequedad en la garganta.

—Creo que he descubierto cómo puede encenderse una bombilla eléctrica en una habitación a pesar de hallarse ésta cerrada con llave desde el interior.

Describió el incidente ocurrido en su propia casa.

—¿Es exacto, doctor?

—¡Oh, sí! —contestó el aludido, mostrando otra vez un vivo interés—. Nuevamente ha dado usted en el blanco. Pero ¡vamos, hombre! —exclamó, golpeando el piso con la contera del bastón—. Si ha logrado llegar tan lejos, ¿no le es posible avanzar un poco más y descubrir la verdad —toda la verdad— respecto al asesinato de Sam De Villa?

—¡No!

—¿Por qué?

—¡Porque a pesar de que alguien haya puesto mía moneda en el contador de la luz situado fuera de la habitación, aún queda en pie el hecho de que ésta se hallaba cerrada!

—Es verdad. Sin embargo —su mirada adquirió cierto aire de vaguedad; después hinchó los carrillos y agregó, como si no diera importancia a sus palabras—: ¿Cómo interpreta usted la pelea entre el señor Earnshaw y el mayor Price? Vamos, contésteme.

—¿Acaso tiene importancia, señor?

—No como prueba; pero como indicio interesante, creo que sí.

—Dick hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Supe que hubo una discusión entre ellos en la barraca de tiro, a causa de una broma que el mayor gastó a Earnshaw. Pero no sé en qué consistió el chiste.

—Yo sí —declaró Fell—. Me lo contó *lord* Ashe, que además me refirió otros detalles muy interesantes. Tengo entendido que el gerente se considera un gran tirador, ¿verdad?

—Sí, es cierto.

—Ayer por la tarde, a hora temprana, se acercó al puesto de tiro al blanco para mostrar sus habilidades a su esposa y mi grupo de damas —el narrador se rascó la nariz—. Con toda seriedad, el mayor Price le entregó un rifle cargado con cartuchos sin bala, y el tirador efectuó seis disparos sin dar ni una sola vez en parte alguna del cartón que servía de blanco —desvió la vista hacia el piso y continuó—: El mayor dijo entonces: «Mala suerte, estimado amigo; hoy no está usted en forma». Sólo varios minutos después cayó el gerente en la cuenta del chiste, y no le gustó en lo más mínimo. Como usted ha de recordar, más tarde acusó a Price del robo del Winchester 61, mientras que a su vez el acusado dio a entender que el mismo gerente debía de ser el ladrón. ¿No le parece que hay en todo eso algo bastante sugerente?

—No, no me parece. Se trata de una broma característica del mayor Price.

—¡Ajá!

—Pero si usted se refiere a Bill Earnshaw, debo manifestar que, en mi opinión, éste ha expresado la observación más inteligente hecha hasta ahora en relación con el cuarto cerrado. Esta mañana intenté repetírsela brevemente, pero me pareció que usted demostraba poco interés en conocerla detalladamente.

—Disculpe mi atolondramiento —se excusó el doctor—. ¿En qué consistía esa observación?

Dick agitó los puños en alto.

—¿Quién disparó ese maldito rifle contra Sam De Villa más o menos en el mismo momento en que éste era envenenado? —dijo—. Bill hizo notar, y yo estoy de acuerdo con él, que, aparte del verdadero asesino, la figura más importante del caso es la persona que efectuó el disparo, ¿no es así?

—Sí, en cierto modo.

—El tirador —insistió el muchacho— podía ver claramente qué sucedía en el interior de la sala. ¡Bien! Pero ¡ustedes no se han esforzado por averiguar quién era y ni siquiera han demostrado la más mínima curiosidad en relación con ese personaje!

El interpelado alzó un brazo para pedir silencio.

—Precisamente, ese es el punto crucial del asunto —indicó con satisfacción—. Hablando metafóricamente, diré que allí se extinguía la luz, y una nube (le ruego me disculpe si me expreso como lo haría el autor de los editoriales del *Times*), una nube ofuscaba la mente de todos los detectives y les hacía tomar el mal camino —señaló a Markham con el bastón—: Usted me dice ahora: «Ese hecho constituye una imperdonable omisión. ¿Por qué no intentan hallar al tirador, al mismo tiempo que al asesino?». ¡Sí! ¡Muy bien! Pero yo puedo contestarle, con perfecta sinceridad, que sería un esfuerzo inútil.

Dick le miró con asombro.

—¿Un esfuerzo inútil? ¿Por qué?

—Porque el hombre del rifle y el envenenador que mató a De Villa con ácido prúsico son la misma persona.

Nuevamente se oyó el sonido penetrante del timbre, cuyo zumbador se hallaba cerca del techo de la habitación.

Al joven le pareció que la cabeza le daba vueltas. En apariencia, las palabras de Fell carecían por completo de sentido. El muchacho tuvo la descabellada visión de una escena imaginaria —producto de la lectura de obras policíacas de calidad inferior, en las cuales todo puede ocurrir— en que el asesino dispara contra Sam una bala fantástica que contenía una dosis de ácido prúsico destinada a penetrar en el brazo de la víctima.

Volvió a oírse el sonido agudo del timbre. Lesley se apresuró a atender la llamada, y a pesar de que el joven quiso asirla del brazo e impedírselo, consiguió escaparse. Cuando la dueña de la casa abrió la puerta, Markham vio por el rabillo del ojo que entraba el superintendente Hadley, lo cual le permitió relajar un poco la vigilancia de la muchacha; se sentía ahora completamente obsesionado y con la

mente concentrada en las palabras de Fell, y se esforzaba por encontrar una explicación que presentía muy cercana, pero que se le escapaba.

—¡Aclaremos el asunto! —exclamó—. ¿Dice usted que el asesino?...

El doctor se expresó lenta y pacientemente.

—El asesino mató a Sam mediante una inyección en el brazo de una dosis de ácido prúsico.

—¿En la sala? —insistió Dick.

—Sí.

—¿Y después?

—Después se deslizó fuera de la habitación...

—¿Y la dejó herméticamente cerrada?

—Sí.

—Pero ¿cómo?

—Ya llegaremos a esa parte —replicó el doctor con aire imperturbable—. Sólo le pido que en este momento siga conmigo los movimientos de ese huidizo personaje. Nuestro hombre inyectó el ácido prúsico que casi en seguida hizo perder a De Villa el conocimiento, pero que tardó dos minutos o más en quitarle la vida. Luego abandonó el cuarto...

«Las ventanas se encontraban cerradas y la puerta bajo llave y cerrojo», pensó el joven.

—... y le llamó a usted desde el teléfono instalado en el vestíbulo. A continuación, esperó hasta que usted estuviera en camino e introdujo una moneda en el contador eléctrico, maniobra mediante la cual encendió la lámpara en la sala. Gracias a esa luz que alumbraba el terreno, pudo cruzar la calle a la carrera y esconderse tras el muro; después, disparó en dirección a la ventana.

—¿Contra un cadáver?

—Sí, o un moribundo.

—¿Y a pesar de que ya la habitación se encontraba cerrada por dentro?

—Sí.

—Pero ¿para qué?

—Porque, de otra manera, el plan no hubiera tenido éxito —replicó Fell.

—¡Eh! —oyeron que gritaba una voz encolerizada que hacía ya varios segundos intentaba atraer la atención de ambos; pero sólo en ese momento Dick oyó con claridad.

Era el superintendente. Entró en el comedor, pero antes de cerrar la puerta volvió la cabeza y dijo:

—Quédese allí de guardia.

Bajo el ala de su sombrero hongo se advertía la expresión ceñuda y dura de su rostro y una ligera palidez que atemorizó aún más al joven. Hadley juntó las manos e hizo crujir las coyunturas de los dedos.

—Fell —dijo con aspereza—, ¿se ha vuelto usted loco?

El doctor, que mantenía la vista fija en Markham con mirada tan hipnótica como la del falso *sir* Harvey Gilman, no respondió.

—Le esperaba en la casa donde han matado a esa mujer —prosiguió el funcionario—, y como no llegaba he venido a enterarme de qué ocurría; me parece que he hecho bien —su semblante no parecía pálido, sino más bien de un tinte grisáceo y desagradable—. Porque veo que...

—Todavía no, Hadley —dijo el gigante volviendo por un instante la cabeza—. ¡Todavía no, por Dios!

—¿Qué significa eso? Miller me avisó...

Fell se incorporó al mismo tiempo que hacía un ademán suplicante, como si solicitara a los presentes que conservaran la calma y la serenidad. Al parecer, se esforzaba por desentenderse de Hadley, por ahuyentarlo y hasta fingir que no existía, pues continuó dirigiéndose a Markham.

—Cuando entré en esta estancia —manifestó—, advertí... que hacía un poco de calor. Así es. Descorrí las cortinas de estas ventanas; pero, en realidad, no fue ese el motivo principal que me indujo a hacerlo. Como ustedes ven, estas ventanas se encuentran abiertas. ¡Miren, por favor!

Sin embargo, a medida que el doctor hablaba más rápidamente con su voz gruesa, el joven tuvo la espantosa convicción de que el hombre no estaba interesado en lo más mínimo en el tema de su conversación. Hablaba ante esas ventanas, hacia afuera, para ser oído más allá de ellas; aparentemente, cualquier asunto servía para permitirle continuar su disertación.

—¿Observan ustedes estas ventanas? —insistió.

—¿Qué ocurre con ellas? —preguntó el joven.

—¡Un momento! —gritó Hadley.

Las tres frases se sucedieron con tanta rapidez, que casi se confundieron.

—Como ustedes pueden comprobar, son corredizas, del tipo corriente, como las que usted, Hadley, o yo podemos tener en nuestros hogares. Ésta se encuentra levantada, pero yo la bajo... así.

La vidriera se cerró con un ruido sordo y débil.

—Cuando se halla sin seguro, como ahora, el gancho metálico se encuentra colocado hacia atrás, es decir, paralelo al vidrio y a la juntura de los cristales y vuelto hacia la derecha. Pero supongamos, mi estimado amigo, que deseo cerrar esta ventana.

En ese momento Dick advirtió por primera vez que Lesley no estaba en el comedor. No había regresado a la habitación con el superintendente; éste, con su rostro grisáceo de expresión dura y ceñuda, había adoptado la actitud de un hombre que se prepara para sostener un combate con el demonio. Repentinamente, volvió a hacer presa en el joven una sospecha que ya creía vencida para siempre...

—Doctor Fell, ¿dónde está Lesley? —preguntó.

El interpelado fingió no oírle; aunque, en realidad, es posible que no lo hubiera

escuchado.

—Supongamos, querido amigo, que deseo cerrar la ventana. Tomo el asidero de este gancho de metal, tiro de él hacia mí y lo hago girar hacia la izquierda ¡en esta forma! Entonces, el gancho da vueltas por sí mismo y encaja en el agujero; en este momento se proyecta en línea recta en mi dirección y forma un ángulo recto con el cristal. La ventana se encuentra ahora cerrada.

—*Doctor Fell, ¿dónde está Lesley?*

—¿Observa usted, amigo mío, que el gancho se proyecta en mi dirección? Por lo tanto...

Se detuvo; ya no era necesario continuar. Por última vez en ese caso criminal se oyó el estampido de un disparo, tan estruendoso que la casa se estremeció. El doctor, cuyo rostro ancho y rojo se reflejaba como en una pesadilla en el vidrio oscuro y brillante de la ventana, no hizo ademán de volverse. Por espacio de uno o dos segundos los tres hombres permanecieron inmóviles, paralizados. Después, Dick alzó lentamente la vista hacia el techo.

Sabía que esa detonación había partido del dormitorio de la joven, situado precisamente encima de la habitación en que se encontraban.

—¡Maldito idiota! —gritó Hadley y miró fijamente a Fell; en sus ojos se reflejaba una sospecha, casi una certidumbre—. ¡Usted ha permitido que esto ocurriera!

Sin moverse de su sitio y con voz que sonaba apagada a causa de la proximidad del vidrio, respondió:

—Sí, yo lo he permitido. Dios me asista.

—¿Suicidio?

—Creo que sí. No quedaba otra salida.

—¡No! —exclamó Dick—. ¡No!

No estaba seguro de si podría moverse, pues tenía la sensación de que las piernas se le aflojaban y ni siquiera podía confiar en su vista. La imagen de Lesley con sus ojos castaños; el pensamiento de cuánto la amaba y la amaría hasta —la frase implacable volvió a sonar en sus oídos—, hasta que la muerte los separara; todos esos recuerdos y sentimientos se apoderaron de él y le atormentaron, sumiéndolos en un torbellino del que no conseguía escapar.

Casi sin pensar, corrió hacia la puerta. Hadley había hecho lo mismo, y al abrirla, chocaron entre sí en el vano; pero para el joven los acontecimientos se desarrollaban en un ambiente tan irreal que ni siquiera pudo oír las palabras del funcionario.

El vestíbulo se hallaba brillantemente iluminado. A pesar de su corpulencia, Bert Miller subía rápidamente por la escalera posterior; sus pies no hacían ruido al pisar la alfombra, o por lo menos Dick no lo oía. En un estado de sonambulismo en el que sólo distinguía los colores y las luces, el joven se lanzó hacia el piso alto en pos del superintendente. Allí encontraron al agente de pie ante la puerta cerrada del dormitorio, con la boca entreabierta. Hadley habló con él en voz baja.

—Está cerrada con llave, señor.

—Entonces ¡fuércela!

—No sé, señor, si deberíamos...

—¡Fuércela, le digo!

Se trataba de una hoja delgada. Bert se irguió y echó hacia atrás los hombros; pero luego examinó la puerta y se le ocurrió un método más eficaz. En el momento en que adoptaba la posición de un jugador que se dispone a patear la pelota, Markham se volvió y ni siquiera oyó el ruido que hacía la bota de horma número once al golpear contra la madera, justamente debajo del picaporte. El doctor Fell subía pesadamente por la escalera, con lentitud y esfuerzo; jadeaba y se apoyaba en el bastón de puño horizontal. Le precedía Lesley Grant, corriendo con agilidad.

La joven se detuvo de golpe con los ojos muy abiertos y apoyó la mano en el pilar del extremo de la balaustrada.

—¡Dick! —exclamó—. ¿Qué te ocurre?

Por segunda vez crujió la hoja bajo el golpe del botín de Miller.

—¿Qué te ocurre, Dick? ¿Por qué me miras de esa forma?

El agente aplicó otro puntapié a la puerta, que resistía aún.

El doctor Fell, que descansaba para recuperar el aliento después de subir trabajosamente los últimos escalones, adivinó el pensamiento que había atormentado al joven hasta ese instante. Su mirada inexpresiva adquirió vida al observar a Dick y luego a la muchacha; otra vez fijó la vista en él, entreabrió la boca oculta bajo su enorme bigote e hizo retroceder la cabeza en tal forma que su papada se destacó como una segunda barbilla.

—¡Caramba, mi querido amigo! —exclamó en tono de profunda aflicción—. ¿Acaso creía usted que?... ¿Era eso lo que imaginaba?

Se oyó el último golpe que daba Miller contra la madera. Floja ya la cerradura, la hoja delgada se encorvó y se abrió hacia adentro con tal fuerza que, al rebotar contra la pared, se desprendió la bisagra inferior.

Dick no contestó a la pregunta de Fell. Rodeó a Lesley con los brazos y la estrechó con tanta fuerza que la joven no pudo respirar y lanzó un grito. En seguida se oyó el crujido de los zapatos del gigante que cruzaba lentamente el vestíbulo para reunirse con Hadley frente a la puerta violentada. El funcionario, el agente y Fell observaron el interior del dormitorio; las luces iluminaron una tenue nubecilla formada por el humo de la pólvora, que se deslizaba hacia afuera pasando entre los rostros de los tres hombres. El doctor se volvió con la misma lentitud anterior y cruzó de nuevo el vestíbulo acompañado siempre por el crujido de su calzado.

—Creo que debe echar un vistazo —dijo a Markham—. Yace allí dentro, casi en el mismo sitio en que probablemente se encontraba Cintia Drew cuando usted la encontró desmayada...

Dick recuperó por fin la facultad de hablar.

—¿Cintia? Entonces, ¿era ella?

—¡No, por Dios! —replicó el hombre.

Después de mirarlo con sincera sorpresa ante la idea de que alguien pudiera abrigar semejante idea, apoyó la mano en el hombro del joven y lo acompañó hasta el umbral iluminado por la luz brillante que partía del interior. Hadley y Miller se apartaron un poco para dejarlos pasar. Con un ademán, el doctor le invitó a entrar.

El dormitorio presentaba un aspecto limpio y elegante, con las cortinas de las ventanas descorridas, pues era una noche estival; y también reinaba allí el orden, quitando la figura tendida cerca del pie de la cama, la pistola automática de calibre 38 que se veía a su lado y la mancha, que se extendía por momentos, en el pecho de ese ser humano que respiraba aún débilmente. El doctor dijo al joven al oído:

—Ahí yace la única persona que podía ser la autora de ambos crímenes: el doctor Hugo Middlesworth.

Esos hechos tuvieron lugar la noche del viernes once de junio. En la tarde del domingo trece, un pequeño grupo de personas integrado por el doctor Fell, Hadley, Lesley Grant y Markham, llegó en un automóvil de la policía a cierta casa fatídica. El superintendente se hallaba empeñado en la redacción de su informe final y debía revisar todos los detalles del caso; en consecuencia, tuvieron oportunidad de escuchar el relato completo del asunto.

Ni Lesley ni Dick hicieron comentario alguno hasta que penetraron en la sala. Conservaban aún en la mente la imagen del doctor Middlesworth, su expresión sufrida y fatigada, su cabello ralo en la coronilla y su aspecto de hombre muy inteligente; pero ya la muerte había petrificado sus facciones.

Fell ocupó el sofá y el funcionario de la policía, con su libreta de notas en la mano, el amplio sillón frente al escritorio. En ese momento, se elevaron por fin dos voces.

—¡El doctor Middlesworth! —exclamó el joven—. Pero ¿cómo se las arregló para hacerlo?

—¡El doctor Middlesworth! —dijo la muchacha con voz contenida—. ¿Por qué lo hizo y se esforzó luego en echarme la culpa?

El gigante, que había encendido un cigarro con gran cuidado, apagó el fósforo con un ademán enérgico.

—¡No, no, no! —protestó.

—¿Qué quiere usted decir?

—Debemos comprender —manifestó el hombre con su manera lenta de costumbre— que no existió nunca la menor intención de hacer recaer la culpa sobre la señorita Grant. Se esperaba que creyéramos precisamente en ello, que cayéramos en ese error. Según la reflexión del autor del hecho, debíamos presumir que el asesinato de De Villa era obra de una persona que tenía absoluta fe en «*sir Harvey Gilman*», que lo aceptaba como el auténtico patólogo del Ministerio del Interior y creía que Lesley Grant era una envenenadora. En consecuencia —¿comprenden ustedes?—, en consecuencia, la única persona de la que no podíamos sospechar era el hombre que desde el primer momento dudó de «*sir Harvey*» y que solicitó mi intervención para demostrar que se trataba de un impostor. En ese detalle reside toda la ingeniosidad de este crimen —como el cigarro no se hallaba bien encendido, el narrador le aplicó con gran cuidado otro fósforo—. Sí. Muy bien. Ahora permítanme que les relate el asunto paso a paso, en el mismo orden en que fui descubriendo las pruebas. El viernes por la mañana, a una hora inusitada, llegó precipitadamente a Hastings en su automóvil un hombre de modales suaves, con aspecto inteligente y expresión fatigada. Me obligó a abandonar el lecho y se presentó como el doctor en

medicina general Hugo Middlesworth, de Six Ashes. Narró los hechos ocurridos esa noche y manifestó que tenía motivos para sospechar que «*sir Harvey*» era un impostor. Me preguntó si conocía al verdadero, y yo le contesté afirmativamente. Inquirió además si el auténtico era un hombre calvo, bajo y delgado, de cincuenta y tantos años, y naturalmente le respondí que no. «Bueno», me dijo entonces, «ese impostor ha intimidado a un amigo mío de apellido Markham con una serie de mentiras infames relacionadas con su novia. ¿Puede acompañarme usted al pueblo ahora y desenmascarar a ese majadero?» —el rostro de Fell adquirió una expresión horrible—. Por supuesto, acepté. ¡Ah!, ¡había excitado mis sentimientos caballerescos! Me levanté inmediatamente y acudí en socorro de la dama en desgracia y el joven atormentado por la melancolía. Fue así como llegamos dando tumbos a High Street, en Six Ashes; pero nos recibió el mayor Price con la noticia de que se acababa de hallar muerto a *sir Harvey Gilman*, exactamente en las mismas circunstancias de los casos imaginarios que la misma víctima había descrito. ¡Extraordinario, señoras y señores! ¡Extraordinario, repito! El médico se mostró confundido y yo también —al llegar a este punto, el rostro de Fell adquirió un aire de profunda gravedad; apuntó a Dick con el extremo de su cigarro y se inclinó hacia adelante en el sofá—. Tenga en cuenta —dijo— que la primera insinuación de esa primitiva teoría —la señorita Grant destinada intencionalmente a cargar con la culpa por alguien que había creído la historia de «*sir Harvey*»— provino de *Middlesworth*. Él y yo llegamos a esta casa poco después de las nueve y nos encontramos aquí con usted y el señor Earnshaw; recuerdo claramente haber manifestado que esa sugestión partía del médico. ¿Lo recuerda usted?

Dick asintió con una inclinación de cabeza.

—Sí, perfectamente —dijo.

—Acepté esa teoría —prosiguió el hombre, extendiendo los brazos— y la adopté. A primera vista parecía la única explicación posible. Pero un pequeño detalle me perturbaba, y lo mencioné; luego pensé que era más prudente callarlo. Ahora bien, señor Markham, el cuento de «*sir Harvey*» sobre una famosa envenenadora estaba especialmente calculado y confeccionado para *usted* y dirigido exclusivamente a su estado emocional. Iba destinado a una persona... una persona...

—¡Vamos! —interrumpió Dick con actitud—. Dígalo de una vez: iba destinado a un bobo.

Fell reflexionó.

—Bobo, no —dijo—. Pero sí una persona dominada por mía preocupación sentimental y que sufría una tensión emocional, además de poseer una imaginación sensible a ese relato espeluznante que usted escuchó. ¡Muy bien! ¡Eso está claro! Pero ¿por qué el impostor no tuvo reparo alguno en relatar sus disparates ante el médico del pueblo, que carecía de preocupaciones sentimentales y de imaginación sensible a esa clase de cuentos y por lo tanto pudo hacerle fracasar el plan? Su actitud frente a Middlesworth era extraña, aun en la forma en que la escribió éste; no intentó

hipnotizarlo, como hizo con usted, ni se esforzó por impresionarlo. En apariencia, no se preocupó por su persona y hasta pareció que ni siquiera *le prestaba atención*.

El joven se irguió en su asiento.

—¡Es verdad! —exclamó al recordar la escena que se había desarrollado en esa misma habitación el jueves por la noche—. De Villa le trató como si hubiera sido un objeto inanimado y aun se mostró incomodado cuando habló el médico; en seguida se esforzó por, ¿cómo diré?, por hacerle callar.

Con aire meditabundo, el doctor lanzó una bocanada de humo.

—Así, gracias a mi mente vil y desconfiada —agregó el gigante—, comencé a sospechar que Middlesworth podía saber mucho más de lo que aparentaba y también pensé que podía ser un cómplice.

—¿Cómplice? —exclamó la muchacha.

Fell hizo un ademán para imponer silencio.

—Por supuesto, en ese momento —prosiguió— no podía imaginar cuál era el juego del impostor. Pero mi sospecha se vio corroborada pocos minutos después, cuando usted —miró a Dick—, incitado por la preocupación de Earnshaw respecto al rifle, me describió en forma completa la fiesta al aire libre del día anterior. De su relato se desprendían dos hechos. El primero era el tremendo éxito obtenido por el impostor en su papel de adivino. Observe que no dijo a sus clientes frases tan vagas como esta: «Usted es bondadoso, pero obstinado; cuídese de las especulaciones comerciales durante la Cuaresma». ¡No, caramba! ¡Poseía verdadera información, gran cantidad de datos en relación con cada uno de los vecinos! ¿Cómo los obtuvo sino mediante otra persona que estaba también en el secreto? Es decir, era de suponer que existía un cómplice. El segundo hecho que se desprendía de su narración constituía una prueba condenatoria; me refiero a la misteriosa desaparición del rifle.

Dick cogió a la muchacha de la mano.

—Pero ¡ese rifle desapareció, caramba! —protestó el joven—. Seguramente usted dirá que también lo robó el médico, ¿verdad?

—Sí —replicó el doctor.

—Pero ¿cómo procedió? Las últimas personas que se aproximaron a la barraca de tiro fueron: el mayor Price, Bill Earnshaw, el doctor Middlesworth, Lesley y yo. Y todos estamos dispuestos a jurar que ninguno de nosotros pudo sustraer el arma. En cuanto al médico, ayudó a trasladar a De Villa hasta el automóvil en presencia de todo el mundo y luego se marchó de allí. ¿Cómo se las arregló para cogerla? Tal como dije a Earnshaw, resulta imposible meterla en un bolsillo o deslizarla bajo la chaqueta.

—Efectivamente —asintió Fell—. Pero puede meterse en una bolsa de palos de golf y llevarse sin que nadie lo advierta. Según me informó usted, el médico llevaba una de esas bolsas.

Reinó un prolongado silencio. El superintendente, que tomaba nota de todo metódicamente, sentado frente a la mesa, alzó la cabeza y sonrió ligeramente. Dick

recordaba ahora con claridad el momento en que Middlesworth, con paso lento y fatigado, regresaba de los juegos de golf con la pesada carga al hombro —¡esa bolsa abultada que había pasado inadvertida!— y al comprender su significado, lanzó un violento juramento.

—A veces, a este viejo majadero se le ocurre alguna idea —observó Hadley señalando al doctor—. Por eso le permito que monte en cólera.

—Gracias —dijo el aludido con aire digno y absorto; miró de reojo su cigarro y se volvió hacia Dick—. Aun a esa altura de los acontecimientos, el médico se encontraba ya en una situación muy extraña y sospechosa. Era el único que había estado en condiciones de sustraer el rifle. Bien... los dos regresaron al pueblo en el automóvil: él para atender su consultorio y usted para visitar a la señorita Grant. Yo penetré en la casa —abarcó el lugar con un ademán— y eché mi primer vistazo al escenario del crimen. Aquí averigüé algo que me obligó a rendir, espiritualmente, un homenaje al ingenio humano; descubrí la forma en que se había realizado la estratagema de la habitación cerrada.

—¿Sí? ¿Cuál es? —inquirió la muchacha.

El narrador no respondió inmediatamente a esa pregunta.

—Mientras me encontraba aquí —continuó— reflexionando sobre diversos aspectos de la cuestión, llegó Hadley, que apenas vio el cadáver exclamó: «¡Dios santo, es Sam De Villa!», y procedió a relatarme esquemáticamente la carrera de ese hombre que ustedes ya conocen. Un detalle de ese relato me convenció de que Middlesworth era la persona que buscábamos. En efecto, Sam había estudiado Medicina.

—Sólo le faltaban seis meses para obtener su título —aclaró el superintendente.

El doctor señaló otra vez a Markham con el cigarro.

—Como usted ha de recordar —observó—, esa mañana, muy temprano, le pregunté al médico, y más tarde usted le planteó idéntica pregunta en mi presencia, por qué había comenzado a sospechar que «*sir* Harvey Gilman» era un impostor, ¿no es así?

—Sí, es cierto —corroboró el joven.

—Afirmó —dijo Fell— que había interrogado al supuesto patólogo sobre uno de sus casos famosos y, de acuerdo a lo manifestado por Middlesworth, cuando el hombre «aludió en forma altisonante a las dos cavidades del corazón, provocó mis primeras sospechas, porque cualquier estudiante de Medicina sabe que ese órgano está formado por cuatro»; esas fueron sus palabras. Pues bien, tal error no era posible, puesto que De Villa, en el papel de auténtico *sir* Harvey, jamás habría cometido ni podido cometer semejante traspie en Medicina. ¡No cuadraba con su personalidad y carecía de sentido! Por lo tanto, el médico mentía. Pero ¿por qué? —Fell dirigió una rápida mirada al funcionario de la policía que seguía escribiendo en su libreta—. ¿Ha traído usted la confesión de Middlesworth, Hadley?

El superintendente cogió mía cartera que se hallaba junto a su sillón, la abrió y

extrajo de ella mía delgada hoja de papel escrita a máquina que estaba dentro de una carpeta azul; en la parte inferior llevaba una firma garabateada con letra temblorosa. Se incorporó y se la pasó al doctor, que la sostuvo en la mano como si la sopesara.

En contraste con la brillante luz del sol que penetraba en la habitación por las dos ventanas, una de las cuales aparecía destrozada y la otra con una perforación de bala, el semblante grave de Fell reflejaba tristeza y desánimo.

—En la noche del viernes, poco antes de morir —observó el doctor—, el hombre dictó estas líneas. Es una historia desagradable, lo admito, pero comprensible, sincera y terriblemente humana.

—¡Maldición! —exclamó Markham—. ¡Es triste! ¡Yo apreciaba a ese hombre!

—Yo también —replicó Fell—. Y en cierto modo había motivo para estimarlo. Todo individuo que libra al mundo de zánganos como De Villa merece nuestra gratitud. Si no hubiera perdido la cabeza, si no hubiera matado a esa inofensiva encargada del correo...

—Usted lo habría protegido, ¿verdad? —inquirió el funcionario con tono seco y sarcástico—. En realidad, le permitió que se suicidara, ¿no es así?

El doctor pasó por alto ese comentario.

—Es una historia muy sencilla —continuó—. Seguramente, usted ha de recordar que Hadley, al referirse a De Villa, afirmó que los individuos como él son capaces de echar mano de cualquier recurso, aun de la extorsión, cuando creen que el botín es importante.

—¿Quiere decir usted que éste era uno de esos casos? —preguntó Lesley.

El gigante sopesó la hoja escrita a máquina.

—Middlesworth ocupaba una posición respetable, pero precaria —prosiguió—; le gustaba la respetabilidad casi tanto como a... —miró, a la joven, tosió y desvió la vista—. Estaba casado con una mujer de este pueblo, poseía una familia numerosa y muchos amigos. Pero para llegar a esa situación había tenido que sufrir. Hace nueve años, antes de conocer Six Ashes y la respetabilidad, se encontraba en apuros; dominado por la desesperación, aceptó un puesto en una clínica, más bien humilde, de Londres, institución que se dedicaba a efectuar operaciones perseguidas por las leyes. Él era el cirujano encargado de llevarlas a cabo. Sam De Villa lo sabía y podía probarlo; con la intención de apoderarse de las joyas de la señorita Grant, vino a esta localidad y exigió al médico su colaboración. Middlesworth no tenía la menor idea de que su perseguidor fuera casi un graduado en Medicina, y sólo le conocía como mi delincuente sin escrúpulos. «Escuche», le dijo Sam: «vendré a este pueblo desempeñando el papel de un personaje cualquiera; necesito apoderarme de esas joyas y usted me ayudará». El médico, fatigado ya y desesperado, le respondió: «Yo no seré su cómplice. En cuanto usted desaparezca con lo robado, se enterarán de que yo estoy complicado en la maniobra; de manera que no me importa que usted me denuncie con respecto al otro asunto. Le repito que no me prestaré a ser su cómplice». «Puede ser», replicó Sam fríamente, «pero usted me ha de prestar ayuda,

y en primer término me contará todo lo que sepa en relación con Six Ashes y sus habitantes». De esta manera, el astuto e implacable doctor De Villa se enteró de los pormenores del lugar, y especialmente de que Ricardo Markham se hallaba profundamente enamorado de Lesley Grant, de que era inminente su compromiso con ella y de que, seguramente, se casarían. Conoció también los detalles relacionados con la vida del novio: hombre joven, autor de conocidas obras de imaginación que trataban de la mentalidad de los criminales, especialmente de envenenadores... Sam compuso su plan con destreza y facilidad. Alquiló esta casa y con extraordinario descaro se presentó ante el jefe de policía del condado como *sir* Harvey Gilman y le pidió que guardara el más absoluto secreto de su identidad. Cuando se celebró la fiesta, ya circulaba la noticia del compromiso matrimonial entre los dos jóvenes, y además, gracias a la señora Rackley, la de la cena que se efectuaría el viernes por la noche. Por lo tanto, De Villa decidió entrar en acción y lo hizo en esa reunión en que debía desempeñar el papel de adivino. Pero muy confiado en sí mismo, no advirtió que Hugo Middlesworth era tan inteligente como él y que se sentía cansado y desesperado. Hasta ese momento, el médico había creído que el pasado ya no existía: sin embargo, su perseguidor surgía otra vez del olvido y le acosaba como un albatros, dispuesto a persistir y amenazante siempre; ya estuviera cerca o lejos, perturbaba su sueño y ponía en peligro su respetabilidad... —un poco nervioso, Fell tosió ruidosamente y desvió la vista de Lesley—. ¿Comprende usted ese sentimiento, señorita Grant?

—Sí —respondió la muchacha, al mismo tiempo que un escalofrío recorría su cuerpo.

—Middlesworth resolvió que su perseguidor debía morir —dijo el gigante con sencillez—. Después de esa reunión social que se celebró el jueves por la tarde, casi se le presentó la oportunidad de eliminarlo. Pero escuchen cómo se desarrollaron los acontecimientos.

Se acomodó los lentes, y al hacerlo dejó caer abundante cantidad de ceniza del cigarro; tomó la confesión escrita a máquina y recorrió algunas líneas con el dedo.

Mientras buscaba el párrafo exacto, movía los labios y parecía refunfuñar. Por último, comenzó a leer:

—«... En la tienda De Villa trastornó en tal forma a la señorita Grant, que cuando el mayor Price empujó casualmente el brazo de la joven, ésta lanzó un grito y apretó el gatillo del rifle. Estoy seguro de que se trataba de un accidente».

—¡Y lo fue! —exclamó Lesley.

—«... Inmediatamente me di cuenta de que había sufrido una herida superficial y se había desmayado a causa de la conmoción nerviosa. Todo el mundo creyó que se hallaba moribundo. Comprendí que en esa circunstancia podría deshacerme de él, siempre que nos dejaran solos. Por eso sustraje el rifle, lo introduje en la bolsa de golf y mantuve ésta colgada de mi hombro mientras que, con ayuda de Price, trasladaba a De Villa al automóvil. Tenía la intención de llevarlo a su casa, anestesiarlo, extraer el proyectil y disparar otro con la misma arma para provocarle la muerte. La gente imaginaría que su fallecimiento se debía al

disparo accidental...».

—¡Así habrían pensado todos sin duda! —observó Markham.

—«... pero sin embargo, el plan no sirvió, puesto que no pude desembarazarme del mayor Price, a pesar de los esfuerzos que realicé. En consecuencia, tuve que buscar otro medio».

Fell sopesó otra vez la hoja de papel y luego la dejó en el sofá, a su lado.

—Efectivamente —explicó—, el hombre encontró otro recurso, que le fue proporcionado en bandeja de plata el jueves por la noche, mientras se encontraba en esta misma habitación con Dick Markham y Sam De Villa. El extorsionador relató la historia espantosa de la conocida envenenadora, preparando en esa forma el terreno para apoderarse de las joyas guardadas en la caja fuerte, mientras el médico escuchaba en silencio. Pero alguien le sugirió a éste la forma en que podía eliminar impunemente al impostor.

—¿Quién? —preguntó Dick.

—La misma víctima.

—¿Sam De Villa?

—Así lo afirma Middlesworth —manifestó Fell—. ¿Recuerda usted la escena?

Con toda facilidad, el joven la reconstruyó mentalmente: el falso patólogo ocupaba la butaca, iluminado por la luz de la lámpara con pantalla de color tostado; el médico, sentado en el sillón de mimbre, chupaba con aire pensativo la boquilla de la pipa vacía. A través de las ventanas abiertas y las cortinas un poco descorridas llegaba el susurro de la brisa en la noche estival. Con desagradable claridad volvió a ver la expresión concentrada del rostro de Middlesworth.

—Discutían ustedes con vehemencia respecto al misterio de los cuartos herméticamente cerrados —prosiguió el narrador—. A propósito de la bala que atravesó la pared de la tienda, «*sir* Harvey» observó que no podía considerarse completamente cerrada una habitación en cuya pared se advertía una perforación provocada por un proyectil.

—¡Sí! —asintió Dick.

—Poco después, el médico oyó un ruido que provenía del exterior; abandonó su asiento, se acercó a la ventana, y descorrió las cortinas para mirar hacia afuera. Luego enderezó la cabeza y, de espaldas a ustedes, observó fijamente los marcos del cristal como si se le hubiera ocurrido una idea en forma repentina. Es exacto, ¿verdad?

—Efectivamente.

—Pues bien, cuando examinó esos marcos, ¿qué vio? —hizo notar el doctor. Se incorporó con cierto esfuerzo y avanzó pesadamente hasta la ventana cerrada en cuyo cristal inferior, hacia un costado del gancho metálico, se distinguía la perforación de bala perfectamente circular. El hombre la señaló y dijo—: Como sabemos, el coronel Pope acostumbraba fijar sus trozos de gasa en estas ventanas —a veces en su parte superior y otras en la inferior— mediante chinchetas. Por lo tanto, ¿qué descubrimos

en ellas? Tal como ha señalado Earnshaw con tanta insistencia, advertimos gran cantidad de pequeños agujeritos, como alfilerazos, en toda la superficie del marco. ¿Comprendido?

—¡Naturalmente! —manifestó Dick—. Pero...

—Se podía clavar otra chincheta en cualquier parte de ese marco y al sacarla nadie repararía en la señal dejada en la madera, ¿no es así?

—Por supuesto. Pero...

—Middlesworth —continuó Fell— tuvo una doble inspiración; en seguida les describiré con exactitud cuál fue su procedimiento. Según la lógica, podía estar seguro de que antes de acostarse el impostor injeriría una dosis grande de luminal; en consecuencia, abandonó la casa y le llevó a usted a la suya en el automóvil, y cuando usted mencionó el *whisky* se mostró alarmado. En esa oportunidad, le pidió en nombre de Dios que no se embriagara...

—¿Por qué?

—Porque usted era un elemento esencial en el plan. En seguida se dirigió a su domicilio y realizó allí algunos preparativos. ¿Quién era la persona más indicada para tener una jeringuilla hipodérmica? Un médico, sin duda. En el caso de envenenamiento de Sodbury Cross descubrimos que el ácido prúsico puede prepararse mediante ingredientes que por separado no son venenosos^[2]; pero ¿quién podía disponer con más facilidad de ese ácido? Nuevamente, un médico. Sin embargo, por el momento, esos preparativos no le preocuparon mayormente: antes debía prestar atención a otros detalles. Poco después de medianoche, cuando la población de Six Ashes se hallaba entregada al sueño —Fell alzó la confesión y la dejó otra vez en el sofá—, se dirigió a pie y lentamente a esta vivienda. El edificio se encontraba a oscuras; no tuvo la menor dificultad para entrar, puesto que no habían echado la llave a la puerta, y aun cuando esto último hubiera ocurrido, las ventanas le habrían permitido el paso. Tal como esperaba, el herido se encontraba en el dormitorio del piso alto, sumido en un sueño profundo a causa del narcótico injerido. ¡Hasta ese momento el plan se desarrollaba a pedir de boca! Penetró en la sala, encendió la luz y dispuso allí las cosas —especialmente la butaca que en este momento ocupa Hadley— para los sucesos que ocurrirían al amanecer. Cerró ambas ventanas y descorrió por completo sus cortinas. Naturalmente, ustedes ya se imaginan cuál fue el próximo paso, ¿verdad? Tomó el Winchester 61, cruzó el camino del jardín, saltó el muro, calculó con cuidado su posición y entonces —poco después de la medianoche— efectuó un disparo y la bala perforó la ventana y penetró en la habitación iluminada y desierta. Esa es la bala auténtica, la que atravesó el vidrio, rompió aquel cuadro de la batalla de Waterloo que cuelga encima de la chimenea y penetró en la pared. Después de las doce de la noche este lugar es sumamente solitario, y por ello el hombre consideró improbable que alguien pudiera oír la detonación; Sam, narcotizado en el piso superior, no se enteraría. Sin embargo, desde su casa y en medio del sueño, *lord Ashe* lo oyó, y según me dijo se lo comunicó a

usted —nuevamente miró a Dick— a la mañana siguiente, cuando le recibió en el jardín. Pero mentalmente, el anciano confundía esa detonación con la otra que oyó poco después de las cinco de la mañana de ese mismo día. En cuanto al médico, había llevado a cabo con éxito la primera parte de su proyecto. Corrió las cortinas de todas las ventanas del edificio, encendió la totalidad de las lámparas para que se agotara la provisión de electricidad antes de la mañana, y luego regresó de prisa a su domicilio. Hasta ese momento no se había cometido cosa alguna irreparable. La casualidad, encarnada en una llamada telefónica de un enfermo en las primeras horas del día, pudo perderlo; pero el aviso procedía de Ashe Hall donde una de las sirvientas sufría una fuerte indisposición. Dada la proximidad de esa casa al domicilio de Sam, esa visita médica servía admirablemente para sus designios, pues podía vigilarlo de cerca... Se marchó de allí a las cinco menos veinte de la mañana —comunicó al dueño de la casa, en forma un poco extravagante, que se trasladaría directamente a Hastings— y se dirigió en su automóvil a High Street, donde lo dejó por el momento y volvió otra vez a pie al Camino de la Horca. Me imagino al hombre caminando en medio de las primeras luces, grises y fantasmales, de la madrugada, con el corazón tan helado como las manos. Naturalmente, muchas horas antes había echado un vistazo por las ventanas iluminadas de la casa del señor Markham y había comprobado que éste dormía en el sofá y que a su lado, en el escritorio, había una botella de *whisky* llena, intacta, y un sifón. Supongo que miraría por segunda vez, para cerciorarse, y luego seguiría su camino hasta la casa vecina. Hacía ya un rato que en ésta se había agotado la corriente; el lugar se hallaba a oscuras y hacía frío. Era la hora del asesinato y la ilusión. El médico comprobó que su víctima se encontraba aún bajo los efectos del somnífero; en caso de hallarlo despierto estaba dispuesto a atarlo con el cordón de una bata, de tela lisa y suave que no dejaría señal alguna, y amordazarlo con un pañuelo y esparadrapo, pero no fue necesario. Trasladó al extorsionador al piso bajo —a diferencia de Middlesworth, De Villa era un individuo pequeño— y lo sentó en la butaca, en tal forma que la trayectoria del proyectil ya disparado pasaba justamente encima de la coronilla del herido. Entonces, en el momento en que la primera y débil claridad del amanecer comenzaba a iluminar esta habitación, enrolló la manga de la bata del hombre y con las manos enguantadas le inyectó en el brazo izquierdo el ácido prúsico contenido en una jeringuilla hipodérmica.

El doctor Fell hizo una pausa. A pesar del calor de la tarde, Markham experimentaba un frío que le llegaba hasta el corazón; le parecía ver sombras maléficas que se movían, al amanecer, en esa estancia, y también al médico con sus manos enguantadas, el cadáver que se estremecía por una vez convulsivamente, y el aleteo de los pájaros en los árboles del jardín en la madrugada.

—A continuación —prosiguió el narrador— cerró la puerta con llave como ustedes comprenden, podía hacerlo *puesto que ya había en la ventana una perforación de bala*. Hablábamos siempre de este cuarto como si se hallara

«herméticamente» cerrado. Pero ¡la verdad es que no lo estaba! ¡He ahí la clave! De Villa se había expresado con exactitud al observar que no existe habitación en esas condiciones cuando en la pared se advierte una perforación de proyectil. Middlesworth tomó una caja de chinchetas y la volcó artísticamente en el piso, a la izquierda del moribundo. Cerró la puerta por dentro con llave y cerrojo y por último... ¿Quiere hacerme el favor, Hadley?

El superintendente hizo un gesto afirmativo, pero con expresión bastante ceñuda, y se incorporó y salió de la estancia.

—El viernes por la noche —continuó el doctor— pronuncié una breve disertación respecto a las ventanas. Tengan la bondad de observar ésta en particular y el agujero de bala que, visto desde mi posición, se encuentra más abajo de la unión de ambas vidrieras, a unos ocho centímetros debajo y hacia la izquierda del gancho metálico. ¡Muy bien! Tomo una chincheta, como esta que tengo ahora en la mano, y la clavo en el marco —la parte horizontal de éste se encuentra frente a mí y marca la línea de unión de ambas vidrieras— encima de la perforación de bala, un poco hacia la izquierda. En seguida busco un trozo largo de hilo negro muy grueso, como éste — una hebra surgió como por arte de magia del vasto bolsillo de su chaqueta— y lo preparo para ejecutar mi artimaña.

Frente a la ventana apareció la figura del funcionario policial. Tal como Dick había podido comprobarlo, el antepecho no sobrepasaba en mucho el alto de la cintura de un hombre.

Fell empujó el gancho metálico hacia la derecha y éste se encontró entonces en posición horizontal al marco, y la ventana quedó sin seguro. Dobló el trozo largo de hilo y con el ojal formado en un extremo enlazó el asidero del gancho, llevó los otros dos extremos hacia la izquierda y los hizo pasar sobre la chincheta, como si se tratara de una polea y luego hacia abajo hasta introducirlos por el agujero de la bala, de manera que colgaron por la parte exterior del cristal.

—Como poseo un cuerpo de dimensiones un poco grandes —observó con tono de disculpa— me perdonarán si no ejecuto personalmente toda la maniobra. Pero levanto la vidriera, ¡así! —la alzó y la hebra larga de hilo ascendió también, pero sin alterarse por ello su posición... Imagínense ahora que salgo por aquí, como lo hizo Middlesworth, cierro después la ventana desde el exterior —la bajó otra vez con un golpe débil— y ya he terminado. Sólo tengo que tomar los extremos del hilo que cuelgan fuera y tirar de ellos hacia abajo como lo hace Hadley en este momento. Al correr sobre la chincheta que hace de polea, el hilo presiona hacia afuera, en mi dirección, sobre el asidero y lo mueve lentamente hasta que el gancho se encuentra en posición vertical al marco y la ventana está ya cerrada. Una vez realizada esta operación, mediante un fuerte tirón de la hebra la chincheta se desprende de la madera, cae y rueda por el piso de la habitación. En seguida tomo uno de los extremos del lazo y tiro de él; el hilo se desliza hacia afuera como un reptil y está ya en mi poder en el exterior del cuarto. No queda ya indicio alguno de la maniobra.

Naturalmente, se hallará la chincheta, pero pasará inadvertida porque he volcado en él una caja llena de ellas. ¡Ya está, Hadley!

El gancho metálico, llevado por la hebra, se había deslizado hasta quedar asegurado. Desde el exterior, el superintendente dio un fuerte tirón hacia abajo y la chincheta, desprendida, cayó sobre el poyo de la ventana, rodó por él, cayó al piso y fue a detenerse en la alfombra...

—Como pueden comprobar —observó Fell, señalándola—, ha quedado cerca de otra que parecía pertenecer a la caja volcada que hallamos aquí el viernes por la mañana. Ustedes recordarán seguramente que ese día, por la tarde, mientras nos encontrábamos todos aquí, yo la observaba fijamente y Hadley estuvo a punto de pisarla.

El funcionario sacaba ahora el hilo hacia afuera.

—Esa es la estratagema del médico —agregó el gigante—. Su explicación exige unos minutos, pero su ejecución demanda sólo treinta segundos. La habitación estaba cerrada y Middlesworth se encontraba ya listo para el último y más importante de todos los pasos: debía convencerle a usted, señor Markham, de que hasta el momento de su llegada no había en el marco perforación alguna. Se dirigió al teléfono del vestíbulo y le habló a usted con voz susurrante y excitada; estaba seguro de que en esa forma lo atraería, y así fue. Calculó cuánto tiempo emplearía en salir de su casa y en el momento adecuado introdujo una moneda en el contador de electricidad; como antes de abandonar esta sala había dejado el conmutador en la posición conveniente, se encendió aquí una luz. Luego cruzó a la carrera la calle del jardín —un poco más hacia el Este del edificio, del huerto al monte; en esa circunstancia fue visto por la señorita Drew— y se preparó para el acto final. Cuando usted estuvo claramente al alcance de su vista, hizo correr intencionalmente el cañón del rifle sobre el borde de la pared, produciendo así un ruido raspante y fuerte que atrajo su atención. Y en cuanto usted lanzó un grito al tirador, éste apuntó a la ventana y disparó... ¿entiende en qué forma?

—Sí, con un cartucho sin bala —observó el joven.

—Exactamente —asintió el hombre—. Se inspiró en la jugada que le hizo el mayor Price a Earnshaw y utilizó el mismo sistema con mucho provecho. Usted mismo, señor Markham, se hallaba completamente convencido de que, según sus propias palabras, había visto «aparecer el agujero en el vidrio como si diera un brinco». Precisamente, durante el interrogatorio a que lo sometí el viernes por la tarde, yo debía demostrar la falsedad de ese detalle; me encontraba... tal vez un poco nervioso en ese momento, y cuando en el instante crítico Hadley me interrumpió, creo que lo maldije mentalmente y lo mandé al infierno. En realidad, usted no vio aquello que afirmaba; tal conclusión surgía del relato que hizo usted mismo. Cuando lo acosé un poco con mis preguntas, manifestó: «Mientras observaba el rifle, vi que disparaba, y a pesar de la distancia, advertí en el vidrio la perforación de bala». «Advertí», sí, pero ya no es lo mismo: ¡Naturalmente! ¡Tenía la vista fija en el arma!

Vio cuando disparaba. ¡Muy bien! Pero el hecho de afirmar que también alcanzó a distinguir la perforación de bala en el preciso instante en que apareció en el vidrio, presupone la realización de un giro de izquierda a derecha con la cabeza, a una velocidad superior a la de un proyectil. Evidentemente, era imposible. Respiré con alivio, señor. Poco después, cuando se me informó que Cintia Drew había visto a un hombre, o figura, cruzar la calle del jardín, consideré que ya no faltaba elemento alguno. Pero en cuanto a la interrupción de Hadley en aquel momento difícil...

El superintendente, que había vuelto a la estancia, pareció confundido y dominado por la cólera.

—¿Mi interrupción? —repitió.

—Sí —insistió el doctor.

—La investigación se habría realizado con más facilidad si usted me hubiera informado antes de cuáles eran sus intenciones. Y además, ¿no ha pasado ahora por alto gran parte de los acontecimientos?

El cigarro de Fell se había apagado; su dueño lo miró por un momento, volvió pesadamente al sofá y tomó asiento.

—Poco queda por agregar —manifestó—. Si ustedes me lo permiten, narraré los hechos ocurridos desde las diez de la mañana del viernes; de esa manera abarcaremos todos los detalles que nos hayamos dejado. Poco antes de la llegada de Hadley, durante mi primer examen de este cuarto, me sentía... inclinado a creer que había descubierto el secreto de la habitación cerrada. Según les he referido hace un rato, nuestro superintendente me informó de la identidad del muerto; ya en esa etapa había fijado mi atención en Middlesworth. Poco antes de dirigirme a Ashe Hall...

—¿Por qué tenía tanto interés en visitar esa casa? —inquirió Dick.

—A causa de la enfermedad de la sirvienta —respondió el doctor— sus habitantes habían permanecido en pie gran parte de la noche y era posible que alguno de ellos hubiera oído algún ruido de interés para mí. Efectivamente, tal como les manifesté, *lord* Ashe oyó un disparo después de medianoche. Mientras me encontraba allí, pedí a Hadley que hablara con la encargada de la oficina de Correos...

—¡Y le solicitara que marcara en forma diferente los sellos que adquirieran cuatro o cinco personas determinadas! —gruñó el aludido—. Sólo muy avanzada la tarde me enteré de que usted seguía decididamente la pista del médico a mi entender, en ese momento usted podía sospechar de la señorita Drew, que era mi «candidato», del mayor Price, de Earnshaw y aun de...

—¿De mí? —preguntó Lesley en voz baja.

—Y aun de *lord* Ashe —dijo el funcionario, y sonrió a la joven—. ¡Fue una verdadera treta eso de tender una trampa para todos los del grupo!

—Bueno, en verdad procedí así por temor a equivocarme —replicó Fell sin alterarse—. Pero desde ese momento todas las circunstancias evidentemente fortalecieron mi convicción. En presencia de ustedes, *lord* Ashe me informó que el supuesto vendedor de Biblias solamente había visitado su casa; tal vez exploraba el

terreno para comprobar de qué manera era recibido por el hombre de más prestigio del distrito. Pero ¡al diablo!, no era posible que hubiera obtenido toda su información respecto de los habitantes de este pueblo en una charla con el anciano, y este hecho confirmaba mi creencia de que existía un cómplice. Ya conocen ustedes los diversos indicios que, después de mi entrevista con el señor Markham a hora avanzada de la tarde, nos hicieron abrigar la certidumbre de que el asunto había sido totalmente aclarado. Por la confesión del médico, sabemos que cayó en la cuenta de la treta de los sellos porque al comprar un pliego de éstos, la pobre Laura los marcó en forma muy visible; pero ya me había enviado una carta en que acusaba a la señorita Grant de ser una famosa envenenadora e insinuaba —no afirmaba en forma precisa, sino insinuaba— la manera en que se pudo cometer el crimen. ¿No comprenden ustedes que estaba obligado a proporcionar un fundamento para su trama imaginaria? Debía probar la existencia de un enemigo de Lesley Grant, enemigo que aún confiaba en la autenticidad de «*sir* Harvey Gilman» y se esforzaba por hacer aparecer a la joven como culpable. En su opinión, era la única forma en que podía proceder y la más segura para alejar de su persona toda sospecha. Escribió la carta y luego, horrorizado, intentó recuperarla; la muerte de Laura Feathers es una consecuencia de ese intento.

—Pero la esquila —observó el joven— ¿insinuaba la forma real en que se había cometido el asesinato?

—¡Oh, no! Era demasiado peligroso, y además innecesario. Sólo debía insistir sin descanso en la idea de que alguien se esforzaba por perder a la señorita Grant. Advirtió las marcas en la libreta de sellos y después de eliminar a la encargada huyó y se refugió en la casa vecina porque tres personas avanzaban hacia él desde tres direcciones diferentes. La verdad es —agregó después de vacilar un momento— que al acercarme por el sendero a la puerta principal tuve casi la certeza de que lo había visto por una fracción de segundo en el dormitorio del piso superior; el relato del señor Markham confirmó mi creencia. Pero... le dirigí la palabra, permití que me escuchara y le dejé morir. Creo que con esto todo queda explicado.

Reinó un prolongado silencio. Los rayos del sol calentaban con fuerza el interior de la habitación.

—Todo no —manifestó el joven—. ¿Era Cintia la persona que oyó nuestra conversación junto a estas ventanas el jueves por la noche y se enteró por casualidad de la historia referente a Lesley narrada por De Villa?

—¡Oh, sí! —exclamó Fell—. La señorita Drew es una buena chica, pero un poco... vagabunda.

—Y Lesley ¿la golpeó con un espejo mientras discutían en el dormitorio? —inquirió Markham.

—¡Por supuesto que no! —exclamó la muchacha.

Ocupaban sillas no muy distantes; Dick comprendió que debía prepararse para hacer frente a una última pregunta.

—¿Estás pensando en ese detalle que supe más tarde? ¿En que esa noche salí de

mi casa y alguien me vio aquí, en el jardín delantero, a las tres de la mañana? —preguntó Lesley—. Por eso abrigaste la horrible creencia de que yo era culpable.

—Bueno... culpable no —observó él—. Pero...

—¡Sí, es la verdad! ¡No lo niegues!

—Muy bien, querida. Es cierto.

—No te culpo por ello —dijo la joven—. Lamento que la explicación de esa circunstancia sea tan tonta, pero ¡así es! Ha constituido siempre para mí un motivo de preocupación y de inquietud. Consulté a varios médicos, pero me dijeron que no le concediera importancia, y afirmaron que suele sucederle a las personas excitables como yo, y con tendencia a preocuparse demasiado por todo y a dar excesiva importancia a una bagatela. En realidad, creí que había matado a ese hombre, ¿comprendes? ¡Pensé que había dado muerte a «sir Harvey Gilman» cuando el rifle se disparó accidentalmente! ¡Y soñé con la escena! ¡No pude evitarlo! Pasé una noche terrible, y como me desperté muy fatigada, comprendí que nuevamente me había ocurrido lo mismo. Sin embargo, sólo tenía una vaga idea de lo sucedido y del sitio en que había estado. ¡Cuando advertí que colgaba de la silla un traje diferente!... es decir, ¡cuando me desperté por la mañana y lo vi!...

—¡Un momento!... —intervino Markham—. ¿Quieres decir que?...

—Se trataba de una nueva complicación que se sumaba a todas las anteriores —respondió la muchacha—. Nada menos que de un acto de sonambulismo. Parece que vine aquí, tal vez con la idea de enterarme de lo que ocurría, del verdadero estado del herido; pero no lo recuerdo. Me horroriza pensar en que pude tropezar con el criminal sin tener conciencia de ello. No valgo gran cosa, ¿verdad, Dick? Soy la hija de Lily Jewell, sufro de accesos nerviosos, y además de sonambulismo, a causa de...

Markham la tomó de las manos.

—Tu temperamento nervioso es algo tuyo, y por eso me gusta —manifestó el joven—. Pero te prometo, con el corazón en la mano, como diría el doctor Fell, que no volverás a ser víctima del sonambulismo.

—¿Por qué?

—Yo me encargaré de ello —respondió Dick Markham.

— FIN —



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gaxton Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow Man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Zona de Inglaterra que se extiende al oeste de una línea que pasa por Southampton y la desembocadura del río Severn. (*N. del T.*). <<

[2] *The Problem of the Green Capsule*, Harper and Brothers, 1939. <<